$ 60 *Diciembre de 1965*

Selecciones

del Reader's Digest

25 ANIVERSARIO 25

LO MEJOR DE REVISTAS Y LIBROS

SECCIÓN DE LIBROS

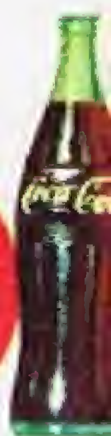
Más de 26 millones de ejemplares vendidos mensualmente, en 14 idiomas.

Abra las puertas de su hogar a las fiestas navideñas . . . y reciba a sus huéspedes con la deliciosa Coca-Cola! Tan chispeante . . . y refrescante! Coca-Cola realza las comidas . . . alegra . . . y deleita a todos. En Navidad . . . en cualquier momento . . .

todo va mejor con Coca-Cola!

¡Coca-Cola refresca mejor!







auténtico

Vaquero® FAR WEST®

Se puede tener el **arena** o lucir el **azul.** (Aunque las chicas también elegirán el nuevo y femenino **celeste**).
Todos destacan la misma calidad: ALPARGATAS. Y siempre resultan el equipo adecuado para estar "en la fresca vida".

®Marcas Registradas - Puro algodón - Industria Argentina

FABRICA ARGENTINA DE ALPARGATAS S. A. I. C. Olavarría 1256 - T. E. 21-0041 - Buenos Aires.

Empresa privada al servicio de la comunidad desde 1885.



SIMBOLO DE
CALIDAD
RECONOCIDA



Audaz creación Omega... Este fascinador aderezo lleno de vida



El refinamiento es armonía.
Con un traje de gala, el reloj es el complemento elegante de un adorno consumado.
Omega propone conjuntos compuestos de un collar, de un anillo, a veces de pendientes y, desde luego, de un reloj haciendo juego.
Los trescientos treinta y un brillantes de este aderezo, están engastados en engarces movibles y se animan al más leve movimiento de quien lo lleva.
Estos brillantes giran constantemente, captan el más ínfimo resplandor de luz y lo restituyen en un chorro de mil fuegos.
«¡Una cascada de diamantes!»
Es así como Gilbert Albert describe su audaz creación.
Ciento cuarenta y una perlas participan en este fascinante ballet de luz que estiliza una flexible redecilla de platino, voluntariamente asimétrica.

Alta Costura de la Alta Precisión
Miembro de la Academia
Internacional del Diamante

En el collar se encuentran esparcidos 247 brillantes y 94 perlas y en el anillo 14 brillantes y 8 perlas. El reloj Omega está engastado de 70 brillantes y 39 perlas.

Ω
OMEGA

SELECCIONES
del Reader's Digest

TOMO L Nº 301 — DICIEMBRE DE 1965

Revista mensual publicada por SELECCIONES DEL READER'S DIGEST ARGENTINA, S. A.

Roberto C. Sánchez, *Presidente*

Editorial

Director: Pablo Morales

Consejero de redacción: Eduardo Cárdenas
Redactores: Marco Aurelio Galindo
Lilian Davies Roth
Alfonso Castaño
Biblioteca de Selecciones: Luz Cantuárias

Director-Gerente: Douglas MacLean
Vicepresidente: Paul W. Thompson
Tesorero: Marcos Kremzar

Departamentos

Publicidad: Carlos Aldao Quesada
Discoteca y Biblioteca: Salvador Passarello
Administración Ventas: Carlos Yamazaki
Director de Arte: Emilio Gómez

EDICIONES INTERNACIONALES DEL READER'S DIGEST
Gerente general: Terence G. M. Harman
Gerente general regional:
Roberto C. Sánchez (América Latina)
Jefe de redacción: Adrian Berwick

THE READER'S DIGEST se publica en: INGLÉS (ediciones norteamericana, británica, australiana, canadiense, sudafricana, neozelandesa, india, nigeriana y del Extremo Oriente); ESPAÑOL (ediciones argentina, del Caribe, centroamericana, colombiana, chilena, ibérica, mexicana, peruana y venezolana); PORTUGUÉS; SUECO; FINLANDÉS; DANÉS; JAPONÉS; FRANCÉS (ediciones belga, francesa, suiza y canadiense); NORUEGO; ALEMÁN (ediciones alemana y suiza); ITALIANO; ÁRABE; HOLANDÉS y CHINO. Se publican ediciones en el sistema Braille en inglés, español, alemán, japonés y sueco.

THE READER'S DIGEST, Pleasantville, N. Y., EE. UU., fue fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores.

Selecciones se vende en las principales librerías y puestos de periódicos

Argentina (m$n 60,00*) — S. A. Editorial Bell, Otamendi 215, Buenos Aires.
Bolivia ($b. 3,50*) — Librería Selecciones S.R.L., Avenida Camacho 1339, La Paz.
Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas Nº 502, 19º andar, Río Janeiro.
Colombia ($3,00*) — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 Nº 36 30, Barranquilla; Eusebio Valdés, Carrera 10 No. 18-59, Bogotá; Librería Iris, Calle 34 Nº 17-36, Bucaramanga; Camilo y Mario Restrepo, Distribuidora Colombiana de Publicaciones, Carrera 3ª Nº 9-47, Cali; Pedro J. Duarte, Maracaibo 47-52, Medellín.
Costa Rica (₡1,75*) — Carlos Valerín Sáenz y Cía., Apartado 1294, San José.
Chile (Eº 1,00*) — Reader's Digest Chile Limitada, Estado 359, Santiago.
Rep. Dominicana (RD$0,25*)—Librería Dominicana, Calle Mercedes 49, Santo Domingo.
Ecuador (5.00 sucres*) — Librería Selecciones, S. A., Benalcázar 543 y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S. A., V. M. Rendón y Seis de Marzo, Guayaquil.
El Salvador (60 cts.*) — Distribuidora Salvadoreña, Ave. España 344, San Salvador.
Guatemala (Q0,25*) — De la Riva Hnos., 9ª Avenida Nº 10-34, Guatemala.
Honduras (50 cts.*) — H. Tijerino, Agencia de Publicaciones Selecta, Tegucigalpa.
México ($3,50*) — Selecciones Distribuidora, Plaza de la República 48, México, D. F.
Nicaragua (C$1,95*)—Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones, Managua.
Panamá (B/0,25*)—J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango, Panamá.
Paraguay (G 35,00*) — Cía. Importadora de Publicaciones, S. R. L., Palma 565, Asunción.
Perú (S/7,00*) — Librería Internacional del Perú, Jirón Puno 460, Lima.
Puerto Rico (25 cts.*)—Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.
Uruguay ($8,00*) — A. M. Careaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.
Venezuela (Bs. 1,50*) — Distribuidora Continental, S. A., Ferrenquín a La Cruz 178, Caracas.

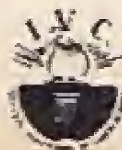
(**Precio por número suelto*)

Portada
Dalias
(Pintada especialmente para Selecciones por *Ellie Zappert*)

SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volume L, Nº 301, December 1965. Published monthly by Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Subscription price: US $4.00 per year. *Impreso en Argentina*

Selecciones del Reader's Digest
Marca Registrada
Reg. U. S. Pat. Off.

Impreso por Guillermo Kraft Ltda.
Martín García 701 - Buenos Aires



Adherida al Instituto Verificador de Circulaciones

CORREO ARGENTINO CENTRAL (B)	FRANQUEO PAGADO Concesión N.º 63
	TARIFA REDUCIDA Concesión N.º 144






OPORTO
LANDO
COGNAC

El Jerez

(y el Oporto)

Jerez Pera-Grau —el vino para las pausas amables— tiene su origen en San Juan, donde se hallan las soleras en las que madura su color, aroma y sabor característicos.

Oporto Pera-Grau es en su tipo, tan bueno como su hermano, el jerez. Nacido para gustar, el Oporto Pera-Grau constituye un auténtico "vino de honor", de fina personalidad.



Los Vinos Muy finos

Selectos en todo sentido, tanto el Blanco Riesling como el Tinto Borgoña Viña San Ginés, constituyen el modo más escogido con que Ud. puede acompañar su menú.

VIÑA SAN GINES





Los Vinos Reserva

Los vinos reserva Valderrobles poseen gran difusión. Sus tipos Tinto, Rosado y Blanco Riesling satisfacen todas las exigencias del más exquisito menú. En cuanto a los vinos reserva Vieja Estiba, ofrecen en sus diferentes tipos —Tinto, Rosado y Blanco, la particular suavidad de los vinos finos de San Juan.



VALDERROBLES
VIEJA ESTIBA


GAMBA DI PERNICE

POR CHARLES GRAVES

El inglés en su club

Condensado de
"Leather Armchairs: A Guide to the Great Clubs of London"

DESDE los de White y de Boodle, fundados hace más de dos siglos, los "clubs de caballeros", de los cuales habrá en Londres un centenar, han sido baluarte de privilegio y grato refugio para los caballeros ingleses pertenecientes a ellos. En hermosos edificios antiguos con salones alumbrados por arañas de cristal y con mullidas alfombras en los pisos, el aroma de los vinos añejos acompaña las conversaciones en que la amenidad y el ingenio alternan con las excentricidades de buen tono y el desembozado comentario.

El autor de *Leather Armchairs* —obra a la cual tituló así por las cavernosas butacas de cuero en que los socios del club se arrellanan para leer los diarios— nos da a conocer el mundo que hay detrás de la majestuosa fachada del club. He aquí algunas páginas del interesante libro:

AL ANUNCIO publicado no hace mucho por un club del aristocrático barrio londinense de West End que necesitaba un administrador respondieron 200 aspirantes. La comisión administrativa del club puso en lista 10. De estos, solamente uno, antiguo habilitado de la armada, no había trabajado jamás en negocio de hoteles, restaurantes ni almacenes de provisiones. Pero fue el escogido para el empleo. Y por una razón bastante curiosa: a la comisión le pareció que los otros nueve aspirantes, de haber sido administradores de primera clase, no hubieran deseado un empleo como el ofrecido.

Los socios de los clubs tienen muy buena memoria. Más de una vez ha sucedido que al aspirante a ingreso le echen bola negra por la única razón de que es hijo, o nieto,

o sobrino de un hombre que les cae mal a algunos de ellos. En el Brooks, el tercero en antigüedad de los clubs de Londres, se recuerda el caso de un aspirante, amigo del entonces príncipe regente (quien reinó luego con el nombre de Jorge IV), el cual sabía que iban a votar contra él dos socios de ese club. Para evitar que lo hiciesen, recurrió a una estratagema. En la noche de la votación se las arregló para que a uno de los enemigos le avisaran que en su casa había estallado un incendio; y al otro, que su hija acababa de caer súbitamente enferma de gravedad. Hallándose ambos ausentes, se presentó en el club del brazo del príncipe regente, y su ingreso quedó asegurado.

Sir Charles Petrie, socio del Carlton, refiere que hallándose en Roma visitó el Caccia. Un socio de este club, anciano de plateados cabellos, al verlo aislado en el bar, fue a él y le dijo:

—Discúlpeme, pero creo que es usted un visitante, y le ruego que me permita ofrecerle una copa—. En seguida, dirigiéndose al cantinero—: Una de mis especialidades para el caballero.

Empezaba sir Charles a darle las gracias al obsequioso italiano cuando este le dijo:

—Haré mi propia presentación: me llamo Borgia.

Charles Graves, entre cuyas obras históricas podemos citar *None But the Rich* y *Palace Extraordinary: The Story of St. James's*, es hermano del poeta Robert Graves.

Al decirle una tarde al secretario del Pratt un mozo de ese club que míster P. parecía haberse quedado dormido con la cara cubierta por un número de *The Times*, el secretario comentó:

—No veo que eso tenga nada de particular.



—Con perdón de usted, señor —explicó el mozo—, el *Times* tiene fecha de ayer.

El Portland, situado a dos pasos de la plaza de Berkeley, es entre todos los de Londres el club que cuenta con menos socios —apenas pasan de 100—; goza, en cambio, fama de ser para el naipe lo que el St. Andrews para el golf. Fue en el Portland donde, en 1894, se jugó por primera vez al *bridge* en Inglaterra. De vuelta en Londres después de una temporada en Cannes, estaba lord Brougham jugando al *whist* en el club cuando, al hacer el primer *rubber*, olvidó poner

Artez Westerley

BASE ASTRONACAR ARTEZ WESTERLEY
TRASLUCIDA, PRIMAVERAL, EXTRAORDINARIA

NUEVO CONCEPTO EN COLOR Y CALIDAD

Inimitables tonalidades iluminan el rostro destacando belleza y juventud. Traslúcida Base ASTRONACAR disimula manchas, arrugas e imperfecciones. Suaviza y protege contra sequedad y grietas.

No hay otra igual que oculte el ayer indiscreto, es como un susurro a través de sus mejillas, haciendo que hoy se vea más joven que ayer.

Maquillaje ideal aún con luz artificial para lucir una apariencia natural, aterciopelada, y no se altera.





BASE
astro
nacar



boca arriba la última carta, según lo exigía la costumbre. Como los otros tres jugadores se mostrasen extrañados, explicó lo ocurrido, diciéndoles: "Por un momento creí que la mesa era de *bridge*, el juego más interesante que conozco. Lo aprendí recientemente en Francia. Permítanme que les indique cómo se juega". Convinieron los otros en ello, y a poco de esto casi todos los socios se habían aficionado al flamante juego. No tardó el club en convertirse en centro de consulta para cuantas personas, así en Inglaterra como en otros países, deseaban aclarar cualquier punto acerca de las reglas del *bridge*.

Es costumbre en el Portland que a los candidatos a ingreso se les invite a jugar al *bridge* en presencia de los socios, constituidos en una especie de jurado calificador. En cierta ocasión, uno de los jugadores, que al parecer iba saliendo airoso de la prueba, se entusiasmó tanto al hacer el primer *rubber* que no pudo menos de estrechar efusivamente la mano de su compañero de juego. Esta extemporánea manifestación, reñida con las buenas maneras, fue su perdición. No habrían formado peor concepto de él si, estando a la mesa, se le ocurre ponerse a fumar un puro entre plato y plato.

El nombre del Carlton Junior indujo a error al grupo de niños alemanes que, deseando iniciar correspondencia con sus socios, les dirigieron una carta encabezada con

la siguiente expresión: "Estimadas muchachas y muchachos". En realidad, el club, fundado en 1864, es principalmente político. Hace poco, a su secretario, hombre ya entrado en años y en vísperas de retirarse de la vida pública, le preguntaron en qué pensaba emplear el tiempo, a lo que él respondió:

—Me desayunaré todos los días en la cama y haré que me lleven el *Daily Telegraph*. Leeré las necrologías, y si no está mi esquela me levantaré para seguir viviendo".

En el American Club, que en obsequio a sus socios estadounidenses sirve maíz en mazorca, picadillo de cecina y almejas redondas, se hace memoria de la ocasión en que, al pedirle a Jimmy Walker, alcalde de Nueva York, que tomase la palabra, se expresó en los siguientes términos:

—Como Napoleón le dijo a Josefina al entrar en su tocador: "No he venido a decir discursos".

Lord Goddard, decano del colegio de abogados y socio del Pratt, es hombre de agudo ingenio y gran catador de vinos tintos. En cierta ocasión invitó a un socio recién ingresado en el club a tomar una copa de oporto.

—Mil gracias, lord Goddard, tomaré una copita —dijo el invitado; a lo cual replicó lord Goddard:

—Nunca beba una copita, joven. Empezará a danzarle dentro y a buscar la manera de hacerle daño. Beba un vaso lleno, y verá qué bien

se le asienta en seguida y cómo le hace provecho.

En el círculo militar United Service Club, un joven capitán del 11º de Húsares solicitaba de su comandante, el conde de Cardigan, unos días de permiso. Como le fuera negado por dos veces, y en ambas con gesto desabrido, al insistir por tercera vez, añadió:

—Sucede, mi coronel, que he hecho ya arreglos para fugarme con la señora X.

—¡Mi *querido* oficial! —repuso a esto el conde—. ¡Haberlo dicho antes! Claro que se le concede ese permiso. ¡Es usted todo un húsar!

Cuentan que el filósofo Herbert Spencer estaba jugando una tarde al billar con un joven socio del Athenaeum y que, al perder partido tras partido, hizo este comentario: "La pericia en el billar se adquiere malgastando la juventud". Aunque el filósofo negó más adelante que él hubiese dicho tal cosa, el cuento era tan bueno que nadie quiso creer que no hubiera sido verdad tanta belleza.

El Athenaeum tiene fama de ser el club en que ha habido siempre más obispos y arzobispos. Un socio que después de haber buscado en vano su paraguas se resignó a darlo por perdido, dijo entre dientes:

—Esto sucede por permitir que entren aquí tantos obispos.

Los socios entrados en años les juegan a veces malas pasadas a los jóvenes. De uno llamado Odell cuentan que pidió prestadas cinco libras esterlinas a un joven el mismo día en que este ingresó en el club. Cuando, después de haber aguardado pacientemente seis meses, pidió el joven la devolución de las libras, el veterano Odell le dijo en son de reproche:

—Todavía no me las he terminado.

El deseo de que nos dejen en paz puede a veces llegar a la exageración. Así ocurrió la vez que, hallándose sentado a la mesa en el Reform Club el segundo conde de Russell, hermano de Bertrand Russell, se le acercó sir Hamar Greenwood y le dijo:

—¿Me permite que tome este asiento?

—Sí, con tal que se lo lleve con usted —respondió el conde.



Arte moderno

El pintor norteamericano Jasper Johns, que ha tenido gran éxito, cuenta que en su primera exposición una señora exclamó en voz bastante alta: "¡Ah, qué cuadro tan bello!" Otra que estaba a su lado comentó: "¡Ajá! ¿Entonces usted también es pariente?" —Leonard Lyons

Magnette ?... Sí, pero Magnette 1622

Es un producto de calidad de Industrias Kaiser Argentina

Sección de prensa

Del *"American"*, de Chicago

Valiosa fuente económica

En Francia, las personas de avanzada edad que desean seguir trabajando, por lo general pueden hacerlo así. Muchas de las grandes compañías francesas, en lugar de jubilar a sus empleados que cumplen los 65 años, los invitan a pasar a formar parte de "El Senado" o grupo de personas dispuestas a trabajar por un menor salario en las tareas menos pesadas. Por ejemplo, los "senadores" de las fábricas de automóviles Citroën y Renault reciben la mitad del sueldo que antes disfrutaban, a cambio de clasificar la correspondencia o de ayudar en trabajos de mantenimiento. En otras compañías colaboran en la preparación de encuestas, se encargan de los envíos, o sirven como guías, vigilantes, etcétera.

Dice un informe publicado en el órgano *France Actuelle*: "Es económicamente imposible alcanzar mejor nivel de vida si cada día es mayor el número de personas de edad avanzada que se ven obligadas a retirarse prematuramente de las actividades productivas de la sociedad. Si en la población de edad avanzada se restringe la capacidad para producir y consumir, y para participar en el pago de impuestos, aumentará proporcionalmente la carga que deben soportar los ciudadanos más jóvenes. Pero aparte los aspectos económicos de este problema, es de gran importancia para el bienestar físico y mental de los ancianos que se les conserve activos".

—R. P.

Del *"Listen News Service"*

El valor de los principios

Arthur Arundel, propietario de la emisora de radio WAVA, de Arlington (Virginia), ha demostrado que una estación emisora bien puede obtener utilidades sin poner en peligro la salud de la juventud del país. Desde que Arundel resolvió rechazar toda clase de anuncios de tabacos, ha adquirido tres estaciones más, así como un diario, y ha fundado un banco y una compañía de helicópteros gracias al éxito logrado con WAVA.

Aquella decisión se la inspiró a Arundel, en 1961, la vista de un grupo de chicos de ambos sexos, no mayores de 12 años, que estaban fumando cigarrillos mientras aguardaban el autobús. "¿Y a esto contribuyo yo?" se preguntó. Arun-

del inició entonces una campaña de propaganda en que satirizaba los anuncios de cigarrillos: "Acuérdense, muchachitos: todos los adolescentes despabilados saben fumar; si sus padres tratan de impedir que ustedes hagan otro tanto, háganles ver que deben ustedes fumar si quieren tener pulmones enfermos y dedos amarillentos como todos los demás".

Bien puede ser que la campaña emprendida por Arundel esté haciendo prosélitos. Durante 1964 cuatro emisoras de radio se han unido al escogido grupo de las que han optado por rechazar la propaganda en favor del tabaco. —E. A.

Del "*Herald Tribune*", de Nueva York

Fuerza unificadora

El verano pasado corrió por todo el mundo la noticia de que Luci Johnson, de 18 años de edad, se había convertido a la religión católica romana. Tal episodio habrá servido al mundo como recordatorio de que en los Estados Unidos hay tolerancia para todas las religiones, y de que en este país la autoridad paterna reconoce la libertad de creencias del individuo.

Si bien los conflictos religiosos son causa de divisiones en algunos países, en los últimos años la atención general se ha vuelto hacia las muchas cosas que todas las religiones tienen en común. El pasado mes de julio se anunció en Ginebra (Suiza), que la Iglesia Católica Romana y la Luterana habían convenido en establecer el "primer contacto oficial" que haya habido entre ambas en varios siglos. Dos meses antes la Iglesia Católica Romana inició una serie de conferencias con las iglesias Protestante, Anglicana y Ortodoxa; "encaminadas a obrar en común y a poner fin a cualquier rivalidad" entre las iglesias.

No es esta una nueva finalidad. Hace ya 25 años, en la India, Bhagavan Das, notable sabio hindú, estudió los orígenes de las semejanzas existentes entre las doctrinas judaico-cristianas y las antiguas religiones de Persia, Arabia y China, y comparó las enseñanzas de Moisés, Jesucristo, Mahoma, Buda, Confucio y otros maestros espirituales anteriores a estos. En casi todas esas religiones, el concepto dominante es el del Ser Supremo. El sabio concluía: "Mientras se enseñe a hombres y mujeres a creer que las religiones difieren en lo esencial, continuarán difiriendo y disputando, y derramando unos la sangre de otros. Si a todos se les lleva a comprender que todas las religiones, *en lo esencial*, son iguales y constituyen una sola, formarán ellos un solo ser y sentirán su común humanidad en el amor fraternal". —D. L.

felicite mejor...



ACIERTE EN LA PREFERENCIA D
LOS SUYOS, CON ALGUNAS DE E
TAS PRESENTACIONES: ESTUCH
"REYES MAGOS" CON 1 LOCION
2 JABONES - ESTUCHES DE 3 J
BONES: COLONIA, LAVANDA O PIN
ESTUCHE "SCOPE" CON 3 JABON
EXTRA PERFUMADOS: COLONIA, L
VANDA O PINO - ESTUCHE "FL
WING COLOR" CON 1 JABON Y
FCO. LOCION - ESTUCHE JABON D
AFEITAR EN BOL DE MADERA - D
CORADOS NAVIDEÑOS PARA FRA
COS DE 100 C.C. Y 200 C.C. D
LOCION COLONIA Y LAVANDA
CONJUNTOS DE 3 JABONES CO
TIPICAS GUIRNALDAS.

LANCASTER

EL REGALO MAS FELIZ

para hacer más feliz su navidad!

MENAJE

GAMUZA

¡Linea de distinción!



CUBIERTOS

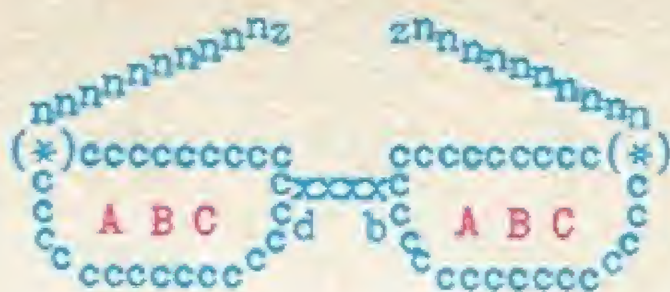
GAMUZA

Distinguen su mesa!





Son productos de Rómulo Ruffini & Cía. S. C. A. - Unicos Distribuidores Exclusivos: Manufacturas Gamuza S. C. A. y Gamuza S.C.A. - Avda. Córdoba 1365 - T. E. 42-1894 - Buenos Aires



Enriquezca su vocabulario

Por Carlos F. Mac Hale
Catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología

Si el sustantivo es la médula de la oración y el verbo su motor o dinamo, podríamos agregar que el adjetivo es la salsa que sazona la idea en ella expresada. Y esa salsa ha de usarse con sumo cuidado, pues la adjetivación es uno de los puntos más difíciles de la estilística. La imitación del uso de los grandes literatos es la mejor guía. A continuación van veinte de estas útiles palabras, y a la vuelta ilustramos su uso con citas de eminentes escritores.



1) **abstruso** — A: engorroso. B: muy obtuso. C: irrompible. D: de difícil comprensión.

2) **bisojo** — A: tuerto. B: bicorne. C: flojo. D: bizco.

3) **ciclópeo** — A: circular. B: en curva. C: en ciclo. D: enorme.

4) **cósmico** — A: relativo al cosmético. B: al universo. C: risible. D: picaresco.

5) **diserto** — A: que habla mucho. B: con discreción. C: con facilidad. D: sabiamente.

6) **egregio** — A: áspero. B: insigne. C: atildado. D: íntegro.

7) **extrínseco** — A: no esencial. B: no viable. C: no maduro. D: inefable.

8) **finchado** — A: sobado. B: regordete. C: emperifollado. D: vano.

9) **ingrávido** — A: ligero. B: inútil. C: serio. D: fútil.

10) **invicto** — A: impenetrable. B: inverosímil. C: siempre victorioso. D: impecable.

11) **longevo** — A: largo. B: viejo. C: alargado. D: medieval.

12) **mimoso** — A: parlero. B: mimético. C: embustero. D: regalón.

13) **nefario** — A: raro. B: malvado. C: lóbrego. D: infausto.

14) **plañidero** — A: doloroso. B: fogoso. C: airoso. D: lloroso.

15) **primigenio** — A: primer hijo. B: primo carnal. C: primitivo. D: primado.

16) **proficuo** — A: problemático. B: provechoso. C: proceloso. D: proverbial.

17) **roquero** — A: sin rocas. B: sobrepelliz. C: relativo a las rocas. D: rústico.

18) **sáfico** — A: dícese de cierto santo. B: de cierto poema. C: de cierto ser. D: de cierto verso.

19) **temerario** — A: peligroso. B: atrevido. C: miedoso. D: asustadizo.

20) **ubicuo** — A: vedado. B: evidente. C: omnipresente. D: mortuorio.

Respuestas a
"ENRIQUEZCA
SU VOCABULARIO"

(Véase la página anterior)

1) **abstruso** — D: de difícil comprensión. "Pero dejemos ahora este lado del asunto: es demasiado *abstruso*". (Ortega y Gasset)
2) **bisojo** — D: que padece estrabismo. "... galopaban las brujas capitaneadas por la madre diablesa, peluda y *bisoja*". (Linares Rivas)
3) **ciclópeo** — D: relativo a ciertas construcciones antiguas de enormes piedras / de gran tamaño. "... las ruinas *ciclópeas* de la región del Titicaca". (Zum Felde)
4) **cósmico** — B: perteneciente al *cosmos* (universo). "Al par de lo *cósmico*, lo humano vive en eterno movimiento". (José Ingenieros)
5) **diserto** — C: que habla con facilidad. Fig. "... el sutil ingenio, el copioso saber, la palabra *diserta*, la cláusula elegante". (Rafael María Carrasquilla)
6) **egregio** — B: insigne, ilustre. "Y bien desagradecido eres con esa *egregia* dama". (A. Ledesma Hernández)
7) **extrínseco** — A: externo, no esencial. "... no es una literaria arbitrariedad, una *extrínseca* convención, sino un acto de obediencia". (Eugenio d'Ors). *Extrínseco* es antónimo de *intrínseco*, íntimo, esencial.
8) **finchado** — D: vano, engreído. "... el médico Pérez, *finchado* y vanidoso, se paseaba por los arcos de la plaza". (Pío Baroja)
9) **ingrávido** — A: ligero y tenue. "... a éste (el espíritu) se le imagina como una cosa leve, difusa, vaga, *ingrávida*". (Enrique Molina)
10) **invicto** — C: no vencido nunca. ... si el señor licenciado supiera que por ese *invicto* brazo habían sido librados los galeotes". (Cervantes)
11) **longevo** — B: muy anciano. "... nos ofrece (el libro) curiosos datos de hombres *longevos* que sirven para demostrar la tesis". (Luis Martínez Kleiser)
12) **mimoso** — D: regalón. "Es tierno y *mimoso* (Platero), igual que un niño ..." (Juan Ramón Jiménez)
13) **nefario** — B: malvado. "... los déspotas lo oyeron, / y el cuchillo y el fuego a la defensa / en su diestra *nefaria* apercibieron". (Manuel José Quintana)
14) **plañidero** — D: lloroso. Fig. "Se adelanta *plañidera* / la carroza delantera". (José M. Eguren)
15) **primigenio** — C: primitivo. "Desde *Perlas negras*, desde *Místicas*, obras suyas (de Amado Nervo) *primigenias*, simpaticé con su suave ideología ..." (Rubén Darío)
16) **proficuo** — B: provechoso. Fig. "... la *proficua* sementera del gay decir". (Francisco J. Santamaría)
17) **roquero** — C: relativo a las rocas. "De aquel trozo de España, alto y *roquero*, / hoy traigo a ti, Guadalquivir florido, / una mata de áspero romero". (A. Machado)
18) **sáfico** — D: dícese de cierto verso de once sílabas. "He aquí un verso *sáfico* perfectamente regular: *Dulce vecino de la verde selva*". (Andrés Bello)
19) **temerario** — B: muy atrevido. "... / *temerarias* empresas memorables / que celebrarse con razón merecen". (Ercilla)
20) **ubicuo** — C: omnipresente, que está en todas partes. "El espíritu, en cambio, es *ubicuo* y eterno ..." (Ortega y Gasset)

Calificación

20 respuestas acertadas........sobresaliente
15 a 19 acertadas..........................notable
12 a 14 acertadas...........................bueno
9 a 11 acertadas...........................regular

Signal

tiene **ANTISEPTICO***

boca bien limpia... aliento más fresco!

SIGNAL no solo limpia muy bien los dientes sino, también, purifica toda la boca dejando el aliento realmente fresco! Luzca dientes bellísimos y limpios... use SIGNAL!



***HEXACLOROFENOL**

Las rayas rojas en la blanquísima pasta de SIGNAL señalan la presencia del HEXACLOROFENOL, moderno y activo antiséptico, de eficaz acción sobre los gérmenes causantes del mal aliento bucal!

CREMA DENTAL

Signal

COMBATE LAS CAUSAS DEL MAL ALIENTO BUCAL!

SIG-10

Enamórese de España

Desde las blancas playas mediterráneas a los montes nevados, descanse en los hoteles más modernos, diviértase en el ambiente más grato de Europa y goce de la incomparable hospitalidad de un pueblo que no lo recibe como turista sino como amigo. Vivirá como un rey por pocas pesetas. Y... ¿cómo se va a España?... **Por Iberia, donde únicamente el avión recibe más atenciones que usted.** Confíe en su flota de Jets DC-8 Turbo Fan, que lo llevarán en el vuelo más rápido, mientras disfruta el más típico ambiente español agasajado por bellas azafatas, con la comida y los vinos más famosos de España.



España . . .
el lugar donde ir



Iberia . . .
el medio de llegar

Informes y folletos en su Agencia de Viajes; en la Oficina Nacional Española del Turismo, Florida 753, Galerías Pacífico; o en IBERIA, Líneas Aéreas de España, Avda. Roque Sáenz Peña 947, Bs. Aires.

VUELE A ESPAÑA POR IBERIA

Instantáneas personales

El presidente Johnson suele pasearse por la Casa Blanca como si fuese el encargado de una gran tienda, o el detective de un hotel. Nadie sabe ni dónde ni a qué hora va a aparecer, ni lo que va a decir.

Un día se presentó de repente en el despacho de Malcolm Kilduff, que era uno de los secretarios auxiliares de prensa de la Casa Blanca. Al primer golpe de vista el Presidente notó que la mesa de trabajo del funcionario estaba limpia de papeles.

—Ojalá no tenga usted la mente tan vacía como su escritorio —comentó el gobernante, y acto seguido se retiró.

Durante varios días Kilduff mantuvo el escritorio lleno de papeles por si acaso recibía otra visita de sorpresa. Cuando esta llegó, el Presidente echó apenas un vistazo al montón de legajos y dijo:

—Es evidente que no puede usted con su trabajo. —W. T.

En su autobiografía, que lleva por título *Violonchelista*, Gregor Piatigorsky cuenta de una ocasión en que iba a ser solista en un concierto dirigido por Arturo Toscanini. "El maestro se paseaba por mi camarín", escribe, "donde yo había estado ensayando, y murmuraba:

"—No sirve usted para nada... ni yo tampoco.

"—¡Por favor, maestro —le imploré—, me va a poner más nervioso de lo que estoy!

"Pero cuando juntos subíamos al proscenio, Toscanini me susurró al oído:

"—No servimos para nada, pero los otros son peores. Así que ¡ánimo, *mio caro*!"

Thomas Dodd, senador por el Estado norteamericano de Connecticut, comentó una vez ante el Club de Prensa de Cleveland:

"Hablando de mí mismo he dicho varias veces que el Señor sabía lo que hacía al darme un metro con 70 de estatura, pues si me hubiera dado uno con 80, yo sería insoportable".

El almirante norteamericano William Raborn, jefe de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos, implantó la semana de seis días cuando su oficina estaba en el edificio de la Secretaría de la Defensa. Aun así, a veces trabajábamos horas extraordinarias. Una vez un subalterno se quejó de que no le alcanzaba el tiempo para hacer algunas diligencias urgentes del hogar. Raborn le aconsejó:

—Comprendo que ya no puede ir al mercado el sábado por la ma-

ñana. Emplee para ello la noche del jueves o, mejor aún, haga como yo y deje que su mujer se encargue de las compras. A eso se llama don de mando. —T. A. S.

ARTUR RUBINSTEIN, el pianista, y Michael Rubinstein, el banquero, vivieron una vez en la misma manzana, en París. Con alguna frecuencia le entregaban al uno cartas o telegramas destinados al otro.

Una vez se presentó Michael a visitar a Artur con un montón de telegramas.

—Estos son para usted —le dijo—; le agradecería que viniera a casa a explicar a mi mujer que la Luisa de Viena, la Ilsa de Praga, la Margarita de Budapest, etcétera, son amigas suyas y no mías.

Artur, abriendo una gaveta de su escritorio, descubrió una colección de telegramas que eran para Michael.

—Lo haré con mucho gusto —le dijo— si usted hace otro tanto por mí. Le ruego que le diga a mi mujer que los cinco millones de liras del Banco de Roma y los dos millones de libras esterlinas del Banco de Inglaterra son dinero suyo y no mío. —*Jewish Wit and Wisdom*, recopilado por Jacob Richman

EL CÉLEBRE cardiólogo Dr. Paul Dudley White, después de asistir a una reunión de la Sociedad Norteamericana de Cardiología, en Nueva York, se encontró con que tenía dos horas libres antes de tomar el avión de regreso a Boston y resolvió ir a pie hasta el aeropuerto de LaGuardia, a una distancia de 11 kilómetros.

Al llegar al puente de Queensboro, que no tiene aceras para peatones, paró un autobús y le pidió al chofer que lo dejara al otro lado.

—¿A qué distancia queda el aeropuerto de LaGuardia? —preguntó al apearse.

—A unos pocos minutos.

—No . . . pienso ir a pie.

—¡Nadie va a pie hasta allá! —exclamó el chofer.

Pero el Dr. White sí fue andando. Es partidario del ejercicio y practica lo que enseña. —Albert Bayer, en *The American Journal of Cardiology*



UN DÍA salía el actor Rudy Vallee después de la función de la tarde de un teatro de Broadway, donde se representaba la comedia musical de gran éxito *How to Succeed in Business Without Really Trying*, y se encontró en la puerta de los actores con una señora que llevaba de la mano a un niño. Esta se asombró al reconocer al tenor popular de su juventud. El muchacho, viendo la sorpresa de la madre, le preguntó:

—¿Quién es ese señor?

Vallee oyó lo que ella le contestaba:

—Es Rudy Vallee, que cantaba en el cine mudo. —F. J. M.



Así es la vida

Mi esposa compartía la habitación de un hospital con una señora de mucho mundo. La primera noche que pasó allí vio que le llevaban a su vecina una escudilla en la cual flotaba una sola rosa. Con ojos de espanto vio que la dama sacaba la flor y comenzaba a beber el líquido.

—No debería hacer eso —le aconsejó, creyendo que se trataba de una persona un poco desequilibrada.

La otra, sonriendo alegremente, le dijo:

—¿En qué otra forma podría enviarme mi marido el coctel de todas las noches? —D. C. M.

El día de Navidad por la mañana mi hermana abrió una caja grande obsequio de su marido. Adentro encontró una tarjeta que decía: "Felices Pascuas y Próspero Año Nuevo". Al romper una segunda envoltura halló otro paquete con otra tarjeta que decía; "Feliz cumpleaños"; y así fue encontrando otros sucesivos, cada cual con su tarjeta, en la que estaba escrito: "Feliz Pascua Florida", "Feliz día de la Madre". Al llegar al último, que iba marcado "Feliz aniversario de bodas", encontró el regalo, que era una magnífica estola de visón; adentro estaba la última tarjeta, que decía: "Y no recibirás otra cosa en todo el año, mujercita". —J. V. R

Un ganadero amigo mío usaba para todas las ocasiones sus botas de vaquero de tacón alto y caña repujada. Su hija, sin embargo, insistía en que, para su matrimonio, su padre llevase zapatos negros bajos. Acosado por una constante lluvia de súplicas de la joven y de amenazas de la madre, el vaquero al fin accedió.

Concluida la ceremonia, sin embargo, mi amigo se escapó unos instantes a un aposento apartado; allí se quitó los zapatos y se caló las magníficas botas negras con tacones de cinco centímetros. Luego salió a la calle por la puerta falsa y, con habilidad de viejo vaquero, ató al parachoques trasero del automóvil de los novios el par de zapatos que le habían hecho comprar para la ceremonia. Después subió precipitadamente la escalinata de la iglesia y logró reincorporarse al grupo precisamente en el momento en que los invitados felicitaban en la puerta a los recién casados. —L. E. G.

El vicepresidente de nuestro banco se oponía tenazmente a que se comprase una máquina de análisis de datos, por considerarla un gasto superfluo. No obstante, la junta directiva aprobó el proyecto


Cabellos...

...Cabellos que viven!

DOP

CHAMPUES FEMENINOS



DOP
Visón

Protege el color.
Los constituyentes del Aceite de Visón se fijan sobre el cabello dando protección al color.
Además, Dop Visón imparte una acariciante docilidad.

DOP
Tratante

Embellece el cabello.
La acción tratante de sus lipoides emolientes, brinda a los cabellos vaporosa flexibilidad y brillo.

DOP
Tonic

Tonifica el cabello.
Sus activantes esenciales y los principios biológicos del Extracto de Médula, otorgan al cabello nueva vitalidad y tersura.

L'OREAL DE PARIS

por mayoría de votos, y se hicieron los planes para la instalación. Cuando llegó la máquina se descubrió que algunas de sus piezas no cabían en el ascensor del banco.

—¿Qué hago para subir esto al tercer piso? —preguntó desconcertado el cargador que traía una de ellas.

—Enchufe usted la máquina —aconsejó el reacio vicepresidente— y deje que ella misma resuelva el enigma. — R. M. C.

A MI vecina, que iba pacíficamente en su automóvil, la detuvo una patrulla de la policía. De otro coche saltó un fotógrafo que le tomó una instantánea, mientras el agente del orden le entregaba una caja blanca.

—¡Felicidades, señora! —dijo el agente—: es usted la primera persona que recibe la orquídea de la Semana de la Seguridad. La hemos estado vigilando durante algún tiempo y deseo felicitarla por observar todas las reglas del tráfico.

Al día siguiente apareció su retrato en el periódico. El pie del grabado decía: "La señora parecía un tanto nerviosa al recibir la orquídea". El diario no exageraba; por el contrario, se quedaba corto: el permiso de conducir de mi vecina había caducado ¡y estaba conduciendo sin licencia! — H. W.





Qué bien le vendría a Papá Noel!

Con toda seguridad un Papá Noel ultramoderno elegiría el Chevrolet Super para hacer su "reparto" navideño. ¡Claro! Se trata de un trabajo delicado, que exige un coche como éste: veloz, dócil en la maniobra, libre de problemas mecánicos, confortable y generoso en baúl y espacio interior.

Además, nuestro Papá Noel podría elegir el Chevrolet de su preferencia dentro de una gama de suntuosos colores. Y podría disfrutar el brillo límpido e inalterable que brindan las nuevas pinturas de acabado acrílico adoptadas por General Motors. Y ahora ..., hablando de usted ..., ¿no cree que también le vendría muy bien un Chevrolet Super?

CHEVROLET *Super*



INFALTABLES
EN LA MESA FAMILIAR

CRIOLLITAS BAGLEY



Las cualidades de toda obra artística



POR ANTONIO

Bailarín español de fama mundial

LA DANZA es tal vez la más antigua de las artes teatrales.

El ser humano ha bailado desde tiempo inmemorial para expresar sus más hondas emociones y comunicar a sus semejantes, individual o colectivamente, lo que no puede expresarse con palabras. Amor y odio, alegría y tristeza, acción de gracias y lamentaciones: estos temas de la danza son tan universales como la misma vida.

Algunas personas creen que el baile flamenco es el único baile puramente español. Esto no es cierto; cada provincia española tiene docenas de bailes diferentes. Yo, que he sido bailarín toda mi vida, he tenido el honor de dar a conocer en muchos países algo de la cultura y el espíritu de nuestra tierra.

El Ballet Español que he organizado combina las formas clásicas con técnicas nuevas, totalmente españolas, tanto en espíritu como en estilo, basadas en mi propio conocimiento de todos los aspectos del baile español.

El ballet es un medio de relatar una historia. Para hacerlo por medio de la danza, y al mismo tiempo ofrecer a los bailarines, individualmente, una oportunidad de lucir su virtuosismo, debo concentrarme en cuatro cualidades: imaginación, sensibilidad, fuerza y control.

Pero, ¿no son estas cuatro cualidades las mismas que todos los artistas deben poner en su obra, sea que la expresen mediante el lienzo, la piedra, los instrumentos musicales o la palabra escrita?

Creo firmemente que sí, y al hacer esta afirmación pienso en un ejemplo mundialmente famoso en el campo de la palabra escrita.

La revista SELECCIONES DEL READER'S DIGEST es una antigua amiga mía; pero ahora, después de haber organizado mi propio Ballet "dramático", la veo con otros ojos, pues refleja las cuatro cualidades de una verdadera creación artística: sensibilidad, en la selección de interesantes artículos que gustan a todo el mundo; imaginación, en la forma de abordar los temas; fuerza, en el impacto que tienen sobre la mente y la personalidad del lector los artículos bien escritos, y control, por la manera cuidadosa con que se elimina lo superfluo, dejando intacto lo esencial.

Como un buen ballet, SELECCIONES cuenta sus historias con una cierta economía de palabras, pero con una buena dosis de gracia, belleza y contenido dramático.

Gusta en lo más intimo!



Elaborado por: ORANDI Y MASSERA S. A. I. C. - Lavalle 1646 - Buenos Ai

TOMO L
Nº 301

Selecciones del Reader's Digest

DICIEMBRE
de 1965

Condensaciones de artículos de interés permanente, coleccionadas en folleto

El sexto diamante

POR NORA PIPER

Durante el ajetreo de las compras navideñas en una joyería, una asustada joven aprende a conocer mejor al ser humano.

"¡MANEJAR yo diamantes!" tartamudeé. La sola idea resultaba abrumadora. Acababa yo de cumplir 17 años y de terminar la segunda enseñanza, y tenía en Richardson's Ltd. (la mejor joyería de la ciudad) mi primera colocación, la de vendedora durante la temporada de Navidad.

Pero el señor McPherson, jefe de personal, había hablado muy en serio al decirme:

—Lo ha hecho usted muy bien en la sección del piso bajo — en esa joyería llamaban, por eufemismo, sección del piso bajo al sótano, en el cual se dignaban la Richardson's venderle a la clientela menos favorecida por la fortuna joyas de similor y pulseras con un baño de oro—. En la sección de diamantes necesitan un sustituto. Preséntese allí mañana a primera hora.

Al darle esa noche la noticia, mi madre la recibió con un suspiro de congoja.

—¿Diamantes? —exclamó—. ¡Válgame Dios! En fin, menos mal que no han sido porcelanas. Los diamantes no se rompen.

Por ser bastante desmañada, era

yo la pesadilla de mi madre, que, sabiendo la facilidad con que se me escurría la vajilla de entre las manos, nunca me dejaba poner la mesa sino bajo su inmediata vigilancia.

—Bueno, hija, ten mucho cuidado —fue la última recomendación que me hizo en esa ocasión al darme las buenas noches con un beso.

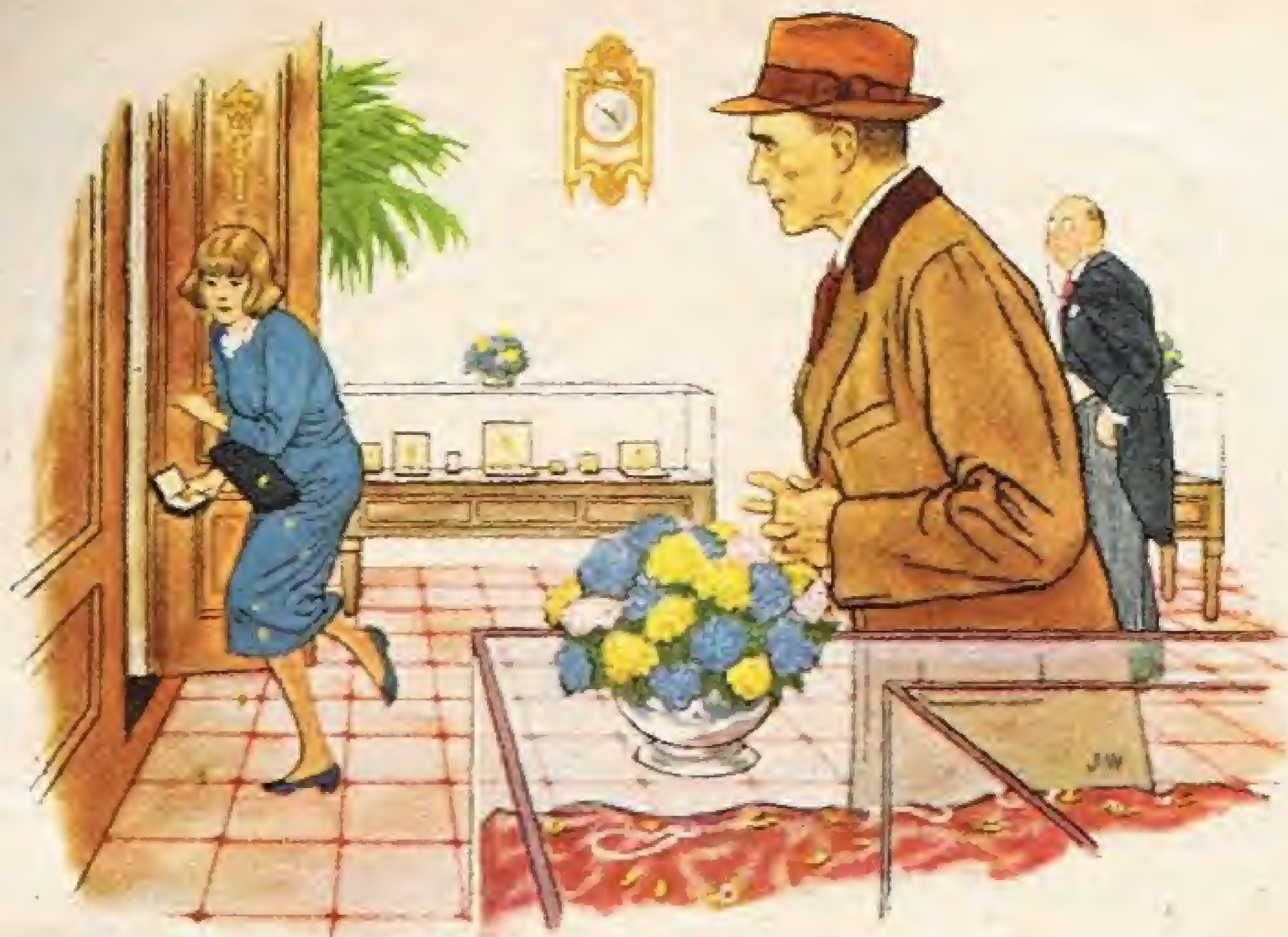
Para ambas encerraba mi empleo una importancia tremenda. Mi madre era viuda. Escasamente habíamos tenido con qué sostenernos en los años terribles de la crisis económica. Ahora, después de aprobar la segunda enseñanza, pasé los meses del verano y del otoño buscando de tienda en tienda y de oficina en oficina en las que no habían dado trabajo a personas más competentes que yo. Por último me emplearon en Richardson's, debido principalmente a lo bien presentada que iba con el traje azul marino que mi madre se apresuró a tenerme listo para la entrevista con el jefe de personal.

En el sótano, que pronto me acostumbré a llamar "sección del piso bajo", descubrí mi verdadera vocación. Nada importaban allí mi mala ortografía y mi falta de destreza manual. Lo importante era que yo hacía buenas ventas sin más que prestar atención a lo que hablaban los clientes y enterarme así de lo que realmente deseaban. Y ello me encantaba. A la semana de estar yo empleada, la jefa de la sección me felicitaba por mi buen desempeño. A la siguiente semana se despedía de mí con estas palabras:

—¿Sabe que es muy honrosa la distinción que le hacen? Por lo general, dejamos aquí a las empleadas provisionales y destinamos a las secciones del piso alto a las de puesto fijo. El señor McPherson necesita una empleada de buena presencia, lista y a la que no se le pasee el alma por el cuerpo.

A la sección de diamantes, corazón y centro nervioso de la casa Richardson's, correspondía el manejo tanto de las piedras preciosas como de las mejores entre las joyas de fantasía. Ocupaba todo un costado de la planta principal, en un extremo del cual había un gran escaparate. Inmediatos a este se hallaban los mostradores y vitrinas, y después de ellos dos salitas destinadas a la exhibición en privado de las joyas. Más allá quedaba el taller, y en último término el despacho con cuarterones de caoba, sanctasanctórum del mismísimo J. G. Richardson en persona.

Consistían mis obligaciones en limpiar y tener ordenada la mercancía, ayudar en el taller y, ante todo, en desempeñar las comisiones que se me daban. Una chica delgaducha y pálida llamada Mildred era mi compañera de trabajo en ese taller en que yo estaba pendiente del repiqueteo de los timbres. La llamada podía ser del señor Richardson para que una de nosotras fuese al entresuelo en que trabajaban los grabadores; o del



señor McCallum, el jefe de la sección, que nos necesitaba en la de pedidos por correo, situada en la "sección del piso bajo", o de la señorita Allan, ayudante del señor McCallum, para que sacásemos del escaparate el azafate de sortijas que debía mostrarles a sus clientes en una de las salitas.

Las llamadas a las salitas gozaban de prelación y debían atenderse inmediatamente. Al empleado que se hallaba con el cliente en alguna de las salitas le estaba prohibido retirarse de allí, ni aun para ir a buscar otras joyas. De esta manera el cliente sentía que era él objeto de constante atención de parte de la casa; y quedaba cumplido lo que realmente se proponía esta, que era, por supuesto, no dar ocasión a que algún cliente se echase una joya al bolsillo.

Estaba yo fascinada con mi trabajo. Me encantaba el amplio y lujoso local de la joyería; me sentía muy a gusto en las primeras horas de la mañana, cuando nos tocaba sacar las joyas de las vitrinas, cepillar los forros de terciopelo y de nuevo colocar todo en su lugar. El señor McCallum nos hablaba a veces del maravilloso zafiro de estrella, o nos explicaba en qué diferían los diamantes de facetas talladas en rectángulo de los de facetas talladas en la forma que llaman de esmeralda.

A medida que se acercaba la Nochebuena eran mayores la animación y la premura en la joyería. Lo único que me traía preocupada era que en el mes de enero me arrancarían de aquel rincón paradisiaco y tendría yo que reanudar mis tristes jornadas en busca de empleo. Tal era mi estado de ánimo cuando, milagrosamente, por

una frase oída aquí y otra pescada al vuelo más allá, empecé a creer que acaso no iba a sucederme lo que tanto temía. Y por fin una tarde oí que el señor Richardson le preguntaba al señor McCallum:

—¿Qué tal se porta la nueva auxiliar? Me gusta... Parece una personita simpática...

Solo alcancé a enterarme de parte de la respuesta del señor McCallum, que decía:

—Sí, es una buena chica. Casualmente estaba yo pensando en que convendría darle empleo permanente...

Pero no fue menester más para que ese día volviera yo a casa como unas pascuas.

Mal empezó para mí el día siguiente, y continuó peor de lo que había empezado. Por la mañana, al correr para alcanzar el tranvía, me salpiqué las medias de barro. La señorita Allan, cuya pasión por la pulcritud rayaba en manía, me mandó que fuese a comprarme otro par de medias. Cuando volví me esperaba una mala noticia: a Mildred le habían dado permiso para que se marchase a casa porque estaba con una jaqueca terrible. Faltaba apenas una semana para la Nochebuena, y el recargo de trabajo nos tenía a todos los empleados con los nervios de punta. Entre envolver lo que compraba la clientela, contestar llamadas y llevar los azafates que me pedían, todo ello sin darme punto de reposo, logré acabar felizmente gran parte de la jornada.

A las cuatro y media de la tarde llamó la señorita Allan desde la salita 2.

—El anillo de diamantes y esmeraldas que está en la última vitrina —me dijo.

Me dirigía a toda prisa hacia la salita No. 2 con la sortija pedida por la señorita Allan, cuando vi un hombre que estaba frente a las vitrinas del lado opuesto. Era alto, rubio, de unos 35 años de edad. Lo que me hizo detenerme y reparar en él, aun cuando debía correr al lado de la señorita Allan, fue la expresión de su semblante, que parecía suma y compendio de lo que reflejaba el semblante de muchas personas en aquella época aciaga: una expresión de amargura, de ira y desconcierto, propia del que se ve atrapado en conflictos en los cuales no ha tenido parte. En el bien cortado traje de franela, ya raído por el uso, y en el emblema universitario que lucía en la solapa, leí su historia. Era una entre los muchos miles de personas capacitadas para desempeñar empleos inexistentes a la sazón. Al detenerse en las rutilantes joyas, la mirada de ese hombre revelaba el desencanto del que se ha visto desposeído del derecho a ganar lo suficiente para adquirirlas.

Hubo en mí un súbito arranque de conmiseración; pero eran tantas mis ocupaciones que no tardé en olvidarme de aquel hombre.

A los pocos minutos de estar de vuelta en mi puesto, llamó de nuevo la señorita Allan.

—El broche que hace juego con el anillo —me dijo.

Y por la expresión de su rostro comprendí que agregaba: "¡Y date prisa, por Dios!"

¡El broche estaba en la parte delantera del escaparate! Para cogerlo, tuve que subir unos peldaños e inclinarme, con gran cuidado, por encima de las joyas que estaban en la parte de acá del escaparate. Cuando ya me echaba hacia atrás, toda nerviosa y apresurada, se me enganchó la manga en la esquina de un azafate en que había seis solitarios. El azafate se bamboleó. Aunque lo sujeté a tiempo, los seis magníficos anillos de diamante salieron rodando por el suelo.

El señor McCallum vino corriendo en mi ayuda, agitado y confuso. Se daba cuenta de lo que había sido aquel día para mí y no estaba disgustado conmigo.

—Recójalos pronto y vuélvalos a colocar en el azafate —me dijo.

Alcé los ojos para mirarlo por entre mis lágrimas mientras hincada de rodillas buscaba afanosamente los anillos.

—¡Ay, señor McCallum! —le dije—. La señorita Allan está esperándome. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Calma, criatura. Yo hablaré con la señorita Allan. ¡*Usted recoja esos anillos*!

Con frenética prisa recogí y coloqué en las ranuras del azafate cinco anillos. El sexto no parecía por más que lo buscaba. Imaginando que pudiera haber caído por la angosta abertura que mediaba entre el escaparate y la vitrina, di la vuelta al mostrador para ir a mirar en ese sitio. Tampoco estaba allí el anillo. En esto, con el rabillo del ojo, reparé en el hombre rubio del traje de franela. Estaba a pocos metros de la puerta de salida e iba deslizándose hacia ella. Instantáneamente nació en mí la certidumbre de que ese hombre había cogido el anillo, pues se hallaba en el único punto adonde la joya pudo haber rodado. Me acerqué a él cuando iba ya a abrir la puerta.

—Disculpe usted —le dije.

Se volvió a mirarme. Por un instante interminable quedamos en silencio, mientras yo imploraba del cielo la manera de salvar un porvenir que había creído tener asegurado. Dejar caer un azafate de anillos, por censurable que ello fuese, podrían disculparlo. Haber perdido un anillo no tendría perdón. El llamar la atención hacia este hombre, aunque mis sospechas resultaran ciertas, bien pudiera significar la pérdida de todas mis esperanzas.

—¿Qué desea usted? —me preguntó a tiempo que le corría por las mejillas un ligero temblor.

Lo que —estaba yo segura— había hecho aquel hombre podría ser la ruina para mí. Pero sentía yo instintivamente que él no entró en la joyería con intenciones de robar; tal vez había llegado buscando tan

solo un poco de calor y el recuerdo de épocas mejores. Sabía yo lo que es buscar empleo sin encontrarlo, y comprendía lo amargo que tenía que ser para un hombre estar viendo a otros que podían comprarse lujos mientras a él y a los suyos les faltaba lo indispensable.

—¿Qué desea usted? —me preguntó de nuevo.

De repente supe cómo responder. Siempre le había oído decir a mi madre que, en el fondo, la mayoría de las personas son buenas. Seguramente que este hombre no querría causarme daño. Miré hacia la calle, donde la niebla se arremolinaba.

—Este es mi primer empleo —dije al fin—. Y usted sabe lo escasos que andan ahora los empleos.

Me miró de hito en hito. Sonrió luego, y su sonrisa fue afable y comprensiva.

—Sí, ya lo creo; muy escasos —me contestó—. Pero a usted le irá bien en el que tiene, estoy seguro. ¡Buena suerte! Alargó la mano para estrechar la mía.

—Que a usted le acompañe —murmuré mientras él abría la puerta para desaparecer entre la niebla.

Me volví al escaparate y puse en su lugar el sexto diamante.



Humor casero

Hablando de una señora que gastaba el dinero con mayor rapidez de la que el marido lograba ganarlo, le decía una amiga a otra: —No hay que cortar tan gruesa la cáscara de una patata tan pequeña.

— *Republican*, de Toronto (Kansas)

Un capitán de navío, retirado, anunció que iba a ingresar en la Iglesia episcopal. Sus correligionarios le preguntaron:

—¿Cómo sabrás cuándo debes arrodillarte, sentarte o ponerte en pie?

—Me situaré a popa en la iglesia para bajar y subir con la marea —repuso el capitán.

— W. M. P.

Hicimos alto en una solitaria estación de gasolina en Misisipí y mi marido, que tiene 1,95 de estatura, se apeó para estirarse. Levantando los largos brazos sobre la cabeza, comenzó a desentumirse con movimientos rítmicos. El anciano que estaba llenando de combustible el tanque exclamó:

—¡Caray! Si hubiera crecido un poquito más, de seguro habría echado más ramas.

— M. C. W.

¿Se cierne una nueva revolución sobre la URSS?

Por Eugene Lyons

Según algunos observadores, en Rusia "se está acumulando una carga de vapor comprimido que solo puede acabar en explosión".

Dos encabezamientos que aparecieron hace poco en la prensa han provocado excepcional interés entre quienes siguen de cerca los acontecimientos de la órbita comunista. Uno de ellos era el de un artículo publicado en la sección de C. L. Sulzberger en el *Times* de Nueva York, el cual preguntaba: "¿Tercera revolución en Rusia?"; el otro, aparecido en la revista *U. S. News & World Report*, decía: "¿Se avecina una rebelión en la Unión Soviética?"

Estas alusiones al posible derrocamiento del régimen comunista en la URSS tienen ribetes de sensacionalismo. Desde el año 1956, por lo menos, la política del mundo libre se basa en la premisa de que el gobierno comunista de Rusia es estable, y por tanto su meta principal ha sido el alivio de las tensiones o la acomodación al Kremlin. Sin embargo, las dudas acerca de tal estabilidad se apoyan en dos testimonios de origen muy diverso, pero igualmente autorizados.

El artículo de Sulzberger se apoyaba en las conclusiones del Dr. Mijailo Mijailov, profesor universitario de Yugoslavia, de 30 años de edad, conclusiones a que llegó tras de intensas investigaciones en la Rusia soviética durante el verano de 1964. Mijailov, yugoslavo hijo de emigrados rusos, no tenía en contra de él la barrera del idioma y pudo penetrar profundamente en la vida y en el pensamiento soviéticos.

El país, según sus conclusiones, está "en el umbral de cambios inmensos" que equivaldrían a una "tercera revolución". (Las dos pri-

meras ocurrieron en marzo y en noviembre de 1917.) El Partido y los funcionarios del Estado (el régimen comunista, dicho en pocas palabras) probablemente no podrán sobrevivir a las coacciones cada vez más fuertes que sobre ellos ejercen distintos sectores en favor de la libertad política e intelectual. "La Unión Soviética se está apartando en estos momentos de Asia para acercarse a Europa, marchando hacia la democracia".

La revista *U. S. News & World Report* reprodujo una detallada entrevista con el coronel Michel Garder, notable especialista francés en asuntos rusos, y la apoyó en despachos recibidos de sus corresponsales en las capitales europeas. Garder presta sus servicios en el Instituto Francés de Estudios Estratégicos, es profesor en la Escuela Francesa de Guerra y autor de obras de historia del Ejército Rojo y de la guerra germano-soviética. El coronel no solo está convencido de que la caída de la oligarquía moscovita es inevitable, sino que se atreve a señalar la fecha en que habrá de suceder: "hacia 1970".

"Lo que vemos hoy en Rusia", declaró Garder, "es un proceso que, en mi opinión, se podría comparar muy bien con el cáncer generalizado del cuerpo humano. Desde la muerte de Stalin hemos visto constantes síntomas de esta enfermedad fatal, aunque la mayor parte de la gente no les haya prestado mucha atención. Ahora estamos en presencia de lo que llamo la agonía del régimen marxista-leninista de Rusia".

El choque del proceso evolutivo. Aunque estas predicciones solo representan el punto de vista de una minoría, es significativo que dos autoridades de tan diferente formación intelectual coincidan en prever tal revolución. La revista *U. S. News & World Report* resume en una frase concisa los comentarios que sus corresponsales recogieron de otros especialistas europeos: "Se dice que se está acumulando una carga de vapor comprimido que solo puede acabar en explosión, en un punto o en otro".

En su afán de reducir la presión, los gobernantes comunistas han recurrido a varios expedientes, como la introducción de métodos e incentivos del mercado libre en su economía planeada, y cierta relajación, aquí y allá, de la intervención oficial en el arte y el pensamiento. Sin embargo, estas medidas resultan insuficientes. Es más, tienden a agravar el problema porque descubren las fallas inherentes al comunismo. La libertad, aun en pequeñas dosis, es capaz de embriagar a la gente, pues los ciudadanos, lejos de agradecer los pequeños favores recibidos, exigen cada vez más.

El Kremlin ha oscilado entre el

EUGENE LYONS, uno de los principales redactores del READER'S DIGEST, fue corresponsal de prensa en la URSS durante seis años. Es autor de *Assignment in Utopia*, *Our Secret Allies* y otros libros notables acerca de la Rusia soviética y del comunismo mundial.

"deshielo" y la "congelación", es decir, entre los métodos severos y los benévolos; pero el espacio en que ha de maniobrar está estrictamente limitado por su ideología misma y su necesidad de conservar el monopolio del poder. Todos sus intentos de reformar la agricultura, por ejemplo, fracasan porque continúa en pie el sistema de *koljós* o granjas colectivas. Al cabo de 37 años de aplicar este sistema, los campesinos (casi el 50 por ciento de la población de la URSS) siguen abiertamente hostiles a este tipo de feudalismo del Estado. Labran con diligencia sus "parcelitas privadas", que dan al país aproximadamente la mitad de los productos lácteos, la carne, las frutas y las hortalizas que consume, pero en las granjas colectivas trabajan lo menos posible.

En la mal llamada "liberación" puesta en práctica en estos últimos años, no se ha dado al pueblo ni una pizca de poder. Los ciudadanos soviéticos, especialmente los jóvenes instruidos, están conscientes de que la limitada libertad de expresión que se les ha concedido carece de sentido mientras la dictadura monopolice diarios y revistas, emisoras de radio y televisión y, desde luego, todo el sistema de instrucción pública.

Al parecer, pues, resulta falsa cualquier esperanza de que se opere una evolución paulatina y pacífica del sistema soviético hacia un estado más parecido al de la sociedad normal. Además, esa esperanza se alimenta de una triste equivocación respecto a la naturaleza del totalitarismo. Más pronto o más tarde el proceso evolutivo habrá de chocar contra la muralla del monopolio del poder. Para salvar esta barrera será necesario dar al pueblo la facultad de elegir libremente a sus gobernantes (con el voto u otros procedimientos) y eso señalaría el fin de la actual autocracia.

Materias inflamables. Naturalmente, por muy lógicas que parezcan las predicciones de un colapso del régimen soviético, tenemos que tomarlas con reservas; la historia no es lógica. Pero tampoco se deben desoír a la ligera; las revoluciones siempre se han creído "imposibles" hasta que ocurrieron.

Lo más que un Mijailov, un Garder o un estudioso cualquiera puede afirmar es que existe en la URSS un *potencial* revolucionario. En el libro que escribí con este tema —*Nuestro aliado secreto: el pueblo ruso**— poco después de la desaparición de Stalin, decía: "No hay fuego ahora, pero se han acumulado montones de materias inflamables suficientes para desatar una conflagración en el momento en que los acontecimientos, interiores o exteriores, hagan saltar la chispa".

La tesis del libro era que la Rusia soviética ha vivido desde 1917 en un estado de "guerra civil permanente" entre los gobernantes y los gobernados. Fueron batallas de esa guerra la obligada colectivi-

*Condensado en SELECCIONES de agosto de 1954.

zación de la tierra, colectivización en que perecieron millones de personas; las terribles purgas de sangre; la eliminación, durante la segunda guerra mundial y después de ella, de multitudes de pretendidos enemigos del régimen.

Desde entonces la "guerra civil", en formas siempre nuevas, se ha venido agravando y haciéndose más visible; la pila de materias inflamables ha crecido. Se abandonaron los tipos más brutales de terror, pero la máquina terrorista se conserva intacta. Se desmantelaron los antiguos campos de concentración, pero prevalece el destierro en masa a las "colonias de trabajo" de Siberia y otras partes. La mala situación económica continúa, y en algunos aspectos es desastrosa. Ya no se ha vuelto a oír la jactanciosa promesa soviética, tan repetida antes, de "superar a los Estados Unidos" en la producción de artículos de consumo y de otra índole. El Kremlin, por el contrario, busca ávidamente el comercio con Occidente para remediar las graves deficiencias de la industria rusa. El país está sumido aún en graves crisis agrícolas.

Además, en el pueblo hay un espíritu de oposición cada vez más acentuado. La generación de posguerra no se deja intimidar. El Dr. Mijailov oyó, en los pasillos de la Universidad de Moscú, que los jóvenes, desafiantes, cantaban en voz alta las canciones condenadas por el régimen y entonadas en las cárceles y en los campos de concentración. "A pesar de que los amenazan constantemente con enviarlos a las colonias de trabajo durante un año o dos, los estudiantes lo discuten todo abiertamente", escribe Mijailov. Hay muchas pruebas de una nueva y valiente resolución de afirmar la propia individualidad sin temor al peligro.

Frente a las repetidas instancias oficiales, entreveradas de amenazas, los escritores soviéticos se obstinan en producir obras que, directa o indirectamente, ponen en tela de juicio los dogmas comunistas y acusan al régimen. La popularidad de los escritores está en relación casi directa con su valor político. Una de las figuras de la literatura soviética contemporánea, Alexsandr Solzhenitsin, alcanzó gran favor del público por haber descrito francamente los horrores de los campos de concentración soviéticos.

Ni uno solo de los genuinos intelectuales de Rusia se considera hoy marxista-leninista, según informes del Dr. Mijailov. No hay que subestimar el espíritu levantisco de la *intelligentsia*. "El fermento literario está bajo la superficie, pero no por eso es menos importante que el económico", escribía hace dos años en el *Times* de Nueva York (después de hacer una visita a Rusia) Max Frankel, veterano corresponsal en Moscú. "Es en realidad una agitación política cuyos dirigentes son escritores y poetas".

Magia perdida. La dictadura soviética nunca ha logrado lo que llaman "legitimidad" las autorida-

dos en ciencias políticas; esto es, que no puede contar con la adhesión espontánea de sus súbditos. El gobierno se dedica siempre a fomentar algo que en las sociedades normales se da por descontado: la lealtad al sistema existente. Aunque alcanza ya el final de su quinto decenio de poder absoluto, el régimen tiene que emplear todavía un millón de "agitadores" que dedican todo su tiempo a convencer al pueblo de la bondad del sistema. Y estos agitadores están cada vez más a la defensiva, intimidados por las burlas de sus oyentes.

Además, escribe el Dr. Mijailov, la ideología comunista, "el tejido que hasta aquí fue tan cohesivo, se ha desintegrado". Donde hubo antes entusiasmo, hay ahora hastío; donde hubo idealismo, hoy solo existe el deseo de vivir mejor.

Falto de aceptación popular, el despotismo, para poder sobrevivir, tiene que aplicar el terror físico y mental. Así sobrevivió el comunismo en la época de Stalin. Actualmente los nuevos gobernantes confiesan, ellos mismos, que el proselitismo ha perdido toda eficacia, y temen, al parecer, arriesgarse a volver a echar mano del terror policiaco empleado anteriormente. Dudan de que la nación acepte los viejos procedimientos sin rebelarse.

Acto de equilibrio. El Kremlin sólo puede contemporizar haciendo concesiones y reformas que siempre resultan insuficientes, y que incluso pueden empeorar el descontento y la resistencia. Al mismo tiempo ha de hacer frente a la oposición de los países satélites a los dictados de Moscú, a las herejías que proliferan entre los comunistas de dentro y de fuera de la órbita rusa, y a la guerra a muerte que le hace China roja por la primacía en el comunismo mundial. Hasta cuándo podrá el Kremlin mantener el equilibrio sin sufrir una terrible sacudida, está por verse.

Si hay una nueva revolución (y debemos recalcar este *si*) ¿qué forma tomará?

El coronel Garder espera una revolución desde arriba: un levantamiento palaciego, en el cual los elementos que representan a los técnicos y a la clase directriz se desembarazarán de los políticos comunistas.

Para mí, el tipo de revolución más probable sería un alzamiento popular como el que estalló en Hungría en 1956. Cierto es que quizá no haya fuerzas organizadas contra el régimen, conspiradores clandestinos a la antigua, o caudillos prestos a asumir su dirección. Sin embargo, tampoco había nada de esto en Hungría.

La rebelión húngara empezó en forma de protestas moderadas, y acabó por convertirse en una insurrección en gran escala. Fue una especie de combustión espontánea. Irrumpieron en la superficie todos los odios y esperanzas reprimidos. Salieron sus jefes de entre las filas de las fuerzas armadas, de los grupos de prisioneros políticos libe-

rados y del mismo partido comunista. Y esta explosiva revolución triunfó en seguida y rotundamente. Si la aplastaron, fue porque la represión vino de afuera.

Es probable que Hungría haya dado la pauta para las revoluciones contra los modernos Estados totalitarios. Cuando llega el momento, no importa el poderío del ejército. Las tropas, y aun los oficiales, dejan de ser soldados; se unen a la población civil y vuelven sus armas contra el gobierno.

Si se concede que Mijailov y Garder están en lo cierto y que hay un potencial revolucionario en la Rusia soviética, se plantearán graves cuestiones a la política de las potencias democráticas. ¿Conviene acaso a sus intereses y a la causa de la libertad que ayuden a la asediada dictadura de Moscú contra sus súbditos rebeldes?

Eso es, sin embargo, lo que hacen los países demócratas cuando, para no "irritar" a los amos del Kremlin, le restan vigor a la propaganda enviada a la URSS. Es lo que hacen también cuando les envían ayuda y comercian con ellos. Al contribuir con alimentos, tales países ayudan a la derrota de los campesinos en su histórica lucha contra el feudalismo estatal. La misma lógica es aplicable siempre que otras naciones acuden a salvar al Kremlin de las consecuencias del espejismo comunista.

Si hay una "guerra civil permanente", ¿puede el mundo libre permitirse el lujo de seguir neutral, o lo que es peor, de aliarse con los amos contra los esclavos? En estos últimos años los hombres de Estado norteamericanos han querido valerse de "zonas de interés común" con el Kremlin. Pero si existe, como es verosímil, un potencial revolucionario, hay ya vastas zonas de interés común listas para valerse de ellas... no en sociedad con el Kremlin, sino con sus descontentos súbditos.

Si desea reimpresiones de este artículo vea la página 38



El mundo se encoge

El ex-embajador norteamericano en Nueva Zelandia, Anthony Akers, ha estado echando discursos en que defiende la política de los Estados Unidos en Vietnam. Una de las observaciones que invariablemente le hacen es que ese país está "al otro lado del mundo", demasiado lejano para ser de la incumbencia de los estadounidenses. A eso responde Akers: "En efecto, Vietnam queda al otro lado del mundo... más o menos en el lugar donde los astronautas norteamericanos comienzan a aplicar los frenos para poder aterrizar frente a la Florida".

— Leonard Lyons

Cosas sorprendentes y maravillosas ocurren a los que mantienen abiertos los oídos y la mente

El arte de saber escuchar

POR JAMES NATHAN MILLER

Condensado de "Empire"

VISITANDO recientemente la sección dedicada a los monos en un parque zoológico, me invadió la extraña sensación de que en alguna parte, y no hacía mucho, me había visto en medio de una escena muy parecida a esta.

¿Dónde? Cerré los ojos para absorber el ambiente que me rodeaba: el calor sofocante de un recinto cerrado, la multitud apiñada, el incesante parloteo de los monos, todos gritando a un tiempo, sin que ninguno prestara atención, sin que ninguno escuchara...

¡Sin que ninguno escuchara! ¡Eso era! Recordé la fiesta que dieron los vecinos la semana anterior: la sala atestada, la charla a voces, rápida, sin que nadie dijera realmente nada ni nadie escuchara tampoco.

Con tal proceder los monos nada pierden, pero en el caso de las personas es distinto. Cierto conocido analista de la opinión pública ha hecho un estudio en que llega a la conclusión de que el dejar de escucharnos unos a otros es tanto causa como síntoma de algunos de nuestros más serios problemas personales. "Todo el mundo habla sin hacerse oír: los padres a los hijos, las madres a las hijas, los maestros a los alumnos". A menudo la conversación no pasa de ser un ejercicio de emulación, en que la primera persona que respire es la que pierde el turno de hablar.

Pues bien, es mucho lo que con ello nos perdemos. La conversación verdadera es una de las más agradables y provechosas actividades mentales: como el estudio, es fuen-

te de información; como los viajes, dilata nuestros horizontes; como la amistad, nutre nuestro espíritu. Exige, eso sí, que alternemos de buen grado los papeles y hablemos y escuchemos por turno; y exige también que de cuando en cuando ambos interlocutores hagan ciertas "pausas digestivas".

Mas en nuestra conversación de hoy (especie de ping-pong verbal) no hay tales pausas ni intervalos entre el que termina de decir algo y el que, escuchando al parecer, espera en realidad impaciente el momento de meter su cuchara. Apenas concedemos a nuestra mente oportunidad para el proceso esencial de asimilar lo que recibe y organizar lo que debe responder. Toda pausa en la conversación nos parece embarazosa y la consideramos como peligrosa indicación de que la gente se aburre o de que se le han agotado los temas. Todo el mundo se precipita entonces a llenar aquel vacío, y la carrera para tomar la palabra se convierte en verdadera arrebatiña.

El que observe a los que parecen "escuchar" en una reunión, a menudo percibirá su impaciencia. Se parecen a mi perrito perdiguero cuando lanzo lejos un palo para que vaya a buscarlo al mismo tiempo que le ordeno: "¡Quieto!" Se queda el pobre rígido como una estatua, pero el hocico y las patas traseras le tiemblan de impaciencia, y al grito de "¡Anda!" sale disparado como un proyectil. ¡Cuántas veces he visto la misma expresión de mi perro en los rostros de las personas que "escuchan"!

No es de extrañar, pues, que tantas conversaciones se vayan al traste o que salten de uno a otro tema y vuelvan sobre sí mismas, tan a tontas y a locas como el conejillo que escapa a campo traviesa. Como nadie pone atención a la sustancia de lo que se dice, la sustancia acaba por perderse.

Últimamente me he propuesto analizar las conversaciones y la manera como cambian en ellas los temas. En un caso logré reconstruir los pensamientos que estaban en la mente de dos oyentes, a quienes llamaré "Y" y "Z", mientras hablaba "A". Las cosas se desarrollaron así:

A: —Es algo muy interesante. Después de centenares de años, durante los cuales el mayor misterio ha envuelto al posible significado de aquellos absurdos montones de piedra que apilaron los druidas en Stonehenge, un profesor de la Sorbona lo ha descubierto al fin.

Z (Para sí): "Druidas. Civilizaciones antiguas. Muy bien. Les contaré algo de mi viaje a Asia".

Y (Para sí): "La Sorbona está en París. Contaré lo que nos ocurrió a Enrique y a mí cuando discutimos con la policía en la plaza de la Estrella".

En efecto. En cuanto A se calló para tomar resuello y hubo medio segundo de pausa, Y y Z se precipitaron a cerrar la brecha. Z le ganó a Y la delantera.

—Sí —dijo—, esas antiguas civi-

[illegible]ciones son misteriosas de veras. El año pasado, cuando Margarita y yo estuvimos en Camboya, visitamos Angkor Vat y...

¡Y adelante! De Camboya se pasó a un monólogo sobre la excelencia del servicio postal en Francia, por fin al incidente de la plaza de la Estrella... y así, interminablemente, durante toda la velada.

En realidad, para que la conversación tenga sentido lo único que se necesita es escuchar con atención, y un oyente atento no tiene que ser más inteligente que las demás personas; comprende, eso sí, que una verdadera conversación constituye una oportunidad de aprender algo unos de otros y acerca de unos y otros. De este hecho básico se desprenden ciertas reglas de conversación que la mayoría de los buenos oyentes siguen consciente o inconscientemente.

Primera: No hay ninguna conversación inútil si sabe uno lo que debe escuchar. El buen escuchador no siempre está atento a lo que su interlocutor cree estar diciendo, sino a veces a lo que las personas revelan inconscientemente sobre sí mismas cuando hablan. Así aquel puede sacar provecho de una conversación aunque el otro sólo diga necedades. También hay ocasiones en que quien escucha descubre, en una conversación por lo demás aburrida, manifestaciones inconscientes que le brindan amplias e interesantes perspectivas.

Por ejemplo, el invierno pasado, durante un viaje en avión, iba a mi lado un individuo que me habló sin cesar de su negocio de lámparas fluorescentes. Yo le prestaba poca atención mientras él me explicaba sus problemas con los comerciantes en ferretería y los fabricantes de aparatos eléctricos, pero de pronto capté su fugaz referencia a un producto de poca importancia que le estaba costando trabajo vender: una lámpara para cultivar flores dentro de casa, sin sol.

Como muchas veces he tratado de cultivar plantas en la ventana de la sala de mi casa y nunca he tenido éxito, le pregunté acerca de su lámpara. Me enteré de que él también era jardinero entusiasta y durante el resto del viaje disertó, con gran placer y provecho de mi parte, sobre invernáculos caseros. Tanto aprendí oyéndole, que esta primavera logré al fin cultivar mis propias plantas de semilla.

Segunda: El signo de interrogación es más poderoso que el de admiración. El buen escuchador no teme mostrarse ignorante haciendo preguntas; y las preguntas son el hálito que da vida a la conversación.

En mi propia experiencia de periodista he descubierto que quizá el instrumento más poderoso para hacer que la conversación tenga sentido es la sencilla pregunta: "¿Por ejemplo?" Da a entender al que habla que nos interesamos por lo que está diciendo, y al mismo tiempo lo estimula para pasar de las generalidades superficiales a los casos determinados e ilustrativos.

Así llevado al terreno de lo concreto, suele contar muchísimas anécdotas de las cuales él mismo ha sido protagonista y que pueden iluminar el tema más oscuro.

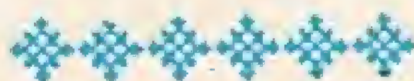
Equivale todo esto a decir que quien escucha tiene que orientar a menudo la conversación; y eso ocurre porque la mayoría de nosotros no pensamos con claridad mientras hablamos y, de no ayudarnos los que nos rodean, nos enredamos en nuestras propias palabras.

El lector lo habrá visto muchísimas veces. Empieza alguno con una afirmación clara y vigorosa, como por ejemplo: "Me parece que a esa tesis se le pueden hacer tres objeciones básicas". Todos esperamos oír esas tres objeciones, mas él se complica de tal modo en la primera, que su mente se hunde en un pantano de desorganización verbal y jamás llega a la segunda y menos a la tercera.

Un buen escuchador puede ayudarnos a salvar esta dificultad. Durante varios años he venido discutiendo con una dama sobre la calidad de la enseñanza que se da en la escuela de nuestro barrio, y caemos invariablemente en trivialidades. La otra noche, sin embargo, oí a la señora discutir con uno de los maestros, hombre que sabe escuchar. Cuando ella se metía en un callejón sin salida, refiriéndose, por ejemplo, al trato que el profesor de gimnasia había dado a su hijito la semana pasada, él le hacía una sencilla pregunta que la obligaba a tornar al tema original. Al verlo escuchar hábilmente lo que la señora decía, comprendí por primera vez cuáles eran los argumentos básicos que ella sostenía... y caí de pronto en que yo también estaba de acuerdo con ellos.

Lo fundamental de la conversación es que constituye una sociedad, no una rivalidad. Póngase al más hábil y mejor informado conversador frente a una persona que no sepa escuchar, y será como querer hacer rebotar una pelota contra una almohada de plumas. Por el contrario, sométase a un mediocre y "pesado" conversador al suave y estimulante sondeo de un buen escuchador, y es posible que aquel revele poseer tesoros de interés e información que nadie se había tomado el trabajo de descubrir.

El que sabe escuchar, el que no considera la conversación como simple ejercicio de imposición ególatra, contribuye grandemente al arte de la verdadera conversación... y al placer de los que le rodean.



J. B. Priestley: Siempre que visito una exposición de obras de arte me entra el deseo vehemente de gritar a los espectadores que miran con aire solemne: "¡No andéis de puntillas! ¡Divertíos! ¡Hallad algún deleite en este lugar, o largaos a otra parte!"

A través de la nieve, el hielo y las tinieblas de la noche, los participantes luchan para completar el circuito señalado . . . y pocos lo consiguen.

La más dura prueba para autos y conductores

POR JAMES STEWART-GORDON

A LAS cuatro de la madrugada de una noche de enero, helada y sin estrellas, miles de espectadores se apretujaban contra las verjas de las Barracas del Duque de York, en Londres. Dentro se alineaban largas filas de coches cuyos motores arrancaban entre rugidos y explosiones. Alrededor de los vehículos había reflectores, cámaras de televisión, muchachas de largas piernas enfundadas en pantalones ajustados, y hombres con gruesas chaquetas de lana y aire intrépido, como el de los pilotos que se disponen a saltar a sus aviones para entrar en combate.

Después, a la señal dada con una bandera británica, fueron arrancando estrepitosamente, con intervalos de un minuto, los 49 automóviles que partían de Londres para competir en el *rally* de Montecarlo de 1965, la prueba anual más extraordinaria del mundo en lo que toca a velocidad de los vehículos, pericia de los conductores y resistencia humana y mecánica. Ciento quince kilómetros más allá, en Dover, los competidores se apelotonarían a bordo del vapor en que iban a cruzar el canal de la Mancha y en donde tomarían una taza de té, mientras los llevaban a Francia para terminar la carrera.

Otros 188 coches participantes repetían la escena de salida en ocho ciudades más: Estocolmo, Atenas, Lisboa, París, Francfort. Montecarlo, Varsovia y Minsk. Los

primeros automóviles habían arrancado de Estocolmo la tarde anterior; el último grupo saldría de Montecarlo ya avanzado el día. Para que todos los contendientes recorrieran un itinerario igualmente difícil, los organizadores del *rally* habían trazado rutas con distancias de 403 a 454 kilómetros desde todos los puntos de partida. Los corredores que venían de muy lejos seguían caminos bastante directos hacia su destino: Montecarlo. Los demás siguieron una maraña de carreteras en torno al perímetro de Francia.

Al cabo de tres días solamente llegaron a Montecarlo, dentro del límite de tiempo establecido, 35 de los 237 automóviles que tomaron la salida en representación de 22 naciones. Los acostumbrados ventarrones, los chubascos, la nieve y el hielo de la ruta habían cobrado su tributo. Ni siquiera los finalistas estaban ilesos. Uno de ellos, que conducía a 110 kilómetros por hora, se fue marcha atrás por una cuesta hasta que logró por fin dominar el vehículo. Otro patinó en una curva, pegó contra una roca y se le torcieron las ruedas a tal extremo que, en adelante, en las partes más agrestes de los Alpes Marítimos, tuvo que maniobrar como un funámbulo con una pierna rota. Los que no llegaron dejaron sus coches y sus esperanzas tirados en la carretera.

A los 35 afortunados finalistas les faltaba aún el último esfuerzo para que se decidiera el ganador de la Gran Copa: una carrera de 610 kilómetros por las montañas cercanas. Solamente 22 lograron superar esta última prueba de nervios, destreza y velocidad. El vencedor de 1965, Timo Makinen, finlandés de 26 años que corría en un automóvil inglés, triunfó por su maestría para conducir sobre el hielo. Gracias a que utilizó ocho neumáticos de repuesto, Makinen pudo tomar como un relámpago las curvas en forma de U, pisando el acelerador hasta el fondo y frenando al mismo tiempo. Así llevaba su coche patinando por la curva a la velocidad máxima.

La tercera en llegar a la meta fue la señora Pat Moss Carlsson, hermana del as Stirling Moss y una de las nueve mujeres que corrieron en el *rally*. Compitiendo con 236 corredores de los más grandes del mundo, Pat demostró que era mejor que 234 de ellos. Eso hizo que comentara otra dama participante: "Si alguien duda que las mujeres conducen tan bien como los hombres, ahí tenemos la hazaña de Pat, que pone punto final a cualquier discusión".

El *rally* automovilístico de Montecarlo está patrocinado por el Automóvil Club de Mónaco desde hace 54 años, y solo se ha interrumpido durante las dos guerras mundiales. Abierto lo mismo a corredores profesionales y aficionados, es una prueba de resistencia, una carrera sobre los caminos más difíciles del mundo y un trayecto donde se prueban los dispositivos de seguridad y los

perfeccionamientos mecánicos. El *rally* ha influido considerablemente en todas las fases de la ingeniería del automóvil. Muchas de las mejoras introducidas en los coches de serie nacieron en esta competición.

Tomemos por ejemplo los faros contra la niebla, que es uno de los peligros principales del *rally*. En los primeros años del decenio de 1930 el gran corredor francés Louis Chiron (actualmente uno de los organizadores de la competición) encontró la forma de resolver el problema. Comprendió que la luz de los faros se reflejaba en las gotitas de vapor de agua que forman la niebla, y buscó la manera de difundir el haz luminoso. Para ello tomó un diario que llevaba en su coche y pegó una de las hojas en los faros. Como la hoja era amarilla, el rayo filtrado por el papel cuando Chiron encendió las luces, taladró la niebla sin producir apenas reflexión. Desde entonces se emplean en todo el mundo los faros amarillos contra la niebla.

A Chiron se deben también otros perfeccionamientos automovilísticos, y todos se le ocurrieron cuando tuvo que vencer algún obstáculo para llegar a Montecarlo. Cegado en una ocasión por el hielo que le cubrió el parabrisas durante una tormenta en Escandinavia, Chiron adquirió un tubo flexible de aspiradora, colocó un extremo en el motor de su coche e introdujo el otro dentro, apuntándolo contra el cristal. Cuando puso en marcha el motor, el aire caliente que salía de él desempañó el parabrisas... y así nació el descongelador.

Antes de la segunda guerra mundial, Chiron, que inició la competición en Oslo, se fijó cómo cruzaban los autos de carrera noruegos sobre un lago helado. Descubrió que las cubiertas de los neumáticos estaban claveteadas para que no patinaran, y las cámaras iban protegidas por una capa de refuerzo, de caucho, a fin de que no las perforaran los clavos. Así pues, llevó un juego de neumáticos al herrero de la localidad para que les pusiera tachuelas. El éxito que tuvo en el *rally* con los nuevos neumáticos llamó la atención de los fabricantes, que los perfeccionaron para crear el neumático claveteado, hoy de uso general. Louis Chiron dice: "Si alguna innovación da buen resultado en el *rally*, antes de un año se estará fabricando en serie".

La mayor parte de las marcas que compiten son modelos comerciales modificados. Los fabricantes toman un coche de serie, lo desarman totalmente y lo vuelven a armar (después de ajustar de nuevo las piezas con la precisión que se usa en los relojes suizos), uniendo las partes de tal modo que se parecerá poco al modelo original. Además, los fabricantes contratan corredores profesionales y equipos formados hasta por 50 mecánicos especialmente adiestrados, y los colocan a lo largo de la ruta para

que presten auxilio a los coches en caso de avería.

A pesar de tan formidables preparativos de los profesionales, los competidores aficionados siguen haciendo intentos. Si son socios de los clubs automovilísticos reconocidos y pueden pagar los 150 dólares que cuesta la inscripción, y si poseen un coche que no tenga más de cuatro años, podrán solicitar y obtener permiso para correr en la competición. Pero sus probabilidades de ganar son remotas. En los diez años últimos todos los corredores que entraron en los cinco primeros lugares eran profesionales.

Los corredores profesionales tienen una reputación que cuidar; el aficionado puede ser mucho menos previsor. Hace varios años, un negociante de Birmingham se pasó tres días y tres noches luchando sin tregua para llegar a Montecarlo, y se encontró no solamente con que había alcanzado la meta, sino también con que estaba entre los finalistas que debían competir en la última etapa de la prueba para la Gran Copa. Se alineó al lado de los otros corredores, metió bruscamente la primera velocidad cuando bajaron la bandera, oprimió el acelerador y salió rugiendo... no hacia las montañas, sino hacia el Casino, a medio kilómetro del punto de partida. Allí detuvo su coche y se bajó, y mientras pasaban los demás participantes que venían detrás, él entró a jugar a la ruleta, donde ganó el equivalente de 3000 dólares.

En la organización del *rally*, el Automóvil Club de Mónaco une la habilidad, el planeamiento diabólico y el conocimiento práctico de los obstáculos que se van poniendo. Como el objeto de la carrera es someter la destreza humana y la resistencia mecánica a la prueba más severa posible, el director general y sus colaboradores planean el itinerario meses antes de que se celebre la carrera. No solamente deben elegir carreteras que exijan toda la habilidad de los conductores, sino que deben escoger zonas en las que sea razonable esperar condiciones meteorológicas que aseguren el feliz resultado del *rally*; esto es, que los corredores encuentren nieve y hielo. "Un *rally* sin nieve", dice René Cotton, jefe del equipo francés de la fábrica Citroën, "es como una regata de veleros sin viento".

Para el recorrido de los primeros 3000 kilómetros, más o menos, se fijan límites de velocidad. Esto significa que los contendientes tendrán tiempos máximos y tiempos mínimos para recorrer la distancia que separa a los diversos puntos de control. Así se evita que los conductores de coches con excepcional potencia aprovechen su velocidad para acumular una ventaja de tiempo.

En Chambery (Francia), empieza la segunda etapa. De Chambery a Mónaco hay 815 kilómetros por terreno que parece una hoja de papel arrugado, tapizado de nieve, cubierto generosamente con hielo

envuelto a menudo por las nubes en sus puntos más altos. Aquí la velocidad es lo principal, puesto que los conductores tienen un poco más de 14 horas para recorrer la distancia. Los 120 primeros coches que lleguen a Mónaco —si es que llegan tantos— participarán en la prueba final, en el reparto de copas y en los honores.

La etapa final, que empieza 34 horas después de que han llegado a Mónaco los primeros coches, se inicia a las 7 de la noche. Es una competición de velocidad y de nervios. La carretera va por estrechos y sombríos desfiladeros, cada uno de ellos con sus especiales y terribles dificultades. Desde Col de Castillon, por una estrecha y sinuosa carretera entallada directamente en las laderas de las montañas, no hay parada hasta las alturas nevadas de 1700 metros del Col de Turini. Lanzados a la carrera sin más consideraciones, los corredores se exponen a peligros que no puede arrostrar el conductor normal. A veces sobreviene la tragedia, y a veces la farsa.

Hace varios años, al entrar en una curva especialmente pronunciada, Tommy Wisdom, decano de los corredores, patinó cuando quiso frenar. El coche se salió de la carretera y fue a parar en el techo de otro automóvil. Haciendo un esfuerzo para expresarse en su mejor francés, Wisdom exclamó:

—Créame usted que lo siento muchísimo.

—No se preocupe, amigo —le contestó en inglés una voz cordial, salida de entre la nieve—. En realidad, tenemos aquí otro compañero; su coche está debajo del mío.

Aunque podría pensarse que los automóviles con motores más poderosos serán siempre los ganadores, la realidad no es esa. El coche muy potente puede tener ventajas en los llanos o cuesta arriba, pero la pericia del conductor de los vehículos más pequeños al tomar las curvas, al esquivar los bloques de hielo o los inesperados manchones de nieve, compensa con creces la diferencia. Por ejemplo, uno de los *rallies* más perfectos que se corrieron hasta ahora, fue el de 1962, en el cual Eric Carlsson venció con un menudo Saab de tres cilindros a los monstruos cinco veces más potentes que competían con él. Lo logró por su destreza y por el perfecto conocimiento de su vehículo.

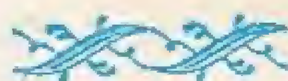
El *rally* termina a las 9:30 de la mañana, catorce horas y media después del comienzo de la última etapa de la prueba. Más tarde, por la noche de ese mismo día, se anuncian oficialmente los resultados, y los corredores, libres ya de la tensión a que estuvieron sometidos durante la última semana, se solazan entre borbotones de champaña. Al vencedor lo abruman con felicitaciones, y el ambiente es una mezcla del que reina en el carnaval de Nueva Orleáns, en el día del Derby de Kentucky y en la víspera de Año Nuevo.

Sin embargo, tan pronto como termina "el Monte", los competidores que no se dan por vencidos empiezan a pensar en la prueba siguiente. Cuando llegó a Montecarlo en 1965 Paddy Hopkirk, ganador del *rally* de 1964, venía castigado por la nieve, azotado por la lluvia y fustigado por la helada. Salió del coche tambaleándose, y con labios entumecidos por la fatiga articuló dificultosamente estas exclamaciones:

—¡Todo el recorrido estuvo infernal! ¡Fue estupendo! ¡El más formidable *rally* que he corrido en mi vida!

A su lado, otro corredor asintió con la cabeza y comentó:

—Esperemos que el año próximo las condiciones atmosféricas sean peores.



Conocedor

Cuenta Robert Fontaine en su libro de recuerdos, *The Happy Time*, una anécdota de su tío Desmonde Este dijo una vez que en su última cena en la Tierra le gustaría beber los mejores vinos, acompañado por las seis muchachas más bellas del Canadá, vestidas sin más ropa que unas medias negras de malla, guantes largos y sombreros de anchas alas.

—¿Le parece a usted que eso será una cosa buena o mala? —le preguntó el padre de Robert a un sacerdote, el padre Sebastián.

—Todo depende —repuso el padre Sebastián— de los vinos que se escojan.

— S. S.

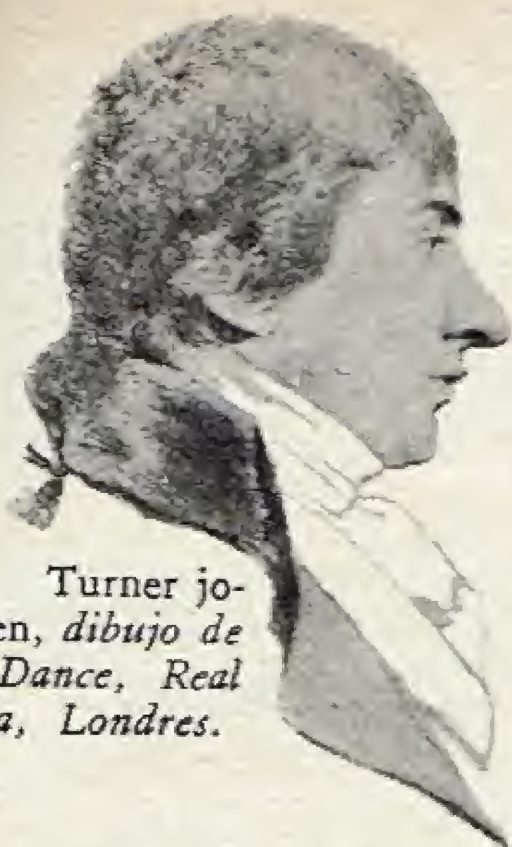
¡Ay, qué tiempos aquellos!

En el siglo XVIII se propuso en Inglaterra la siguiente ley: "Toda mujer, sea cual fuere su edad, rango, profesión o situación; ya sea doncella, soltera o viuda, que seduzca o por artes y mañas empuje a casarse con ella a cualquiera de los súbditos de Su Majestad, valiéndose de perfumes, pinturas, afeites, lociones, dientes o pelo postizos, rellenos para el cabello, miriñaques, sostenes de metal, tacones altos, o polisones, incurrirá en las penas que prescribe la ley vigente contra la brujería y delitos similares y, de ser juzgada culpable, el matrimonio será nulo".

— *House and Garden*

De *The Home Cookbook* (El libro de la cocina casera), publicado en el Canadá en 1877: "Para restablecer a la víctima de un rayo, désele una ducha de agua fría durante dos horas. Si el paciente no da señales de vida, póngasele sal al agua y prolónguese el tratamiento durante una hora más".

— M. W.



Turner joven, *dibujo de George Dance, Real Academia, Londres.*

De la belleza hizo su fortuna

Por George Kent

William Turner, quizá el más grande pintor de Inglaterra, lo mismo creaba incomparables obras de arte que regateaba como un mercader.

VINO al mundo en 1775 en una oscura y sórdida calle de Londres cercana a los cobertizos y a las carretillas del mercado de Covent Garden. Su padre era barbero; su madre murió en un manicomio. Los años hicieron de él un hombrecillo rechoncho, de nariz ganchuda y barbilla sumida. Con los años fue también el más brillante de los pintores ingleses; acaso el príncipe de los paisajistas.

Por espacio de unos 60 años Joseph Mallord William Turner estuvo casi diariamente, de sol a sol, lápiz o pincel en mano. Sus óleos, acuarelas, aguafuertes y dibujos dan un total de 25.000 obras. Al morir a los 76 años de edad, en

Venecia, Dogana y San Giorgio Maggiore, *Galería Nacional de Arte, Washington.*

1851, dejó 140.000 libras esterlinas en bonos, dos casas en Londres y la colección de sus propios cuadros. Personalidad paradójica, era a un mismo tiempo el artista creador de belleza y el individuo que, al parecer, vivía únicamente para el dinero.

De estatura inferior a la normal, falto de ilustración, desaliñado en el vestir, de modales toscos, solamente una cualidad tenía en su abono: el talento para la pintura. A cultivar esa sola cualidad dedicó la enorme energía de que estaba dotado, para compensar así sus otras deficiencias. Y ni siquiera en esto encontró llano el camino. "Trate de sacar de él un latonero o un zapatero remendón; porque lo que es para pintor no sirve", dijo al padre del muchacho un profesor de la escuela de bellas artes.

Muy niño aún dio Turner muestras de su vocación para la pintura al dibujar con tiza en las paredes figuras de polluelos. Cuando empezó a copiar las ilustraciones de las revistas, su padre colgaba a la entrada de la barbería esos dibujos para ofrecerlos en venta por unos pocos chelines. Como hubo compradores, el joven dibujante, que tenía entonces 12 años de edad, cayó pronto en la cuenta de que el arte produce dinero.

Al cabo de un año de haber ingresado en la escuela de la Real Academia de Bellas Artes, cuando tenía 14 de edad, era ya un cumplido dibujante. En aquella época, anterior a la de la difusión de la fotografía, los dibujos tenían gran demanda, y el joven Turner supo aprovecharla. Con el morral a la espalda dióse a recorrer kilómetros y kilómetros de campiña en busca de abadías, castillos e históricas fincas solariegas de las que tomar apuntes. Los dibujos que de todo ello hizo, notables por la fidelidad al original y la pulcritud de la eje-





Naufragio, *Galería Tate, Londres*

cución, sirvieron en muchas ocasiones para grabados que se destinaban a almanaques o a ilustrar narraciones de viajes.

Los dueños de grandes propiedades le pidieron copias de sus palacios; los arquitectos le encargaron dar color a la parte de sus proyectos correspondiente a las perspectivas. En cierta ocasión, al llevar a cabo uno de estos últimos encargos, en vez de usar únicamente el gris —según era lo acostumbrado— en la representación de las ventanas del edificio, las coloreó como si estuviese dando en ellas la luz. No le pareció al arquitecto que valía gran cosa esta innovación, en la cual se revelaba lo que habría de ser la nota dominante del



La batalla de Trafalgar, *Galería Tate, Londres*

Incendio del Parlamento, *Museo de Arte, Filadelfia*

estilo de Turner: la luz en la incontable variedad de sus irradiaciones.

Trabajó en la copia de cuadros a razón de tres chelines y seis peniques por cada sesión, que le ocupaba las primeras horas de la noche; dio clases de dibujo y pintura por las que cobraba siete chelines y seis peniques. La costumbre de hablar entre dientes, y lo escaso de su vocabulario, restó eficacia a su enseñanza. Esto al menos opinó uno de los discípulos cuando dijo que nada había aprendido con él. Pero sostenido Turner por sus dos grandes pasiones —la pintura y el dinero— trabajó sin tregua, en esto o en aquello, día tras día, desde el amanecer hasta avanzada la noche.

Al poco tiempo casi no daba abasto a cumplir con el crecido número de dibujos que le encargaban. Hasta muy cerca del día de su muerte estuvo trabajando en ilustraciones destinadas a las obras de Byron, Walter Scott y otros grandes escritores. Las ilustraciones se vendían también por separado. Millones de ellas pasaron a todos los países de la Europa continental; en la misma Inglaterra, no hubo sala de recibo, posada o edificio público en que no adornase las paredes, cuando menos, un Turner. Esto fue el origen de la fortuna del pintor.

Poco es lo que sabemos de su vida privada. Parece que, de joven, se enamoró de la hermana de un amigo a la cual dio palabra de matrimonio. Durante el noviazgo hubo de emprender un viaje de larga duración. Aunque por lo escaso de su educación literaria era para él una tortura expresarse por escrito, había prometido a la novia escribirle con frecuencia. La madrastra de la joven, que era opuesta a las relaciones con Turner, interceptó, según cuentan algunos, las cartas. En todo caso, al volver él de ese viaje su prometida se había casado con un hombre cuya situación económica era superior a la de William Turner. Tan honda huella dejó en este lo acontecido, que nunca volvió a pensar en contraer matrimonio.

A los 21 años de edad expone Turner por primera vez en la Real Academia una obra suya, el lienzo *Pescadores en la mar*, que es recibido con general aplauso. Cuenta sólo 27 años cuando lo eligen miembro de la Real Academia, distinción rara vez alcanzada por jóvenes de esa edad. A los 35 años es, por unánime consenso, el primer paisajista de Inglaterra, pese a haber tenido por rivales en ese campo a pintores de la talla de Constable.

No menos asombrosa que la capacidad de Turner para el trabajo era para sus rivales lo extraordinario de la memoria visual que poseía. Cierta vez él y un amigo estaban admirando el espectáculo que ofrecía una tempestad: "¿No te parece maravilloso?" exclamó Turner. Dos años después, al trasladar al lienzo lo que habían visto aquel día, lo hizo con absoluta fi-

delidad, como si aún hubiese tenido delante los negros nubarrones, los árboles doblegados por el viento, el cárdeno zigzaguear de los relámpagos, en suma, todo, hasta el más leve pormenor.

Sir Kenneth Clark, director que fue de la Galería Nacional de Londres, cuenta que a una señora que viajaba en el mismo coche del tren en que iba Turner le sorprendió que este sacase de pronto la cabeza por la ventanilla, permaneciese asomado unos minutos, a pesar de que llovía torrencialmente, y al retirarse chorreándole agua la cara se estuviese por un cuarto de hora inmóvil en su asiento y con los ojos cerrados. Picada de curiosidad, la señora se asomó a su vez a la ventanilla. Meses después de esto, al visitar una exposición de la Real Academia, notó la señora con gran sorpresa que uno de los cuadros, *Lluvia, vapor y velocidad*, correspondía exactamente al paisaje visto por ella en aquel viaje por tren. Oyó en esto que alguien decía a su espalda: "¿Habrá quien crea que ha existido un paisaje tan disparatado?" A lo cual replicó ella sonriente: "Sí, yo; porque *lo he visto*".

Al llegar a los 50 años pudo Turner darse el lujo de ejercitar el pincel únicamente en obras que fuesen de su agrado. De entonces en adelante sus cuadros tienen toques más ligeros y vívidos. En los paisajes no detalla los objetos, los insinúa apenas, con lo que valdría llamar una especie de tumultuosa taquigrafía del colorido. Le entusiasma el fuego por lo escarlata de sus llamaradas; las nubes tempestuosas y el mar encolerizado, por el dramatismo. Algunos de sus cuadros son tan amorfos que le es preciso a él indicar cuál es la parte de arriba y cuál la de abajo, para que, al colgarlos, no vayan a quedar al revés. Pinta Turner —dice Hazlitt— el caos que existió antes que Dios juntase las aguas y creara al hombre.

Ahora bien, al general y constante aplauso con que hasta entonces habían recibido sus obras sucedieron críticas acerbas. "Jabonaduras y enjabelgado", dijo un crítico que parecía el admirable cuadro *Ventisca*. Verse tratado de esa manera agrió el carácter del pintor. Amarrado al mástil de un barco había presenciado él la borrasca de viento y nieve que representó en su cuadro. "Debían haber estado allá", dijo de sus censores.

Siguió pintando según su leal saber y entender. Se volvió más huraño y duro de trato, aunque no para con sus amigos, que siempre lo hallaron blando de corazón. "Jamás le oí expresarse mal de ninguno de sus colegas, ni ponerles tachas a las obras de otros", dice John Ruskin.

En una exposición de pinturas habían colocado un esplendoroso lienzo de Turner en medio de dos cuadros de su amigo sir Thomas Lawrence. Temió sir Thomas que el contraste con el cuadro de Turner perjudicase a los suyos,

de factura más suave. Al otro día, al volver a la exposición, notó que el lienzo de Turner había cobrado un extraño tinte pardusco. "Es sólo negro de humo. Se le quitará en concluyendo la exposición", le explicó Turner. Era él quien había oscurecido adrede su propio cuadro a fin de facilitar el mayor lucimiento de los de su amigo.

Hasta en cuestiones de dinero supo mostrarse generoso. A un amigo que quedó arruinado le prestó 20.000 libras esterlinas. Legó toda su fortuna para que se fundase una institución en que hallaran socorro artistas ancianos y necesitados. Si esto no se cumplió fue porque debido a la mala redacción del testamento, los parientes de Turner, a los que él nunca quiso, lograron que la última voluntad del pintor quedase burlada.

Al lado de los rasgos de generosidad hay, sin embargo, otra faz de su carácter. "Tiene en la palma de la mano comezón de dinero; y en los dedos, ingenio", escribía de él sir Walter Scott. "Nada hace sin ganancia; y por la ganancia haría cualquier cosa". Después de haberle vendido al marqués de Stafford en 250 guineas el cuadro *Barcas pescadoras*, Turner quedó descontento con ese precio, y escribió al marqués no menos de una docena de cartas para cobrarle el marco de ese cuadro.

Pese a su apego al dinero le disgustaba deshacerse de sus pinturas. "Son mis hijos" decía. Cuandoquiera subastaban alguna de sus obras era seguro que Turner fuese a recobrar, por compra, aquel hijo suyo. Pagó 490 guineas por *Sol naciente asomando en la bruma* y 140 por *La Herrería*, que había vendido en 350 y 100 guineas, respectivamente.

Hoy más que nunca alcanza pleno reconocimiento la gloria de William Turner. Los cuadros que en vida del pintor ridiculizaron los críticos figuran hoy entre lo mejor de su obra. Hace 20 años podía adquirirse un Turner por 3000 libras esterlinas; ese mismo lienzo costaría hoy 30.000.

En sus últimos años el genial y achaparrado pintor tenía que ayudarse de un bastón para andar. Perdió la dentadura; padecía de gota y de dispepsia. Su alimento principal era leche mezclada con ron. Acabó por quedar reducido al sillón de ruedas. De mala gana convino en llamar al médico. Cuando le dijo que sólo le quedaban pocas horas de vida, sonrió y repuso: "Baje a la sala, doctor, y sírvase un jerez. Puede que así cambie usted de parecer". Poco después, perdida la vista en el paisaje de su querido Támesis, y sintiendo en el rostro la caricia del sol, murió William Turner.



Tomarse un día libre es fácil; reponerlo es imposible. —C. F. C.

No domina el hombre a la Naturaleza en esta tierra mágica y hostil, pero sí le arranca muchos de sus secretos.

La Antártida, colosal nevera del planeta

POR IRA WOLFERT

EXPLORAR continentes ha sido de antiguo empresa acometida por el hombre. Pero jamás se le había deparado la ocasión de llevarla a cabo como lo está haciendo hoy en la Antártida. Doce naciones ratificaron en 1961 el tratado que reserva por el término de 30 años para fines de investigación científica ese vasto continente polar. Consecuencia de ello es el intenso programa de exploración y estudio que, en forma ininterrumpida, se lleva a cabo en la Antártida; programa rayano en lo fantástico; único en la historia de las exploraciones.

Y la región en que se efectúa es tierra de asombro. Casi dos veces más extensa que los Estados Unidos, en mitad de ella queda el polo sur, chata superficie de hielo sobre la cual extiende la nieve su inexpresiva blancura. En el resto de la Antártida hay, sin embargo, montañas cuyas cimas surgen de entre hielos y nieves como dientes de una sierra gigantesca; hay, asimismo, un lago cubierto de helada costra de tres metros y medio de espesor, en el fondo del cual registra el termómetro 27 grados centígrados; hielos de visos morados y verdes; un volcán en actividad coronado de humoso penacho; criaderos de pingüinos formados por miles, a veces por cientos de miles de estas aves. Hubo ocasiones en que al reflejarse con desconcertante fidelidad el cielo del poniente en la nevada extensión por la que yo iba andando, envuelto en esa fantasma-

górica realidad, me parecía que no iba por la superficie de la tierra, sino por aquel cielo crepuscular. En otras ocasiones, la frialdad del aire trocaba el vaho de mi respiración en menudísimos cristales de hielo que semejaban una lluvia de diamantes.

Según datos oficiales, la temperatura más baja observada en el mundo fue registrada en una base rusa de la Antártida: 88 grados centígrados bajo cero. La media mínima anual del polo sur es 48,2 grados centígrados bajo cero. En gran parte del resto del continente es de 40 grados centígrados bajo cero, y hasta inferior la mayor parte del tiempo. "Es la más fascinadora nevera del mundo", dice de la Antártida un científico.

Aterrizajes arriesgados y despegues apresurados. El más vasto de los programas que llevan a cabo en la Antártida varias naciones es el de los Estados Unidos. Más de 3200 estadounidenses —entre geólogos, biólogos, meteorologistas, ficólogos, glaciólogos, cartógrafos, buzos de escafandra autónoma— han trabajado en la Antártida o cerca de ella durante la temporada de 1964 a 1965 con un costo de unos 27 millones de dolares; siete de ellos los aportó la Fundación Norteamericana de Ciencias, y 20 la Armada de los Estados Unidos para la Operación Congeladora, a la que corresponde atender al acantonamiento, trasportes y demás aspectos prácticos, o sea, a la logística del programa.

Cuando el tiempo lo permite, no pasa día sin que los aviones y helicópteros ayuden activamente al trabajo de los científicos. No es raro que 12 de estos aparatos estén en el aire al mismo tiempo, ya para trasportar provisiones al polo sur, ya en operaciones de aerofotometría o de reconocimiento de terrenos nunca hollados por el hombre, en los cuales hacen arriesgados y breves aterrizajes, bien para dejar, bien para tomar gente.

"En nuestros aterrizajes", explicaba el teniente de navío Bert Johnson mientras maniobraba el avión para efectuarlo, "tocamos tierra a fin de reconocer si el sitio es seguro, y levantamos otra vez el vuelo más que de prisa, si no lo es".

Pingüinos con trasmisores de radio. De octubre a marzo, cuando la luz dura las 24 horas del día, la Armada trabaja sin interrupción, en equipos que se relevan cada 12 horas. Una vez, a las dos de la mañana, con un sol espléndido, la base estadounidense de abastecimiento cercana al estrecho de McMurdo era ejemplo típico de extraordinarias y diversas actividades. Una excavadora de acarreo (combinación de excavadora y camión de oruga) avanzaba pesadamente con su cargamento de nieve que, una vez derretida, serviría para el suministro de agua. Seguía a la excavadora un tractor que llevaba a remolque una larga hilera de trineos con materiales para las casas destinadas a durar 30 años, que se estaban construyendo en McMurdo

a fin de remplazar las viviendas de madera contrachapada y lona a las que se recurrió cuando la exploración de la Antártida era una empresa incierta. La central nuclear dará a estas casas alumbrado eléctrico y calefacción. Para el servicio de agua, tanto fría como caliente, un sistema de bombas y de cañerías tendidas bajo el hielo llevará a las casas agua de mar previamente desalada. Para la conservación de los alimentos sin riesgo de que se congelen, las casas estarán provistas de... refrigeradoras.

En McMurdo, Arthur DeVries, de la Universidad de Stanford, se disponía a pescar peces para estudiar su metabolismo. Para ello, después de asegurar el extremo de una red a un arnés que le había puesto a una foca, zambulló a esta en un agujero de la costra de hielo. Cuando la foca asomó por el hoyo más cercano —distante unos 400 metros— y le quitaron el arnés, DeVries acababa de llevar a cabo, mientras fumaba tranquilamente su pipa, algo que a todos les había parecido imposible: tender una red debajo de una capa de hielo de tres metros de espesor.

Despegó un helicóptero con cuatro hombres. Dos de ellos —vaqueros marinos, como a sí mismos se llamaban— iban a marcar focas con el objeto de que, al capturarlas más adelante, se lograse calcular su edad y saber qué lugares frecuentaban. Los otros dos hombres se proponían determinar cómo se las arreglan los pingüinos para viajar con rumbo tan seguro por vastas regiones en las que no hay punto de referencia que los guíe. Con este fin colocaron en el cuerpo de las aves diminutos trasmisores de radio para que dieran noticia de la ruta que siguiesen.

En esos mismos momentos salían del polo sur 10 hombres que, en tres tractores, cruzarían durante dos meses en zigzagueante recorrido 1450 kilómetros de inexploradas regiones, en viaje a la abandonada estación soviética que está situada más tierra adentro de la Antártida que ninguna otra, en el punto denominado a veces "polo de relativa inaccesibilidad". En seis remolques enganchados a los tractores llevaban instrumentos científicos, piezas de recambio, explosivos y tres toneladas de vituallas. Los enormes neumáticos de los remolques se habían acondicionado para almacenar en ellos combustible.

Ventana a lo desconocido. Más de 70 obras de investigación científica llevaban a cabo los estadounidenses en esta temporada. Uno de los atractivos que ofrece la Antártida es el de ser un continente rodeado de mar, no como el Ártico, que es un océano rodeado de tierra. En la Antártida halla la ciencia un suelo firme para la prolongada observación y el estudio de la naturaleza polar.

Así por ejemplo, las focas son objeto de vivo interés para ramas de conocimiento tan diversas como la medicina, el sonar y el diseño de submarinos. Los fisiólogos han des-

cubierto que la foca puede detener voluntariamente la circulación de la sangre en las extremidades y en la superficie del cuerpo, a fin de concentrar la corriente sanguínea en los órganos vitales y conservarles su provisión de oxígeno. A la foca de Weddell le es dable contener durante más de 30 minutos la respiración, y puede sumergirse a profundidades de 425 metros, en las que la tremenda presión del agua destrozaría el casco de una nave. Se cree que esta foca emite, al viajar bajo los hielos, sonidos —entre ellos uno alucinantemente melódico— cuyo eco le sirve de guía.

Ha sido para los biólogos una sorpresa comprobar que en el océano Antártico hay mayor abundancia —aunque menor diversidad de especies— de plantas y de animales que en ningún otro de los grandes mares. Entre los animales se cuenta la ballena azul o rorcual gigante, superior en tamaño a todos los demás del planeta. Esta riqueza de la fauna y de la flora antárticas atrae la atención de los científicos a quienes preocupa la escasez de alimentos que pudiera ocasionar el creciente aumento de la población del mundo.

La Antártida es, por otra parte, una ventana abierta a la observación de aspectos, hasta ahora desconocidos, de la mecánica de la Naturaleza. Allí crecieron en otras épocas árboles y plantas propios del trópico. En varios lugares se han hallado maderas petrificadas que datan de 270 millones de años y yacimientos carboníferos de cerca de ocho metros de espesor. Este carbón es duro, y guarda impresas en muchos de sus planos diferentes plantas fósiles. Verlas es como hojear las páginas de un libro.

¿El paso del clima tórrido al glacial, es transitorio o permanente? ¿Fue consecuencia de una variación de la actividad solar? ¿Se debió al desprendimiento del continente y a su posterior separación del lugar cercano al ecuador donde estaba? ¿Fue resultado de un cambio en la inclinación del eje de la Tierra?

Estos asuntos a todos nos importan. En la Antártida está el 90 por ciento del hielo que hay en el planeta. Si llegara a derretirse, el nivel de los mares subiría unos 75 metros, y la configuración de la faz de la Tierra cambiaría por completo. Hasta un deshielo que no alcanzase a alterar de manera sensible el nivel de los mares influiría profundamente, a la larga, en la distribución general de los climas del mundo.

Trampas bobas bajo los hielos. Entre los riesgos peores que corre el hombre en la Antártida está el que le amenaza cuando lo anormal de las condiciones atmosféricas lo expone a que le reviente en la cara una trampa boba dispuesta por la misma Naturaleza. Bien supe yo lo que esto quiere decir durante un "blanqueo".

Me había alejado del campamento para dar una vuelta. En esto

empezó a mudar de color la atmósfera. Al poco tiempo me hallaba envuelto en una claridad blanquecina en la cual era imposible percibir el relieve de los objetos. Aire y suelo ofrecían a mis ojos un mismo color; me sentía como si estuviera vagando en el interior de una pelota de ping-pong. La explicación del fenómeno está en que la luz, al reflejarse de la capa de niebla blanquecina a la capa de nieve que cubría el suelo, y de esta a aquella, desvanecía por entero los contrastes e impedía distinguir dónde empezaba la atmósfera y terminaba el suelo.

Ocurrió, pues, lo inevitable: creyendo que estaba en terreno firme, di un paso en el vacío, y cayendo y resbalando fui a parar al fondo de una grieta de unos seis metros de profundidad. Quiso mi buena suerte que llevase puestos dos pares de guantes de los tres que nos habían repartido; con lo que, al salir de la grieta y ponerme en camino, antes de dar un paso, echaba frente a mí un guante para estar cierto de que era en materia sólida y no aérea donde iba a poner el pie. Empezaba a comprender que, en estas regiones, un paseo de cinco minutos fuera de la base lo expone a uno a quedar completamente perdido.

Otro de los riesgos que hay en la Antártida es el viento. Llega súbitamente. Según informaron los franceses, sopló en su base a 320 kilómetros por hora antes de que inutilizara los instrumentos. Ningún sonido lo anuncia. De repente se ve uno envuelto en una ventisca que aúlla y golpea sin tregua. Nueve días duró una de las que sufrí en la Antártida.

"El hombre no ha podido dominar a la Naturaleza; y menos aquí. Solo ha conseguido que le permita actuar frente a ella", dice el mayor Adrian Hayter, comandante de la Base de Scott, de Nueva Zelandia.

La vida y el ambiente. A cuantos seres viven en la Antártida los dotó la Naturaleza, con tanta prodigalidad como ingenio, de medios adecuados para que soporten lo riguroso del clima. No así al hombre, que en la Antártida es un intruso. Los peces de estas regiones llevan en la sangre —según creen los científicos— ciertas sustancias químicas anticongelantes, esto es, que impiden que las bajas temperaturas solidifiquen los fluidos del cuerpo del animal. Los insectos, de los cuales se han encontrado unas 60 especies, entran en actividad solo cuando el sol calienta el ambiente a temperaturas superiores al punto de congelación. "Tienen una hibernación que es virtualmente reversible de manera instantánea", dice el entomólogo J. Linsley Gressitt, del Museo Bishop, de Hawaii. "Cuando están aletargados por el frío, despiertan con el solo vaho del aliento". Si estando dormido el insecto se forma una costra de hielo sobre el lugar donde descansa, puede esperar largo tiempo hasta que el hielo se derrita. Se han dado casos de insectos que revivieron al cabo de

hibernaciones que duraron, al parecer, 70 años.

¿Sirven los maravillosos medios de que están dotadas todas estas criaturas de la Antártida para algo más que para sobrevivir en la lucha por la existencia? En un fin de semana que pasé en un criadero donde bullían unos 60.000 pingüinos, vi indicios de que estas admirables aves parecen gozar en grado notable de una feliz adaptación a los rigores del ambiente.

El pingüino de Adelie pasa la mayor parte de su vida en grandes bloques flotantes de hielo. Se alimenta de camarones. No puede volar, pero en el agua se mueve a una velocidad que llega a 50 kilómetros por hora. En octubre abandona los hielos flotantes para ir a anidar en tierra firme, lo cual hace siempre en el mismo lugar del mismo criadero. La hembra pone dos huevos. Después se vuelve al mar a fin de reponer las fuerzas de su debilitado organismo. Toca entonces al macho cuidar de la nidada. Al estar en ello resiste hasta seis semanas sin tomar alimento.

La vuelta al criadero. Hallándome en cabo Hallett presencié la vuelta de las pingüinas al criadero. Venían rollizas, lozano el plumaje, inmaculado en lo blanco y reluciente en lo negro. En grupos numerosos avanzaron anadeando por el hielo, para dispersarse luego e ir cada cual en busca de su nido.

No pude contener la sonrisa ante el espectáculo que en seguida ofrecieron las parejas. Los pingüinos de Adelie manifiestan su recíproco afecto en la forma llamada por los científicos "ostentación mutua". A la vista de la compañera, el pingüino que está empollando salta del nido, se empina frente a la recién llegada, inclina la cabeza y el cuello a uno y otro lado y emite repetidamente roncos sonidos.

Por último, al marcharse el pingüino a aplacar el hambre y quedar la pingüina echada en el nido, vi que ella se levantaba de cuando en cuando, miraba hacia la nidada y repetía los movimentos de la ostentación mutua.

Preparando el alunizaje. En el viaje de vuelta a los Estados Unidos, a mi paso por Christchurch, en Nueva Zelandia, hablé con un funcionario de la Administración Nacional de Aeronáutica y el Espacio de los Estados Unidos relacionado con el proyecto de exploración de la Luna. "Tenemos muy presente lo que están llevando a cabo en la Antártida", me dijo. "De cuanto el hombre puede hacer en la Tierra, es lo que más se aproxima a lo que nosotros quizá tengamos que hacer".

Estamos en el amanecer de una nueva época de la exploración. Hubo un tiempo en que las naciones esperaban que sus exploradores encontrasen oro. Hoy, sea en la Antártida, sea en la Luna, se espera que enriquezcan el humano saber. No hay entre una cosa y otra tanta diferencia como pudiera creerse. Al fin y al cabo, el humano saber es la gallina de los huevos de oro.

Por Glenn Kittler

Nuevo rostro, nueva vida

Con comprensión y procedimientos quirúrgicos cuidadosamente combinados, un extraordinario grupo de médicos ayuda a miles de enfermos desfigurados a reanudar una existencia normal o casi normal.

Condensado de "This Week Magazine"

En julio de 1949 Jacqueline Auriol, aviadora famosa y nuera del entonces presidente de Francia, viajaba como pasajera en un avión que se estrelló en el río Sena. Se rompió todos los huesos de la cara. Después de un tratamiento quirúrgico preliminar en Francia, fue a Nueva York para que la tratara el Dr. John Marquis Converse, conocido especialista en cirugía plástica. Con valor y con esperanza indomable se sometió a 22 operaciones. Declaró que seguiría volando y que se proponía aprender a pilotar helicópteros.

La declaración llegó a oídos de Lawrence Bell, presidente de la Bell Aircraft Corp., quien ofreció enseñarle a volar en helicóptero cuando ella estuviera en condiciones de hacerlo. Se hicieron amigos Bell y Jacqueline, y el primero se interesó por la labor del Dr. Converse y sus colaboradores.

Bell solicitó una entrevista con el médico. De esa reunión surgió la Sociedad para la Rehabilitación de las Desfiguraciones Faciales, organismo formado por personas ajenas a la profesión médica que, bajo la presidencia de Bell, patrocinaron la fundación de un centro de tratamiento donde se reunieran los muchos especialistas que se necesitan para la cirugía reconstructora, de

modo que su agrupación pudiera beneficiar a un gran número de víctimas de deformaciones graves.

La Sociedad inauguró en 1955 su primer centro de asistencia: una clínica con costo de 100.000 dólares, que donó al Hospital para Ojos, Oídos y Garganta, de Manhattan. Inmediatamente comenzó el triste desfile: un niño nacido sin la oreja derecha; un veterano de la segunda guerra mundial con la barbilla deshecha por una explosión en el combate; una mujer con cortaduras graves producidas por vidrios en un accidente automovilístico; niños con labios leporinos y paladares hendidos, y otras deformaciones más. En todos los casos el progreso fue lento. La cirugía reconstructora no puede ir más de prisa de lo que permite la capacidad del enfermo para mejorar con el tratamiento quirúrgico.

"No podemos hacer milagros", advierte el Dr. Converse. "Hacemos lo posible con cada enfermo, según se presente el caso". Actualmente el Dr. Converse es director del Instituto de Cirugía Plástica Reconstructora (sección del Centro Médico de la Universidad de Nueva York, afiliada a la Sociedad para la Rehabilitación de las Desfiguraciones Faciales).

Thomas D'Arcy Brophy, dirigente de publicidad jubilado que ha sido presidente voluntario de la Sociedad desde 1956, señala: "Aunque hace 25 años que se introdujo la cirugía plástica como especialidad quirúrgica, el público, por desgracia, suele considerar que se orienta fundamentalmente al simple embellecimiento".

Pero el Instituto procura más bien ayudar a enfermos desesperados que a mujeres que quieren restirarse la piel de la cara. Recientemente se liberó de su prisión de ridículo a una monja que nació con la barbilla sumamente torcida y que ahora puede entrar en el aula donde da clase, sin temor a las risas burlonas de los niños inconscientes. También puede volver a la escuela el pequeño al que se le incendió una máscara en la fiesta de Todos los Santos al inclinarse sobre una fogata, y una niña pequeña que se quemó con agua hirviendo y quedó con cicatrices que le inmovilizaron el cuello y el brazo izquierdo.

Desde el principio, bajo la dirección de Brophy, la Sociedad ha patrocinado la preparación de jóvenes cirujanos en la especialidad de cirugía plástica reconstructora, con la esperanza de que esos médicos lleguen a establecer clínicas análogas en otros sitios y ayuden a llenar las necesidades de esta clase de tratamientos. La Sociedad se propone también fomentar las investigaciones que conduzcan al progreso de la cirugía plástica, sobre todo en materia de injertos delicados de piel.

Cada año llegan al Instituto del Dr. Converse cerca de 2000 pacientes. Miles de personas sufren lesiones en la cabeza y en la cara por accidentes automovilísticos. Los accidentes en las industrias causan quemaduras graves y fracturas de huesos. Muchas personas han sufri-

do enfermedades que destruyen los tejidos, como el cáncer. Y hay miles de niños con deformaciones faciales congénitas; de cada 750 niños, por ejemplo, nace uno con labio leporino o paladar hendido.

Algunas de esas personas solo salen de sus casas cuando la oscuridad las proteje de las miradas espantadas de los extraños. Desempeñan los trabajos humildes que ofrece la noche: porteros, recolectores de basura, guardianes nocturnos, fregonas, lavaplatos. Los que logran curarse en el Instituto regresan a casa después de las operaciones y vuelven a sus trabajos con esperanza y no con desaliento.

Hoy, en un año, los médicos del Instituto realizan cerca de 1300 operaciones en los tres hospitales donde la Sociedad sostiene esos servicios. A menudo se trabaja en grupo, ya que la cirugía plástica puede requerir las actividades simultáneas de tres o cuatro especialistas distintos en el quirófano. Antes de someterse a la operación, el enfermo pasa por una serie de entrevistas y reconocimientos que le hacen el cirujano plástico y los especialistas que van a intervenir en la operación, una visitadora social médica y quizá un siquiatra. En manos de cada uno de ellos el enfermo experimenta la sensación del interés personal y la comprensión.

Pero el enfermo tiene que poner mucho de su parte, pues la larga prueba a que lo somete la cirugía reconstructora puede ser muy ardua. A veces un adolescente o un adulto cuya cara desfigurada le ha causado años de humillaciones, llega al Instituto con la esperanza de parecer un actor de cine en una semana. Uno de los cirujanos afirma: "El enfermo debe comprender que su apariencia será probablemente peor antes de mejorar, y que pasará mucho tiempo para que recobre apenas el aspecto que tenía antes. Cuando parece que un nuevo enfermo espera lograr demasiado en muy poco tiempo, retrasamos la operación y dejamos a un siquiatra la oportunidad de prepararlo para soportar la angustia de la espera y la desilusión".

Cuando el enfermo comprende objetivamente las posibilidades de su tratamiento, el Instituto puede ayudarlo mucho. Tal es el caso de un estudiante de leyes que actualmente está comenzando a tratarse. Hace tres años, en una cacería, su escopeta reventó por la recámara, y lo dejó ciego, con la cara deshecha. Con la operación que le hicieron en un principio le quedó un rostro sin expresión, como una máscara. Negándose a considerar que su vida había terminado, aprendió solo el sistema Braille y a escribir en una máquina Braille, y reanudó sus actividades como estudiante, esposo y padre.

Cuando supo del Instituto, presentó su historia clínica y fue invitado a Nueva York para un reconocimiento. El personal del Instituto quedó impresionado por su inteligencia, su sentido del humor y su conformidad con la situación. Du-

rante la semana en que estuvieron haciéndole pruebas, se le preguntó en qué empleaba el tiempo de su estancia en la ciudad. Él respondió: "Viendo las cosas de interés".

"Esta es la actitud", señala un cirujano, "que puede dar ánimos al joven durante la docena de operaciones que necesitará en los dos años próximos".

Después de haber sabido que su hija recién nacida tenía el labio sumamente hendido, una madre se armó de valor, pero recibió un golpe más duro todavía cuando una enfermera volvió la cara mientras entregaba la niña a la madre, diciendo bruscamente: "Aquí está su hija".

La joven mujer recuerda: "Me pregunté si el mundo trataría así a mi criatura, rehuyéndola, rechazándola. Estaba dispuesta a morir para salvarla de una vida semejante".

El día en que salió del hospital con su niña, el médico le dijo: "Su hija es más afortunada que cualquiera de nosotros. No tiene que vivir toda su vida con la misma cara con que nació. Voy a pedir una cita para ella en el Instituto de Cirugía Plástica Reconstructora".

En una visita reciente con su hija al Instituto, la mujer dijo: "En el momento en que entré aquí, comprendí que Nancy se recuperaría. Todo el mundo se mostró tan comprensivo y tan competente que desaparecieron mis temores. Probablemente Nancy tendrá que someterse a tratamiento durante años para hacer las modificaciones necesarias conforme vaya creciendo, pero ahora será como las demás niñas, tendrá amigas, saldrá con muchachos y algún día se casará y vivirá su propia vida".

El Instituto está consagrado a proporcionar a cualquier persona desfigurada la oportunidad de vivir como desee.



¡Telón . . . !

La actriz Tallulah Bankhead vio la película basada en el Orfeo de Tennessee Williams, y le dijo al dramaturgo:

—¡Cómo debes sentirte, querido! Te han arruinado totalmente tu monstruosa obra. —Merle Miller y Evan Rhodes, en *Only You, Dick Daring!*

Eli Wallach, uno de los astros de la obra teatral *Luv*, que se estrenó con gran éxito en Broadway, dijo al ver las multitudes agolpadas ante la taquilla:

—¡Cuando veo colas como esta, se me hace un nudo . . . en la cartera!

"¡CUIDADO CON EL RINOCERONTE!"

POR DAVID REED

Condensado de "NATIONAL WILDLIFE"



El terrible rinoceronte negro tiene muy pocos amigos y tan solo un enemigo: el hombre, que parece resuelto a exterminarlo.

Visto en su medio ambiente, en las agrestes tierras del África Oriental, parece un monstruo prehistórico. Mide 1,70 metros de altura en la cruz, y 3,5 metros desde la punta del hocico al nacimiento de la cola. De la enorme cabeza salen dos cuernos puntiagudos, uno mucho más largo que el otro. Pesa más de una tonelada. Aunque de aspecto impasible, vive con los nervios en tensión y tiene un temperamento irritable y desconcertante. Si barrunta la presencia de alguien, suele embestir con el ciego ímpetu, estruendoso e incontenible, de una locomotora sin frenos.

Hace 50 años el rinoceronte negro era muy abundante en África. Estos enormes paquidermos vagaban en gran número por las llanuras y los bosques. En la actualidad ocupan un lugar alto en la lista de animales africanos amenazados de extinción. No llegan a 15.000 los rinocerontes negros que aún sobreviven, y día tras día su número va disminuyendo.

El rinoceronte se ve perseguido hasta el exterminio por el afán de conseguir sus cuernos. Una superstición, muy extendida en Asia, atribuye virtudes afrodisiacas al polvo que se obtiene al molerlos. Consecuencia de esto es que sea uno de los productos animales más cotizados en el mercado. Un cuerno de tamaño mediano se puede comprar en Mombasa, o en cualquier otro puerto del océano Índico, por unos 70 dólares, y revenderlo en Asia en unos cuantos miles. Ello ha dado lugar a un ilegal, pero floreciente negocio.

Aunque el rinoceronte no es un animal agradable, su desaparición sería una gran pérdida, porque es único. Sobreviviente de la fauna prehistórica, ha cambiado poco desde los días en que sus antepasados vagaban por la Tierra —inclusive en Europa y en América del Norte— en compañía del mastodonte y del tigre de colmillos de sable. De los animales hoy existentes, solo el caballo, la cebra y el tapir tienen parentesco con él.

Parece como si la Naturaleza hubiera cometido un desatino con este animal. Tiene unas piernas ridículamente cortas para su voluminoso cuerpo. La piel, de unos 12 milímetros de espesor, cuelga formando profundos pliegues, como si fuera una alfombra vieja tirada de cualquier manera sobre su esqueleto. Tiene muy desarrollados el olfato y el oído; no así la vista, que (como su inteligencia) es sumamente corta. El elefante y el búfalo distinguen a bastante distancia al hombre y se apartan de su camino; el rinoceronte no advierte su presencia hasta que está a pocos pasos de él, y entonces comienzan las dificultades.

El rinoceronte negro posee una agilidad asombrosa. Si está echado, puede levantarse en un abrir y cerrar de ojos para embestir a una velocidad de 50 kilómetros por ho-

ra. Trepa como una cabra montés por escarpadas laderas. En su ciega furia, lo mismo se lanza contra el hombre que contra cualquier objeto inanimado. Puede cargar contra un automóvil y convertirlo en un montón de chatarra. Un guarda de Kenia encontró un rinoceronte que no podía salir de una ciénaga y lo sacó a remolque con su coche. En pago de esto, la desagradecida bestia embistió contra el automóvil y le hundió un costado. En otra ocasión un rinoceronte la emprendió a cornadas con un tractor que estaba parado. A veces se han visto rinocerontes que se lanzaban contra trenes en marcha, aunque en tan desiguales encuentros siempre es el tren el que sale victorioso.

El áspero temperamento del rinoceronte negro se manifiesta aun en el acto de la procreación. La rinoceronte en celo embiste al macho y lo cornea hasta dejarlo herido y sangrante. Si después de esto aún le quedan fuerzas al rinoceronte —y por supuesto, si es que aún vive—, se efectúa el apareamiento. Después es frecuente que la hembra vuelva a las andadas y se despida del macho con una nueva tanda de golpes.



A los 18 meses de gestación nace la cría, que pesa alrededor de 27 kilos. (Las rinocerontes son uníparas.) La madre la amamanta un par de años. Entre los cinco y los siete años el animal completa su desarrollo y se separa de ella. El rinoceronte no es sociable; lleva una existencia solitaria. Cuando dos machos se encuentran, puede suceder que peleen hasta que uno de ellos, o acaso los dos, pierdan la vida.

A pesar de su ferocidad, se da el caso curioso de que el rinoceronte negro es también, de todos los animales salvajes de África, el que más fácilmente se domestica. Al poco tiempo de tenerlo cautivo se vuelve manso y cariñoso con las personas encargadas de cuidarlo, y hasta come en la mano. Acude cuando lo llaman, le gusta que le acaricien las orejas y hasta se echa boca arriba para que le rasquen la panza. El único riesgo que corre el que se halle cerca de un rinoceronte domesticado está en la corpulencia de estos animales. Porque si a él le da por recostarse juguetonamente contra nosotros... ¡uf!

Los rinocerontes se adaptan a casi cualquier terreno o clima. En África habitan en todas las regiones: desiertos abrasadores, tierras de mediana altitud pobladas de arbustos y malezas, frías cumbres

montañosas a 3600 metros sobre el nivel del mar. Pueden resistir mucho tiempo en lugares faltos de agua superficial, atenidos solo a la humedad de las jugosas plantas de que se alimentan. La zona habitada por el rinoceronte negro es, sin embargo, cada vez menor. En épocas anteriores comprendía gran parte del África subsahariana; en la actualidad se halla reducida casi exclusivamente a Kenia y a su vecina Tanzania*.

Las horas siguientes a la puesta del Sol son las mejores del día para el rinoceronte. Abandona el lugar en que habita y se encamina en busca del charco —casi siempre el mismo, y distante a veces hasta 15 kilómetros— donde permanecerá largo rato. Es esta la única ocasión en que, al parecer, se siente un tanto contento. Empieza retozando un poco, se revuelca luego en el cieno y se restriega después contra los árboles y las rocas. Finalmente emprende el camino de vuelta a su territorio y, apenas llegado, da comienzo a su comida. Penetra en la espesura como si fuera una aplanadora mecánica y, valiéndose del labio superior, que es prensil, arranca hojas y tallos de árboles y arbustos que come vorazmente. En cuestiones de alimentación, nada desprecia el rinoceronte, ni siquiera las plantas espinosas, que para él son un bocado sabroso. Al rayar el día, ya ahíto, busca la sombra para descansar hasta que anochezca. Por lo general duerme echado, pero a veces lo hace de pie, completamente inmóvil, caída la cabeza en actitud de profundo abatimiento.

Los únicos amigos que tiene el rinoceronte son unas avecillas que, posadas en su lomo, lo acompañan a todas partes y le quitan los parásitos de la piel. Si barruntan algún peligro cuando el rinoceronte está dormido o amodorrado, las avecillas dan la alarma con agudos chillidos. Pero el paquidermo tiene tan mala suerte que esos mismos chillidos suelen ser su perdición, ya que sirven a los cazadores para localizarlo.

El rinoceronte no tiene más que un enemigo: el hombre; pero ya es bastante. El suelo de África está sembrado de los blanqueados esqueletos de estas bestias muertas a manos de cazadores blancos e indígenas. Aunque en los últimos tiempos se ha restringido mucho la expedición de permisos de caza, el número de rinocerontes sigue disminuyendo por obra de los cazadores furtivos indígenas. En algunos casos, inclusive, los individuos de ciertas tribus africanas entran en las reservas para perseguirlos. Algunos se valen de flechas o de venablos emponzoñados. Otros emplean un procedimiento más cruel que

* Otro rinoceróntido, de índole diametralmente opuesta a la del rinoceronte negro, es el pacífico e inofensivo rinoceronte blanco, notable, además, por su gran corpulencia, inferior solo a la del elefante. Esta especie, que se creyó extinguida, ha ganado nuevamente algún terreno. A veces se encuentran ejemplares en la región de las fuentes del Nilo Blanco.

consiste en armar, en los senderos por donde transitan los paquidermos, lazos en cuyo extremo va sujeto un pesado madero. Una vez cogido en el lazo, el rinoceronte recorre kilómetros y kilómetros arrastrando tras de sí el madero, hasta que cae exhausto. Los cazadores furtivos cortan entonces los cuernos y dejan el resto para que se pudra. Al poco tiempo los buitres, que abaten el vuelo atraídos por esa tonelada de carne, señalan el sitio en que un rinoceronte más perdió la vida. Otra circunstancia adversa para el rinoceronte es el aumento de población, tanto humana como de animales domésticos, que lo ha ido privando de muchos de los territorios en que habitaba. Con la ayuda de varias sociedades norteamericanas y europeas para la conservación de la fauna salvaje, los gobiernos del África Oriental tratan de salvar de la extinción algunos de estos gigantescos paquidermos. Todo lo más que puede esperarse es que se logre reunir a los rinocerontes en parques nacionales debidamente custodiados. Si se llegara a conseguir, las generaciones futuras tendrían, al menos, ocasión de conocer y admirar una de las criaturas más irascibles, infelices y extraordinarias que ha visto nuestro planeta.



Aire acondicionado

El nuevo y enorme grupo de edificios de la empresa General Foods, en Dover (Delaware), tiene un magnífico sistema de calefacción, ventilación y aire acondicionado. El verano pasado, sin embargo, la más curiosa de sus instalaciones no estaba en el edificio principal, sino en la barraca de los constructores que habitaban temporalmente dos ingenieros: había unos pantalones de pescador, de color amarillo chillón, suspendidos del respiradero del sistema de aire acondicionado; tirando de una cuerda atada a cada uno de los extremos de las perneras del pantalón, los ingenieros podían dirigir la corriente de aire fresco hacia el lugar donde se sentaba uno u otro.

—J. K. C.

Cierto cantinero de nuestro pueblo es excepcionalmente popular entre la clientela femenina en las tórridas tardes de verano. Mientras las parroquianas descansan en los taburetes, sorbiendo bebidas para combatir el calor, él les enfría el calzado en la refrigeradora.

—D. K. G.

Durante una ola de calor en Nueva York, una gorila del parque zoológico del Bronx estaba sentada en medio de un charco de agua, tapándose los oídos con las dos manos. Al parecer a la mona no le molestaba tanto el calor como la humanidad.

— *Herald-Tribune*, de Nueva York

POR BRUCE HUTCHISON

Los Estados Unidos vistos por los europeos

Un distinguido periodista canadiense propone con franqueza algunos medios de mejorar el mutuo entendimiento

DURANTE una reciente visita a Europa sostuve una larga conversación con un grupo de estudiantes universitarios de Alemania Occidental, y de pronto uno de ellos me preguntó:

—¿Han ayudado alguna vez los Estados Unidos a alguien?

La cuestión me enfureció sin sorprenderme. A un canadiense de viaje por Europa se le dicen cosas que ningún norteamericano oirá nunca. Además, los canadienses podemos hablar con franqueza de las virtudes y los defectos de nuestros vecinos porque los comprendemos mejor que los europeos.

Pero debemos aprender a no perder la paciencia, y recordar que toda crítica, justa o injusta, es en realidad un tributo tácito al ascendiente de que gozan los Estados Unidos por ser la primera potencia del mundo moderno. Los europeos podrán a menudo vituperar al gobierno norteamericano, pero se aterran si este da un traspié en cualquier parte, desde Berlín hasta el sudeste de Asia. Lo confiesen o no, saben que en el mundo libre nadie está seguro sin la protección de los Estados Unidos. Y este sentimiento de dependencia causa encono a todos los hombres libres.

Teniendo presentes esos hechos, contesté a los jóvenes alemanes con la mayor cortesía. Les dije que, entre otras cosas, los Estados Unidos les habían ayudado a librarse de Hitler, habían fomentado en Europa una prosperidad sin precedentes y ahora constituían su única defensa segura contra el comunismo. Todo esto era absolutamente exacto y obligó a los jóvenes a guardar un silencio embarazoso.

Pero como explicación resultaba insuficiente, y ellos no quedaron convencidos. Inconscientemente expresaban algo que en mi opinión constituye el mayor peligro para el mundo libre: que los europeos todavía no tienen plena confianza en los Estados Unidos y no acaban de comprenderlos.

Esto ha sido así desde que yo recuerde. Ya era una verdad cuando recorría el continente europeo como periodista antes de la segunda guerra mundial; lo fue después de ella y continúa siéndolo todavía. Esta equivocación fundamental es cada vez más peligrosa en este momento en que Europa descubre en sí nuevas energías y recobra su antiguo espíritu.

Los Estados Unidos se han convertido en una presencia directa, visible y permanente en Europa. Su poderío militar ha alcanzado el apogeo, mas su influencia moral y su indisputada autoridad en las actividades de la vida diaria han mermado evidentemente. Esto crea una situación nueva y sin precedentes.

En mi afán de comprender por qué la Alianza del Atlántico se ha debilitado, cometí el error habitual del visitante extranjero: traté de averiguar si la simpatía de los europeos hacia los Estados Unidos había aumentado o disminuido desde mi última visita. Pronto me percaté de que esa es una cuestión casi superflua. Hoy nadie se preocupa de si los norteamericanos son o no son simpáticos. Lo que importa a los europeos es saber si poseerán la prudencia y la experiencia suficientes para desempeñar un papel que no buscaron, pero que tampoco pueden soslayar, y si tendrán en cuenta su propia fuerza y sabrán utilizarla sensatamente para dirigir el mundo. Los norteamericanos, por su parte, se preguntan con análoga ansiedad si Europa aceptará de buen grado una dirección competente.

El mito de la ingenuidad norteamericana. Aunque varía de una nación a otra, la desconfianza que inspiran los Estados Unidos conduce siempre a la misma extraña conclusión: los norteamericanos, se me dijo en todas partes, son amables, generosos, bienintencionados e insuperables en asuntos técnicos. Pero, por desgracia, no han llegado a la madurez; siguen siendo muy ingenuos.

En todas las conversaciones, desde las mantenidas en círculos oficiales hasta las que se sostienen en los cafés de las aceras, se oye este irritante lugar común. ¿Habrá algo de verdad en él? Sí, hasta cierto punto. Los Estados Unidos, indudablemente, no supieron interpretar los primeros actos de agresión de Hitler, y también se equivocaron al juzgar el mundo

---

BRUCE HUTCHISON, escritor de nota, historiador y autoridad en política internacional, ha sido periodista desde 1918 y director del *Sun* de Vancouver (Colombia Británica) durante los últimos dos años. Colabora con frecuencia en los mejores diarios de los Estados Unidos y de su Canadá nativo, y ha merecido dos veces el premio del Gobernador General por sus labores periodísticas.

de la posguerra. Por ejemplo, consideraron ultrajantes los males del colonialismo europeo e insistieron en abolirlos sin prever lo que podría venir en su lugar. Obsesionados por su ideal democrático y por el de la libertad individual, que consideran concordes con la naturaleza del hombre, se sorprendieron al ver que ciertos pueblos analfabetos, liberados de pronto, implantaron en cambio sangrientas dictaduras. Los Estados Unidos, en resumen, se escandalizaron al advertir que en la mayor parte de las regiones la civilización es apenas un barniz exterior, que la democracia está limitada a unas pocas zonas capaces de mantenerla, y que la mayoría de los países no están dispuestos a seguir el ejemplo norteamericano.

Pero si la política estadounidense ha cometido errores, en opinión del canadiense ha sido audaz por su afán de prueba y muy sincera en su pragmatismo. Equivocada a veces al ponerla en práctica, sus objetivos son generalmente acertados. (Si Europa llama "ingenua" a esta política es, en parte, porque su resentimiento de no poder dirigir la política mundial solo se calma exagerando los deslices norteamericanos.) De todos modos, el mito de la ingenuidad irá muriendo poco a poco. Mientras tanto, los norteamericanos pierden el tiempo preocupándose por él. En cuanto a mí, después de permanecer una semana en Europa abandoné el estéril empeño de explicar la idiosincrasia de mis vecinos, y decidí limitarme a escuchar.

La cuestión más vital de la humanidad. Descubrí que los europeos están en su mayor parte preocupados por la reacción de los Estados Unidos ante las futuras provocaciones comunistas. Algunos temen que esa reacción sea demasiado enérgica; otros, que peque por débil. El primer temor lo expresó ante mí un funcionario italiano que elogió "el gran corazón de los norteamericanos" e inmediatamente agregó la habitual objeción acerca de los graves errores de su política. Yo le pregunté si su país no había cometido alguno.

—Sí —confesó—, hemos hecho algunas tonterías, pero solo podrían arruinarnos a nosotros mismos. Los norteamericanos, en cambio, pueden destrozar el mundo en una o dos horas.

He aquí, pues, el meollo del problema que se plantea a la humanidad, y los Estados Unidos se enfrentan a él sin la autoridad necesaria para manejarlo y resolverlo. Es literalmente cierto que este país puede destrozar el mundo en unas cuantas horas, y hacerlo por un ofuscamiento momentáneo, por un cálculo equivocado. Tal es la primera y gran cuestión que preocupa a Europa.

Por su parte el pueblo norteamericano no ha comprendido todavía que Europa se juega la vida en las decisiones que se toman en Norteamérica. Un inglés sensato me hizo notar que los votantes norteame-

ricanos (aproximadamente un seis por ciento de la población del mundo) deben decidir los asuntos más vitales de la mayoría humana. Y su posición es única, porque Rusia (el segundo gigante nuclear) no permite a su pueblo que decida nada. Por tanto, el ciudadano estadounidense asume una responsabilidad que ningún otro ha tenido en la historia. Nunca se confió tanto al procedimiento democrático.

—Por esta razón —concluyó el inglés— los norteamericanos no deben molestarse si pensamos que sus elecciones también nos atañen. Carecemos de voz y voto en las grandes decisiones, y no obstante eso debemos soportar sus consecuencias. No es de extrañar que nos preocupemos el día de la elección.

Los norteamericanos deben recordar también que la imagen de ellos mismos trasmitida al extranjero es, con demasiada frecuencia, una parodia. Su país, visto desde Europa, particularmente a través de los viejos filmes pasados por la televisión, de algunas películas nuevas y de las declaraciones de algunos exaltados, parece a menudo un delincuente juvenil armado con un revólver de seis balas, ablandado por el lujo, obsesionado por el instinto sexual, desconcertado por la delincuencia y el conflicto racial. Rara vez se encuentran personas corrientes que sepan algo del hogar normal norteamericano; su imagen naufraga al cruzar el Atlántico.

El segundo gran temor de Europa respecto a la política exterior norteamericana es que los Estados Unidos, egoístas o tímidos, no se arriesguen a ser destruidos por proteger a sus aliados de ultramar si Rusia arremete contra estos. Millones de personas comparten ese miedo. Un funcionario alemán me dijo:

—Es lógico que ustedes piensen que su bomba atómica nos hace sentir seguros y felices. Viven en América del Norte, pero los rusos están a unos pocos kilómetros de nosotros, a unos pocos metros en Berlín. No es posible que veamos las cosas como ustedes las ven.

En vías de arreglo. No obstante todos sus temores, la Europa actual comienza a enorgullecerse una vez más de sí misma, a percibir una sensación electrizante de riqueza y de satisfacción por la obra realizada. Ha dejado de ser el pariente pobre de Norteamérica, y crece en una prosperidad que jamás pudo imaginar hace diez años. A medida que se afirma su éxito desaparece rápidamente su complejo de inferioridad, factor irritante para hombres y naciones, que habrá dejado de existir dentro de poco tiempo.

Pero este fenómeno suscita otra consideración: para que Europa y Norteamérica se pongan de acuerdo será indispensable que el pueblo norteamericano comprenda que puede aconsejar e inspirar, pero no obligar. Europa podrá ser un socio, pero nunca un satélite.

Los europeos, por su parte, de-

berán reconocer que los "ingenuos" norteamericanos han seguido desde la guerra la política exterior más generosa y esclarecida jamás puesta en práctica por una gran potencia. Esta política ha sido motivada ante todo por los intereses norteamericanos, pero también por el interés de la humanidad. Y también deberán comprender que en última instancia los Estados Unidos tendrán que decidir por sí solos el empleo de su fuerza, pues les corresponde la responsabilidad final. Tendrán en cuenta el consejo de los países amigos porque a menudo su sabiduría es superior a su potencia, pero jamás podrán renunciar al derecho de tomar una decisión cuando sus intereses vitales estén amenazados.

Es posible alcanzar esa comprensión mutua. Hoy fluye una fuerte corriente bajo la tormentosa superficie de la Alianza del Atlántico. La interdependencia trasatlántica aumenta, y hay que fomentarla con todos los recursos de la política, por todos los cauces del comercio que se dilata y con todos los medios de la comunicación pública y privada. El abismo del Atlántico no se salvará por alguna súbita innovación política o por una brillante acción diplomática. Se salvará por el puente tejido con los hilos innumerables y tenues que la gente anónima vaya formando en sus cerebros. Esta obra, aunque lejos aún de estar terminada, se encuentra quizá más adelantada de lo que muchos creemos.

Al regresar a mi patria desde Copenhague tomé asiento en el avión junto a un joven comerciante belga que había decidido vivir en Londres y viajaba regularmente a París, Roma, Viena, Francfort y Rotterdam. Era, por tanto, un verdadero europeo moderno. Como de costumbre, nuestra conversación versó sobre los Estados Unidos. Mi compañero repitió el previsible lugar común: los norteamericanos son buenas personas, pero sumamente ingenuos. Yo estaba demasiado cansado para discutir, y me limité a preguntarle si preferiría que Inglaterra, Francia, Alemania, Italia o cualquier otra nación europea poseyera el arma más poderosa del mundo libre.

Meditó algunos instantes, y por último repuso:

—Nadie está realmente en condiciones de poseer "la bomba". Pero si es inevitable que alguien la tenga, supongo, después de ver todo lo que ha pasado aquí, que estará más segura en manos de los norteamericanos que en las nuestras.

Estoy convencido de que muchos europeos inteligentes apoyarían esta conclusión a la que él llegó como a pesar suyo. Y en su mayor parte, los norteamericanos que han visitado la nueva Europa estarán de acuerdo en que el Viejo Mundo merece un examen más cuidadoso y libre de prejuicios que los efectuados hasta ahora por sus compatriotas.

Vencedor de las cumbres

Walter Bonatti, "el alpinista más grande de todos los tiempos", realiza la máxima proeza de resistencia y de valor humano para ganar la cima.

Por George Kent y John Reddy



Al caer la noche el 20 de febrero pasado, centenares de habitantes del pueblo de Zermatt, en los Alpes suizos, salieron de sus casas y se congregaron en la calle principal en grupos silenciosos. Corría en el aire un hálito de ansiedad. Esperaban una señal y todos los ojos estaban fijos en el grandioso Matterhorn, pico triangular de 4480 metros de altitud que domina la población.

Un siglo antes, el inglés Edward Whymper coronó por primera vez la cima e inició con su hazaña el deporte del alpinismo. Después de él, decenas de millares de montañistas han venido a Zermatt para escalar la altura, generalmente por la ruta del sur, relativamente fácil; pero ahora el gran alpinista italiano Walter Bonatti se proponía realizar lo que los escaladores avezados consideraban imposible: una *direttissima*, o sea una ascensión directa por el escarpado flanco norte, siempre cubierto de hielo y tan perpendicular que, al decir de los guías, "es la ruta que seguiría una gota de agua". Nadie había tratado antes de efectuar solo este ascenso de 1080 metros a plomo, y menos en invierno.

Durante dos días los moradores de Zermatt dirigieron sus gemelos y telescopios a la diminuta figura



que trepaba lentamente, vestida con chaqueta amarilla, polainas rojas y gorro de punto, rojo también, con todo lo cual parecía un insecto exótico que subiera por una inmensa pared blanca.

Los vecinos esperaban en silencio la señal que Bonatti acostumbraba a dar por la noche: una bengala verde si iba a seguir, y roja si iba a regresar. Precisamente a las ocho de la noche un débil arco de luz verde brilló en lo alto de la montaña. Bonatti no se daba por vencido.

Resuelto a pasar la noche a 3700 metros de altitud (las luces de Zermatt quedaban muy abajo), tiritaba de frío en su "cama", una hamaca colgada en el vacío por cuerdas amarradas a dos clavijas de alpinista metidas en la pared de roca. Si se soltaba alguna de ellas o la cuerda se rompía, se precipitaría en mortal caída hacia el glaciar de Piefmatten, más de 800 metros abajo.

Bonatti derritió un poco de nieve con su lámpara de alcohol, preparó una taza de café y comió unos bocados de bizcocho y cecina de gamuza.

El frío era penetrante. Se le habían roto los anteojos contra el sol por la frígida temperatura y estaba medio ciego entre las ráfagas de viento helado que azotaban el risco. Tenía los dedos hinchados y agrietados, y le sangraban porque gran parte del tiempo subía sin guantes: prefería palpar con las manos desnudas los salientes y las hendiduras de las rocas para comprobar si eran

ETERNA·MATIC 3000



Eterna · Matic
«Dato» el rel
calendario au
mático, con s
dero central,
plano del mu
(modelo ilustr
ref. 746T-146
pulsera 210,
meable).

... todavía más plano

1949: un acontecimiento en la historia de la relojeria, la creación del reloj Eterna·Matic con rodamiento a bolillas. 1956: un éxito sensacional, el lanzamiento del «Centenaire», el primer reloj automático verdaderamente plano. Hoy, los progresos prodigiosos de la ciencia y tecnología han permitido crear un reloj completamente nuevo, con una precisión y robustez asombrosas: Eterna·Matic 3000 «Dato», el reloj-calendario automático con segundero central más plano del mundo.

ETERNA·MATI

firmes. Con frecuencia tenía que romper el hielo a golpes de hacha para encontrar un punto donde agarrarse con los dedos o donde meter una clavija.

Esa noche, para mantener la circulación de la sangre y evitar que se le congelaran los pies, tuvo que hacer lo mismo que había hecho la noche anterior: permanecer despierto y patear contra la roca. Hacía 38 horas que casi no dormía.

Al día siguiente (tercera jornada en su empresa) Bonatti siguió trepando tenazmente. Se sintió tan solo que le hablaba al osito de juguete que le había dado como mascota el hijo de un amigo. Al anochecer, cuando ya estaba tan agotado que apenas veía, dio con una oquedad en la roca y allí acampó la última noche. Dormitó a intervalos; sabía que a la mañana siguiente se decidiría la suerte de su intento, en un sentido o en otro.

Con las primeras luces del cuarto día dirigió la vista hacia arriba. Como no veía la cima, consultó su altímetro de bolsillo y calculó que tenía que trepar tan solo 375 metros para llegar a ella, aunque el trayecto era una traicionera extensión de rocas salientes y cubiertas de hielo que sin duda consumirían sus últimas reservas de fuerzas. A fin de aligerar los 30 kilos de su morral para la acometida final, tiró la mayor parte de sus provisiones y equipo secundario.

A las 3:12 de la tarde de aquel día los espectadores que volaban cerca de la cima en helicópteros y avionetas presenciaron una escena emocionante de victoria. Bonatti había superado el último saliente y estaba de pie en la base de un pequeño campo de nieve que ascendía hacia la más alta cumbre del Matterhorn. Se quedó largo rato mirando la cruz de hierro de 1,80 m erigida en la cresta en memoria de los muchos alpinistas que perdieron la vida en la montaña. Luego, como si estuviera hipnotizado, avanzó tambaleante entre la nieve con los brazos abiertos, se arrodilló ante la cruz y la abrazó.

Walter Bonatti había triunfado. La ascensión más atrevida en la historia del alpinismo —79 horas de esfuerzo sobrehumano— había terminado.

La conquista *direttissima* del flanco norte del Matterhorn consagró a Bonatti como el más grande de los alpinistas contemporáneos; el periódico *Le Figaro* de París lo aclamó como el más grande de todos los tiempos. El resto de la prensa europea llamó a este joven italiano de 35 años "el más valiente de los valientes", "el montañista sin par", "el dios de las montañas".

Desde antes de su triunfo en el Matterhorn, el nombre de Bonatti era ya famoso por sus hazañas. Había escalado los principales picos y farallones del macizo del monte Blanco, en los Alpes; había abierto muchas rutas nuevas, algunas de muy difícil ascensión; y había dominado las más elevadas cumbres de los Andes peruanos. Cuando te-

nía apenas 23 años fue escogido como componente de la expedición italiana que escaló la cima del K-2, pico de Asia que mide 8610 metros de altitud, solo superado por el Everest.

La carrera de Bonatti está llena de horripilantes lances y salvamentos milagrosos. En 1956, mientras subía el monte Blanco por un pico llamado el Poire, dos de sus tres compañeros perecieron de frío y fatiga. Bonatti cayó en una hendidura de 18 metros de profundidad al cruzar un glaciar y quedó colgado cabeza abajo de una cuerda atada a la cintura de un compañero. Este, aunque tenía los pies congelados, se mantuvo firme y Bonatti pudo salvarse trepando a pulso por la cuerda.

Una de las aventuras que le ponen a uno los pelos de punta es la que le ocurrió a Bonatti durante la ascensión al K-2. Un guía hunza enloqueció súbitamente por el efecto del frío y el agotamiento físico y comenzó a correr de un lado a otro blandiendo un hacha. Bonatti luchó con él, hasta lograr mantenerlo sujeto sobre la nieve. Momentos después, evitaba que el guía se fuera por un precipicio. Por fin, a duras penas, llegaron ambos hasta el campamento que quedaba 300 metros más abajo.

Su valor extraordinario, su resistencia y su ingenio lo han sacado de muchos aprietos en que otros alpinistas habrían muerto o habrían perdido el seso. Un ejemplo notable ocurrió en 1955 durante la ascensión por el contrafuerte sudoccidental del Petit Dru, pico de rocas rojizas, de 3700 metros, cerca del monte Blanco. Dos veces había tratado de escalarlo con otros compañeros y en ambas ocasiones se vieron forzados a abandonar la empresa, en una de ellas por un alud que estuvo a punto de sepultarlos vivos. Después de fracasar él solo en una tercera tentativa, probó de nuevo, también solo.

La mala suerte lo persiguió desde el principio. El primer día se machucó un dedo al clavar una clavija en la roca, pero a pesar del dolor continuó trepando por las enhiestas peñas cubiertas de hielo. Por la noche descubrió que una de las clavijas que llevaba en el morral le había perforado la lámpara y el alcohol había empapado la mitad de sus provisiones de boca, que tuvo que tirar. Lo peor era que ya no tenía con qué derretir nieve para prepararse una confortante taza de té o café caliente.

La más terrible prueba le llegó cuatro días después. Colgado de una cuerda amarrada de una clavija se había columpiado alrededor de un saliente de la pared de roca para ir a hacer pie en una angosta cornisa. Sobre su cabeza sobresalía una roca tan grande que no podía escalarla, ni tampoco podía descender directamente ni volver atrás. Enfrente de él se abría un abismo de profundidad desconocida, y de 12 metros de anchura.

Bonatti cerró los ojos, oró en silencio, y consideró con serenidad

su situación. Muchas veces había burlado antes a la muerte; quizá pudiera burlarla nuevamente.

Al otro lado del abismo vio varios salientes pequeños en la roca, como dedos. ¿No sería posible colgar entre ellos un lazo con lastre? ¿Y si pudiera colgarlo, resistirían el peso de su cuerpo cuando se lanzara al espacio? Tenía que correr ese riesgo porque no había otra alternativa.

Lastró un extremo de la cuerda con anillas y clavijas, y lo arrojó a la peña de enfrente, pero erró el tiro. Volvió a ensayar y volvió a errar. Después de 10 tentativas logró colocar el extremo de la cuerda entre dos salientes, mas cuando tiró de la cuerda, se soltó. Siguió ensayando hasta que volvió a enlazar los salientes. Tiró fuertemente de la cuerda . . . y esta vez sí resistió.

Bonatti contuvo el resuello y se lanzó al vacío, bien agarrado de la cuerda. Tuvo la sensación momentánea de que seguiría cayendo indefinidamente. Luego sintió un súbito tirón y quedó allí bailoteando como trucha cogida en el anzuelo. ¡Los puntales de roca se mantuvieron firmes!

Suavemente se izó a pulso por la cuerda hasta una angosta cornisa donde pudo hacer pie. Había salido de la peor prueba; estaba al otro lado del abismo.

Le quedaban, sin embargo, otras dificultades por vencer. Poco después, cuando metía una clavija, se desprendió un gran bloque de roca y le golpeó una pierna. A pesar de que esta se le adormeció, siguió subiendo. Por fin, después de seis días y cinco noches, llegó a la cima. Fue el primero y único que ha realizado tal hazaña solo. Hoy la ruta sudoeste a la cumbre del Petit Dru se llama, en su honor, la columna de Bonatti.

¿Por qué arrostra Walter Bonatti penalidades casi irresistibles y arriesga la vida escalando montañas? La explicación es que las montañas ejercen sobre él una fascinación misteriosa. En uno de sus libros ha escrito: "Creo en las lecciones que la Naturaleza nos enseña. Por eso estoy convencido de que las montañas, con su belleza y sus rígidas leyes, son hoy más que nunca una de las mejores escuelas del carácter. Allá arriba se aprende realmente a sufrir y a resistir. El verdadero alpinismo es una lucha y una victoria sobre nosotros mismos".

No es que Bonatti no tenga miedo, sino más bien que el montañismo le proporciona el placer embriagador de afrontar el miedo y vencerlo. Su triunfo está en el goce espiritual de forzar el cuerpo a ejecutar proezas superiores a la capacidad humana corriente. "El que no sienta miedo en la montaña, que se cuide", dice. "Al no sentirlo, se priva del supremo placer de dominarlo".

Bonatti, que se gana la vida con sus escritos y conferencias, no empieza nunca una ascensión sin pre-

pararse antes durante varias semanas. En la del Matterhorn lo planeó todo con meses de anticipación, estudió mapas y fotografías y leyó estudios sobre los estratos de roca. Durante los meses de enero y febrero se dedicó a sostenerse de manos y de cabeza, y se ejercitó en las paralelas con el fin de fortalecer su cuerpo de 1,68 m de estatura y 70 kilos de peso; apretó pelotas de caucho y aparatos especiales, para dar fuerza a los dedos; y saltó en esquís para robustecer los tobillos. Para endurecerse contra el frío durmió diez noches a la intemperie con temperaturas bajo cero. El corazón de Bonatti late 40 veces por minuto (lo normal son 75 por término medio) y sus glóbulos blancos se renuevan más rápidamente que los del hombre corriente. Todo esto ayuda a explicar su resistencia y su relativa inmunidad al frío.

Todos los días, en un flanco de montaña de 300 metros de altura que él llama su "gimnasio", no lejos de su casa en Courmayeur, en los Alpes italianos, practicó el montañismo sin tener en cuenta el estado del tiempo. En estas ascensiones de práctica no usa clavijas ni otras ayudas. Prendiéndose con los dedos de las grietas y fallas, agarrándose con sus fuertes piernas de la muralla rocosa, trepa con agilidad gatuna que hace parecer fácil aquella dura labor.

Cuando llega el momento de subir de veras, Bonatti está completamente preparado, no solo física, sino también mentalmente. "Cuando me preparaba para escalar el Matterhorn", ha escrito, "viví como en éxtasis. Veía en mis sueños un Matterhorn más hermoso, más vivo, más incitante".

CUANDO bajaba del Matterhorn después de su épica proeza (bajó por la ruta fácil del lado sur) varios aviones volaron sobre su cabeza e inclinaron las alas en señal de saludo. Al llegar a Zermatt lo recibieron con bandas de música y fuegos artificiales, como a un héroe conquistador. De todo el mundo le llovieron felicitaciones.

Poco tiempo después el presidente de Italia, Giuseppe Saragat, lo condecoró con una medalla de oro, acuñada en su honor y que iba acompañada con una mención que lo conmovió hasta las lágrimas. Decía así: "Walter Bonatti se ha convertido en símbolo de la superioridad del espíritu del hombre sobre las cosas materiales".



DESDE hace varios años el redactor de anuncios Hugh Quinn ha resuelto el problema de las tarjetas de felicitación de Pascuas y Año Nuevo. Pone en el diario *Free Press*, de Detroit, un aviso que dice así: "No me hago responsable por quienes no pasen una Navidad feliz y un próspero Año Nuevo. Hugh Quinn". — M. B.

La risa, remedio infalible

Una estudiante muy apasionada de las bellas artes fue a una galería y se pasó confusa una hora mirando cuadros abstractos y cubistas. Por fin se fijó en una pintura formada por un punto negro sobre campo blanco, enmarcado en bronce.

—¿Cuánto vale? —preguntó.

—Es el interruptor de la luz —le dijeron. — V. C.

Un agente viajero fue al teatro a ver la obra de Arthur Miller titulada *La muerte de un viajante*. Tan convincente y emocionante había sido la representación, que lloró antes de caer el telón final.

—Esa zona siempre ha sido mala... muy mala —decía entre sollozos. — B. A. M.

Algunas religiosas norteamericanas sintieron una inquietud bastante comprensible cuando la actriz italiana Sofía Loren fue escogida para representar en una película de la Metro, próxima a rodarse, a la madre Cabrini, única ciudadana de los Estados Unidos canonizada por la Iglesia Católica. Las monjas no mencionaron el delicado asunto del discutido matrimonio de la actriz con Carlo Ponti, ni debatieron sobre los papeles muy mundanos que ha hecho en el cine.

—La madre Cabrini —explicaron las religiosas con admirable tacto— era mujer delgada y menuda. La señorita Loren es exuberante.

— *The Saturday Evening Post*

Un automovilista iba por una carretera, y llevaba a su mujer y a su suegra en el asiento trasero. Las dos lo tenían loco haciéndole indicaciones acerca de la ruta, advertencias respecto a paradas en seco y otras cosas por el estilo. Al fin el pobre señor no pudo resistir más: se apartó a un lado del camino, frenó bruscamente y se encaró con su esposa.

—Al fin y al cabo —le gritó— ¿quién viene conduciendo... tú o tu mamá? — D. S.

No hay nada más grato que el saludo cariñoso de una niñita cuando llega uno a casa después de un duro día de trabajo en la oficina, opina un habitante de los suburbios cuya hija acaba de ingresar en el segundo año de primaria.

La chiquilla fue a recibirlo a la puerta y echándole los brazos al cuello, le dio un beso, al tiempo que pronunciaba las siguientes palabras confortantes: "Papá, a que no sabes quién vomitó en la escuela hoy..." — R. A.

Usted puede ser heredero, sin saberlo, de una fortuna en los Estados Unidos.

Fortunas que nadie reclama

POR GEOFFREY LUCY

EN LOS Estados Unidos hay unos 15.000 millones de dólares, en dinero y propiedades, que nadie reclama y que están esperando a sus legítimos dueños. En su mayor parte, este tesoro (constituido por depósitos de ahorro, acciones, dividendos, legados y títulos del gobierno que yacen en el abandono, en el olvido o en el anónimo) pertenece a herederos residentes en Europa y cuyo paradero se desconoce.

Esos millones, sin embargo, ya no seguirán sin propietario durante mucho tiempo, pues se ha iniciado una carrera frenética entre dos grupos de "cazadores de fortunas". Están, por una parte, los gobiernos estatales norteamericanos, que tratan de apropiarse de los capitales "abandonados" dentro de su territorio; cuatro Estados de cada cinco tienen en la actualidad leyes que los autorizan para incautarse, una vez trascurridos diez años por término medio, de muchos de los bienes y del dinero que estén en ese caso.* Por otra parte, los detectives especiales, cada vez en mayor número, andan afanadísimos a la caza de propietarios. En los Estados Unidos hay unas 25 compañías, y en Europa otras tantas, por lo menos, que compiten entre sí en la busca de herederos para ganar una comisión, que suele ser un tercio del valor de los bienes recuperados.

Los agentes de esas compañías empiezan rebuscando entre las partidas asentadas en los registros pú-

* Teóricamente la mayoría de los Estados tienen "en custodia" los bienes de los propietarios ausentes. En la práctica es pequeña la parte del dinero que llega a reclamar alguien. El resto se gasta en servicios públicos, como son escuelas, caminos y hospitales. Algunos Estados utilizan investigadores profesionales para que averigüen la existencia de fortunas no reclamadas.

Adaptado de un artículo de Allen Rankin en "The Lion"

blicos, y persiguen después por todo el mundo a los herederos legítimos. Sacan indicios de los archivos parroquiales, de antiguas guías de teléfonos y de calles, de lápidas sepulcrales, de cartas atesoradas, de ficheros de los periódicos, de libros de los comerciantes, de chismes de los vecinos y de una docena más de fuentes. Una vez localizada su cantera, hacen una proposición del mismo tenor casi siempre: "He localizado para usted un dinero del cual supongo que no habría tenido ni siquiera noticia a no ser por mis gestiones. ¿No me firmaría usted este contrato, obligándose a pagarme un porcentaje del dinero a condición de que yo pueda cobrárselo? Si no lo cobro, no me deberá usted nada".

En muchos países europeos situados fuera de la Cortina de Hierro hay agencias que efectúan esta clase de indagaciones. Algunas tienen un solo agente y trabajan para empresas más importantes. Otras, como las compañías de Coutot y de Andriveau en Francia, son de antigua organización, cuentan con varias sucursales y poseen copias de millones de actas de nacimiento, matrimonio y defunción, así como nutridas bibliotecas, y llevan años de experiencia en la localización de herederos perdidos. Su trabajo es, a veces, de una variedad impresionante.

Hace pocos años Maurice Coutot, elegante francés cuya agencia investigadora es una de las más grandes de Europa, tuvo noticia de una fortuna valorada en 100.000 dólares que había dejado en los Estados Unidos una señora emigrada de París al comenzar este siglo. Esta señora no había hecho testamento, y la única pista para localizar algún posible heredero directo era una carta que ella había recibido de París en 1921. "Vi a Murielle", decía la carta. "Se parece a ti. Ha estado trabajando de sirvienta desde los 14 años y vino a verme con su patrona. Le di 20 francos para que pagara los billetes del tren".

Por el precio del billete dedujo Coutot que Murielle había estado viviendo a unos 65 kilómetros de París. Como en la carta se mencionaba el nombre de la madre adoptiva de la chica, Coutot envió a sus agentes para que investigaran en los archivos municipales de todas las ciudades o pueblos que quedaran a 65 kilómetros de la capital francesa. En una población pequeña, situada casi exactamente a la distancia prevista, uno de los investigadores encontró a la hermana adoptiva de Murielle. La hermana le dijo que Murielle se había casado, que murió hacía varios años y que había dejado dos hijos. Coutot los localizó, demostró su identidad y puso en sus manos la herencia de una abuela a quien no habían llegado a conocer.

Entre los casos de niños abandonados, este fue relativamente fácil de resolver. Los padres que abandonan a sus hijos suelen ocul-

tar o embrollar de tal modo las pistas que pudieran servir para localizarlos, que es tarea imposible dar con ellos. Cuando Walter Lynes Smith murió intestado en los Estados Unidos después de la guerra, dejó 90.000 dólares, pero no se pudo encontrar su acta de nacimiento. Las intensas indagaciones emprendidas revelaron que fue, en realidad, hijo de un coronel inglés (de nombre Thorp, al parecer) que había convencido a una familia norteamericana para que adoptara a su hijo de cinco años. Después no se supo más de él. Los investigadores ingleses se pusieron a rastrear todos los datos sobre el coronel en la esperanza de hallar otros descendientes con derecho a heredar el dinero, pero todas las pistas fallaron. Por fin las autoridades estatales norteamericanas se incautaron de los bienes.

La compañía investigadora más grande de Inglaterra se fundó hace 40 años y la dirige Charles Smith. Colabora con tres grupos norteamericanos de investigadores que le pasan informes cuando las pistas llevan a Europa. En los cinco años últimos ha buscado herederos de más de 100 fortunas localizadas en los Estados Unidos. Dos de cada tres casos quedan sin resolver, y Smith tiene que sufragar los gastos; cuando acierta, todavía ha de esperar tres años por término medio, antes de que los herederos dispongan de la herencia y él pueda recibir su comisión.

A veces se resuelve un caso en pocas horas. Por ejemplo, un día después de haber sabido que existía una fortuna de 40.000 dólares en los Estados Unidos, uno de los agentes de Smith encontró a todos los herederos, aunque ninguno conocía, ni siquiera de oídas, a su difunto bienhechor. La mayoría de los casos, sin embargo, requieren meses y aun años de paciente labor detectivesca.

Por ejemplo, cuando murió Anne Parfoot en Wisconsin, Smith no tenía más que un solo indicio: el nombre de la aldea donde, según se decía, vivió Anne antes de casarse y de emigrar a los Estados Unidos. Los investigadores de Smith encontraron en Escocia una remota aldea de ese nombre; allí preguntaron al párroco, examinaron registros, libros mercantiles, recortes de prensa; y hasta visitaron el cementerio e interrogaron a los tenderos y a los vecinos más viejos. Nadie había oído hablar de Anne Parfoot. Pero Smith abandona pocas veces un caso prometedor mientras no haya trabajado en él durante seis años. Así pues, descubrió que había otra aldea de igual nombre en Irlanda del Norte. Los investigadores reanudaron las pesquisas; encontraron al antiguo vicario que los puso al habla con su antecesor, el cual recordaba haber enterrado a los padres de Anne Parfoot.

De la lápida sepulcral se sacaron datos suficientes para localizar varios primos, que se repartieron la herencia de 30.000 dólares de su

ignorada parienta cuatro años después de muerta.

Entre deudas, costas legales y falsos herederos, una fortuna puede quedar reducida a una cantidad irrisoria. Cierta señora belga que se estableció en los Estados Unidos dejó al morir un importante saldo bancario y una caja fuerte que se abrió en presencia de los funcionarios del Estado y que estaba llena de billetes de banco. Unos investigadores europeos se echaron a buscar parientes que la señora pudiera tener en Bélgica, Austria, Holanda e Inglaterra, y al fin un emocionado grupo de coherederos se preparaba para repartirse casi cuatro millones de dólares. Pero las autoridades fiscales norteamericanas descubrieron que la señora belga no había declarado sus ingresos, ni había pagado, por tanto, los impuestos correspondientes, y se incautaron de la mayor parte del dinero. Después, atraídos por las noticias de aquella fortuna, se presentaron 30 falsos herederos. Aunque no tenían parentesco con la difunta ni derecho a su fortuna, amenazaron con llevar el caso a los tribunales. Para evitarse un costoso litigio, los herederos legítimos decidieron librarse de los falsos dándoles algo de dinero. Después que se había pagado a todos, la docena de coherederos se quedó solamente con 700.000 dólares para repartirse.

Hay veces en que los investigadores necesitan nervios de acero para soportar las mudanzas de la fortuna. Una señora norteamericana que había hecho una vida de reclusión dejó al fallecer 600.000 dólares, pero ningún documento que indicase la existencia de algún heredero. Charles Smith se puso a seguir la pista que le dio un vecino de la difunta, el cual suponía que la señora tenía un hijo en Inglaterra. Smith se dedicó a buscar un hombre que se apellidara como ella... hasta que supo que la señora había cambiado varias veces su nombre y el de su hijo. Con el tiempo descubrió Smith a este, pero entonces se planteó otro problema: apareció de pronto el hermano de la mujer, declaró que su difunta hermana se lo había dejado todo a él e insistió en que se requiriese públicamente si había o no testamento.

Smith pensó que aquello era una artimaña para ganar tiempo, pero un abogado demostró que efectivamente la finada había hecho un testamento tiempo atrás. Mientras lo buscaban, Smith y su cliente estuvieron en ascuas. Por fin apareció el documento en un banco: la difunta había legado sus bienes a su hijo y a su sobrino. Pero como este último había muerto, el cliente de Smith recibió la totalidad del legado... y Smith pudo cobrar sus honorarios.

La suerte desempeña una importante función en el negocio de los investigadores. Una vez en que Smith no lograba encontrar a los herederos irlandeses de un caudal norteamericano, uno de sus ayu-

antes observó que la madre del difunto se apellidaba como él mismo. Decidió investigar su propio árbol genealógico y descubrió que la señora era hija de su tatarabuelo, nacido en Irlanda en 1785. En consecuencia, su padre y dos de sus tías ingresaron en el grupo de beneficiarios.

Una de las casas investigadoras más antigua de Europa es el banco Hoerner, de Alemania Occidental, favorecido por una especial circunstancia en su tarea de encontrar herederos perdidos. En el siglo XIX hubo tres notarios públicos en Heilbronn (Württemberg) encargados de escoltar a las personas indeseables hasta el más cercano puerto de mar, de pagarles el pasaje a América y de comprobar que se embarcaban. En los años siguientes los notarios hicieron de intermediarios entre aquellos desterrados y sus familias en Alemania. Los "indeseables" tuvieron tanta fortuna que hoy el banco Hoerner (constituido por la fusión de las tres notarías) obtiene muy buenas utilidades cuidando de que los legados de aquellos hombres y de sus descendientes lleguen a manos de sus legítimos herederos en Europa.

Otra importante agencia investigadora de Alemania Occidental es la de Joachim-Friedrich Moser, con sede en Baden-Baden, que ha localizado más de 20.000 herederos a quienes se daba por perdidos. A veces ha podido reparar yerros pasados. A principios de este siglo un soldado alemán procreó una niña y huyó a los Estados Unidos para no tener que reconocer legalmente su paternidad. Prosperó en su nueva patria, y al morir en California dejó unos 100.000 dólares. Su hermana presentó un testamento en que la nombraba única heredera, pero se demostró que era falso. Pidieron entonces a Moser que buscara a todos los herederos legítimos, y precisamente cuando parecía haber concluido la investigación, descubrió una carta escrita por el soldado desde los Estados Unidos, en la que preguntaba si su hija vivía aún. Moser localizó a la hija, quien, según las leyes de California, heredó todos los bienes de un padre a quien no había visto nunca.

Escandinavia y Finlandia tienen organismos oficiales que se encargan de buscar herederos de bienes legados en el país mismo y en ultramar. Por sus servicios cobran, en general, una módica cuota fija, más los honorarios del abogado. La Oficina de Herencias del Ministerio de Asuntos Exteriores de Suecia se ocupa anualmente en unos 1200 legados (mayormente en los Estados Unidos) que suman en total unos 16 millones de coronas suecas, y carga por sus servicios hasta el siete por ciento del valor de la herencia.

Estos organismos oficiales protegen muchas veces a los ciudadanos contra los abusos de gestores sin escrúpulos. A cierto anciano sueco le dijo una extranjera que era heredero de 6000 coronas legadas por

su prima hermana Jenny Svensson, muerta en los Estados Unidos. Cuando la mujer le pidió que la nombrara su representante legal, el anciano, prudentemente, consultó con la Oficina de Herencias, donde le aconsejaron que no hiciera tratos con ella. Entre tanto la Oficina recibió informes oficiales de la muerte de Jenny Svensson. El heredero legal era el hermano de Jenny, pero los peritos de la Oficina de Herencias descubrieron que también había muerto, y que el legítimo heredero era, en efecto, el anciano. Sin embargo la herencia no era de 6000 coronas, como la mujer había dicho, sino de 60.000.

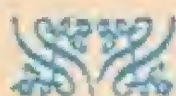
Localizar herederos en los países escandinavos y en Finlandia es tarea fácil, por regla general. En Suecia hay muy buenos archivos municipales, y los eclesiásticos se entregan cada diez años a la Oficina Central de Estadística. En Finlandia se han conservado bien los registros parroquiales a pesar de la guerra. Cuando no se conoce la parroquia de la persona que se busca, los investigadores consultan con la Oficina del Registro Civil, o con la de Domicilios en las ciudades grandes. Las personas evacuadas de Carelia cuando Rusia se anexó esta península en la segunda guerra mundial, constan en archivos especiales. Los registros daneses están completos, con excepción de dos ciudades cuyos archivos se perdieron durante la guerra.

Muchos europeos escribieron a la inglesa su nombre al emigrar a los Estados Unidos. Olsson se convirtió en Wilson u Oliver, Berg se hizo Berry, Björkegren se simplificó en Burke. Eso dificulta la labor de los investigadores. Maurice Coutot andaba desconcertado cuando empezó a trabajar en el caso de un emigrante alemán llamado Weaver, que había muerto en Chicago sin dejar, al parecer, descendientes. Aparte la circunstancia de que su padre había sido soldado en el ducado de Baden en 1828, no había ninguna otra pista. Coutot revisó los archivos militares del ducado, pero no encontró nada que hiciera referencia a un soldado apellidado Weaver. De pronto se le ocurrió que el equivalente alemán de *weaver* (tejedor) es *Weber*, y registró de nuevo los archivos. Halló al hombre que buscaba y después consiguió localizar a todos los herederos del emigrante.

De vez en cuando hay algún beneficiario que repudia la herencia. A dos ancianos que vivían en un remoto distrito de Noruega les dijo el Ministerio de Estado de su país que iban a recibir una cuantiosa herencia de los Estados Unidos. Los ancianos menearon la cabeza; vivían muy a gusto, dijeron, y no querían que los pedigüeños vinieran a interrumpir su paz. El jefe de policía de la localidad trató de convencerlos de que aceptaran la herencia para que la nación sacara provecho de aquellas divisas; después podrían donarla a la beneficencia pública. Pero los dos

ejos se negaron obstinadamente a recibir un solo dólar, y el dinero se quedó en los Estados Unidos.

Otra beneficiaria, cuyo futuro hubiera cambiado del todo con la importante herencia que le habían dejado en los Estados Unidos, sigue probablemente sin enterarse de la existencia de tal legado. Tras de varios años de estériles investigaciones, Coutot logró hallar el rastro de la heredera. Sus agentes estuvieron a punto de llegar a ella varias veces, pero cambiaba invariablemente de domicilio en el momento mismo en que pensaban que al fin podrían hablarle. A la postre la heredera se fue al extranjero y Coutot perdió la pista. "Más tarde supe", explica Coutot, "que había desfalcado una pequeña cantidad de dinero y creyó que mis agentes eran detectives. Lo que hurtó era una parte insignificante de la suma que yo trataba de entregarle, pero su misma conciencia de culpa la despojó de lo que era suyo".



Cosas de Washington

El congresista norteamericano Howard Smith, quien no ve con buenos ojos los gastos excesivos de su gobierno, se quejaba el otro día de una partida de 64.000 dólares que se aplicaría a un estudio oficial sobre la resistencia del hombre a la persuasión. Frunciendo el ceño, dijo Smith: "Algunos creíamos que Adán y Eva habían resuelto ya esa cuestión con la manzana". —J. D.

Eugene Foley, administrador de la Oficina del Pequeño Comercio de los Estados Unidos, ha estado tratando de eliminar el excesivo papeleo en la dependencia que está a su cargo. Comprendió que había llegado la hora de hacerlo así cuando una persona que solicitaba un préstamo le dijo al empleado encargado de tramitarlo: "Ahora que he llenado al fin todos los formularios, se me ha olvidado para qué quería el préstamo".

Una de las expresiones que con más frecuencia se oyen en las oficinas y corredores de la Dirección Nacional de Aeronáutica y del Espacio (NASA), de los Estados Unidos, es "programa acelerado". Durante una entrevista periodística le pidieron una vez a uno de los científicos espaciales que definiera aquella locución. Tamborileando con los dedos sobre la mesa, dijo el funcionario de la NASA: "Un programa acelerado consistiría en embarazar a nueve mujeres al mismo tiempo con la esperanza de tener el niño en un mes". —D. G.

El día que salvamos la catedral de Chartres

Por Gordon Gaskill

DURANTE la larga noche de la ocupación nazi, el pueblo de Chartres, y el de Francia entera, estuvo con el alma en un hilo acariciando la esperanza de que los alemanes respetarían una de las más nobles creaciones del hombre: la gran catedral de Chartres.

De cuando en cuando había corrido el rumor de que iban a volarla, ya para castigar a los franceses por el movimiento de resistencia, ya en cruel venganza antes de batirse en retirada.

Al fin, el 16 de agosto de 1944, la catedral parecía haberse salvado. El Tercer Ejército estadounidense, al mando del general Patton, estaba en las cercanías de Chartres, los alemanes emprendían la retirada y la catedral se hallaba aún intacta.

Pero precisamente entonces, en ese mismo día, corrió el mayor peligro a que se vio expuesta en el curso de la guerra. Tres cañones fueron emplazados frente a la catedral, a muy corta distancia, y el joven teniente que mandaba las piezas parecía resuelto a hacer saltar, cuando menos, las dos magníficas torres. Y los cañones no eran alemanes; eran norteamericanos.

En la noche del día anterior, a unos 80 kilómetros al oeste, tres corresponsales de guerra norteamericanos habían empezado a preocuparse, poco menos que casualmente, por la suerte de la catedral de Chartres. Clark Lee, Bob Reuben y yo formábamos parte del numeroso grupo que, en el cuartel general del Tercer Ejército, se había reunido aquella noche frente al mapa que señalaba el arrollador avance de las fuerzas del general Pat-



an por el suelo de Francia. Todas las miradas estaban fijas en el punto del mapa que señalaba la ambicionada meta —París—, pero Clark Lee apoyó el dedo índice en otro punto equidistante de París y del lugar donde nos hallábamos, y dijo:

—Aquí está la ciudad de Chartres. ¿Qué suerte habrá corrido su catedral?

Cuanto más hablábamos de ello, mayor importancia cobraba la pregunta de Lee. ¿No es Chartres, en opinión del historiador Henry Adams, la más hermosa de todas las catedrales góticas? Edificada en el siglo XIII, durante un período de florecimiento de la piedad en todas las clases sociales, se alza en el lugar que ocupó otro templo parcialmente destruido por las llamas. Notre Dame de Chartres fue consagrada a la Virgen, y en ella se conserva un relicario con el velo que, según la tradición, llevaba María cuando el Arcángel San Gabriel le anunció que sería madre de Jesús. Tiene estatuas y bajorrelieves de increíble belleza; vidrieras que son tal vez las más maravillosas del mundo.



—Confiemos en que los alemanes no la destruyan —nos dijo un coronel—. Por nuestra parte, no la tocaremos, a menos que sea absolutamente necesario. En lo que a esto respecta seguimos al pie de la letra las instrucciones del general Eisenhower.

El general Dwight Eisenhower había ordenado a las tropas aliadas que hicieran todo lo posible para preservar cualquier edificio histórico que se encontrara en la zona de combate, y que no debía abrirse fuego contra ninguno de ellos a menos que el mando tuviese la certeza de que el enemigo lo estaba utilizando en forma militarmente ventajosa para él.

Pero rara vez podrá un jefe militar saber a ciencia cierta, en el ardor de la lucha, qué es lo que ocurre en el terreno ocupado por el adversario. Y si la artillería contraria le está causando bajas, será muy probable que mire con recelo toda altura desde la que un observador enemigo pueda estar dirigiendo el fuego de sus cañones. Ahora bien, en terreno llano, los puntos más elevados suelen ser las torres de las iglesias. Pocos meses antes, en Italia, el mando aliado, basándose en un informe erróneo del servicio de información militar, creyó que los alemanes se habían hecho fuertes en la abadía de Montecassino, situada en lo alto de una colina que cerraba el paso a las fuerzas invasoras. Solo después que los bombardeos de la aviación redujeron a escombros la abadía se pudo conocer la inexactitud de aquel informe.

¿Ocurriría algo parecido en Chartres, donde las esbeltas torres de la catedral se elevan a 105 metros de altura sobre la llanura que la rodea? Nosotros tres decidimos averiguarlo. A primera hora de la mañana siguiente —16 de agosto— emprendimos la marcha hacia Chartres en un *jeep*. Al rodear un bosque para salir a terreno despejado, Lee gritó: "¡Ahí la tenemos!" Y efectivamente, allá lejos, en el horizonte, surgía majestuosa en la llanura de la Beauce, como un navío en el mar en calma, la catedral de Chartres. Poco antes de mediodía llegamos a las afueras de la ciudad, donde a los pocos segundos nos vimos rodeados por una multitud de alborozados franceses.

Ahora me tocaba actuar a mí. Porque ni Lee ni Reuben sabían una palabra de francés, idioma que yo hablaba... a mi manera. Mi acento era terrible, y los franceses apenas podían disimular una sonrisa al oírme maltratar su dulce lengua. Pero con un poco de buena voluntad acabaron entendiendo lo que yo trataba de decirles y, si me hablaban despacio, podía comprender lo que me decían. Así, por el parloteo de aquellos vecinos de Chartres pude por fin conocer las primeras noticias concretas y fidedignas acerca de la catedral.

—*Mais oui!* —exclamó un hombre bigotudo, con aspecto de pirata, pero que resultó ser boticario—. *Tout va bien!* No han tocado ni una piedra.

Los otros franceses corroboraron con afirmativos y repetidos movimientos de cabeza lo que él decía. Saltaba a la vista que la catedral era para todos lo que más les importaba después de su familia y su hogar.

—*Allons!* —dijo el boticario subiéndose a nuestro *jeep*—. Les enseñaré el camino más corto a la catedral.

A poca distancia de donde nos hallábamos se produjo una explosión.

—Granadas de los *boches* —explicó el boticario—. Las disparan de cuando en cuando; al parecer

sin blanco fijo, solo por molestarnos.

Al poco rato llegamos a la catedral. Las puertas estaban abiertas, y el sacristán nos recibió como a llovidos del cielo. En el interior del templo reinaba una suave, apacible claridad. Aunque faltaban las vidrieras, que habían sido retiradas para guardarlas en un lugar seguro, todo lo demás estaba, al parecer, intacto. El sacristán quería que viésemos cuanto de notable encerraba la catedral; pero como para eso habríamos necesitado horas, le dijimos que era mejor dejarlo para la tarde. Habíamos cumplido el propósito que nos llevó a Chartres, y nuestros pensamientos se orientaban entonces hacia algo menos artístico: el almuerzo.

—Busquemos el mejor hotel de la ciudad —propuso Clark Lee—. Con guerra o sin guerra, en un buen hotel nunca falta algo en la cocina.

La propietaria, mujer de mediana edad que parecía disfrutar de su propia cocina, nos recibió con grandes muestras de satisfacción. Buscó afanosamente en una alacena y sacó una botella de whisky escocés, que había puesto a salvo de *les boches* y que prometió compartir con los primeros liberadores de la ciudad. El almuerzo fue lo mejor que habíamos probado en muchos meses: huevos frescos, ensalada, salchichas. Pero en medio de tan alegre ágape un francés irrumpió en el comedor, casi sin aliento, y dijo entre sollozos:

—¡Los norteamericanos van a bombardear la catedral!

Saltando por una ventana para ganar tiempo, corrimos al coche. En una gran plaza, a poca distancia de la catedral, se agolpaba una multitud silenciosa. Todos se mantenían a prudente distancia de lo que era blanco de todas las miradas: tres vehículos con traza de tanques en los que sendos cañones de tubo corto apuntaban sus bocas hacia las torres de la catedral.

Sin acabar de salir de nuestro asombro, nos abrimos paso entre los franceses para acercarnos al oficial que mandaba las piezas: un joven teniente de la 7a. División Acorazada. A su lado, un comandante del Ejército francés, angustiosamente pálido, hablaba tan exaltada como infructuosamente. (Luego supimos que no estaba en activo, pero vestía de uniforme ese día para celebrar la liberación.) Se notaba en seguida que no entendía una palabra de inglés, y el teniente no sabía francés.

Pregunté al teniente qué era lo que ocurría; señaló a la catedral y me dijo:

—Los alemanes deben haber dejado ahí observadores de artillería; y los vamos a hacer saltar.

¿Cómo sabía el teniente que los alemanes tenían observadores en la catedral?

—Es lo más seguro —me dijo—. ¿No oye usted el estallido de las granadas? Eso significa que el enemigo tiene algún observador

por esta parte; y lo lógico es que sea en las torres de la catedral.

—¿Habla francés alguno de ustedes? —preguntó el comandante.

—*Un peu* —repuse con tanta modestia como verdad.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó—. Explíquele al teniente que yo, como militar, comprendo que los norteamericanos sospechen que hay observadores en las torres. Pero desde hace tres días la guardia organizada por nosotros vigila constantemente. Puedo asegurar que no hay un solo alemán en la catedral, por lo que bombardearla sería completamente inútil.

Traduje todo esto al teniente, pero no se inmutó.

—¡Hum! No me merece confianza —murmuró displicente.

Aunque no entendía el idioma, por el tono de la voz y por el gesto el comandante comprendió lo que el otro acababa de decir:

—*Mais, messieurs*, —insistió con vehemencia— seguramente han podido ustedes advertir que la artillería enemiga no está haciendo fuego dirigido.

Sin preocuparse de nosotros, el teniente mandó a sus hombres que cargaran las piezas. De la expectante multitud de franceses se escapó un quejumbroso grito de espanto. El comandante, dirigiéndose a mí, pidió con desesperado ahínco:

—Dígale al teniente que me conceda 20 minutos ¡solo 20 minutos! para subir con una patrulla a las torres y demostrarle que no hay alemanes en la catedral. Puede mandar que me acompañen algunos de sus hombres.

Di cuenta de la petición, harto razonable, al oficial. Su respuesta fue lanzarnos miradas furibundas a los corresponsales, mientras nos decía:

—¿Con qué derecho vienen unos paisanos como ustedes a meterse en lo que no les importa? Yo mando aquí, sé lo que hago, y esto no le importa a nadie más.

Tenía razón. Nuestra calidad de "asimilados" a oficiales y el uniforme que vestíamos no nos conferían la menor autoridad. Y sin embargo, con razón o sin ella, nos parecía que no era el momento de atenernos demasiado a las ordenanzas. Así pues, le dije al teniente que considerábamos este asunto de nuestra incumbencia. Le recordé que en casos como el de la catedral, las instrucciones del general Eisenhower prescribían que no se abriera fuego a menos que hubiera seguridad de que el enemigo se servía del lugar militarmente y con perjuicio para nuestras tropas. Y añadí:

—No hay ninguna prueba de que la estén utilizando, y todo induce a creer que no lo están haciendo. Aun suponiendo que no crea lo que asegura este francés, usted debería saber que los disparos de la artillería enemiga no son de fuego dirigido. Está disparando al azar. No ha causado una sola baja norteamericana. En cambio, ha alcanzado y ha dado muer-


COLONIA
CORAL
GARDENIA AZUL

te a varios franceses. A pesar de esto, es un francés el que insiste en que no hay alemanes en las torres, que ningún alemán está allí dirigiendo el fuego. ¿Por qué no le concede al comandante los 20 minutos que él pide para ir a la catedral con una patrulla y dejar aclarado el asunto sin lugar a dudas?

Ni siquiera se dignó contestarme. Decidí, entonces, jugar mi última carta; tal vez no muy limpiamente, pero era tanto lo que estaba en juego que más valía no pararse en barras.

—Tomaremos nota de su nombre, teniente —le dije—. Y recuerde que hay testigos de lo que aquí suceda. Si dispara contra la catedral, y después resulta que no había alemanes allí, haremos que el mundo entero sepa quién fue el que destruyó esa catedral sin razón. Es más: iré yo personalmente a enterar del caso al general Eisenhower; y puedo asegurarle que no habrá oficial más apesadumbrado que usted en todo el Ejército de los Estados Unidos.

No había jactancia por mi parte. Como corresponsal de guerra había pasado varios días haciendo una serie de entrevistas al general Eisenhower. Esto me granjeó cierta facilidad para llegar a él, y no habría vacilado en aprovecharla.

Rojo de ira, el teniente acabó diciéndome:

—¡Está bien! Veinte minutos, ni un segundo más. Y aquí estaré, vigilando y esperando.

Al conocer su decisión, los franceses agolpados en la plaza dejaron escapar un suspiro de alivio. Al comandante se le iluminó el rostro. Él y algunos de sus hombres subieron a nuestro coche y salimos a toda prisa hacia la catedral. Todos ellos conocían hasta el último rincón del complicado interior del templo. Se formaron dos grupos, uno para cada torre. Mis dos compañeros y yo quedamos en el grupo encabezado por el propio comandante.

La angosta escalera de caracol por la que subíamos parecía no tener fin. De trecho en trecho nos asomábamos a las largas y estrechas aberturas que a modo de ventanas daban vista al exterior, no solo para descansar un momento, sino también para hacer señales a quienes esperaban allá abajo e indicarles que, al menos hasta entonces, no habíamos encontrado ningún alemán. En la plaza podíamos ver las tres bocas de fuego apuntadas hacia las torres, y al teniente al pie de ellas.

En el piso de toscas tablas en que, por fin, concluía la escalera permanecimos de pie bajo las grandes y silenciosas campanas. Ni en esta ni en la otra torre de la catedral había alemanes. Lo asegurado por el comandante era absolutamente cierto. Nos abrazó efusivamente. Acto seguido, asomándonos al costado de la torre, agitamos en el aire las guerreras para dar a entender a quienes aguardaban en la plaza —y muy particularmente al



teniente— que la catedral estaba y había estado libre de enemigos.

¿Cuánto hará que no repican?, me pregunté al mirar las mudas campanas; y decidí que había llegado el momento. Me acerqué a la mayor de ellas, así con ambas manos su pesado badajo de bronce e hice que golpease contra el sonoro vaso. Fueron tres golpes rápidos y uno pausado: *tan tan tan . . . dindooon*. Tres cortas y una larga: la "V" de la victoria. De los franceses que estaban al pie de la catedral llegó a nosotros un jubiloso clamor que subía hasta el cielo.

Bajamos lentamente por la retorcida escalera. Al asomarnos a una de las estrechas ventanas vimos que el teniente había desaparecido con toda su artillería. Cuando salimos de la penumbra de la catedral, parpadeábamos medio cegados por la deslumbradora claridad del sol mientras los alborozados vecinos de Chartres formaban en torno nuestro una verdadera marejada humana. Entre ese tumulto estaba *Madame*, la hotelera. Se acercó a nosotros, toda llorosa y entusiasmada, y exclamó:

—¡Los recordaré mientras viva! ¡Han salvado nuestra catedral! Encenderé una vela, ¡no, tres velas, una por cada uno de ustedes!

La próxima vez que vuelva a Chartres le pediré a *Madame* que encienda más velas; dos en esta ocasión. Porque Clark Lee y Bob Reuben se han ido ya de este mundo; y si en algún lugar han de arder velas por ellos, es en Chartres, en "nuestra" catedral.



Amantes de la Naturaleza

ALGUIEN dijo del naturalista y filósofo Thoreau: "De contemplar una marmota durante diez minutos sacaba más provecho que muchos hombres de pasar una noche con Cleopatra".

— Paul Brooks, en *Roadless Area*

EL GRAN La Fontaine era asiduo estudiante de la Naturaleza. Una vez que llegó con retraso a una cena, explicó: "Vengo del entierro de una hormiga. Acompañé al cortejo fúnebre hasta el cementerio, y luego a la familia hasta su casa". — Will y Ariel Durant, en *The Age of Louis XIV*

EL ESCRITOR naturalista Paul Brooks vio un búho pequeño posado inmóvil sobre una rama seca, en un bosquecillo vecino a su casa. "Al vernos cara a cara el ave y yo", escribe Brooks, "pensé en la clásica respuesta que dio cierto humorista cuando le preguntaron si acostumbraba a observar los pájaros: *Sí, y ellos también me observan a mí*".

— *Roadless Area*


el mejor regalo
SABANAS
Grafa



Es mejor ver el puente que el obstáculo

Un paso hacia la aventura

POR ELIZABETH STARR HILL
Condensado de "Christian Herald"

UNA MAÑANA me llamó mi marido desde la oficina, muy excitado y feliz:

—Querida, tenemos que tomar una decisión muy importante. Me han ofrecido enviarme a una sucursal extranjera durante ocho meses para un trabajo especial. Si acepto, tendremos que tomar el avión la semana próxima con los niños. ¿Qué te parece?

Me quedé unos instantes tan estupefacta que no supe qué responder. Todo lo que se me vino a la mente fue un montón de problemas. ¿Cómo era posible preparar

Regálele lo que
él más quiere...

williams

AQUA VELVA

williams

... después de usted, por supuesto

Ese hombre especial merece un regalo especial. Y nada le complacerá más
(y demostrará que usted tiene buen gusto) que un estuche Ice Blue de Willia
para el arreglo masculino. En lujosos estuches de uno o dos productos. Re
perfecto para la ocasión que usted quiere que él recuerde siempre...

Para el hombre que tiene ese "no sé qué" **Ice Blue de willia**

la ropa y las maletas, cerrar la casa y salir la semana siguiente? ¿Y si nuestros dos hijos no se adaptaban a las escuelas del país al que íbamos? ¿Cómo instalarnos si faltaban muchas de las cosas y las comodidades que dábamos por descontadas en nuestra propia casa? Estaba mascullando la lista de dificultades cuando de pronto recordé otro día de mi vida y otra decisión que hube de tomar.

Yo tenía entonces 16 años y era una chica de ciudad que visitaba a mi tía Alicia en el campo. Una tarde emprendimos un paseo; hacía calor; el camino de tierra me parecía muy áspero y yo buscaba la sombra, preocupada por las quemaduras del sol. Llegamos a un arroyo medio oculto por grandes hayas, desde donde se divisaba una pradera en la otra orilla, y mi tía Alicia dijo en un arranque de entusiasmo:

—¡Qué agradable pradera! ¡Podríamos vadear el arroyo y verla de cerca!

Yo retrocedí y le dije que nos cortaríamos los pies con las piedras; que en la pradera había muy poca sombra; que iba a ponérseme roja la nariz y a pelárseme; que ya habíamos andado largo trecho y el camino de regreso a casa sería más largo aún; que estaríamos muy cansadas al día siguiente...

—¡Qué pobreza de imaginación! —exclamó mi tía, exasperada—. ¡Estás viendo obstáculos donde deberías ver puentes!

Estas bruscas palabras me asustaron y me hicieron callar. Ella se

quitó las medias y los zapatos y se metió en el agua, y yo la seguí. Al llegar a la margen opuesta, después de abrirnos paso por entre unas ramas de hayas, llegamos a un campo lleno de narcisos. Los había a centenares y, como en el poema de Wordsworth, parecían una enorme orquesta de trompetas de oro que entonaran el himno de la primavera. ¿Se me peló la nariz? ¿Me hice daño en los pies? No lo recuerdo. Pero nunca olvidaré aquellos magníficos narcisos.

El recuerdo de esa escena me hizo responder con más valor a mi marido:

—¡Pues se me ocurre que sería una espléndida oportunidad de conocer algo nuevo!

—Yo pienso lo mismo —se apresuró a comentar—. Si queremos tomar el gusto a la aventura, tenemos que dar un paso hacia ella cuando se nos aparece en un recodo del camino.

La semana siguiente salimos en avión y pasamos ocho meses maravillosos en un país remoto. Desde entonces hemos cruzado varias veces el océano, con motivo de diversos encargos confiados a mi marido. ¿Dificultades? Por supuesto que las hemos tenido, pero lo mismo sucede a todos, aun en la vida más tranquila. Y ahora nos sentimos felices de no haber vuelto la espalda al camino de la aventura.

¡Cuán a menudo obramos como si alguna regla inviolable nos prohibiera poner la planta en un terreno desconocido! Tendemos a repetir los mismos actos en la misma forma de siempre y nos resistimos a ensayar algo nuevo. Y sin embargo un solo paso que nos aparte de la senda mil veces recorrida de nuestros hábitos puede a veces llevarnos al país mágico situado más allá del horizonte.

No es preciso que tal paso sea largo, arriesgado ni irrevocable. Ni siquiera es necesario que vaya hacia una meta determinada. Eso sí, para que nos llene el corazón con la emoción jubilosa de los descubrimientos, debe ser un auténtico punto de partida hacia una tierra inexplorada. A veces no percibimos cuán corta será la distancia que necesitaremos recorrer para llegar al camino deseado.

Fui una niña enfermiza, y por eso hasta que tuve nueve años no asistí de manera regular a la escuela. Todavía recuerdo con claridad aquel primer día de clases tan espantoso. Los demás niños parecían conocerse todos y saberlo todo, las lecciones, los juegos, lo que se debía hacer, mientras yo, que ansiaba ser uno de ellos, pensaba con tristeza en que mi anhelo no se realizaría jamás.

Muda y asustada me ocultaba en los rincones. A la hora del recreo me quedaba sola junto al patio de juegos. Al poco tiempo se acercó mi maestra y me dijo suavemente:

—Al principio parece difícil llegar a formar parte del grupo, pero si tú...

Antes de que pudiese continuar, rompí en llanto. Comprendía, le

dije, que ella quería verme tomar parte en las conversaciones y en los juegos, pero eso era imposible para mí. Yo no sabía saltar a la comba... las reglas del juego de la pata coja eran como el idioma chino para mí... y así lo demás.

Cuando por fin terminé de desahogarme, la maestra añadió con dulzura:

—Solo iba a proponerte que te aproximaras a otra niña y la saludaras... a cualquiera.

No era nada complicado, y pude hacerlo. Desde luego, dio resultado. Un paso nos lleva a otro, y luego al siguiente, y así recorremos distancias que nos habría parecido imposible salvar.

Tengo una amiga cuya madre poseía dotes especiales para la jardinería y que gozaba de merecida fama por sus bellas creaciones. Esta señora había soñado siempre con tener un terreno suficientemente grande para hacer un jardín de flores todas blancas; por fin logró comprar la propiedad que deseaba, pero tres semanas más tarde murió.

Su hija, que heredó el terreno, no era nada hábil en ese arte, pero en cambio su madre le había infundido su deseo y decidió que de un modo o de otro se arreglaría para hacer aquel jardín todo blanco. Sin embargo, al visitar con su hijita la propiedad y ver la tierra desnuda, le invadió el desaliento ante su propia incapacidad. Medio en broma, medio desesperada, se volvió a la niña y le preguntó:

—Lucía, si tú quisieras hacer aquí

el jardín más bonito del mundo, ¿cómo empezarías?

La pequeña reflexionó un instante y contestó:

—Compraría una bolsita de semillas.

Esto fue precisamente lo que hizo mi amiga. Han pasado tres años y hoy su jardín blanco es una prueba luminosa del amor de una hija y del sentido común de una niña. Esta había visto el primer paso que había de darse, no el primer obstáculo que se podía encontrar.

Mi padre, que era un enamorado de las bellas artes, estuvo durante los últimos años de su vida encerrado en casa por una enfermedad grave. Comprendiendo que nunca podría volver a visitar museos y recorrer galerías, se negaba hasta a hablar de arte. Todos los de la familia lo lamentábamos, pero al parecer no podíamos hacer nada.

Un día mi madre le mostró el anuncio de unas reproducciones de pinturas que costaban poco dinero y le propuso:

—¿Por qué no encargas algunas?

Al principio papá rechazó la idea con una serie de objeciones; más tarde leyó de nuevo el anuncio; por último, hizo un pedido. Cuando llegaron las reproducciones, pasó varias horas examinándolas, entre gruñidos de protesta y de aprobación, para terminar por reconocer de mala gana:

—Son buenas, no cabe duda. ¿Qué otros cuadros tendrá esa editorial?

Pidió un catálogo y no pasó mucho tiempo sin que la casa se viera invadida por láminas, grabados y libros de arte. Mi padre volvió a tener ocupadas sus horas, sentado en el sofá y dedicado a estudiar, clasificar y anotar en fichas su pequeño tesoro.

Cuando murió, dejó una colección admirable. Lo que es más importante, nos dejó una prueba espléndida de que Dios nos rodea con infinitas oportunidades de alcanzar la dicha. Si un camino se nos cierra, podemos seguir otro, salvo que tengamos miedo de intentarlo.

Una noche conocí en una fiesta a una joven muy animada y simpática. Al conversar descubrimos que ambas teníamos en común el deseo de aprender a tocar la guitarra, y me dijo:

—He oído de una academia donde dan clases de guitarra para adultos y enseñan canciones folklóricas. Mañana iré a ver.

—Magnífico —asentí con entusiasmo, y decidí hacer lo mismo.

Sin embargo, al día siguiente, al repasar la lista de mis obligaciones, no creí tener tiempo libre para esas lecciones. Además, yo no tenía guitarra . . . y probablemente el curso sería caro. Y además . . .

Un año más tarde volví a encontrarme con aquella muchacha. Estaba sentada en medio de un círculo de personas, tocando la guitarra y acompañando una canción popular. Era evidente que tanto ella como los circunstantes se divertían. Me explicó luego que había alqui-

ado una guitarra para seguir el curso, que le había resultado bastante económico.

Además había aprendido acompañamientos y canciones en manuales sencillos, sin maestro. ¿Cómo había podido practicar? Levantándose media hora más temprano, antes que su hijito despertara, o tocando mientras el pequeño dormía la siesta. Desde que yo la había visto logró hacer un recorrido muy feliz, mientras que yo seguía en el mismo lugar.

El camino a la aventura está siempre cerca. En realidad, hay muchos caminos que llevan a ella, y todos empiezan frente a nuestra misma puerta, a un paso de nosotros.

Si desea reimpresiones de este artículo vea la página 38



Igualdad y democracia

Debemos desconfiar del erróneo concepto, perniciosamente generalizado, de que la democracia equivale a una absoluta igualdad, y de que toda negación de una igualdad de méritos es antidemocrática. Democracia significa igualdad de derechos ante la ley e igualdad de oportunidades para el progreso individual hasta el límite de la capacidad del propio individuo; democracia, de ninguna manera quiere decir que todos tengamos las mismas aptitudes, que los conocimientos y la experiencia no se estimen superiores a la ignorancia y a la inexperiencia, que el dictamen de todo individuo sea soberano y que toda opinión sea tan buena como cualquier otra. En otras palabras, la democracia no reniega del principio de autoridad en la aplicación de las normas establecidas, en tanto que todos dispongamos de medios pacíficos para reformar esas normas.

Por paradójico que parezca, la verdadera libertad emana del hecho de contraer una obligación: para con el pueblo, para con una idea, una causa superior a nosotros mismos. La libertad consiste en poder elegir una actividad a la cual dedicarse y a la cual entregarse con apasionado interés; no es posible encontrar esa libertad en un hedonismo sin objeto o una dejadez irresponsable. Las satisfacciones que proporciona la libertad radican en el total empleo de nuestras facultades en bien de alguna noble empresa, que exija de nosotros nuestra devoción toda, nuestra completa convicción.

Somos más dichosos cuando nos entregamos totalmente. Toda obra perdurable de la humanidad ha sido producto de un cerebro disciplinado y de una voluntad y una imaginación disciplinadas.

— Fragmentos de un discurso pronunciado en ocasión del fin de cursos por el doctor en filosofía, John Logan, hijo, presidente del Instituto Hollins, de Roanoke (Virginia).

El cadete que no se dio por vencido


Tte. Gral. Benjamín Davis, hijo

POR ROBERT STROTHER

Sobrevivió al "tratamiento del hielo" en la Academia Militar de West Point y llegó a ser el más famoso soldado de su raza

ENTRE los 383 nuevos cadetes que ingresaron en la Academia Militar de West Point en julio de 1932, muchos eran de elevada estatura, algunos bien parecidos, todos inteligentes; Benjamín Davis, hijo, simpático muchacho de 19 años de edad, se distinguía por estas tres cualidades. Esbelto y derecho como un fusil, medía 1,87 m, había sido presidente de su clase en la Escuela Central Superior de Cleveland, donde sobresalió como buen estudiante y buen atleta, y era, en resumen, el tipo de joven brillante a quien cualquier miembro del Congreso daría gustoso su recomendación para West Point... si no fuera por una circunstancia: Ben Davis era negro (y hacía 50 años que no se graduaba un negro en la Academia Militar de los Estados Unidos).

Durante sus primeros días en West Point, Ben hubo de some-



en 7 dias un cutis nuevo...

Empiece hoy mismo a transformar y embellecer su cutis con **verdadera** limpieza profunda.

un rostro nuevo...

Cada noche, hágase una doble aplicación de Crema Pond's "C", (Cold Cream) para purificar hasta el fondo de los poros. Al cabo de 7 días...

una vida nueva!

...usted advertirá, maravillada, que su rostro ha ganado una belleza nueva, ¡gracias a Crema Pond's "C"!

Plan de belleza "7 dias" de Crema Pond's "C"



Ahora en nueva fórmula estabilizada, y encantadora fragancia a rosas.

Tocado de Franzosi
París - Buenos Aires

terse al duro ritual con que se pone a prueba el temple de todo nuevo cadete: marchar siempre a paso de redoble, saludar a todos, cuadrarse cuando así lo ordenan los alumnos de los cursos superiores, no hablar sino cuando se le dirige la palabra, y no dejar de dar a nadie el tratamiento de "señor" al contestar cualquier pregunta. Todas estas novatadas formaban parte de un sistema enderezado a trasformar a los muchachos en oficiales del ejército; era una dura disciplina que se aplicaba a todos con absoluta imparcialidad. Ben estaba seguro de que sabría aguantarla.

Luego vino el golpe. Un día en que iba corriendo a una reunión de sus condiscípulos en su cuartel, oyó el despectivo término: "Negroide". Desde entonces ningún cadete volvió a dirigirle la palabra. Le aplicaron "el vacío" o tratamiento del hielo para obligarlo a abandonar la Academia.

Esta actitud no sorprendió a Davis, que se había criado en puestos militares. Su padre, llamado también Benjamín, se había enganchado en el ejército en la época de la guerra con España y tres años después de su ingreso había ganado por concurso el grado de subteniente. El joven Ben oyó muchas veces de labios de su padre las palabras que pronunció el presidente Teodoro Roosevelt al firmar aquel despacho, con el que se estableció precedente. Un ayudante le informó que el candidato

era negro, a lo que Roosevelt replicó: "¡Espléndido! Lo único que cuenta es que *se ha ganado* el cargo", y así diciendo estampó su vigorosa firma en un documento que había de ocupar permanentemente un sitio de honor en la casa de los Davis.

Cuando el joven Ben ingresó en la academia de West Point, su padre era ya coronel y Ben estaba resuelto a seguir sus pasos. "El primer mes que pasé en West Point resolví no darme *jamás* por vencido", declaró hace poco.

Durante el largo y crudo invierno pasado en la ventosa altiplanicie donde se alza la academia, a orillas del río Hudson, el cadete Davis sobrellevó el hielo de que se le rodeaba. En West Point el ritmo de trabajo es veloz y despiadado. Ejercicios y clases se suceden en una intensa jornada que comienza con la primera formación, la convocada para el desayuno, a las 6:30 de la mañana. Las clases se dividen en secciones de 10 a 15 alumnos cada una; todos los días, todos deben dar la lección en todas las materias. Los exámenes son severos y frecuentes, y semanalmente se anuncia en un tablero el lugar que cada alumno ocupa en su clase. Muchos de los condiscípulos de Ben en ese primer año fracasaron y fueron despedidos de la Academia; él, en cambio, fue ascendiendo a los primeros puestos de su clase.

Cuando terminó el primer año, Ben fue el héroe en la ceremonia

de "reconocimiento". Los cadetes de las clases superiores le estrecharon la mano y lo felicitaron por el valor con que sobrevivió a la prueba por que había pasado. Al menos durante algunos días pareció como si sus sufrimientos hubieran terminado.

Luego, inexplicablemente, otra vez se hizo el silencio a su alrededor, silencio que con pocas y confortantes excepciones había de durar tres años más. Pero también entonces lo supo sobrellevar Ben Davis. Viviendo con su dolor se reconcentró en los estudios en forma tan eficaz que al terminar, en junio de 1936, ocupaba el trigésimo quinto lugar entre los 276 alumnos de su promoción. Al graduarse así entre los primeros y mostrarse tan capaz como los mejores, había abierto brillantemente el camino. De entonces acá, otros negros se han graduado en West Point, y hoy los cadetes negros reciben allí exactamente el mismo trato que los blancos.

En octubre de 1940 Ben era ya capitán y tres meses después del ataque a Pearl Harbor se graduaba en la Escuela Superior de Adiestramiento del Ejército. En mayo de 1942 pasó al Cuerpo de Aviación del Ejército, fue ascendido a comandante, luego a teniente coronel, y se le dio el mando de la Escuadrilla de Cazas No. 99. Al cabo de pocos meses, este magnífico cuerpo peleaba a sus órdenes en África del Norte y después en la campaña de Sicilia.

A fines de 1943 el coronel Davis organizó el Grupo de Cazas 332 de la XV Fuerza Aérea en Italia. Bajo su mando, la escuadrilla derribó 16 aviones alemanes sobre la cabeza de playa de Anzio. El Grupo 332, compuesto en su totalidad de negros, era de selección y se enorgullecía de contar con el más elevado porcentaje de universitarios en las fuerzas armadas. Su cometido principal era proteger a los bombarderos de los cazas enemigos, y tan eficazmente lo cumplió que en 200 misiones de escolta no se perdió un solo bombardero por la acción de los cazas enemigos. Ben Davis encabezaba personalmente muchas de estas misiones y los pilotos de los bombarderos escoltados le prodigaban los mayores elogios. "Cuando Ben iba al mando, no había mejor equipo de combate", dijo uno de ellos.

La mayoría de las tripulaciones de los bombarderos no veían a los pilotos del 332 sino en el aire. Los campamentos estaban muy dispersos y las visitas no eran frecuentes. Sin embargo, cierta involuntaria visita en 1944 tuvo resultados interesantes. Una escuadrilla de bombarderos B-17 que regresaba de un ataque a Alemania encontró mal tiempo y tuvo que aterrizar en las pistas del 332.

El coronel Davis les dio la bienvenida, y el coronel Thomas Money, ayudante del Grupo 332, comentaba después: "Fue un caso curioso de integración racial. Varias veces los habíamos escoltado en

el aire, pero no nos conocían sino de lejos. Al cabo de los tres días que duró el mal tiempo y durante los cuales bebieron nuestra cerveza y usaron nuestras máquinas de afeitar, ya éramos amigos. Después recibimos muchas cartas de esos muchachos".

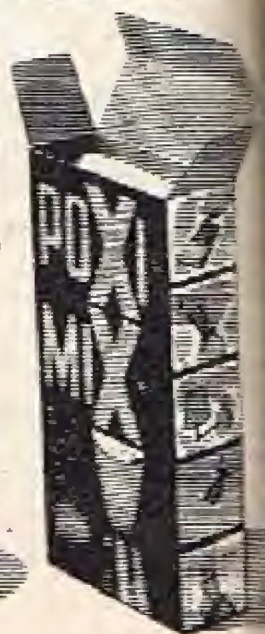
Cuando los periodistas pidieron al coronel Davis que hablara sobre la segregación de que era objeto el 332 y de los "derechos de los negros", contestó que la integración racial vendría a su debido tiempo. E hizo notar que, mientras tanto, por ser el 332 un grupo compuesto exclusivamente de negros, se estaba distinguiendo en forma que sería imposible si sus pilotos estuvieran distribuidos en distintos cuerpos. "No se puede obtener todo al mismo tiempo", agregó. "Por ahora las cosas van bien así. Nuestro deber es ayudar a ganar la guerra; si no la ganamos, *nadie* tendrá derechos que reclamar".

El coronel Davis salió de la guerra con la Cruz de Plata que se otorga al valor, la Legión del Mérito, la Cruz de Vuelo Distinguido y la Medalla de Aviación, esta con cuatro condecoraciones complementarias. "No las obtuvo a pesar de ser negro ni por ser negro, sino porque las ganó", decía el general Nathan Twining, comandante de la XV Fuerza Aérea durante la guerra y posteriormente jefe del Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos.

Después de la guerra la Fuerza Aérea se organizó como un arma aparte y fue la primera que llevó a cabo la integración racial. Al coronel Davis, que progresaba continuamente, se le presentó entonces un nuevo problema: se vio en el caso de mandar a oficiales y soldados blancos (muchos de ellos procedentes del sur de los Estados Unidos) en destacamentos de servicio en Asia, Alemania y los mismos Estados Unidos. Pues bien, en todas partes hizo excelentes amigos.

"Nunca se presentó la menor dificultad", dice el general Laurence Kuter. "Los que trabajaban con él jamás se acordaban siquiera de que Ben fuera negro. Es un competentísimo oficial de la Fuerza Aérea, sumamente inteligente y que sabe expresarse, y su valor en combate es igual al valor con que superó el problema de los prejuicios raciales. Su ejemplo influyó en gran parte para que la integración racial en la Fuerza Aérea tuviera buen éxito".

Davis asistió a la Escuela de Guerra Aérea y fue nombrado jefe de la sección de cazas del Pentágono (o Secretaría de la Defensa de los Estados Unidos). Pero empezaban a usarse nuevas armas y nuevos aviones, y comprendió que necesitaba más adiestramiento para estar al día en cuanto a las nuevas tácticas. Logró que se le destinara a la escuela superior de artillería de *jets* de caza, aprobó el curso con altas calificaciones y recibió el mando del Ala 51 de Cazas-Interceptores, con base en Suwon (Corea).





Ya para entonces la Fuerza Aérea se había acostumbrado a que el coronel Davis desempeñara brillantemente cuanta tarea se le asignase, y lo nombró luego su director de operaciones y adiestramiento en el Extremo Oriente, con base en Tokio. Con esto se le presentó su mejor oportunidad, pues fue nombrado comandante del Grupo Táctico No. 13 de la Fuerza Aérea, destacado en Taipei (Formosa), y con ello ascendido a general de brigada. Así pues, en 1954, exactamente 14 años después de que su padre llegó a ser el primer general de brigada negro de los Estados Unidos, Ben Davis, hijo, alcanzaba el mismo grado.

Hacia 1959 Davis era ya mayor general y jefe delegado de estado mayor de las fuerzas aéreas norteamericanas en Europa. Después sirvió con distinción como director de personal y organización en el cuartel general de la Fuerza Aérea en Washington, y un día de abril pasado el presidente Johnson lo propuso para ser ascendido a teniente general. Hasta entonces ningún negro había llegado a obtener tal grado en las fuerzas armadas de los Estados Unidos.

Como era inevitable, le pidieron a Davis su opinión sobre la lucha entablada en los Estados Unidos para que se otorgue al negro igualdad de derechos, y contestó: "Quiero creer que estoy contribuyendo a ella al desempeñar mis tareas lo mejor que puedo. El Congreso ha dictado leyes que garantizan la igualdad de derechos a los negros. Pero aquellos que viven en un nivel económico, cultural y social muy inferior, necesitan ayuda para superarse. Al mismo tiempo debemos estar resueltos a ayudarnos a nosotros mismos; tenemos que *capacitarnos* para poder aprovechar las oportunidades que se nos ofrecen; debemos estar en condiciones de aprovechar al máximo la ayuda que siempre están dispuestas a brindarnos las personas de buena voluntad.

"Hoy no faltan ya oportunidades, y el día de mañana habrá más. Todos sentimos a veces la tentación de darnos por vencidos, de renunciar a capacitarnos. Para evitar esto, el lema *Venceremos* debe expresar la más vigorosa resolución de prepararnos para los oficios o profesiones que puedan ganarnos un puesto útil en la vida del país. Cuando los negros perseveren y se capaciten para ocupar puestos mejores y para asumir mayores responsabilidades, confío en que ningún prejuicio los prive de la oportunidad que se hayan ganado. Esto es cuanto se puede pedir".

La ceremonia de ascenso se celebró con sencillez en el Pentágono. En presencia de los altos jefes de la Fuerza Aérea, el general John McConnell, jefe de estado mayor, colocó en un hombro de Ben las tres estrellas emblema de su grado, mientras la bella esposa del agraciado, Agatha, se alzaba de puntillas para prenderle otras tres en el otro hombro. Los oficiales,

muchos de ellos viejos amigos de Ben, se disputaban el honor de estrecharle la mano. Un coronel blanco, subordinado del general Davis, comentó que en los últimos años ningún otro ascenso parecía haber causado tanta satisfacción y regocijo en el Pentágono.

El presidente Johnson le envió sus felicitaciones junto con el aviso de un nuevo destino: se nombraba al teniente general Benjamín Davis, hijo, de 52 años de edad, jefe de estado mayor de las fuerzas de los Estados Unidos y de las Naciones Unidas en Corea. Muy lejos había llegado el cadete de West Point a quien se aplicaba "el vacío" en 1932. Y lo mismo puede decirse de su raza.



Caricaturas

UNA SEÑORA mirando la báscula en que está subida: "¡Cielos! ¡Debe haberse vuelto loco mi contador de calorías!" — Gill Fox, NEA

EL CAPITÁN, filosóficamente, al contramaestre: "Me refugié en el mar hace 30 años para olvidar a Alicia Margarita Jenkins, Piso 18b, Netherbridge Mansions, 27 calle South Sloane, Hampstead, Londres . . ."
— *Shipbuilding and Shipping Record* (Inglaterra)

UNA NORTEAMERICANA a su esposo en la fuente de Trevi, en Roma: "Apostaría que eres el primero en tirar una moneda en la fuente por la estabilidad del mercado internacional de la lana". — Ruge

UN METEOROLOGISTA a su ayudante, con un suspiro de alivio, al ver que llueve a cántaros: "¡Cuánta falta nos hacía este aguacero! Ya no nos perdonarían otro pronóstico equivocado". — D. T.

A LA HORA del desayuno, un niño a la mamá: "¡Bueno, me lo acabaré . . . pero cuando el cereal me ponga grande y fuerte, te aseguro que nadie me obligará a comerlo!" — G. C.

UNA SEÑORA cargada de paquetes, al portero del gran almacén: "¿Por casualidad no ha visto usted a un furibundo caballero pasar por enfrente en un auto azul varias docenas de veces?" — D. T.

EL PADRE de familia, examinando el informe escolar de fin de año, al hijo: "Es lástima que no enseñen una materia llamada televisión". — Times

¿Qué irá a "descubrir" la moda?

Las vicisitudes del traje femenino son la historia de la batalla reñida entre las "zonas erógenas en desplazamiento" y el pudor.

POR JAMES LAVER

Autor de muchos libros de historia del vestuario; antiguo miembro del Museo Victoria y Alberto, de Londres.

Condensado de "This Week Magazine"



EL "desnudismo superior", es decir, la práctica de exhibir el busto femenino en público, ha hecho recientemente varios intentos de imponerse a la aceptación general, pero la policía los reprimió en todas partes, exceptuando quizá a unos cuantos restaurantes de lujo de California, atendidos por camareras desnudas de la cintura para arriba, que han ganado cierta publicidad.

Y sin embargo el desnudismo del busto mereció varias veces a lo largo de la historia la aprobación de la moda, muy especialmente en la corte del rey Carlos II de Inglaterra y en tiempos del Directorio en Francia, épocas ambas que han sido tachadas de inmorales, como consecuencia de ello, en los libros de historia. Cabría preguntarse, no obstante, por qué una parte del cuerpo femenino es más "inmoral" que otra cualquiera.

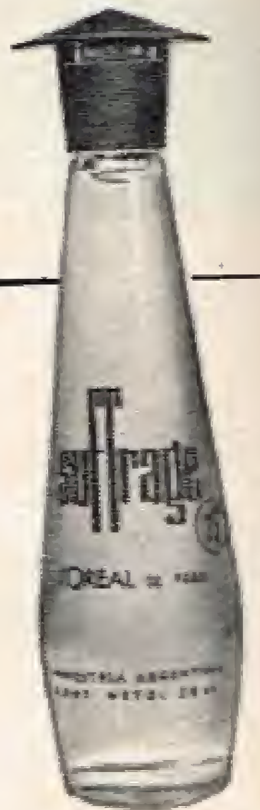
La moda, en esencia, es como el juego del escondite. Tiene que haber dos jugadores: la pudibundez y el estilo que trata de imponerse. Es un juego muy antiguo. Los sicólogos, que han tardado mucho en ocuparse en este problema, acabaron proponiendo una explicación que llaman "teoría de la zona erógena en desplazamiento".

Dicha teoría viene a decir lo siguiente: La mujer es un objeto deseable en su integridad, pero el

Con material adicional proporcionado por el autor

"El instante" que perdura....

suffrage 2F



Ud. lo conoce ya...
Su mirada se ha detenido en él,
en su frasco tan coqueto, tan tentador.
Pero además de admirarlo, Ud. lo ha probado
y adoptado, porque SUFFRAGE 2F
cumple una doble función: la de fortalecer
su cabello y la de prolongar la duración
de su peinado. Recuerde entonces, algo más:
recuerde que SUFFRAGE 2F exige su momento,
su instante definido, que empieza cuando
finaliza el champú y comienza el marcado.
Es "el instante SUFFRAGE" .. un "instante"
que perdura!

Fortalece el cabello

Fija el marcado

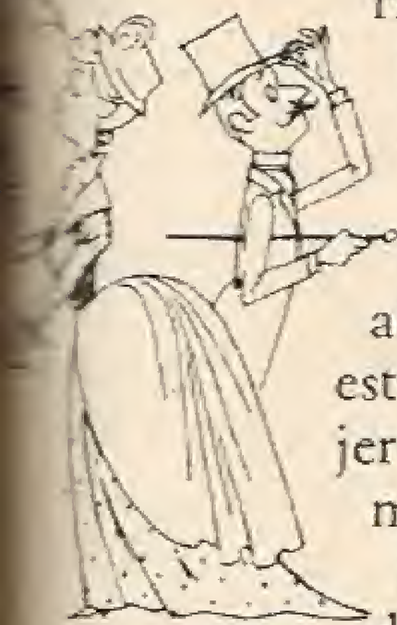
Su cabello
y su peinado
bajo la
protección de

suffrage 2F

L'OREAL DE PARIS ha confiado SUFFRAGE a su peinador. Pregúntele por qué..

hombre no puede abarcarla toda en un instante. Así pues, tiene que limitarse a un trozo determinado de su anatomía. La finalidad de la moda es llamar de golpe la atención hacia ese trozo, hacerlo resaltar de cualquier forma que sea: dejándolo al descubierto, ciñendo mucho los vestidos en el lugar elegido o aumentando exageradamente su tamaño.

Determinada ya la región corporal que ha de hacerse resaltar, ninguna mujer se considerará bien vestida si no acata la moda correspondiente. La dama que en 1860 no llevara miriñaque se sentiría un tanto indecente. Y lo mismo ocurría en la época del polisón con la exageración de las posaderas, o con el pecho plano en los años veintitantos de este siglo. Hoy la mujer que use faldas demasiado largas sentirá que anda fuera de época.



Mas al cabo de poco tiempo esta excesiva insistencia en una zona se gana su propio castigo. La parte del cuerpo que haya sido objeto de esa atención concentrada acaba siendo demasiado conocida, se hace indiferente o, como dicen los sicólogos, "agota su caudal erótico". Entonces el acento cambia de lugar. La nueva zona parece siempre algo indecente al principio. Sin embargo, ese choque emocional es la verdadera razón del cambio.

A veces parece que se ha acabado el juego del "cambio de zona", cuando las mujeres se cubren completamente. Entonces se habla de una época de gazmoñería, que nunca es tan melindrosa como finge serlo, ni tampoco dura mucho.



La teoría de la "zona en desplazamiento" es muy valiosa para explicar los caprichos de la moda. Hoy los consideramos perfectamente naturales y no nos extraña que las mujeres cambien su estilo, y hasta su figura, cada pocos años. No obstante, tal como la entendemos hoy, la moda no ha existido siempre. En la antigua Grecia no había nada que pudiera merecer tal nombre. Y desde la caída del Imperio Romano hasta mediados del siglo XIV los estilos apenas cambiaron.

Después, repentinamente, en las opulentas cortes de Francia y de Borgoña las mujeres bellas empezaron a rivalizar por las atenciones del rey o de los nobles, inventando, o haciendo que otros inventaran para ellas, las tres armas más poderosas de la moda: corsés muy apretados, escotes y divertidos sombreros (o mejor dicho adornos para la cabeza) con complicados velos que no llegaban a ocultar el pelo ni el rostro, sino que se elevaban en cuartos crecientes y espiras.

Por supuesto que estas innovaciones no fueron bien recibidas por

los moralistas de la época. Los predicadores describían los tormentos del infierno que esperaban a quienes en vida vistiesen ropas "inmorales", es decir, todo lo que estaba de moda. Más tarde los puritanos, tanto de Inglaterra como de Norteamérica, mostraron la misma severidad. Cualquier prenda de vestir que sirviera para algo más (o para algo menos) que proteger escuetamente contra las inclemencias del tiempo, merecía su condenación. ¿Acaso los vestidos no fomentaban la concupiscencia? Claro que sí; esa era su finalidad.

Así empezó la contienda entre la moda y la mojigatería, contienda que ha durado hasta hoy.



La mayor parte del siglo XV fue, en la Europa Occidental, un período de gran erotismo, caracterizado por las cinturas "de avispa" y los escotes bajos. Por contraste, la ropa femenina del principio de la época Tudor casi parecía gazmoña. Después, unos cuantos años más tarde, se produjo un retroceso: la reina Isabel I usó grandes escotes durante toda su vida, y esa moda duró hasta el siglo siguiente.

A mediados del siglo XVII el dominio puritano en Inglaterra y en Norteamérica trajo un estilo más modesto en el vestir; pero la época de restauración de Carlos II arrojó la modestia por la ventana. Los retratos de Lely que se exhiben en Hampton Court nos muestran una serie de "bellezas de la corte" que no vestían, por cierto, muy recatadamente.

Es curioso que el siglo XVIII haya hecho remilgos a los hombros. Los escotes podían ser muy generosos, pero ninguna dama respetable enseñaba los hombros en público. El período que siguió a la Revolución francesa tuvo ideas completamente diferentes. Se impusieron las telas ligeras y vaporosas. Las piernas, que tanto tiempo habían estado ocultas, empezaron a traslucirse bajo los vestidos, que a veces eran casi trasparentes. Y ya no fue la "división" de los senos, sino sus formas redondeadas, lo que se mostraba por encima del talle, alto y ceñido con cintas.

La moda obró por insinuación en las postrimerías del siglo XIX y a principios del XX. Se llevaban las faldas tan largas que la mujer, para andar, tenía que levantarlas un poco, con lo que dejaba a la vista el frívolo revuelo de los encajes de sus enaguas. En aquel entonces se aprovechaba deliberadamente la insinuación de la ropa interior. En su forma extrema puede verse este fenómeno en las bailarinas de *cancan* que pintó Toulouse-Lautrec.

Para los trajes de noche la moda aprobaba algo de escote, pero en otras horas del día los corpiños eran muy decentes, pues se estimaba que los cuellos debían llegar hasta las orejas. Es divertido observar que, al abandonarse aquel estilo, vino el lla-

mado escote en V, denunciado desde el púlpito como inmoral y reprobado por los médicos, que vieron en él una invitación a la pulmonía.

Todo esto, sin embargo, fue nada comparado con el horror que despertaron los estilos de posguerra en el decenio de 1920. ¡Las mujeres enseñaban las piernas! Aquello hizo que se estremecieran los moralistas contemporáneos. ¡Hasta las más indecentes épocas de la historia se habían conformado con descubrir fugazmente un tobillo!

A pesar de todo, los años de 1920 a 1930 fueron curiosamente recatados en un aspecto: el busto. A los censores de las películas estadounidenses les producía especial inquietud lo que ellos llamaban la "división". Lo malo para ellos era la indicación de dualidad. El pecho de la joven de la época era *uno solo.*

Si el cine se hubiese inventado una generación antes, los censores no se habrían preocupado por "la división", pero sí hubieran prohibido inmediatamente cualquier filme que llevara la atención de los espectadores hacia las piernas femeninas, consideradas sumamente provocativas. Y por cierto que lo eran entonces, pues habían estado ocultas durante mucho tiempo y habían acumulado, por tanto, un "caudal erótico" muy considerable.

Sin embargo, a finales del decenio de 1920 las piernas ya aburrían, y cambió nuevamente la tónica para recaer el acento en la espalda. Los vestidos de noche, e inclusive algunos de calle, llevaban por detrás escotes hasta la cintura; y así se siguieron usando hasta poco antes de estallar la segunda guerra mundial.

En los últimos años se ha registrado una estudiada vuelta de la moda de "los veintes" y una nueva tendencia a dar realce a las piernas. En lo que se refiere a esto último, puede que se haya ido ya demasiado lejos. Si las faldas suben mucho más arriba de las rodillas y se llevan mallas debajo, la exhibición de las piernas perderá su razón de ser y el acento erótico tendrá que trasladarse a otra parte.

¿Pero a que parte? Si, después de copiar el decenio de 1920, la moda va a seguir los pasos del de 1930, el centro de la atención cambiará de las piernas a la espalda. Las mujeres la llevarán desnuda hasta la cintura, y muy ceñida la región glútea. Hace pocos años se hizo la prueba de llevar al descubierto el epigastrio, y aun el ombligo. Y recientemente los modistas han lanzado el estilo "red de pescador", que es quizá una forma de transacción con el desnudismo del busto.

Como historiador, he de reconocer que las mudanzas de la moda no son nunca predecibles del todo. ¿Quién sabe lo que va a cubrir (o a descubrir) mañana?



Humorismo militar



Un pelotón de infantería del que yo formaba parte estaba haciendo maniobras en Alemania. Nos ordenaron retirarnos a la otra orilla de un río y todos logramos vadearlo, menos el radiotelegrafista, que pisó en un pozo y desapareció. No obstante el peso del equipo de radio que llevaba asegurado con correas a la espalda, el joven soldado logró conservar la calma y andando llegó a aguas menos profundas.

Al verlo salir, todos respiramos con alivio. El joven teniente que mandaba el pelotón fue inmediatamente a felicitarlo por su comportamiento ejemplar en una situación apremiante. Como era militar de carrera, el teniente aprovechó la circunstancia para ponderarle las excelencias de la profesión. Y al terminar su elogio, le preguntó:

—Si no fuera por la instrucción y la disciplina militar que usted aprendió ¿sabe dónde estaría ahora?

—Sí, mi teniente —repuso el otro—: en mi casa, atendiendo la granja. —V. K. R.

En Changi (Singapur) hay una escuela de paracaidistas de la Real Fuerza Aérea inglesa donde se adiestran los aviadores en el arte de sobrevivir en la selva. Uno de los consejos que allí se les da es el siguiente: "Para estrellarse, los mejores meses son los de junio, julio y agosto, pues entonces habrá más fruta comestible en la región". —P. E.

Como "madrina" de un grupo de *boy scouts* los acompañaba yo en una visita a un submarino. Para bajar al interior del sumergible había unas escaleras verticales, y al pie de cada una de ellas colocaron un marinero para que nos ayudara. Aunque yo usaba una falda de mucho vuelo, me dispuse a descender valientemente, a sabiendas de que iba a dar al marinero un espectáculo. Notándome algo turbada, el marinero que me recibió al pie de la escalera me dijo con una sonrisa:

—No se preocupe, señora; al fondo de las escaleras colocan siempre hombres casados. —S. E.

Al llegar el mes de junio se produce una verdadera carrera de casamientos en la hermosa capilla de los cadetes de la academia militar de West Point. En octubre pasado uno de los cadetes había arreglado todos los trámites para poder casarse en junio del año siguiente. Sin embargo, hizo algunos cambios después; no en la fecha

"Me encantaría visitar Estados Unidos, pero..."



¿El idioma es su problema? Usted puede darse la gran vida sin una jota de inglés. En puertos de Pan American como Nueva York, Miami, Nueva Orleans, Washington, Houston, Los Angeles o San Francisco, el español es el segundo idioma, en tiendas y restaurantes. (A veces, el primero.)

¿Dieta de Ham & Eggs? ¡Pamplinas! Allí hay *todo* lo que a usted le gusta. Comidas completas por menos de un dólar. Y en un salón de mantel largo le servirán desde parrillada hasta paella. El vino importado de Europa es más barato en Estados Unidos que en cualquier otro país de América.

¿El tráfico es un lío? Aparentemente, visto en fotos. Arriende un auto (desde $45 por semana) y ya verá cómo todo se desenvuelve armoniosamente. Mapas y letreros le llevarán a donde los "nativos" van y pocos turistas ven. En grupos de 3 a 5 personas el paseo sale baratísimo. Si prefiere el autobús, usted puede ir de pé-a-pá, en autopulman de lujo, hasta 99 días por 99 dólares.

Pan American le dejará en un puerto y le traerá desde otro para que usted se divierta por carretera.

¿Y los niños? Son los que más gozan. Prefieren jardines, zoológicos, museos, parques nacionales, playas, que son gratis...y almuerzan felices un "hot-dog" de 25 centavos. En los hoteles una tercera cama en habitación cuesta poquísimo o nada.

Si trae a la familia y arrienda un auto, le conviene un *motel* con piscina o playa y cocina privada.

¿Son caras las Excursiones Fabulosas de Pan American? Al contrario, cuestan *menos* de lo que usted pagaría al organizar el mismo programa por su cuenta. Usualmente incluyen hotel, excursiones con guía, ingresos a espectáculos y, si usted lo prefiere, también alimentación. Reserve estas Excursiones juntamente con los pasajes del Jet Clipper®

Las autoridades estadounidenses son genuinamente cordiales y serviciales. Desde el oficial de aduanas hasta el oficial de policía. Y si requiere más ayuda, Pan American tiene en EE.UU. cientos de oficinas donde usted no será un extraño.

¿El costo de la gira es su problema? *¡Viaje ahora —Pague después!* Vea a su Agente de Viajes o a Pan American.



La Línea Aérea de Mayor Experiencia en el Mundo

Primera en América Latina . . . Primera sobre el Atlántico
Primera sobre el Pacífico . . . Primera Alrededor del Mundo

que tenía ya reservada, pero sí en la novia, pues inscribió tres antes de que se celebrara por fin la ceremonia. —M. S.

Cuando estaba destinado en Japón, mi hermano, que era teniente del ejército norteamericano, quedó muy bien impresionado con el servicio doméstico del cuartel de oficiales solteros. No obstante, para evitar malos pensamientos, solía esconder su valiosa cámara fotográfica Nikon antes de salir de la habitación. Un día, por olvido, dejó la cámara encima de la cama. Muy preocupado notó al regresar que ya no estaba allí. La criada la había colocado en su escondite habitual. —L. R. P.

Le preguntaron a un sargento si era buena cocinera su nueva esposa. El suboficial respondió:

—Soy el único militar de la base que prepara emparedados para llevar a casa. —J. W. T.

En cierta ocasión, por los días de la segunda guerra mundial, me dirigía yo a una isla del Pacífico del Sur en un avión de carga. Sentados entre maderas y piezas de maquinaria venían varios soldados y una guapa enfermera militar. Poco antes de aterrizar noté que la enfermera había sacado del bolso que llevaba un enorme cuchillo de combate. "Aquí va a arder Troya", me dije, azorado.

Mirándola de reojo vi que la muchacha se acercaba el arma a la ca

ra con la mano izquierda... Pensé, alarmado, que la joven padecía algún acceso de locura. En esto observé que, usando el acero reluciente como espejo, se pintaba cuidadosamente los labios. —C. P. G.

MIENTRAS estuve de servicio en Inglaterra con el Mando Aéreo Estratégico de los Estados Unidos, solía frecuentar una cantina cercana a la base. Una noche comentaba yo con uno de los parroquianos que debía ser difícil acostumbrarse a las tropas extranjeras acantonadas en el pueblo de uno.

—No es tan difícil —me contestó—, las hemos tenido en otras ocasiones, como usted sabe muy bien.

—¿Norteamericanos? —le pregunté, pensando en la segunda guerra mundial.

—No; romanos. —R. L.

DURANTE el tiempo que estuve de servicio en los Estados Unidos, para consternación de mi madre, fui muy poco cumplido en la correspondencia con mi familia. Sin embargo, al llegar a Corea le escribí contándole mi feliz viaje y la grata sorpresa que recibí al haber encontrado un sirviente coreano que se encargaba de todas las pequeñeces caseras por un salario insignificante.

Al contestarme mi madre puso en su carta la siguiente posdata: "Págale a tu criado 25 centavos más, y encárgale que me escriba una vez por semana". —W. V. P.

Museo de Dickens, instalado en su primer hogar matrimonial, donde se exhiben ediciones príncipe, manuscritos del novelista, etcétera.

El Londres inmortal *de* Dickens

No obstante los estragos del tiempo y de la guerra, muchos de los rincones y lugares que Dickens conocía tan bien siguen hoy poco más o menos como él los describió en sus famosas novelas.

Por Charlotte y Denis Plimmer

Un mediodía que nevaba entramos en una estrecha callejuela cercana al Banco de Inglaterra y abrimos la puerta de El Jorge y el Buitre, probablemente la taberna más antigua de Inglaterra. La escena parecía una estampa del siglo XIX: bistecs y chuletas chirriaban en el antiguo asador; hongos y paraguas bien enrollados colgaban de las perchas; en las mesas se veían grandes tazas de peltre, y al fondo compartimientos con cortinas donde almorzaron generaciones de londinenses famosos. Pero el más célebre de ellos fue un hombre que jamás existió, salvo en el cerebro de Charles Dickens, su creador, y en los corazones de los lectores de todo el mundo: Samuel Pickwick, caballero, el rotundo personaje de anteojos, héroe de *Papeles póstumos del Club Pickwick*.

Fue aquí, en El Jorge y el Buitre, donde se albergaron Mr. Pick-











La posada El Jorge y el Buitre, donde Pickwick se albergaba, y donde invitaba a Dickens y a sus amigos.

wick y su incorregible sirviente *cockney*, Sam Weller, mientras esperaban el resultado del ruidoso juicio que por incumplimiento de promesa matrimonial entabló contra él la señora Marta Bardell, querellosa casera del primero. Y fue aquí, en la habitación con cortinas floreadas del piso superior (cuyas paredes todavía están revestidas con el mismo roble oscurecido por el tiempo) donde Mr. Pickwick recibió la citación.

El novelista no se limitó a crear a Pickwick; también creó a Londres. Según el dicho de Oscar Wilde, "No había niebla en Londres hasta que Dickens la inventó". También podría decirse que no había habitantes ni lugares hasta que las vívidas descripciones del escritor los pusieron ante nuestros ojos. Cuando uno busca hoy algunos de esos sitios londinenses, no evoca al hombre que nació en 1812 y murió en 1870, sino a sus personajes: pescaderos y caracoleros ambulantes, verduleros, taberneros, vendedores de los puestos callejeros de Petticoat Lane, abogados de peluca, musculosos carniceros de amplios delantales.

Aunque las bombas y las reconstrucciones han modificado parte de la gran ciudad del tiempo de Dickens, muchos rincones y lugares permanecen tales como él los describió. Por ejemplo, en la ribera del Támesis, al lado del Puente de Londres, una amplia escalinata de piedra desciende hasta la orilla del río. Allí Nancy, una de las más conmovedoras y "buenas" mujeres perdidas del novelista, se encontró subrepticiamente con Mr. Brownlow y con Rosa Maylie para ayudarles a descubrir el misterio que rodeaba el nacimiento de Oliverio Twist, niño expósito. Aparte de una columna ornamental que Dickens menciona, la escena sigue

El Támesis





Puerta de Lincoln's Inn

siendo hoy exactamente la misma.

Para el escritor, el inquieto Támesis simbolizaba el destino siempre cambiante de sus personajes. Una de sus heroínas trágicas pero redimidas, la Marta de *David Copperfield*, sollozaba: "¡Oh el río! Sé que es como yo; sé que pertenezco a él; sé que es el compañero natural de las mujeres como yo. Proviene de inocentes lugares campestres, se arrastra por lúgubres callejuelas corruptas y miserables y, como mi vida, ¡se aleja rumbo a un gran mar siempre agitado!"

Ascendiendo por la escalinata de Nancy hasta el nivel de la calzada, y pasando frente a las tiendecitas alegremente iluminadas, llegamos a la calle Lant, donde en 1824 Dickens, niño todavía, vivió solo mientras su padre, prototipo del siempre insolvente Micawber, cumplía una condena por deudas. Pudo haber sido el mismo John Dickens quien enunció el teorema económico que su hijo puso en boca de Micawber: "Ingreso anual, 20 libras; gastos anuales, 19 libras, 19 chelines y 6 peniques; resultado, felicidad. Ingreso anual, 20 libras; gastos anuales, 20 libras y 6 peniques; resultado, miseria".

David Copperfield era Charles Dickens. El niño abandonado de la novela trabajaba en una bodega infestada de ratas, y el verdadero en una fábrica de betún no lejos de allí. David ponía marbetes en botellas de vino, y Charles en los frascos de betún por seis chelines semanales.

Cuando Dickens era joven, se aglomeraban muchos edificios en el sitio donde hoy está Trafalgar Square. Había allí una conocida posada, La Cruz de Oro, donde el escritor albergó a David Copperfield y a sus condiscípulos, y donde aquel famoso estafador, Alfredo Jingle de Ninguna Parte, acaso el

Escalinata de Nancy





Taberna Cheshire Cheese

Saffron Hill



más simpático bribón de la literatura inglesa, entabló relación con Mr. Pickwick. Frente a La Cruz de Oro, del otro lado de la estrecha callejuela, se alzaba la noble iglesia de San Martín de los Campos, que todavía está en ese lugar. En sus gradas David Copperfield encontró al agobiado y exhausto Mr. Peggotty, casi al final de su larga peregrinación en busca de la pequeña Emilia, su adorada sobrina.

Por las calles y plazas vecinas van y vienen los personajes de Dickens. Sydney Carton, el brillante abogado borracho de *Historia de dos ciudades*, guió a Charles Darnay, el francés que tanto se le parecía, "calle abajo de Ludgate Hill a la calle Fleet, y luego, por un camino cubierto, hasta una taberna". Esta era la Cheshire Cheese, de fama mundial. No lejos de allí, "en lo más alto de la última casa de Garden Court, cercana al río," vivía Pip, personaje de *Grandes expectativas*.

Al norte de la calle Fleet está el Lincoln's Inn (sede de una de las asociaciones jurídicas), al cual se puede llegar desde la calle de la Cancillería por la puerta Tudor, esto es, por el camino que siguió Ester Summerson en *La casa lúgubre*. Puede que en una tarde invernal la escena todavía sea parecida a la que vio Dickens: Luces que "asoman entre la niebla en diversos puntos de la calle. La mayor parte de las tiendas iluminadas dos horas antes de lo corriente. La desapacible tarde es más desapa-

cible, y la densa niebla más densa cerca de ese viejo obstáculo con techo de plomo, apropiado ornamento para el portal de una vieja institución también coronada de plomo: el Temple Bar. Y detrás de Temple Bar, en Lincoln's Inn Hall, en el mismo corazón de la niebla, se halla el ministro de Justicia en la Sala del Alto Tribunal".

Era algo más que niebla común; era algo que simbolizaba "la dilación de la ley" que, como comenta G. K. Chesterton, pesaba sofocante sobre el Alto Tribunal y sobre los lastimosos seres apresados en su red.

Si bien Dickens nació en Portsmouth, en la costa sur de Inglaterra, y murió en su casa de Gad's Hill Place, en Kent, pasó la mayor parte de su vida en Londres, donde tuvo 32 alojamientos diferentes. Uno de ellos estaba compuesto por varias habitaciones de la posada Furnival, destartalada casa donde vivían muchos juristas. Estaba situada en Holborn, animada vía paralela a la calle Fleet.

Cuando Dickens se instaló allí era un escritor novel, famoso ya, aunque no por su propio nombre sino por el seudónimo Boz, con el cual había firmado sus populares *Ensayos*. No bien obtuvo el primer encargo de consideración, se casó con la hermosa Catalina Hogarth y la llevó con él a ese domicilio. Acababa de firmar un contrato con sus editores por el cual se comprometía a escribir una serie mensual de ensayos humorísticos que debían acompañar las ilustraciones de un conocido artista. Pero cuando llegó el momento de poner manos a la obra, el impetuoso Dickens, lleno de confianza en sí mismo aunque solo tenía entonces 24 años, cambió arbitrariamente la idea de los editores y lanzó el primer capítulo de *Pickwick Papers*, que tuvo gran éxito.

María, hermana adolescente de la esposa, fue a vivir con los recién casados. Cuando nació el primero de los diez hijos del matrimonio, se trasladó la familia a una casa de 12 habitaciones situada en la calle Doughty 48, en el tranquilo barrio de Bloomsbury, casa que es ahora un pequeño museo dedicado a Dickens. Pero pronto ocurrió una tragedia: María, inteligente y sensible, capaz de comprender al novelista mucho mejor que su hermana, sufrió un súbito desmayo. Dickens corrió en su ayuda, y ella murió en sus brazos. Su muerte inspiró el relato del fallecimiento de la Pequeña Nell en *Almacén de antigüedades*.

Si bien Dickens tuvo luego otros muchos domicilios, la posada Furnival siguió siendo el mirador desde el cual observaba el mundo. Enfrente de ella había otra llamada Staple, edificada seis siglos antes, y cuyos irregulares muros, de medio enmaderado, se proyectan sobre la acera. Esta casa fue utilizada por el escritor en su última novela, *El misterio de Edwin Drood*. Un poco más hacia el oeste está la entrada de otra residencia de

juristas, el Gray's Inn, donde David Copperfield paró cuando visitó a su alegre condiscípulo Tommy Traddles, ya entonces abogado, que vivía allí.

La sensacional escuela de niños rateros de Fagin estaba en una ruinosa callejuela llamada Saffron Hill, que desemboca en Holborn. En la luz fría del atardecer, Saffron Hill todavía parece siniestra. Es fácil compartir el terror del pequeño Oliverio cuando el Trampista Artero lo llevó a la guarida de Fagin. "Jamás había visto un lugar más sucio y miserable. El aire hedía. Había en esa calle muchas tiendas pequeñas, pero las únicas que parecían prosperar en medio de la general decadencia eran las cantinas".

Holborn, lo mismo que la calle Fleet, lleva hacia la City, centro financiero de Londres, donde todavía existen edificios pequeños y oscuros como aquel en que Scrooge tenía su despacho. Y hombres que podrían ser ese personaje se apresuran por los pasadizos de paredes de ladrillo, absortos sus pensamientos en libras, chelines y peniques. Pero la City muestra aún rasgos bondadosos, como el que evoca Dickens en *Cuento de Navidad*: Scrooge, trasformado por la influencia de la Nochebuena, compra un gran pavo para Bob Cratchit, su pobre empleado. El mercado de Leadenhall, que en pasadas Navidades se adornaba con acebo y muérdago, es exactamente la miscelánea cornucopia que el novelista describe.

Dickens comentó una vez: "Creo conocer esta ciudad, más bien grande, tanto como cualquiera de sus habitantes". En sus continuas exploraciones llegaba a veces hasta Limehouse, zona de marinos y de abastecedores de buques, con muelles activos y tabernas ribereñas iluminadas con linternas, bulliciosas y llenas de parroquianos.

En todo Londres hay calles con nombres de personajes del novelista, entre ellas Micawber, Steerforth, Copperfield. Pero la capital cambia de año en año, y es sorprendente que tantos lugares mencionados por Dickens existan todavía.



Visiblemente conmovido

Un vecino nos cuenta de las dificultades que ha encontrado últimamente al ir al trabajo y al volver de él en automóvil. Antes era muy sencillo: no había problemas de circulación, ni estaban muy concurridos los caminos. Pero ahora, ¡válgame Dios! . . . autos vienen y autos van en todas las direcciones. "Así viene sucediendo", dice mi amigo, "desde que me puse lentes nuevos". —J. B.

PLEGARIAS PARA TODOS LOS DÍAS

Coleccionadas por

JOHN McCOMBE

Secretario ejecutivo de la Sociedad Bíblica Norteamericana

"¿Cómo reza usted? ¿Tiene oraciones especiales para cuando ora usted a solas o para cuando lo hace en compañía de su familia? ¿Hay algunas plegarias que tengan un gran significado para usted?"

Tales preguntas me fueron hechas no hace mucho por un amigo, y he aquí el grupo de oraciones que le envié. Algunas son directas cual una jabalina; otras poseen la pausada fuerza del alba; todas ayudan a proporcionar lo que en mi familia se conoce por nuestro "apoyo invisible".

PARA EL HOMBRE INTERIOR

CONCÉDEME la belleza del alma, pues la belleza exterior no es probable que la adquiera. Que vea a los sabios como ricos, y a los que menos necesitan, como los más semejantes a los dioses.

—*Sócrates*

PARA EL VALOR

DIOS MÍO, no permitas que me acobarde ante las dificultades de cada día ni que me muestre remiso en las faenas que me imponga. No permitas que pierda la fe en mis semejantes. Consérvame dulce y puro de corazón, a despecho de la ingratitud, la traición y la maldad. Líbrame de reparar en las pequeñas ofensas, así como de infligirlas.

—*Anónimo*

PARA LA SERENIDAD

¡REFRÉNAME, Señor! Calma la agitación de mi corazón sosegando mi espíritu. Modera mi apresurado paso con la visión de lo eterno en el tiempo. Concédeme, en medio de la confusión del día, la serenidad de las sempiternas colinas. Ilumíname para hundir mis raíces en lo más profundo de los valores eternos de la vida a fin de que pueda alzarme hacia las estrellas de mi verdadero destino.

—Autor desconocido

PARA GUIAR AL MARIDO

SEÑOR, pon tu mano en su hombro. Háblale al oído. Inunda de tu amor su corazón. Ayúdalo a cumplir el plan que le tengas asignado en la vida.

—Plegaria de una esposa

PARA OBTENER LA PAZ

¡SEÑOR! Hazme instrumento de tu gracia. Donde haya odio, siembre yo amor. Donde haya injuria, perdón. Donde haya discordia, unión. Donde haya duda, fe. Donde haya desaliento, esperanza. Donde haya sombras, luz. Donde haya tristeza, alegría.

—San Francisco de Asís

PARA EL ENTUSIASMO

ENSÉÑANOS, buen Dios, a servirte como lo mereces; a dar sin reparar en el precio; a luchar sin hacer caso de nuestras heridas; a trabajar sin buscar reposo; a afanarnos sin esperar recompensa alguna, salvo la de saber que cumplimos tu voluntad.

—Autor desconocido

PARA LA SIMPLICIDAD

SEÑOR, templa en la tranquilidad
mi variada actividad;
que por tu Divinidad
trabaje en gran simplicidad.

—Autor desconocido

PARA EL ESPÍRITU DE SERVIR

OH, TÚ que eres Luz de las mentes que te conocen, Vida de las almas que te aman y Fortaleza de las voluntades que te sirven: ayúdanos a conocerte de tal modo que podamos amarte verdaderamente; a amarte de tal modo que podamos consagrarnos por entero a tu servicio, que en tu servicio se halla la perfecta libertad.

—Autor desconocido

El personal del Laboratorio de Productos Forestales de los Estados Unidos idea medios para que los árboles crezcan más derechos y más fuertes, y para adaptarlos a más diversos e inesperados usos.

Hacen maravillas con la madera

POR KARL DETZER

Condensado de "American Forests"

AQUELLA parecía una caja de cartón corriente, de las usadas para embalar loza, o artículos de tocador o comestibles. Estaba vacía, como podía verse por los agujeros que tenía en los costados, pero todo el mundo se detenía a examinarla con exclamaciones de admiración; el público estaba compuesto por millares de ingenieros, hombres de ciencia, estudiantes y fabricantes que el año pasado visitaron el Laboratorio de Productos Forestales de los Estados Unidos en Madison (Wisconsin).

La causa del asombro era que la caja, hecha con siete hojas de papel de pulpa de madera, servía de pedestal a un automóvil que pesaba 1200 kilos. El peso no abombaba los costados de la caja, que por lo demás era capaz de sostener dos coches y diez personas.

Esta extraordinaria demostración de la resistencia de un producto hecho económicamente con picaduras de madera es solo uno de los muchos inventos que se pueden ver en el laboratorio de Wisconsin, donde hay unos 400 hombres de ciencia, ingenieros, botánicos especialistas en genética, técnicos en construcción, y sus colaboradores, dedicados a descubrir la manera de hacer papel tan fuerte como el acero, madera contrachapada que ni se tuerce ni se comba por la acción del agua, maderos que no se rajan a la intemperie, postes de teléfono que no se pudren, pisos a prueba de arañazos y crujidos, tablas incombustibles, y colores que resisten el sol y la llu-

NUCLEO

Cuestión de individualidad

rasgos inconfundibles que otorgan carácter propio a personas y cosas. Un ejemplo: bastan dos duales, superpuestos verticalmente, para identificar a este automóvil. No hay otro que los tenga. tampoco muchas cualidades exclusivas que ofrece el Ambassador 990. Entre otras: frenos a disco ruedas delanteras, dirección de potencia y aire acondicionado. Cada una de ellas tiene su razón ser: usted y su satisfacción. Y la de quienes aprecian y exigen lo mejor.

Ambassador 990
RAMBLER

motor Tornado-Jet

de Calidad de Industrias Kaiser Argentina · Miembro de ADEFA.



via. Muchos fabricantes y usuarios de artículos de madera consideran tan importantes los experimentos del laboratorio, que tienen en Madison una oficina para estar al corriente de lo que ocurre allí.

El personal del Laboratorio de Productos Forestales estudia también el aprovechamiento de los subproductos químicos —que antes se desperdiciaban— en alfombras, condimentos, pinturas, materiales para techar, telas para tapicería y para hacer ropa. En el bosque, sus silvicultores perfeccionan nuevos métodos para combatir las plagas forestales, para impedir que se pudran las maderas, para hacer que los árboles produzcan más y mejor madera, para entresacarles ramas y podarlos a fin de obtener el mejor resultado económico y, particularmente, para eliminar el desperdicio.

El serrín, por ejemplo, es un desperdicio de la madera en que se pierden millones de metros cúbicos. No tiene valor para la industria maderera, a menos que haya cerca molinos de pulpa que lo puedan comprar para hacer papel. Así pues, mientras continúa investigando sus posibles usos, el laboratorio también trabaja en nuevos procedimientos para cortar la madera con instrumentos de mucho filo, en vez de hacerlo con sierras, y eliminar el serrín. Con este objeto se están probando en el laboratorio enormes cuchillas que la cortan por fuerte presión. Estas cuchillas han dado buen resultado en el corte de troncos de roble rojo, a los que convierten en láminas de 12,5 milímetros de espesor. Pero hasta ahora no se ha logrado fabricar cuchillas capaces de hacer tablas y planchas.

En una campaña contra los hongos y los termes que acaban con los árboles y destruyen la madera talada, los hombres de ciencia de Madison han descubierto 62 productos químicos, innocuos para el hombre y los animales, pero que envenenan o matan de inanición a los hongos. El más moderno tratamiento, todavía no puesto a disposición del público, consiste en introducir en la madera una sustancia que hace su celulosa indigestible para los hongos. Otra preparación destruye la tiamina, vitamina que la mayoría de los hongos necesitan en su alimentación diaria. Y hay otra sustancia que atrae los termes y los destruye.

El Laboratorio de Productos Forestales, rama del Servicio Forestal de la Secretaría de Agricultura de los Estados Unidos, está instalado en los terrenos de la Universidad de Wisconsin. Sus varios edificios se usan no solo como oficinas y talleres, sino también como construcciones de experimentación donde se determina qué productos de la madera resisten mejor diversas pruebas con grandes variaciones de tiempo y clima. Están revestidos con pinturas de muchos tipos para descubrir cuáles se descascaran, se ampollan o se descoloran.

Una moda mundial que nace en las entrañas de la ciencia.



EL POLIESTER *

CLAVE DEL MAGICO WASH AND WEAR

Las fibras sintéticas son uno de los prodigios industriales y científicos de nuestro tiempo. Una de ellas, el poliéster, derivada del petróleo, ha puesto en marcha una verdadera revolución en la industria textil mundial.

Se la ha comparado con las que produjeron, cada una en su tiempo, el algodón, la seda, la lana y el lino. Y en realidad las excede, porque la producción de poliéster no está supeditada al tiempo, las esquilas o las cosechas. Es ilimitada como su posibilidad de vestir totalmente a la humanidad.

Como producto de la ciencia, todo el proceso de elaboración del poliéster se ajusta a normas científicas. La misma inteligencia que lo creó no lo abandona en ninguna de las fases que culminan en su uso por el hombre.

(Sigue en pág.168)

(*) La información ha sido elaborada por el Instituto Argentino de la Fibra Poliester, institución no lucrativa creada para defender la ética en este proceso industrial.

Hoy, millones de personas conocen las marcas de los tejidos y prendas elaboradas con poliéster, e inclusive las de estas fibras. Así, Dicrolene y Luxel (*) en Argentina, están identificadas con las conquistas del vestir contemporáneo.

Sin embargo, aún suele ignorarse la suma de cualidades del poliéster, asociándosela con sólo una de ellas: el mágico "Wash and Wear". A su vez éste es confudido con sus simulaciones por procedimientos químicos, cuyo "lave y use" es tan efímero que desaparece con pocos usos y menos lavados.

Y, por supuesto, se desconocen las normas científicas indispensables para elaborar auténtica calidad poliéster.

Entre éstas cabe mencionar el equilibrio de tinturas y el de resistencia por trama y urdimbre, como así el procesamiento de termofijado. El cumplimiento de estos requisitos en la construcción de tejidos, asegura rápida recuperación de ángulo (el inapreciable desarrugado), estabilidad dimensional (prendas indeformables) y resistencia al **"pilling"** (levantamiento de pelusa por fricción). Pero lo fundamental para obtener estas virtudes y otras intrínsecas del poliéster (inalterabilidad al sol, la humedad y los agentes físico - químicos), es el respeto de los porcentajes óptimos de poliéster en sus mezclas con otras fibras.

Es indispensable tenerlo presente, porque los porcentajes inferiores significan menor costo de fabricación y eventualmente menor precio para el usuario, pero también - aunque se intente compensarlos con resinas - una sustancial merma de calidad. Al fin de cuentas, una economía muy cara. El Instituto Argentino de la Fibra Poliéster divulga estas informaciones para que los usuarios sepan obtener y disfrutar plenamente las virtudes del poliéster. También colabora con comerciantes e industriales mediante asesoramiento especializado. Procura así que cada uno dé y reciba lo que le corresponde: Calidad integral en poliéster.

*** Estas marcas han autorizado su mención.**

En esos edificios se ponen pisos de distintas clases en los lugares más transitados, para examinarlos regularmente y comprobar el desgaste y los daños que sufren. (Todavía no se ha podido encontrar una sustancia resistente a los puntiagudos tacones de los zapatos de mujer.)

Los científicos del laboratorio han descubierto que hay varias resinas que pueden mejorar la técnica y reducir los costos de la construcción de pisos. Por ejemplo, el suelo de una habitación que se ha pisado mucho durante cerca de 20 años está construido en forma de "emparedado". El relleno es de tiras de papel corrugado, de 15 centímetros de ancho, colocadas de canto y pegadas con resina, que forman una especie de resistente "panal", pegado después entre dos finas planchas de madera contrachapada. El conjunto forma un bloque rígido y tan fuerte que un automóvil podría pasar sobre él sin combarlo. Las planchas miden 1,20 por 2,40 metros, y tienen un espesor que varía entre cinco y 15 centímetros, según el uso a que se destinen. En contraste con la mayoría de las planchas de madera contrachapada que hay actualmente en el mercado, estas pueden usarse sin necesidad de viguetas de trabazón ni cabios.

Este tipo de planchas está sometido actualmente a muy diversas pruebas. Los tejados hechos con planchas de diez centímetros puestas una al lado de otra y pegadas herméticamente entre sí con una capa de material impermeable, pueden soportar el peso de una capa de nieve de 120 centímetros, y al mismo tiempo dan un aislamiento excelente. Las planchas de cinco y 7,5 centímetros de grueso que se prueban en edificios de oficinas como tabiques móviles, son tan resistentes a los insectos de todas clases y tan aisladoras del sonido como cualquier otra pared de oficina. Las paredes exteriores de diez centímetros de espesor han resistido vientos huracanados.

Los proyectistas militares de los Estados Unidos suelen plantear problemas especiales al establecimiento. La solución de uno de ellos es el revestimiento actual del cono de la cabeza del proyectil Polaris, de la Marina de los Estados Unidos. Este sólido revestimiento, planeado por diseñadores de la Marina e ingenieros del Laboratorio de Productos Forestales, está construido con nueve capas de madera contrachapada durísima, formado y soldado a alta presión con goma de resina. Resiste una tensión mayor que una pieza de acero con el mismo peso y se calienta más lentamente en vuelo.

Los pelotones de fusileros de la Infantería de Marina de los Estados Unidos se quejaban de que la culata de sus fusiles se dilataba o se contraía con los cambios de tiempo, lo que muchas veces quitaba precisión a la puntería. Entonces los peritos de Madison trataron maderas compactas y lo-

graron hacerlas invariables a los efectos de la humedad.

El laboratorio trata constantemente de mejorar la técnica para provecho de las regiones cuya economía depende mucho de la madera. En la actualidad hay en desarrollo un extenso programa para abrir fábricas de madera contrachapada en los pinares del sur de los Estados de Alabama y Misisipí, por ejemplo. Durante muchos años la madera procedente de la repoblación forestal de las regiones más meridionales de los Estados Unidos solo servía para hacer trementina, papel de celulosa, vigas económicas para casas pequeñas y otros cuantos productos de precio módico. Al mismo tiempo, las pocas personas que practicaban la silvicultura se encontraron con que había disminuido el mercado para la madera de sus bien cuidados pinos del sur. Los propietarios de pinares y los fabricantes de madera contrachapada reaccionaron en seguida cuando el laboratorio anunció nuevas técnicas para cortar y pegar estas maderas con el fin de hacer tabla contrachapada de alta calidad. Actualmente hay más de una docena de fábricas en construcción o recién terminadas que fabrican este nuevo producto de los pinares del sur.

En el laboratorio se ha comprobado también que cuanto más densidad tiene la madera —es decir, cuanto más oscura y pesada es en los anillos anuales la madera que se ha cortado después de pasada la mitad de la época de su crecimiento— mayor es su resistencia. Por tanto, igual que los ganaderos mejoran la cría del ganado, los especialistas en genética del Servicio Forestal se dedican a criar árboles. Espolvorearon polen de árboles altos, derechos y de grano compacto, sobre los gineceos de ejemplares cuidadosamente seleccionados. Las semillas que así obtienen dan árboles jóvenes con madera más densa. Sus descendientes crecerán algún día en los bosques del sur.



Los años felices

De niño, mi hijo coleccionaba soldaditos de plomo, y cuando enfermaba los ponía sobre su cama y estaba horas enteras jugando con ellos. Después de haber pasado las enfermedades infantiles, se olvidó de sus soldaditos y los relegó al sótano. Cuando tenía 11 años tuvo que quedarse un día en cama. Un poco avergonzado, bajó por su caja de soldados, pero al poco tiempo los llevó nuevamente al sótano. "Ya no me contestan", explicó.

— B. L.

sólo para hombres...

La línea de tocador PINAROMA es el "toque" que proyecta su personalidad.

LOCION COLONIA
Pinaroma

UNA LINEA COMPLETA DE TOCADOR
CORDIALMENTE VARONIL



LOCION COLONIA - JABON - DESODORANTE - FIJADOR - TALCO



PROD. Y DISTR. POR QUIMICA ESTRELLA

Gran Premio de ranas saltadoras

¡Nunca imaginó Mark Twain la cola que eso traería!



POR ROBERT DE ROOS

HACE un siglo que Mark Twain publicó un cuento humorístico titulado *La célebre rana saltadora del distrito de Calaveras*. Un domingo de mayo pasado, como si estuviera honrando cálidamente la memoria del gran humorista norteamericano, el Sol bañaba en resplandor a los 23.000 espectadores que se habían dado cita en el Campo de los Ángeles, en el Estado de California, para presenciar un incomparable, único y estrambótico acontecimiento deportivo: la gran Fiesta del Aniversario de la Rana Saltadora.

Es hoy el último día del loco entusiasmo que reina en el Campo de los Ángeles durante la Fiesta del Aniversario, a la cual da notable realce la circunstancia de cumplirse en 1965 los cien años de la publicación de *La célebre rana saltadora del distrito de Calaveras*, famoso cuento que trata de las mañas y tretas propias del Viejo Oeste y que puso a Mark Twain en el camino de la popularidad y de la gloria literaria. Versa el sencillo relato sobre la picaresca aven-

tura del forastero que en un campamento de buscadores de oro se las arregla para rellenar de perdigones a la campeona de las ranas saltadoras, perteneciente a Jim Smiley. Queda así esa rana "firme como un templo y tan incapaz de moverse como si la hubieran clavado en el suelo".

En 1965 compiten en la prueba final 42 ranas saltadoras, elegidas de entre las 2000 que concurrieron a las eliminatorias internacionales. Forman estas ranas la flor y nata de las de su clase. Salvo una de ellas, la originaria de África, las restantes son de la especie rana mugidora o rana toro (*Rana catesbeiana*), nativa de los Estados Unidos. Hay un premio de 1000 dólares para la rana que supere, en tres saltos sucesivos, la marca mundial de cinco metros y 21 centímetros. De no alcanzar ninguna a hacerlo, ganará 300 dólares la que, al saltar en la forma dicha, salve la mayor distancia.

La competidora más temible, Ned la Nuclear —rana atómica procedente del distrito de Clark, lugar del Estado de Nevada cercano a la estación de pruebas nucleares—, había establecido en las preliminares de Nevada la prodigiosa marca de cinco metros y 72 centímetros. Llegó a California en una caja forrada interiormente de plomo. De creer lo que aseguraban sus encargados, la radiactividad de esta rana era tanta que se la veía resplandecer en la oscuridad. La comisión nombrada para que fuese a comprobar el fenómeno al anochecer, agarró tal borrachera que su informe pecó de incoherente y falto de claridad.

La competidora africana parecía también una rana de cuidado. "Esas ranas de África son una pólvora", observó sentenciosamente un veterano aficionado al deporte de las saltadoras.

Los directores del ranesco concurso trajeron a cuento el chasco que se llevaron en 1950 con una rana de África. En aquel año, Jonathan Leakey, de Johannesburgo, había inscrito una diminuta rana arborícola. "El cuerpo tendría de largo cinco centímetros, y las zancas el doble del cuerpo. Pero lo más curioso era el hocico, tan largo y puntiagudo que se gastaba", comentó un ranófilo.

En las preliminares de aquel año, la ranita africana saltó ocho metros y 53 centímetros, casi el doble de la marca mundial alcanzada hasta entonces. Pero en la prueba definitiva, cuando la pusieron en el punto de partida, ahí se quedó, sin moverse y parpadeando. Si a los 15 segundos no saltaba, habría que descalificarla. Por más que hicieron, no se movió. En esto, a los 18 segundos, saltó, ¡y de qué manera! Salvó de un solo salto nueve metros y 75 centímetros. Aunque de nada le valió esa hazaña tardía, en el ánimo de todos los espectadores quedó el convencimiento de que las ranas estadounidenses habían estado a tres segundos de la más

humillante de las derrotas. De ahí que, después de lo ocurrido en 1950, la sola mención de ranas africanas bastase para causar en 1965 general desasosiego.

"Ya sabéis cuál es el reglamento", se oyó decir con voz potente al barbado Vrle Minto, administrador de la feria y "alcalde de Ranópolis". Tres saltos desde el punto de partida, ¡y cuidado con tocar a la rana una vez que haya saltado! La distancia se medirá desde el punto de partida hasta el punto en que caiga la rana al terminar el tercer salto".

Nada más sencillo... si no se tratase de un animal tan caprichoso como la rana. En las competiciones de ranas saltadoras jamás sabe uno a qué atenerse. Habrá veces en que la rana salte en encontradas direcciones, para acabar volviéndose al punto de partida. Otras, en que dé tres míseros saltitos (que cuentan para el cálculo) y, tomando luego impulso para un gran salto (que ya no cuenta), vaya a caer estrepitosamente en el bombo situado a dos metros de distancia. Es de notar, sin embargo, que el empaque reposado, propio de un ser satisfecho de sí mismo, con que se ofrece a nuestra vista la rana, se parece mucho al de un respetable banquero entrado en años. A todo esto, el elemento humano del espectáculo, esto es, los encargados de las ranas saltadoras, olvidándose por completo de la urbanidad, se disponen a aplicar todo cuanto saben acerca del arte de animar al batracio durante la prueba.

En este año de 1965 la largada de las saltadoras ocasiona explosiones estruendosas. No bien colocan a la rana en el punto de partida, el respectivo encargado empieza a dar palmadas en el suelo, a zapatear, a silbar, a gritar, a hurgar a la rana, a hacerle cosquillas en la papada, a saltar y saltar él mismo, procurando en todo momento permanecer lo más cerca posible del objeto de todas estas demostraciones afanosas. Entre los encargados hay personas de diversa edad y condición: hombres barbados, chiquillas rubias, y rubias mayorcitas ataviadas con pantalones algo ceñidos. Cada cual emplea procedimientos de su particular invención para animar a su rana a abandonar el punto de partida. Aunque esto es contrario al reglamento, algunos encargados armaron disimuladamente la punta del zapato con alfileres que sirvan de acicate para hacer que la rana se largue del punto de partida. Hay encargados a los que se les ha pillado cuando le aplicaban aguarrás en la parte más sensible del cuerpo.

Procedimientos normales para estimular a la rana saltadora a abandonar el punto de partida, son un empujoncito en las ancas o un cosquilleo en la papada; aunque, en realidad, nadie sabe a ciencia cierta qué sea lo que, en definitiva, la anima a dar el salto. Una vez que las ranas se han puesto

Lo que toman ella y él...

GINGER ALE



CUNNINGTON

El Auténtico Ginger Ale

OTRO PRODUCTO DE LOS EMBOTELLADORES DEL FAMOSO
INDIAN TONIC CUNNINGTON

UNIVERSAL

en movimiento, los respectivos encargados corren tras ellas, agachándose, palmoteando, zapateando, gritando, silbando y resoplando. Entre tanto, los espectadores les prestan su concurso, ya aconsejándoles a voz en cuello lo que, a su parecer, conviene que hagan, ya con exclamaciones de desaprobación. El espectáculo que en tales momentos ofrecen encargados y espectadores es manifestación inolvidable de la perenne tendencia del hombre a someter a su voluntad lo que se resiste a quedar sometido. Diremos, por cierto, que en la mayoría de los casos queda el hombre burlado en ese empeño.

Ned la Nuclear, con sus espléndidas potencialidades y todo, logró alejarse solamente dos metros y 80 centímetros del punto de partida. Marko, la rana que en las pruebas para finalistas había saltado tres metros y 75 centímetros, dio forzadamente tres saltos para concluir cayendo en el punto de partida. La última rana que saltó fue la ganadora. Se llamaba Hops, pertenecía al establecimiento de Leonard Hall y Bill Proctor, ambos de Lafayette (California). Mereció el premio de los 300 dólares por haber salvado en tres saltos cuatro metros y 48 centímetros. El año pasado, la rana Rusty, también de Hall y Proctor, había establecido la marca mundial. Los reporteros se apiñaron en torno de los dueños de esas dos ranas para acosarlos a preguntas acerca de los procedimientos que empleaban para tener tan buenos ejemplares de saltadoras.

"Mi padre busca en las regueras ranas de buen tamaño, vigorosas y ágiles", dijo Proctor, que a una nueva pregunta relativa a las condiciones que debía reunir una rana para conquistar el campeonato, respondió: "procuramos escoger ranas que, al saltar, lo hagan en línea recta y a bastante distancia; lo demás corre de nuestra cuenta, y es un secreto".

Como en su famoso cuento de la rana, Mark Twain da cabida principal a la mala fe y al engaño del personaje, era de suponer que estos no faltasen en la Fiesta del Aniversario de la Rana Saltadora. "La cerveza es una de las cosas de que más echan mano los tramposos", dice Vrle Minto. "Pone a las ranas a volar. Pero hay trampas de trampas. Una vez notamos que en el abultamiento que una rana tenía en lo alto de la cabeza quedaban señales de sutura. Pues bien: salió esa rana del punto de partida como si la hubiesen disparado, pero el salto fue solo de 15 centímetros. Y aunque después siguió saltando, lo hacía alrededor de un mismo punto. El encargado la miraba como si no creyese lo que estaba viendo. De pronto se volvió hacia uno de los que estaban detrás de él y le gritó: *¡No me dijo usted que iba a guiar a esa rana!* Agarramos a ese y, al registrarlo, le encontramos un dispositivo electrónico para gobernar a distancia aviones de juguete. Había insertado el

receptor en la cabeza de la rana. Muy ingenioso el truco... pero les falló".

Orval Faubus, gobernador de Arkansas, inscribió hace algún tiempo en las competiciones de salto una rana que medía 74 centímetros de la punta del hocico a la extremidad de las zancas. "Era la rana más gigantesca que hemos visto", asegura Vrle Minto. "Tan enorme era que apenas podía saltar". Lo más probable es que esa rana fuese hembra, porque estas suelen ser más corpulentas que las ranas machos. Aunque también tienen voz, casi nunca la usan. Y a eso se debe probablemente lo pagado de sí mismos que parecen estar siempre los machos.



Ecuaciones picantes

Mi hijo, que estudia matemáticas en la Universidad de Princeton, la última vez que vino a casa estuvo ponderando la vivacidad intelectual de sus condiscípulos. Como me pareció que tomaba la vida demasiado en serio, le pregunté:

—Vosotros los intelectuales, ¿no os divertís nunca?

—Por supuesto que sí. Si nos vieras en el club...

—¿Qué hacéis allí?

—Pues, nos sentamos alrededor de una mesa, pedimos unas cervezas y comenzamos a inventar cuentos picantes en forma de ecuaciones.

—G. D.



Plan de vuelo

Damon Huskey, agente del orden público de Carolina del Norte, fue a California en busca de un reo. Al regreso quiso subir con él en el avión, pero le informaron en el aeropuerto que la empresa de aviación no admitía presos en los aviones. Era una norma establecida para tranquilidad de los pasajeros. Huskey tuvo que tomar el tren y llegó con su prisionero hasta Phoenix (Arizona). Allí, aburrido ya del largo viaje terrestre, se fue a otro aeropuerto, pero le dijeron lo mismo: que no aceptaban reos.

El agente del orden reflexionó un momento y, alejándose unos pasos con el acusado, le quitó las esposas, le dijo al oído unas palabras y volvió al mostrador para una nueva intentona.

—No se admiten prisioneros en los aviones —le repitió el encargado.

—No es propiamente un prisionero —dijo el alguacil—, pues en este momento acabo de nombrarlo ayudante mío.

El vuelo fue magnífico.

—K. G.



Ejemplar labor del liceo francés en el mundo

Un singular sistema de enseñanza difunde por todo el orbe las excelencias de la educación francesa

POR JOHN KORD LAGEMANN

NO HACE mucho, en una recepción diplomática en Teherán, dijo un visitante ruso a un grupo de funcionarios del país, a propósito de la estrecha identificación de los iraníes con la lengua y la cultura francesas:

—Esos profesores franceses de su liceo deben ser magníficos propagandistas.

A lo que repuso un iraní:

—Perdone usted, pero esos pro-

fesores no tienen necesidad de persuadirnos; fueron nuestros maestros y nos habían formado ya.

Desde fines de la segunda guerra mundial varios países de todo el mundo han solicitado con creciente insistencia educadores galos y liceos patrocinados por franceses a fin de que les ayuden a cultivar su más preciado recurso: la inteligencia de los jóvenes. En Teherán, el Liceo Razi no es más que uno de los 192 liceos o escuelas de segunda enseñanza que actualmente, con ayuda del Departamento de Asuntos Culturales del Ministerio francés de Relaciones Exteriores, dan educación francesa a unos 250.000 jóvenes de 38 países.

De estos jóvenes, unos 25.000 son hijos de franceses residentes en el extranjero, y los liceos se fundaron para su beneficio. Sin embargo, muchas figuras del futuro de cada nación saldrán del otro grupo de alumnos.

Y si no, echemos un vistazo a los ex-alumnos de liceo que descuellan actualmente en varias naciones. En el Brasil tenemos el arquitecto Oscar Niemeyer y su hermano, el neurocirujano Paulo Niemeyer; en Alemania, el embajador Sigismund von Braun y su hermano Wernher, hoy ciudadano norteamericano; en Líbano, el ministro del interior Takieddin Solh; en Camboya, el príncipe Norodom Sihanouk. Entre los graduados recientemente en el liceo de Estocolmo figuran las tres princesas reales Birgitta, Desirée y Christina.

En más de una ocasión los lazos culturales establecidos en los liceos han resistido conflictos que los lazos políticos no lograron soportar. Durante la crisis de Suez de 1956, mientras Egipto se hallaba en guerra contra Francia y Gran Bretaña, no se suspendieron las lecciones en el Liceo Francés de Port Said hasta que la lucha llegó a la ciudad. "En mi clase de historia había tres robustos mocetones entre los 17 y los 18 años de edad adiestrados como comandos", recuerda el profesor Fernand Pauly, actualmente en el cuerpo docente del Liceo Chateaubriand de Roma: "Al estallar la crisis fueron a incorporarse a sus regimientos. Al cabo de una semana, volvieron de visita al liceo y saludaron a los profesores franceses con el mismo *bon jour* de siempre".

Maestros apolíticos. Si bien a los maestros procedentes de otros países suele considerárseles como representantes de la opinión de sus gobiernos, los profesores franceses gozan de universal respeto en cuanto educadores independientes, y el Departamento francés de Asuntos Culturales hace todo lo posible para justificar esta reputación. No se envían maestros franceses sin antes haber recibido una invitación del país adonde van a trabajar, y todos ellos se comprometen a no intervenir en la política de ese país.

Gracias a esta fama de desinterés, Francia ha logrado mantener su "presencia" aun al otro lado de las cortinas de hierro y de bambú. En Hanoi, capital del territorio comu-



SPENCER*



También tiene que ver con

Dicrolene®

Spencer significa calidad tradicional y permanente actualidad. Lo ha ratificado con un moderno tropical de gran resistencia al desgaste y las arrugas; de fácil lavado y rápido secado; totalmente inmune a las deformaciones.

I. V. A., S. A., brinda, con Spencer, integral calidad poliéster en una mezcla con porcentajes óptimos:

Dicrolene® 55 % LANA 45 %

La etiqueta colgante numerada de Dicrolene certifica el **control de calidad** de Petroquímica Sudamericana S. A., que asegura justos porcentajes y calidad integral en poliéster.



® Marca registrada por Petroquímica Sudamericana S. A.

* Marca registrada por I.V.A. S.A.

nista de Vietnam del Norte, el Liceo Albert-Sarraut continúa trabajando bajo la dirección del Estado, y aproximadamente un cuarto de los estudiantes sigue un plan de estudios predominantemente francés, con siete profesores procedentes de Francia. Al mismo tiempo, el Ministerio Francés de Relaciones Exteriores ayuda a sostener en Vietnam del Sur liceos con un total de cerca de 12.000 estudiantes, a cargo de 290 profesores enviados de Francia. En Camboya, además del Liceo Descartes de Phnom-Penh, administrado directamente por el Departamento francés de Asuntos Culturales, el Estado sostiene 30 liceos con el auxilio de 255 profesores franceses. En la Bulgaria comunista cinco profesores franceses trabajan en los dos liceos estatales de Sofía y Varna.

Los liceos franceses y su profesorado gozan de un respeto universal porque hacen hincapié ante todo en las disciplinas intelectuales: un raciocinio claro y lógico, una gran variedad de conocimientos, y fluidez y precisión para hablar y escribir en francés. Muchos padres, sin ser franceses, consideran que para sus hijos será una ventaja haber aprendido esta lengua en sus más tiernos años. No hace mucho Emile Bollaert, jefe de la *Mission Laïque Française*, recorrió algunos Estados africanos. En Kartúm, donde la MLF dirige el liceo franco-sudanés, le dijo un alto funcionario del gobierno: "Hemos comprobado en las reuniones interafricanas que cuanto mejor habla el francés un delegado, mayor es la precisión y claridad con que expone sus argumentos".

"En el momento mismo en que luchaban para independizarse muchos pueblos de Asia y África sometidos a Francia, el idioma francés era la fuente y el vehículo de los conceptos que esgrimían los nuevos dirigentes", afirma Paul Teyssier, consejero cultural de la embajada francesa en Roma y antiguo consejero cultural en Túnez. "Muy a menudo sus propios lenguajes carecían de palabras para decir *nación, libertad, democracia* y otros conceptos capaces de guiarlos para constituirse como Estados soberanos".

Hasta los mismos jefes nacionalistas que con más encono combatieron a Francia no han querido privar a sus hijos de las ventajas de la educación del liceo. En 1959 el director del Liceo Carnot de Túnez recibió la visita de un hombre de negocios árabe que pedía se aceptara como alumno a un sobrino suyo, un chico argelino de 13 años de edad. Explicó que, como el padre estaba muy ocupado, le había pedido que viniera en su lugar. El padre era Ferhat-Abbas. El muchacho fue aceptado y se graduó de bachiller con excelentes calificaciones.

Al año siguiente el director del liceo del Cairo recibió una llamada de un funcionario del Ministerio de Educación egipcio. Al parecer, el gobierno deseaba que el

fadel*



También tiene que ver con

Dicrolene®

Las prendas Fadel suman prolija terminación y práctica elegancia. Están realizadas en telas de gran actualidad. Son lavables, de rápido secado, indeformables y tan inarrugables que no las roza la plancha.
Fadeté S. A., brinda estas virtudes en sus prendas Fadel porque contienen como mínimo:

55 % Dicrolene®

La etiqueta colgante numerada de Dicrolene certifica el **control de calidad** de Petroquímica Sudamericana S. A., que asegura justos porcentajes y calidad integral en poliéster.



® Marca Registrada por Petroquímica Sudamericana S.A. * Marca registrada por Fadeté S.A.

liceo aceptase a dos muchachos. ¿Sería posible encontrarles sitio? El padre de los muchachos, Patricio Lumumba, acababa de morir asesinado. Los muchachos pasaron los exámenes de ingreso y se les aceptó.

Un desarrollo constante. Casos como estos ocurren en cualquier liceo y son ejemplo de la estima de que gozan en todo el mundo. En el Cercano Oriente, en América del Norte y del Sur, en Asia y en Europa, hay larguísimas listas de aspirantes a ingreso. El liceo de Nueva York, inaugurado en 1935 con 17 alumnos, cuenta en la actualidad con más de 1000 y podría tener un número mucho mayor si dispusiera de espacio para todos los estudiantes aptos que solicitan ingresar en él. En el liceo de Madrid, que tenía 1800 alumnos en 1946, estudian hoy 2209, y el año pasado tuvo que rechazar 1500 solicitudes. En Londres la matrícula ha crecido de 400 alumnos antes de la segunda guerra mundial a la cifra actual de 2100.

"Tenemos ya reservados todos los lugares hasta los años setenta y tantos", dice Augustin Gaudin, director del liceo de Londres. "Hubo que suspender la lista de aspirantes. Inclusive recibimos peticiones de personas cuyos hijos no habían nacido aún".

El liceo de Estocolmo inaugurará el año próximo su nuevo edificio. En Madrid, Bruselas, Roma y otras varias capitales se proyectan igualmente edificios nuevos. Existe asimismo un plan para fundar un liceo en Tokio.

Los maestros de los liceos en el extranjero están animados por un espíritu de misión que asombra a sus colegas de otros países. "No son únicamente profesores en el sentido ordinario de la palabra", opina Georges Saade, director de la educación privada en el Ministerio de Educación Nacional del Líbano, "sino asesores pedagógicos a quienes los maestros de otros países se dirigen en busca de información y consejo".

En general, se reconoce que las normas académicas de los liceos franceses son las más exigentes del mundo. Casi todos los profesores de primaria tienen título de una *école normale*. Los maestros de segunda enseñanza deben tener una *license* y algunos incluso la *agrégation*, que es un grado más elevado. Asimismo, los maestros destinados a un liceo en el extranjero deben someterse a un severo programa de capacitación.

Aunque en principio los maestros no deben permanecer más de seis años en ningún país, en la práctica muchos de ellos pasan en el extranjero hasta diez años antes de volver a Francia. Otros dedican a la ensenanza su vida entera.

Esta floreciente "misión civilizadora" es costosa. El Ministerio de Relaciones Exteriores destina unos 450 millones de francos, o sea, casi la mitad del presupuesto de ayuda al extranjero, a las actividades cul-

turales, y reserva la mayor parte de esa suma para los maestros. El costo es más fácil de sobrellevar que la sangría de inteligencias: Francia envía al exterior unos 36.000 de sus mejores maestros.

El Departamento de Asuntos Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores, de quien dependen directamente 30 liceos en el extranjero, inclusive los de Roma, Londres y Madrid, proporciona también muchos profesores para otros 162 liceos y escuelas de segunda enseñanza administradas por asociaciones privadas francesas o extranjeras, o por los gobiernos mismos. Las mayores sociedades particulares son la *Alliance Française*, que tiene escuelas en Chile, México, Colombia y la Isla Mauricio, y la *Mission Laïque Française*, que administra liceos en Líbano, Siria, Irán, Etiopía, Sudán y Vietnam del Norte. Hay liceos distinguidos, como los de Nueva York, Helsinki y Montevideo, que están administrados por sociedades particulares de cada ciudad y se sostienen por sí mismos. En Argelia, la Misión Cultural de la embajada francesa tiene a su cargo ocho liceos con un total de 7860 estudiantes, más de la mitad de los cuales son argelinos. Al sur del Sahara el Ministerio Francés de Cooperación ayuda a sostener y a dotar de personal docente 50 liceos, y algunas escuelas vocacionales y técnicas.

Liceos con personalidad propia. No hay dos liceos extranjeros que sean exactamente iguales. Algunos, como los de Roma, Nueva York, Madrid, Barcelona, Vietnam del Sur y Bruselas, tienen programas casi enteramente franceses, con rigurosa enseñanza del griego, el latín o una lengua moderna, y de filosofía, matemáticas y ciencias. Por otra parte, los liceos dan enseñanza en ciertas materias, como historia y literatura, en la lengua del país, a cargo de profesores de la localidad.

A menudo se brindan dos programas de estudios, uno francés y otro del país donde funciona el liceo. El de la *Mission Laïque* de Beirut ofrece a sus 3277 estudiantes tanto el bachillerato francés como el libanés. En Berlín, el liceo consta de dos secciones completamente autónomas: una francesa, que prepara a los estudiantes según el plan de estudios francés, y una alemana, que los prepara según el plan alemán. Dicho sea de paso, la historia se enseña utilizando textos revisados por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), que cuida de que se expongan con equidad tanto el punto de vista francés como el alemán en ciertos acontecimientos, por ejemplo la guerra franco-prusiana.

Los liceos deben hacer algunas concesiones a las costumbres o exigencias de cada nación. En Hanoi (Vietnam del Norte) los maestros y alumnos del Liceo Albert-Sarraut, al igual que todos los habitantes del país, deben empezar la jornada practicando determinados ejercicios

emilkod*

DE LA



DICROLENE®
FIBRA POLIESTER

También tiene que ver con

DICROLENE®

Calidad de siempre y novedad de hoy se asocian en el tropical Emilkod, que a su fino aspecto agrega las ventajas de ser indeformable, lavable, de rápido secado, resistente a las arrugas y al desgaste.

La Emilia S.A. brinda, con Emilkod, integral-calidad poliéster en una mezcla con porcentajes óptimos:

DICROLENE® 55 % LANA 45 %

La etiqueta colgante numerada de Dicrolene certifica el **control de calidad** de Petroquímica Sudamericana S. A., que asegura justos porcentajes y calidad integral en poliester.



® Marca Registrada por Petroquímica Sudamericana S.A. * Marca registrada por La Emilia S.A.

gimnásticos. En el Liceo Chateaubriand de Roma los muchachos y muchachas se dirigen la palabra únicamente dentro de las aulas. La conversación entre estudiantes de diferente sexo no solo no se ve con buenos ojos dentro de la escuela, sino inclusive en la calle, al entrar o al salir del liceo. "Recordemos que aquí estamos en Italia", explica el director Vincent Espana. "No hacemos más que respetar las costumbres del país".

Para los hijos de los diplomáticos, hombres de negocios y demás franceses domiciliados en el extranjero, el hecho de encontrar un liceo en casi todas las grandes capitales les ha permitido moverse por el orbe sin salir del sistema francés de enseñanza. Pueden trasladarse de los liceos de Londres, Roma o Nueva York, a los de Irán o Vietnam del Sur, y reanudar sus clases en el punto preciso donde las dejaron. Más tarde pueden ingresar en las universidades francesas y en el mundo profesional francés. También los diplomáticos y profesionales de otras naciones que han debido residir fuera de su país, han sabido aprovechar esta red universal de educación.

Los hijos de un diplomático francés, los de un emir árabe y los de un general camboyano aprenden en diferentes naciones, pero al mismo tiempo, a conjugar los verbos irregulares, a declamar *Fedra* o a escribir un ensayo sobre Sartre y el existencialismo. Con su hincapié en la universalidad de los valores humanos, los liceos franceses salvan las distancias culturales entre París y la Costa de Marfil, o entre Nueva York y Addis-Abeba. En un sentido profundamente humano puede decirse que, a despecho de su dispersión, los alumnos de los liceos "hablan el mismo lenguaje".

Napoleón dijo: "He tenido que conquistar a Europa con la espada; quien venga después de mí la conquistará por el espíritu, porque el espíritu es siempre más fuerte que la espada". Los días de la conquista de imperios terminaron hace mucho. En vez de colonias, Francia ha formado una comunidad universal del espíritu.



Incentivo

Durante una excursión de pesca iba en mi canoa con un guía indio que, mientras remábamos en el lago, me decía: "En aquella orilla hay un campamento de recreo para muchachos. En la otra, queda uno de muchachas".

Observando mi expresión de extrañeza, añadió: "Los colocaron así para que todo el mundo aprendiese a nadar". —B. V. L.

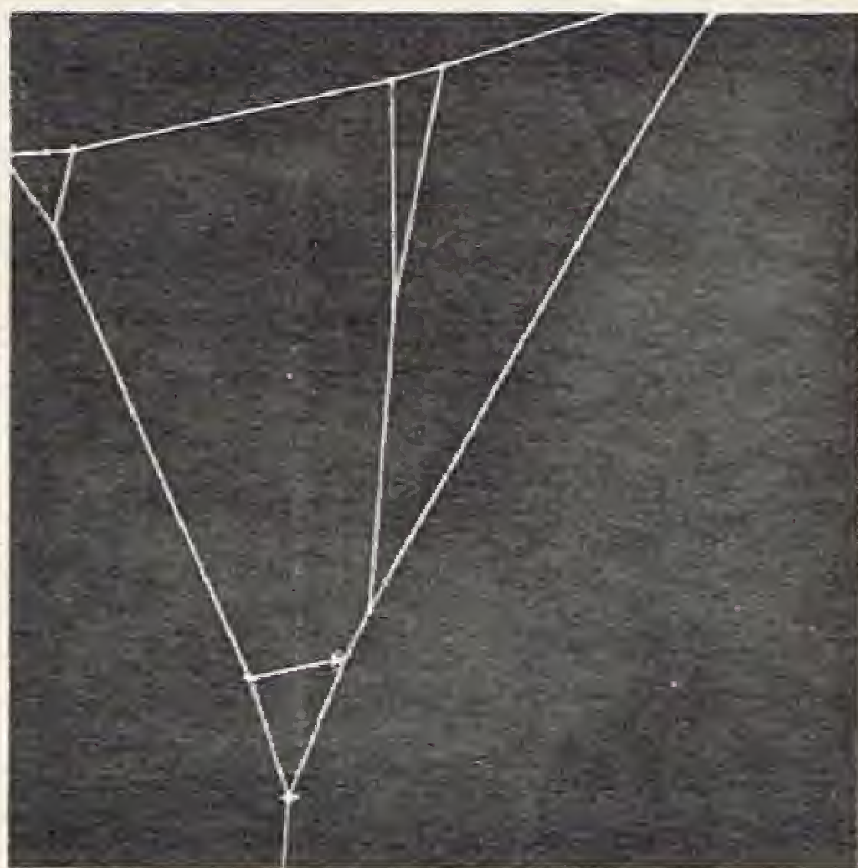
Con los lucientes y delicados hilos que segrega, la araña fabrica un asombroso mecanismo, complejo y recio, que le sirve de ojos, voz, oídos y dedos.

El prodigio de las telarañas

POR JEAN GEORGE

DE LA piedra al tallo de la hierba, de la ramita al pétalo, hay en la superficie terrestre líneas de señales, trampas, nidos de amor, guarderías, líneas de trasporte fabricadas por unas 40.000 especies de arañas, que hablan entre sí, expresan temor o deseo, hambre o cólera, mediante sus complicadas y primorosas redes. Inadvertidos en general por los ojos del hombre, miles de arácnidos trabajan diligentemente en cada hectárea de campiñas y bosques.

Las toneladas de sedosos hilos, para los cuales nuestro planeta es algo así como una simple rueca, comprenden cientos de variedades y de texturas, correspondientes a las múltiples necesidades y situaciones de la vida de las arañas. Si un solo hilo les basta para descolgarse desde una altura, serán menester otros hilos de diferente tensión y textura cuando se trate de afianzar la red a las hojas; o de recibir el aviso de que acaba de caer en la red una mosca, o de dar la señal de alerta cuando se aproxime en son de enamorar una araña macho. Los hilos con que tejen sus telas son, en rea-



La construcción de una red orbicular comienza con una armadura que varía de forma según el sitio. El primer hilo que teje la araña es aproximadamente horizontal.

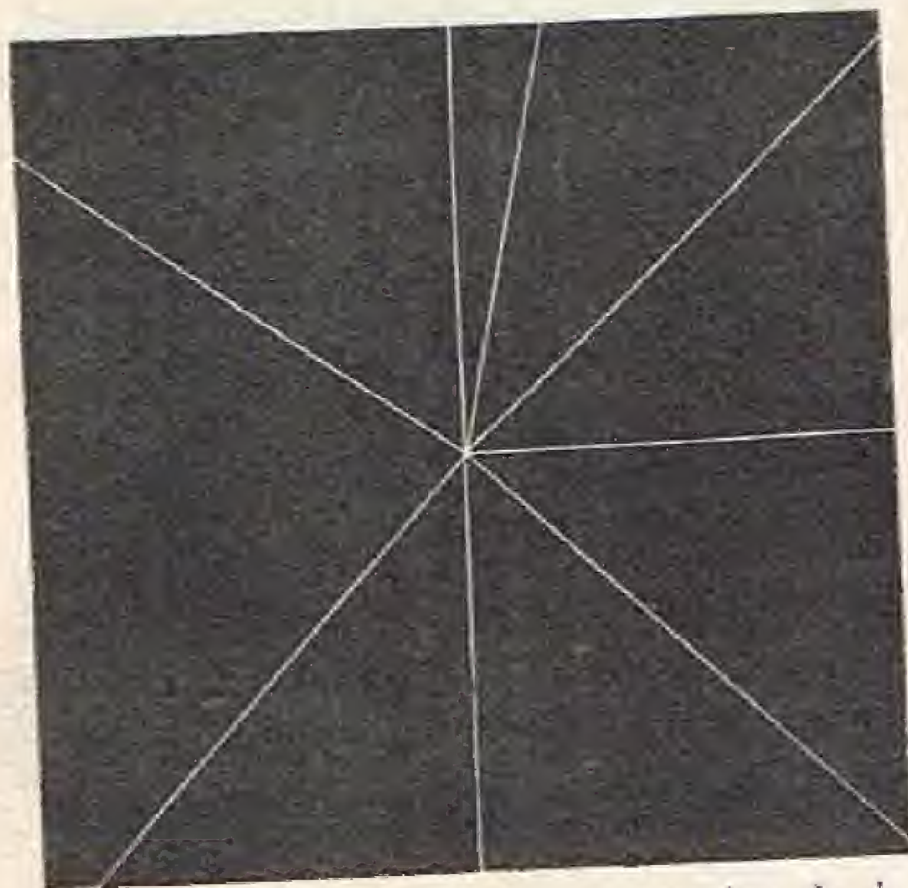
Las ilustraciones son de "The Web of the Spider", de Laura Barr Lougee, © por Cranbrook Institute of Science, Bloomfield Hills, Michigan.

lidad, los ojos, los oídos, la voz y los dedos de los arácnidos.

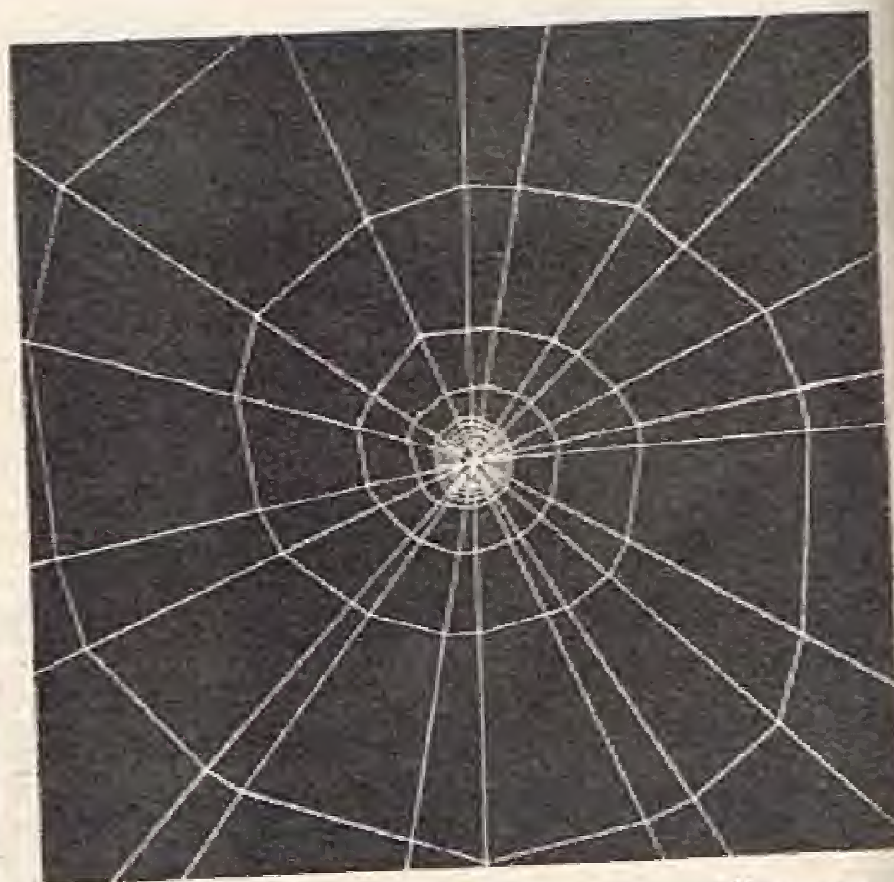
Por su configuración, la araña difiere tanto de otras formas de vida que casi nos inclinamos a decir que son indistinguibles en ella el cuerpo y la cabeza: al fin y al cabo, de la parte delantera, que comprende la cabeza y el tórax, salen las patas; en el abdomen se hallan las glándulas que segregan la seda. Estas glándulas, que son de siete clases —no todas ellas presentes en las diversas variedades de arañas— desembocan en las hileras. La mayoría de las arañas tienen tres pares de complicadas hileras compuestas de menudísimos tubitos hiladores que, moviéndose a manera de dedos, cardan, estiran y tuercen la fluida seda elaborada por las glándulas, hasta que forme un hilo que sea precisamente el tipo de hilo que en esos momentos esté haciendo falta.

Lo primero que necesita la araña recién llegada a la vida es salir huyendo para que no la devoren padres o hermanos. Con este fin suelta de sí un hilo plateado, en extremo liviano, que al flotar en el aire lleva a trasvolar campos y cerros a la que en esa travesía demuestra funambulesca pericia digna del mejor artista de circo.

Esta primavera vi una nidada de arañitas agalenas que, al romperse el sedoso capullo que las abrigaba, se dejaron caer por sendos hilos plateados para desaparecer entre las plantas del jardín. Dejaban tras sí ondulantes cendales tendidos entre las hojas de lirios y helechos. Una de esas arañitas de ocho patas trepó a lo alto del seco tallo de un crisantemo, giró hasta ponerse de



Colgando desde el extremo superior de la armadura un hilo vertical que viene a ser el diámetro de la red, la araña teje los radios.



Luego refuerza el centro y con hilos secos enlaza los radios para afianzarlos durante la construcción final en espiral.

Regale!

Señorial elegancia y varonil buen gusto

LAVANDA SHULTON

PARA CABALLEROS



LONDON / NEW YORK / BUENOS AIRES

cara al viento y levantó las patas traseras para quedar cabeza abajo como un volatinero. Sosteniéndose en tal postura, largó unos 50 centímetros de hebra gruesa y seca que flotó en el aire. Agarrándose al hilo con las patas delanteras, se desprendió del tallo del crisantemo para lanzarse al aire a modo de acróbata en salto de trapecio. Ayudada por el viento, y a fin de cambiar de rumbo para no enredarse en un olmo que allí cerca había, halaba o largaba hilo. Al soplo de la brisa ondeaba y, al dar en la esquina de una casa, quedó detenido el hilo. Lo enrolló entonces la arañita, y subiendo prontamente al tejado se lanzó de nuevo al aire. De tan airosa manera reanudó la travesía en que fue alejándose hasta que la perdí de vista.

En los meses en que emprenden sus viajes, que son los de la primavera y el otoño, flotan en el aire toneladas de esos hilos. En algunos lugares, al arrastrarlos a tierra la lluvia, caen en tal abundancia que engalanan los prados con franjas de blanca y lustrosa seda. En California, por ejemplo, quedan suspendidos entre los arcos de piedra del valle de Yosemite. Y cuando al irse acumulando adquieren bastante espesor las telas formadas por ellos, flamean como ropa tendida a secar, o van a dar, llevadas por el viento, a los árboles del bosque, a los cuales presta esa blanca envoltura la fantástica apariencia de muebles en los aposentos de un palacio deshabitado.



Comenzando en la periferia, la araña enlaza los radios con un hilo pegajoso que va tejiendo hacia el centro. Entre este y el orbe deja un espacio.

Los hilos que emplean las arañitas en sus aéreos viajes —llamados comúnmente hilos de la Virgen— y las telarañas son tal vez lo que mejor se conoce de la industria de los arácnidos; pero hay otras cosas interesantes. Tenemos, por ejemplo, los casi invisibles hilos que parten de los bordes de ciertas telarañas, que en este caso son una sencilla red plana colgada entre los tallos de la hierba. Tienen la trasparencia del aire, y sin embargo son lo suficientemente recias para hacer que caiga en la red el insecto que, al pasar volando, tropiece en esos hilos.

Quizá lo más notable de todo lo que fabrican las arañas, tanto por la dimensión como por la cantidad, es la envoltura en que arrollan sus presas. Se compone de anchas fajas formadas por recias hebras

VALIANT II *el gran coche*

DE CHRYSLER

en el mundo entero, máxima jerarquía en automóviles



Potente motor "Slant Six" (seis cilindros inclinados), de 137 HP - Poderosos frenos "Duo-Servo", con campanas de máxima superficie - Tablero muy visible, con luz regulable - Alternador que carga la batería en baja velocidad - Diferencial que permite mayor velocidad con elevado rendimiento - Amplio interior, con detalles de supremo confort - Suspensión extraordinaria - Suntuosa terminación interior y exterior. Véalo en el Concesionario de su zona.

FEVRE Y BASSET LTDA. S.A.  **CHRYSLER** ARGENTINA S.A.

Miembro de ADEFA

que van quedando dispuestas paralelamente al salir de las hileras inferiores y con las cuales se entrecruzan otras hebras más delgadas salidas de las hileras superiores. Tan instintiva es la fabricación de la envoltura que, para inducir a la araña a llevarla a cabo, solo se necesita que dejemos caer en la red un insecto. Hace falta, sin embargo, que este empiece a forcejear tratando de libertarse, pues solo entonces se produce en la araña el impulso de lanzarse sobre la presa y clavarle la uña perforada con que le inyecta el veneno elaborado por las glándulas que, al entrar en actividad, provocan la de las glándulas de la seda, y en consecuencia la emisión de esta por las hileras. En este punto, tomando al insecto entre las patas, la araña le da vueltas hasta dejarlo completamente envuelto en la sedosa materia que fluye de las hileras.

Una vez satisfecha el hambre, algunas arañas dejan en la red, a modo de trofeo, lo que aún quedó del insecto. Como quiera que, más bien que comérselo, "se lo beben" succionando su parte interior, que convierten en líquido con los potentes jugos digestivos, el insecto va disminuyendo de tamaño hasta quedar al fin convertido, por lo común, en una esferilla envuelta en seda.

Entre las telas fabricadas por los arácnidos sobresale, por la casi geométrica regularidad de su tejido, la red orbicular de la araña de los jardines. Una mañana de verano, al pasear por el jardín, vi una de estas arañas entre las floxias. En ese momento acababa de construir un marco triangular para su tela y se disponía a la faena laboriosa de hacer el círculo. Avanzó hasta la mitad del hilo superior y se descolgó a plomo hasta la parte inferior del marco, dejando un hilo vertical; después subió otra vez a la mitad del nuevo hilo y, luego de fijar el centro, tendió los radios con hilo seco y resistente. Más tarde fue tendiendo desde el centro hacia la periferia la trabazón de su rueda, y a continuación volvió en espiral hacia el centro, dejando al pasar un hilo de sustancia fluida y pegajosa. Para que la goma brillante quedase igualmente repartida, daba al hilo un rápido tironcillo, y al cesar la vibración se formaban, casi a igual distancia unas de otras, gotas de un mismo tamaño. ¿Cómo —pensaba yo al verla— fueron adquiriendo estas arañas, y la han ido trasmitiendo a sus descendientes, tanta artesanía?

Los arácnidos son animales de presa; ninguno les gana como destructores de insectos. A tal extremo llega su acometividad, que al no reconocerse se acometen unos a otros. Ahora bien, como la mayoría de las arañas cazan en la oscuridad de la noche, son muy cortas de vista, y los hilos de la red hacen en ellas oficio de oídos; les es preciso andarse con gran cuidado para no tropezar con las redes de sus congéneres.

Por todo esto no es de extrañar

¡Cómo gustan los quesitos ADLER para untar!

…e conocen de lejos por su caja triangular. Un envase inconfundible para …na calidad incomparable. Quesitos ADLER, calidad a simple vista. Corte …a porción y verá la diferencia: manteca pura y abundante crema fresca. Real…ente, ADLER es… otra cosa!



…uro… con abundante …rema fresca.

delicado… con legítimo Champignón importado.

especial… con auténtico Roquefort seleccionado.

sabroso… con trocitos de finísimo salame.

Quesitos

ADLER

para untar

…iempre en su caja triangular quesitos ADLER para untar.

que los preliminares para la unión de los sexos sean bastante complicados entre los arácnidos. Como todo paso que den para acercarse a la hembra encierra un riesgo, los machos han recurrido a una especie de enamoramiento narcisista. Hacen el amor a solas, frente a una red, antes de aventurarse a entregar a la hembra la simiente de la vida.

El procedimiento empleado por el macho de la tarántula es sobremanera curioso. Fabrica una red en la cual deja un par de agujeros: uno grande y otro pequeño. Entre estos dos agujeros corre una angosta faja delicadamente tejida con hilos recios, diferentes de todos los demás con que trabaja la tarántula. Entrándose por el mayor de los agujeros, queda colgando hacia abajo y se pone a reforzar los extremos de la red. Mientras ejecuta esta faena, la faja de hilos recios, al rozarle el cuerpo, le produce una sensación que ocasiona la salida de una gota de semen. Volviéndose después a la parte de arriba de la red, busca el macho en derredor y absorbe el fluido en las cavidades bulbosas de que están provistos los apéndices (semejantes a patas) que tiene cerca de la cabeza. Así podrá entregarlo a la hembra, llegada la ocasión propicia.

Después de destruir la red espermática, marcha el macho a intentar la arriesgada empresa de requerir a la hembra. Casi invariablemente sucede que esta, que alcanza su completo desarrollo después que el macho y es por lo general más robusta que él, no se muestra accesible a sus requerimientos, sino antes bien, le hace pasar un mal rato amenazándolo, agrediéndolo y, si a mano viene, devorándolo, como en efecto ocurre en más de un caso.

De ahí que la tarántula macho proceda con maña. Aunque la hembra retrocede en actitud hostil cuando trata de acercársele, salta él hacia ella y empieza a acariciarla. Lejos de apaciguarse, la hembra trata de morderlo para inyectarle la ponzoña. Con rápido movimiento le sujeta él los palpos maxilares con las patas delanteras, mientras deposita la esperma en el abdomen de la hembra. Hecho esto, puede alejarse descuidado y tranquilo.

Cada clase de arácnido tiene su manera de seducir a la hembra. Uno de los procedimientos más desconcertantes es el que emplean los tomisos o arañas cangrejos: amarrar sólidamente a la hembra. Acercándosele con todo disimulo, le entrecruzan el cuerpo con hilos hasta que, terminado el atadijo, tienen a la hembra bien sujeta bajo un velo de plateados hilos. A esta delicada labor de tejeduría le llaman "velo nupcial" de las arañas.

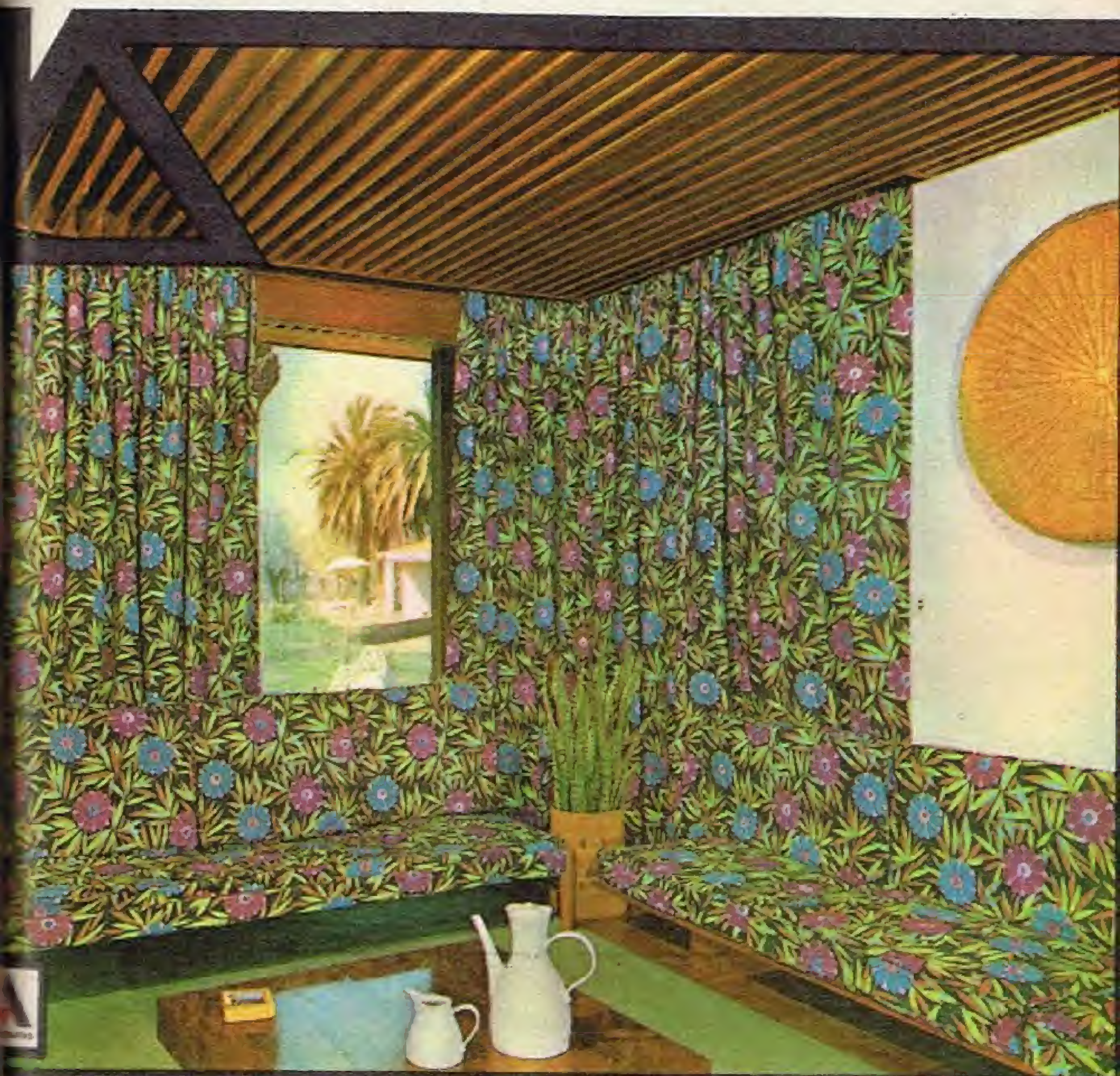
Durante la reproducción de la especie, que se efectúa sin cesar, pese a dificultades y peligros, toca a la hembra tejer la más importante de las telas, como es la que sirve de envoltura a los huevecillos de que saldrán las crías. Algunas

mudarse sin cambiar de casa?

los trastornos de una mudanza, por supuesto! Quiere la receta? Pruebe a renovar los tapizados de casa. Ponga diseños nuevos, colores alegres. Entre las telas de la Colección Pintel® tiene para elegir. tienen colores firmes y una garantía de duración interminable. Por eso renovar su casa le resulta económico. Y ya verá qué cambio! Empieza hoy?

colección **Pintel®** de telas de tapiceria

MAS DE 100 GUSTOS PARA QUE UD. ENCUENTRE EL SUYO.



ICA ARGENTINA DE ALPARGATAS S. A. I. C. - Olavarria 1256 - T. E. 21-0041 - Buenos Aires
ca Registrada - Puro Algodón - Industria Argentina

envolturas son de una seda dorada, resistente, elástica, a prueba de vientos y de lluvias; otras son simplemente unas bolsas rudimentarias. Los huevos quedan depositados en la bolsa. El número de huevecillos de la puesta varía desde 3000 a uno solamente, según la clase de arácnido. La madre envuelve la puesta, que es para ella el tesoro que le dará la cría, en la tela fabricada de hebras que al salir de las últimas hileras están cuidadosamente cardadas y retorcidas. La forma de la envoltura podrá ser un cestillo o un remolino de gruesos hilos apretadamente entretejidos. El material será siempre una seda tan vistosa como la que en el siglo XVIII indujo a un francés a utilizarla para la confección de medias y de guantes. Tanto llamó la atención en la Academia de Ciencias de París ese tejido de tan delicados visos, que dispuso que se hiciera un estudio acerca de las aplicaciones que pudiera tener en la industria la seda con que las arañas envolvían los huevecillos. Se llegó a la conclusión de que era imposible darle aplicación práctica. Al revés del gusano de seda, la araña es animal solitario; no habría modo de acostumbrarlas a vivir lo bastante cerca unas de otras para que resultase económicamente factible recoger las envolturas que fabrican.

La mayoría de los arácnidos dejan de hilar después de haber tejido su red o su trampa. No así la araña de los jardines. Teje esta araña todo el año; va extendiendo por metros y metros las orbiculares redes que, al llegar las heladas otoñales, semejan en el campo grandes sábanas blancas. Por un error muy generalizado llamamos al otoño la estación de las arañas, siendo así que es la época de su muerte. Casi todas viven solo de ocho a nueve meses; y esas blancas sábanas son, en realidad, su sudario.

De los diversos filamentos tejidos fabricados por los arácnidos —embudos, trampas, recios hilos en que la presa tropieza y cae, red espermática, hilos que vagan por el aire, redes orbiculares— ninguno hay que demuestre tan confiado optimismo en lo que la Naturaleza pondrá a su alcance como el artificio de que se vale cierta araña para atrapar sus presas. Después de tejer un largo cordón, asegura en uno de sus extremos una bola de materia pegajosa y sujeta el otro extremo en una rama alta, en la cual se sitúa para hacer que la bola, al oscilar incesantemente en la inmensidad de la noche, pesque al insecto que acierte a pasar por allí.

Hace poco, una noche en que me había sentado en el banco que quedaba al pie de un manzano, tropecé con una de esas arañas. Siento de pronto en la mejilla algo pegajoso; trato de quitármelo, y se me enredan los dedos en una especie de cordón. Echo mano a la linterna de bolsillo y descubro que donde termina el cordón una araña, que más bien parece un capullo, está meciéndose en una red a modo

TOME
"ALGO MAS"...
TOME

cerveza!



moreno mac donell

de trapecio y cobrando el cordón con que cree haber pescado tan gorda presa. Le doy una sacudida al cordón. Lo cobra ella más aprisa, a la vez que se dispone a morderme. Hago intento de acercarme. A la vista de la gigantesca amenaza que invade su mundo, huye a esconderse entre el ramaje y no vuelve a asomar. Más de una vez me he preguntado qué idea se formaría en su limitado cerebro de araña de aquella "gran presa que se le escapó".



De todo y de todas partes

FRENTE a las costas de Baja California (México), los oceanógrafos se están valiendo para sus estudios de geología marina de los nuevos envases de cerveza, que se abren tirando de una lengüeta. Hace poco los buzos hallaron varias latas arrojadas al mar por los pescadores mexicanos, cubiertas ya por cinco centímetros de sedimento. Como los científicos saben que en esa región se empezaron a usar las latas de cerveza en 1964, pueden calcular fácilmente la velocidad de sedimentación. Dicen que las latas les proporcionan un método de medir el tiempo aun mejor que los fósiles o el carbono 14, y a dicha técnica la han bautizado con el nombre de "cervezografía".

— *The Insider's Newsletter*

EN LA isla colombiana de San Andrés detuvieron a una joven mecanógrafa y la multaron con 500 pesos por haberse exhibido en la playa en "monobikini". La multa la pagó un admirador, que hizo una colecta entre todos los concurrentes.

— AP

EN UNA carta al *British Medical Journal*, Stephen Power, del Real Hospital Homeopático de Londres, relata el caso clínico de un sacristán a quien se le incendiaba el aliento cada vez que intentaba apagar los cirios del altar. La causa de la respiración llameante resultó ser una úlcera duodenal que ocasionaba una acumulación de gas inflamable en el estómago del sacristán. Después de que lo operaron, explica Power, el sacristán pudo "cumplir sus deberes en forma bastante más decorosa".

— AP

EN UN reciente festival cinematográfico europeo recibió mención honorífica una película sueca, concretamente por su admirable brevedad. Después se descubrió que por equivocación el operario había dejado de proyectar uno de los rollos. Nadie lo había echado de menos.

— *Star Free Press*, de Ventura, California

Por J. D. Ratcliff

Muertes que pueden evitarse

Por negligencia, apatía o ignorancia, miles de personas sufren lesiones permanentes o pierden la vida a causa de enfermedades que pueden prevenirse con una simple inyección.

Condensado de "Family Weekly"

Todos los años millones de niños contraen el sarampión, enfermedad que por lo general se considera una molestia de poca importancia, parte inevitable del crecimiento. Pero, en realidad, el sarampión constituye una amenaza para la salud mucho más temible de lo que jamás lo fue la poliomielitis. En Inglaterra, un reciente estudio sobre 53.000 víctimas del sarampión reveló que de cada 1000 casos, 25 contrajeron infecciones del oído medio que constituían causas posibles de sordera incurable; 38 padecieron enfermedades respiratorias graves, entre ellas la neumonía; y uno padeció encefalitis, es decir, inflamación del cerebro. Y según las estadísticas, en los Estados Unidos una de cada mil víctimas muere por complicaciones de esta enfermedad "poco importante".

También la tos ferina se considera generalmente una enfermedad que no pasa de ser "molesta". Pero con frecuencia los niños pequeños no pueden arrojar con la tos las mucosidades que obstruyen las vías respiratorias, y se exponen así a la posibilidad de la asfixia. "La proporción de defunciones puede no ser mayor de una en 150", dice un médico. "Pero, ¿y si el niño fallecido es nuestro hijo?"

La difteria es una enfermedad que propendemos a considerar problema de la época de nuestros abuelos. Hemos logrado disminuir las defunciones por esta enfermedad a una cifra insignificante comparada con las de medio siglo

atrás, pero eso no es suficiente para quienes van a tener que luchar para respirar por última vez mientras las grisáceas membranas se extienden en su garganta.

Algunos niños contraerán el tétanos de resultas de la introducción de esporas en heridas de apariencia tan insignificante que no les pondrán más que una simple venda adhesiva, y la mitad o el 30 por ciento de los afectados fallecerán aunque reciban la mejor asistencia médica del mundo.

Estas cifras resultan aterradoras. Y nosotros mismos somos los únicos culpables de esas muertes, pues se pueden evitar. Los médicos convienen en que ya se dispone de medios eficaces para prevenir *todas* esas enfermedades y en que se podrían erradicar definitivamente.

Es hora de hacer una advertencia: quizá ya se estén acumulando problemas peligrosos. El proceso de aquellas enfermedades está cambiando. En el pasado, por la frecuencia misma de la difteria, la inmunidad de los adultos se mantenía en un nivel elevado. Pero a medida que la difteria ha ido decayendo entre los niños, ha cobrado más importancia como enfermedad de adultos. Y lo mismo sucede con la tos ferina y el sarampión.

También el tétanos viene modificándose. Hubo época en que estuvo casi por completo limitado a hombres y niños, quienes llevaban una vida más activa en los

campos y las calles, donde acechan las esporas del tétanos. Hoy el número de víctimas entre las mujeres es cada vez mayor como consecuencia de accidentes automovilísticos y de que viven más al aire libre.

Estudiemos detalladamente estas amenazas:

Sarampión. Hasta 1963 no se conoció medio alguno de prevenir esta enfermedad en forma duradera, pero entonces se obtuvieron nuevas y sensacionales vacunas que al parecer dan protección permanente. Sus notables propiedades han sido demostradas en regiones donde el sarampión causa todavía muy alta mortalidad. En el Volta Superior, uno de los nuevos países del África Occidental, el sarampión causaba la muerte a la mitad de los niños nacidos en los años de epidemia. El Dr. Paul Lambin, ministro de Salubridad, invitó al Dr. Harry Meyer, del Servicio de Salud Pública de los Estados Unidos, a utilizar aquel país como terreno de experimentación. En 1963, con vacunas donadas por la compañía Merck, Sharp & Dohme, el Dr. Meyer partió para vacunar a todos los niños que su personal de campo pudiera reunir. En total, vacunaron 731.000 niños. Al año siguiente no hubo una sola muerte por sarampión entre los niños así inmunizados.

¿Por qué esta protección no se les proporciona a los niños de todo el mundo? Por culpa de los padres de familia, y aun de algunos mé-

dicos. No pocos de estos ven el sarampión con indiferencia, a pesar de haberse comprobado su gravedad potencial, y muchos padres de familia ignoran sencillamente la existencia de una vacuna contra el sarampión.

Tos ferina. Aunque el número de víctimas de la tos ferina de ninguna manera es tan grande como el del sarampión, de todos modos debe ser tomado muy en cuenta. En lo que toca a esta enfermedad, son muchas las madres que no solicitan los cuidados del médico y muchos los médicos que no se toman la molestia de denunciar los casos que conocen, así que las estadísticas al respecto no son muy exactas, pero el peligro del mal subsiste.

Tratándose de la mayoría de las enfermedades de la niñez, la madre pasa su inmunidad, que dura varios meses, al hijo recién nacido. Mas en el caso de la tos ferina, los niños vienen al mundo sin protección. Para ellos, esta enfermedad es mortífera: el 70 por ciento de los fallecimientos ocurren antes del año de edad. El pequeño tiene urgente necesidad de la protección de la vacuna tan pronto pueda recibirla sin peligro para él, es decir, ya a las seis semanas de nacido.

Aun en niños mayores, la tos ferina no se puede tomar a la ligera. Los paroxismos de la tos pueden desgarrar los pulmones, distender permanentemente los bronquios y reventar pequeños vasos sanguíneos del cerebro. Proporcionalmente, la tos ferina, como la difteria, se viene dando entre los adultos con más frecuencia, agrava en ellos las afecciones respiratorias como el enfisema y provoca a veces la neumonía. Aunque no es recomendable que los mayores vuelvan a vacunarse periódicamente, podrán protegerse contra la enfermedad si la erradican entre los jóvenes.

Difteria. Desde hace aproximadamente 40 años existen las inyecciones de toxoide para prevenir la difteria. Este azote mortal debió haber desaparecido hace mucho tiempo, pero, por alguna razón, no ha ocurrido así. En Alemania, durante la guerra, se comprobó ya lo que puede suceder cuando se descuida un país adelantado en medicina. En 1943 se registraron allí 300.000 víctimas de la difteria.

Existen muchos graves indicios de que quizá los países adelantados estén perdiendo su "inmunidad colectiva" a la enfermedad (al protegerse parte de una colectividad, también la otra parte recibe cierta protección, ya que se reduce la reserva de infección potencial). En 1960 los peones agrícolas llevaron la difteria a la pequeña población de Plainview (Tejas). Cincuenta y seis niños enfermaron gravemente antes que una vigorosa campaña de vacunación sofocara la epidemia. Ha habido otros brotes recientes en varios centros urbanos estadounidenses. Otro indicio de que esta





Cuando "ellos" lo usan

IFICA CALIDAD
INDISCUTIDA EN ACEITES

TTARELLI

NUEVA COSECHA 1965

SUAVE ACEITE DE OLIVA
CON ESE GUSTITO TAN...
TAN... TITTARELLI

paises más adelantados en la ciencia de la alimentación, y muy especialmente en los paises del norte de Europa, cada vez se más importancia a los alimentos frescos que no hayan sufrido tratamiento alguno de orden físico o químico para conservarlos o les defectos organolépticos que alteren sus condiciones naturales en el aspecto vitamínico y nutritivo.

es así, que hoy, por ejemplo, Alemania consume en un día más aceite de oliva sin refinar que antes en todo un año.

ite de Oliva Tittarelli, de origen conocido, elaborado científica y honradamente, es absolutamente puro y natural, conservando las virtudes que la moderna higiene alimenticia exige.

idad del aceite de Oliva Tittarelli, honra de sus productores, es el mejor homenaje que puede brindarse a sus consumidores, e indiscutiblemente es uno de los más finos, sabrosos y saludables aceites que se elaboran en el mundo.

riamente a lo que se cree, el aceite de oliva logra una disminución efectiva del colesterol, y no posee en cambio los inconvenien- los aceites refinados. Abundantes estudios recientes así lo confirman. Sus productores enviarán gustosamente a quienes lo solici- muy especialmente a los señores médicos, copia de estos estudios y documentación que acredita lo aquí expuesto.

PRUEBE TAMBIEN LAS ACEITUNAS Y LOS EXQUISITOS VINOS TITTARELLI

stribuye: DISTRIBUIDORA TITTARELLI S.R.L. (e f) AVELLANEDA 375 - T. E. 89-9531 - BUENOS AIRES

inmunidad ha alcanzado un nivel bajísimo es que hoy la cuarta parte de los casos de difteria se dan entre adultos.

¿Deben los adultos revacunarse cada cuatro o cinco años? Muchos médicos responden que no, pues a veces algunas personas reaccionan con violencia a la vacuna. Otros dicen que la segura protección que esta ofrece bien vale el riesgo. La necesidad de vacunarse de nuevo puede determinarse mediante la prueba de Schick, que consiste en inyectar en la piel una pequeñísima cantidad de toxina diluida (la sustancia nociva producida por el microbio de la difteria). El grado de enrojecimiento causado así determina el de la inmunidad del sujeto.

Tétanos. No existe inmunidad natural contra el tétanos. Las esporas de esta enfermedad se encuentran en todas partes: en los campos estercolados (el microbio se desarrolla en los intestinos del caballo y de la vaca), en el polvo de las casas, en la aguja del toxicómano, en la mugre de las calles, en un clavo oxidado.

La espora solo necesita introducirse en el organismo para hacer sus terribles estragos: parálisis de la mandíbula, convulsiones, espasmo de los músculos de la espalda, rigidez del cuello. De la mitad al 30 por ciento de sus víctimas perecen. Este es el peligro que corren los miles de víctimas de los accidentes automovilísticos habidos cada año. Tales víctimas, conducidas en estado inconsciente a los hospitales, plantean siempre el mismo problema. ¿Está protegido el enfermo, o debe aplicársele el toxoide tetánico, de acción lenta, quizá demasiado lenta? ¿O debe dársele la antitoxina de suero de caballo, que proporciona protección inmediata? Desgraciadamente, a menudo el suero de caballo causa reacciones violentas y a veces mortales. Así pues, es probable que el problema subsista hasta que todos estemos permanentemente inmunizados.

¿Por qué arriesgarnos a contraer esas enfermedades cuando el pinchazo de una aguja hipodérmica puede proporcionarnos una inmunización completa? Es casi seguro que la razón no sea el costo, ya que el precio de las vacunas es relativamente bajo. En parte, la falta de protección viene de la apatía de los médicos, que en general se interesan más en tratar las enfermedades que en prevenirlas. Además, a muchos médicos les disgusta llevar los ficheros necesarios para mantener al día los registros de inmunización. Los padres de familia suelen ser más apáticos que los médicos. Son muchos los que piensan que si, de cualquier modo, los niños contraerán el sarampión y la tos ferina y ellos mismos no conocen a nadie que haya muerto de difteria o de tétanos, ¿para qué han de molestarse?

¿Cuáles son las consecuencias de esta actitud? No hace mucho tiem-



ctico estuche con jabón
baño y Colonia Old Spice.

Lujoso estuche con Loción
para después de afeitarse,
jabón de afeitar en taza
y Colonia Old Spice.

Distinguido estuche con
Loción para después de
afeitarse y Colonia Old Spice.

Frasco individual
Colonia Old Spic

Una nueva emoción surge en su corazón
obsequiándole el "frescor varonil" de *Old Spice*.

SHULTON / NEW YORK · LONDON · BUENOS AIRES



CRILLON
CHAMPAGNE
Crillon

PROGRAMA DE INMUNIZACIONES APROBADO GENERALMENTE

Edad	Preparado
2 meses	DPT (difteria, tos ferina, tétanos) más la vacuna oral contra la poliomielitis tipo I
3 meses	DPT más la vacuna contra la poliomielitis tipo 3
4 meses	DPT más la vacuna contra la poliomielitis tipo 2
9 meses	Vacuna contra el sarampión
12 meses	Vacuna contra la viruela
15 meses	Vacunas complementarias de DPT y los tres tipos de vacuna contra la poliomielitis
4 años	Vacuna complementaria de DPT
5-6 años	Revacunación contra la viruela
8 años	Vacùna complementaria contra el tétanos y la difteria, del mismo tipo que para el adulto.

Después, vacunas complementarias de DPT, así como revacunación contra la viruela, según la recomendación del médico.

po, una encuesta efectuada por la Oficina del Censo de los Estados Unidos demostró que seis de cada diez niños norteamericanos menores de cinco años, es decir, justamente en la edad en que más se necesita una protección completa contra las enfermedades que hemos señalado, carecían de ella. Los resultados de los estudios relativos a los adultos son peores. Los reconocimientos hechos entre grupos al azar indican que solo el 20 por ciento de esos adultos se han vacunado contra la viruela en los cuatro últimos años; otros estudios indican que la abrumadora mayoría de adultos, sobre todo entre las mujeres, necesitan protección contra el tétanos.

¿Qué se debe hacer? Las campañas de gran alcance tienen un evidente atractivo. Por lo general, sin embargo, los especialistas en salud pública no las ven con buenos ojos porque son demasiadas las personas que piensan que tales campañas solucionan el problema, y se olvidan de hacerse aplicar las inyecciones complementarias que se necesitan después.

Otros especialistas consideran que la vacunación contra la difteria, el tétanos, la tos ferina y el sarampión debe ser obligatoria para ingresar en la escuela. Desde luego, esta medida sería útil, pero no tendría aplicación en el caso de los menores de seis años. Es difícil llegar hasta esos niños, pero puede lograrse. La Dirección de Salubridad del Estado de la Florida ha sido uno de los primeros en los Estados Unidos en mostrar cómo hacerlo.

Se eligieron tres distritos (Hills-

borough, Orange y Palm Beach) para hacer una demostración. El objetivo consistía en inmunizar a *todos* los niños contra la difteria, el tétanos, la tos ferina y el sarampión. A todos los padres de familia se les notificó por medio de tarjetas postales. A los que no respondieron se les llamó por teléfono. Luego recibieron la visita de enfermeras de la Dirección de Salubridad. Así (sin tomar en cuenta a los de "domicilio desconocido") más del 90 por ciento de los niños de los tres distritos fueron inmunizados.

Se está estudiando otro proyecto prometedor. Los Laboratorios Lederle buscan la forma de utilizar computadoras y máquinas para la elaboración de datos con el fin de llevar un registro médico de cada individuo desde su nacimiento hasta su muerte, si así se deseara. Las máquinas recibirían los historiales de inmunizaciones proporcionados por los médicos. Después, la máquina expediría tarjetas-recordatorios a los interesados siempre que estos necesitaran inmunizaciones o vacunas complementarias. Se considera que dos o tres centros de computadoras bastarían para dar servicio a todo un país.

Por el momento, lo mejor que pueden hacer los padres de familia es llevar sus propios registros de las inmunizaciones que han recibido sus hijos y un registro de vacunas futuras. En el caso de los adultos, se está extendiendo mucho la costumbre de llevar en la cartera una tarjeta con la relación de las inmunizaciones recibidas contra el tétanos, la viruela y otras.

Los hombres de ciencia han dedicado la vida entera a proporcionarnos la inmunidad contra los males citados. Dejar de emplear los frutos de sus trabajos es poco menos que negligencia criminal.

Si desea reimpresiones de este artículo vea la página 38.



Salud pecuniaria

HE AQUÍ un buen consejo para quien le interese mantener en buen orden sus asuntos pecuniarios:

Para pago de alquiler calcule una suma que no pase de lo que gana en una semana; el precio de la casa que compre no ha de exceder a sus entradas de tres años; el del automóvil debe ser menor a sus ingresos de seis meses; que el total de todas sus primas de seguro no pase del siete por ciento de sus ingresos anuales. Mantenga en el banco una suma en efectivo, o en valores, equivalente a sus ingresos de un año. Después de eso ya podrá comprar a plazos todo cuanto desee.

— W. F.

La mano del hijo

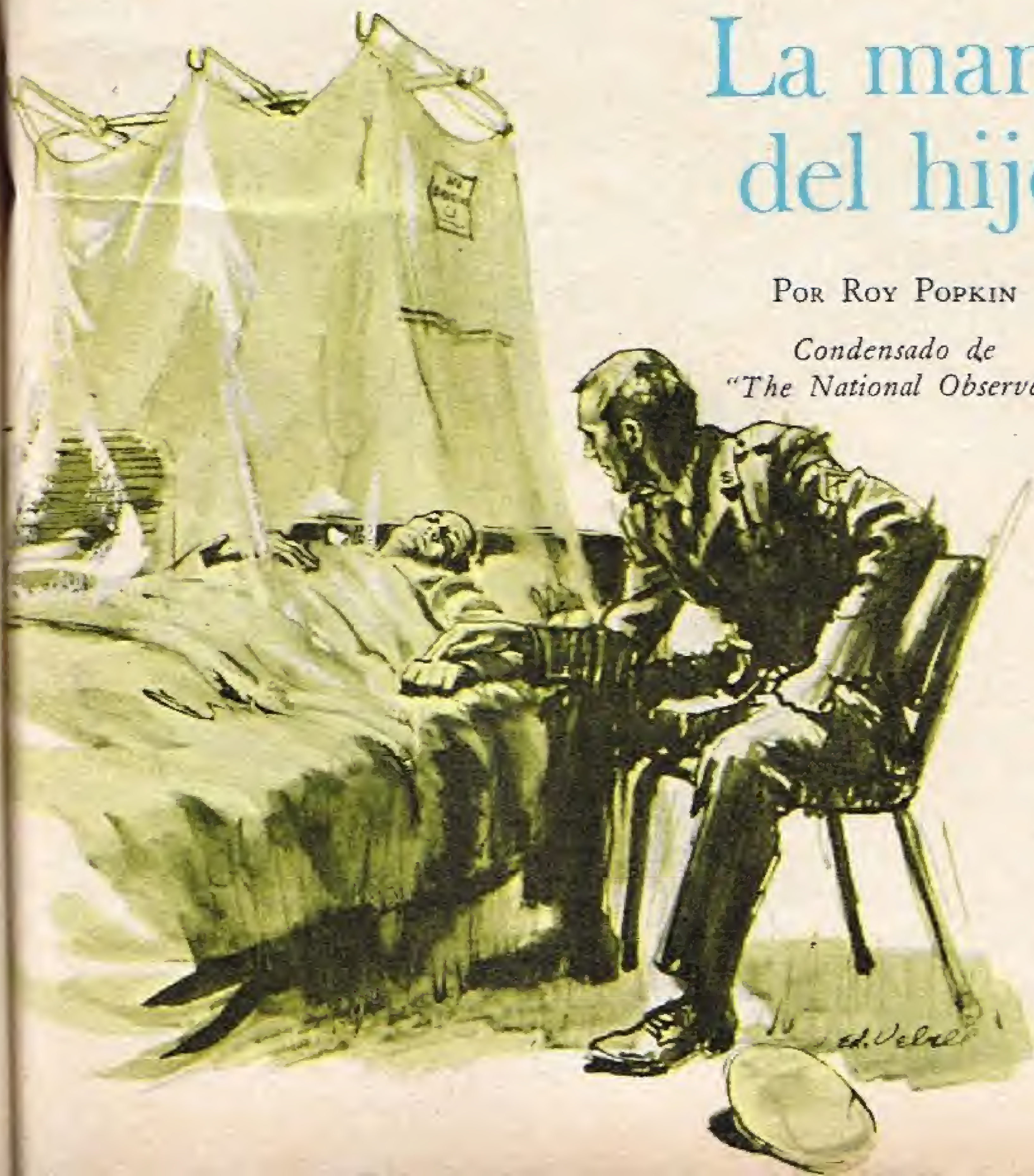
Por Roy Popkin

Condensado de "The National Observer"

El episodio comenzó en una esquina del centro de Brooklyn. Un anciano se había desvanecido mientras cruzaba la calle y fue llevado en una ambulancia al hospital del distrito. Una vez allí, las pocas veces que recobró el conocimiento insistió en llamar a su hijo.

Por una carta hallada entre sus ropas, arrugada y medio sucia a causa de las muchas veces que parecía haber sido leída, una enfermera de la sala de urgencia se enteró de que el hijo estaba en un regimiento de infantería de marina en Carolina del Norte. Al parecer, el anciano no tenía otros parientes.

Un empleado del hospital llamó a la oficina de la Cruz Roja en Brooklyn, de donde se trasmitió al director de la sección de la Cruz Roja de servicio en el cuerpo de infantería de marina en la Carolina del Norte, la petición de enviar al muchacho a Brooklyn sin



demora. Como el tiempo urgía, pues el anciano estaba moribundo, el representante de la Cruz Roja y un oficial salieron en el *jeep* y encontraron al joven vadeando una zona pantanosa durante un ejercicio táctico. Lo condujeron inmediatamente al aeropuerto adonde llegó a tiempo para alcanzar el único avión que podía permitirle acudir junto a su padre agonizante.

Anochecía ya cuando el joven infante de marina, fatigado por el viaje, entró en el vestíbulo del hospital. Una enfermera lo llevó hasta el lecho del paciente. "Aquí está su hijo", anunció al anciano.

Tuvo que repetir las palabras varias veces antes de que el paciente abriera los ojos. Todavía bajo la acción de los sedantes que se le habían administrado para atenuar los dolores de un ataque cardiaco, el moribundo entrevió confusamente al joven, que, vistiendo el uniforme del cuerpo a que pertenecía, se hallaba de pie junto a la tienda de oxígeno. Extendió el viejo una mano y el soldado, estrechando entre sus recios dedos los dedos flojos del paciente, le comunicó un mensaje de afecto y de aliento. La enfermera acercó una silla y el infante se sentó al lado de la cama.

Las noches son largas en los hospitales, pero el joven permaneció sentado allí, en la sala débilmente iluminada, durante sus interminables horas, teniendo en su mano la mano del anciano moribundo y dirigiéndole en ocasiones algunas palabras de esperanza. Aunque la enfermera le decía que se levantase y descansara un poco, el joven no quiso moverse de su sitio.

Cada vez que la enfermera aparecía en la sala, allí estaba el infante de marina, ajeno a ella y a los ruidos nocturnos del hospital: el chasquido de un tanque de oxígeno, las risas del personal que cambiaba saludos entre sí, los gemidos, lamentos y ronquidos de los pacientes. Varias veces la enfermera le oyó dirigir frases cariñosas al moribundo. El anciano nada decía y se limitaba a aferrarse más estrechamente a la mano de su hijo a medida que la noche pasaba.

Ya hacia el amanecer falleció el anciano. El joven puso sobre el lecho la mano inerte que había tenido en la suya, y fue a informar a la enfermera. Mientras esta iba a hacer lo que correspondía, él encendió un cigarrillo: el primero desde que llegó al hospital.

Por último, la enfermera volvió a su puesto, donde el infante de marina aguardaba, y le comenzó a decir unas palabras de condolencia, pero él la interrumpió para preguntarle:

—¿Quién era ese hombre?

—Su padre —respondió ella, atónita.

—No, no era mi padre —repuso el joven—. No lo he visto en mi vida.

—Entonces, ¿por qué no dijo usted nada cuando lo llevé a su lado?

Frescura de sombra...

SOLO ESTAS CORTINAS PUEDEN DARLE ESE CONFORT... EN VERANO!

pal-tex®

cortinas de estera

LA CORTINA QUE NO SE LAVA NI SE PLANCHA!

Frescura de sombra... a pleno sol... suave transparencia... alegres colores... Ninguna cortina le dará este confort en verano ! Ni se lava... ni se plancha... dura una eternidad! Tres sistemas de colocación para elegir!... Deslizables... de enrrollar o con ojalillos de bronce...

SE ENTREGAN A MEDIDA... LISTAS PARA COLOCAR !



Color natural $ 950 c/u.

ESTERA PARA AUTOS

Novedad exclusiva de PAL-TEX para manejar cómodo y fresco este verano! Colocada sobre el asiento y respaldo del automóvil, aisla totalmente el calor del tapizado. La estera para auto PAL-TEX armoniza delicadamente con el interior del automóvil!...

Precio por m²
Color natural
En colores o combinadas $ 990

SOLICITE FOLLETOS



PAL-TEX S.R.L. Sanabria 1930 - Tel. 67-9067 y 67-5519 - Buenos Aires
Consúltenos y le indicaremos el representante más cercano a su domicilio.

—Comprendí en seguida que había un error, pero también comprendí que el hombre necesitaba a su hijo y que su hijo no estaba aquí. Cuando advertí que estaba demasiado grave para darse cuenta de si yo era su hijo o no, pensé que realmente me necesitaba *a mí*, quienquiera fuese, y por eso me quedé.

El infante de marina dio media vuelta y salió del hospital. Dos días más tarde, un despacho de la base de la infantería de marina en la Carolina del Norte llegó a la Cruz Roja de Brooklyn con la información de que el verdadero hijo del difunto se dirigía allá a fin de asistir a los funerales. Sucedió que había en la base dos infantes de marina con igual nombre y apellido y números de rol semejantes y que algún empleado de la oficina de personal se había equivocado al consultar las cédulas de identificación.

Pero si aquel infante de marina acudió por error al hospital, sin duda supo ser un verdadero hijo en el momento oportuno. Y así demostró, en forma singularmente humana, que existen personas que en verdad se interesan por lo que sucede a sus semejantes.



Charlas y parlas

Vacaciones. Si los diseñadores de trajes de baño para mujer los siguen haciendo cada vez más pequeños, pronto se van a quedar sin trabajo. (*Sheraton Park Hotel News*) ... Ni los *jets*, ni los cohetes vuelan tan aprisa como 15 días de vacaciones (E. W.) ...

Frases sueltas. En una tienda de vestidos: "Pero, señora, ¡el parecer ridícula está de moda este año!" (M. C.) ... El cazafortunas: "Besaría la tierra que ella pisa ... y también los solares que tiene por toda la ciudad". (R. S.) ... Una guapa muchacha en la playa: "¡Caramba! ¡dejé el traje de baño en la otra billetera!" (D. T.)

Comentarios de actualidad. Es señal segura de burocracia que no pueda atendernos la primera persona que contesta el teléfono. (K. F.) ... La ayuda del gobierno es como si uno mismo se pusiera una trasfusión, sacándose sangre del brazo derecho para ponérsela en el izquierdo y derramando el 90 por ciento en el camino. (M. M.)

Chascarrillos. Intelectual es el hombre a quien se le van los ojos tras de lo que está leyendo una muchacha bonita. (P. M. S.) ... Meter baza en la conversación de ciertas mujeres es tan difícil como enhebrar la aguja de una máquina de coser en marcha. (P. L.)

El sargento adorable

Las extraordinarias aventuras de una valerosa joven inglesa en la primera guerra mundial



Condensado del libro* de ***Alan Burgess***

Historia de
Flora Sandes, la bella joven inglesa que sirvió en el ejército servio durante la primera guerra mundial. Fue herida, condecorada e idolatrada por sus compañeros de armas. Románticos e increíbles episodios, que son sin embargo rigurosamente auténticos, narrados con vigor, humorismo y calor por Alan Burgess.



El sargento adorable

EN LA raquítica posada montañesa que servía de improvisado cuartel general al Segundo Regimiento Servio, el coronel Andrei Militch, que mandaba la unidad, se quedó mirando con aire de preocupación a la joven inglesa de cabellos dorados.

—Señorita Sandes —le dijo en alemán, lengua que ambos conocían bien—, le tengo malas noticias. Posiblemente tendrá usted que abandonarnos.

Flora Sandes lo miró fijamente sin decir palabra. Hacía apenas pocos días que se había enganchado en la sección de ambulancias del regimiento, como enfermera voluntaria.

—Lo que ocurre —continuó el coronel— es que no hay posibilidad inmediata de detener el avance del enemigo. Debemos continuar retirándonos.

Corría el año de 1915 y medio mundo estaba en guerra, pero en ninguna parte era más encarnizada que en las montañas nevadas de Servia, el diminuto reino balcánico donde había empezado el conflicto. Durante varias semanas las tropas servias habían venido retirándose ante el formidable empuje combinado de los ejércitos de Austria-Hungría y Bulgaria. Contraatacaban cuando la ocasión se presentaba, pero el coronel comprendía que estaban al borde de una derrota aplastante.

—¿Se rendirá el ejército? —preguntó Flora.

—No —contestó pausadamente Militch—. Eso jamás.

Le informó que los alemanes les habían ofrecido la paz por separado, y ellos la habían rechazado indignados. Continuarían combatiendo hasta los confines de Servia y más allá, a través de Albania, hasta el mar si fuera necesario. Luego, con la ayuda de Francia y de Inglaterra, lanzarían una contraofensiva.

—Pero si nos retiramos a través de Albania —le previno—, el paso de las montañas en pleno invierno será una prueba terrible. Solo sobrevivirán los más fuertes.

En el rostro de Flora se reflejó una expresión de dolor que el oficial no supo interpretar.

—Señorita Sandes —agregó—, usted es súbdita británica. Como tal, tiene derecho de abandonarnos si lo desea.

Le sorprendió la fiereza de la respuesta:

—Coronel Militch, he venido aquí a ayudar a Servia. Pase lo que pase, quiero permanecer con el regimiento.

El coronel observó con tristeza a

aquella esbelta joven que despertaba su curiosidad y que voluntariamente había querido venir a compartir los peligros del campo de batalla en su país. Muy femenina, pese a su indumentaria (pantalones de montar y chaqueta color caqui), de expresión abierta y franca, trabajaba infatigablemente para atender a los heridos, montaba a caballo tan bien como el mejor oficial y aguantaba las penalidades como cualquier soldado. Sin embargo, permitirle que continuara con el ejército podría equivaler a firmar su sentencia de muerte. El coronel Militch guardó un largo silencio y luego dijo pensativamente:

—Tal vez podría usted engancharse en el ejército.

—¿Como soldado de verdad? —preguntó Flora mirándolo llena de asombro.

—Hay ya muchas mujeres que están sirviendo como soldados —contestó él—. Desde luego, son servias. No sé realmente si una extranjera podría alistarse...

—¡Pero somos aliados! —exclamó ella.

El coronel Militch se quedó pensativo y sombrío, considerando el riesgo que Flora correría como soldado y el gran valor que tenía como símbolo. La ayuda que hasta entonces habían recibido los servios de sus lejanos aliados, Francia e Inglaterra, era pequeña. La presencia de Flora sería muestra de que no habían sido abandonados. Finalmente, y muy a su pesar, llegó a una decisión, y arrancándose de la charretera el número 2 de plata, emblema de su regimiento, dijo a la inglesita:

—¡Sandes, atención... firme! —Y después de prenderle el número en la chaqueta caqui dio un paso atrás, saludó militarmente y agregó—: Soldado Flora Sandes, le doy la bienvenida al 2º Regimiento del Primer Ejército Servio.

"Dadnos con qué pelear"

Era Flora Sandes hija de un vicario del condado de Suffolk, en Inglaterra, y había asistido a un colegio para señoritas, en Suiza, donde entre otras cosas había aprendido el francés y el alemán a la perfección. En el año 1914, cuando estalló la guerra, estaba trabajando tranquilamente en Londres como secretaria; pero arrastrada por la ola de patriótico fervor que se apoderó de los ingleses, ingresó en un grupo de voluntarias de la Cruz Roja, y después de unas pocas semanas de adiestramiento muy superficial, la mandaron a Servia.

Los servios aceptaron complacidos su ayuda en los atestados y mal servidos hospitales de sangre, y su admiración por este pueblo altivo, gallardo y valeroso, fue creciendo cada día. Durante los primeros meses vio llena de asombro cómo el ejército servio, sin ayuda ninguna de sus lejanos aliados y casi sin más armas que un valor indomable, resistió primero, y rechazó luego milagrosamente a un poderoso ejército austro-húngaro.



En seguida un enemigo más temible —el tifus— devastó el país atacando a militares y civiles por igual y matando a cuatro de cada cinco víctimas. Flora sufrió un ataque de la terrible enfermedad cuando trabajaba en un hospital en Valjevo y hubo de ser repatriada.

Se recuperó, sin embargo, pero había contraído otra enfermedad incurable: se había enamorado de Servia y de su pueblo, de modo que regresó a aquel país y esta vez, contrariando la enérgica oposición del cónsul británico, logró que la mandaran al frente, donde, como queda dicho, sentó efectivamente plaza de soldado en el ejército servio.

No la destinaron inmediatamente a la línea de fuego, sino al cuartel general del regimiento, y se le otorgaron dos privilegios de que no gozaban los soldados corrientes: una yegua blanca, regalo del coronel Militch, y un ordenanza, un hombrecito que parecía un nomo y se llamaba Dragutin. Se reveló este al instante como sujeto de grandísima trastienda e infinitos recursos para procurarse lo imposible.

El primer alojamiento que para ella encontró Dragutin fue un establo. Apenas lo había ocupado Flora cuando llamaron a la puerta. Era Mr. Grieg, el cónsul británico, que la buscaba para despedirse. Hizo un último esfuerzo para convencerla de que se retirara del campo de batalla y luego, resignado, le deseó buena suerte.

—Le he traído algunas cosas —le dijo indicando una caja de cigarrillos, otra de mermelada y una tercera llena de gorros de lana—. Confío en que le sean de alguna utilidad.

Flora consultó con el oficial de guardia, comandante Pesitch, en cuanto a la manera de distribuir tales lujos, y él le insinuó que quedarían en buenas manos si los entregaban a la 4ª Compañía, que acababa de ser retirada de la primera línea para que descansara un poco, después de una acción durísima. Él iba a practicar una visita de inspección y podía indicarle el campamento.

Montaron a caballo y, después de andar unos tres kilómetros, llegaron a una serie de tiendas de campaña cubiertas de nieve, con grandes fogatas de ramas de pino a intervalos en las líneas de la compañía. El comandante Pesitch detuvo su cabalgadura frente a una de ellas, donde se calentaban tres oficiales. Desmontó y presentó a Flora al de más alto rango, teniente Janachko Jovitch, que mandaba la 4ª Compañía.

Jovitch era un hombrón de elevada estatura, ancho de espaldas, de aspecto duro, con pelo de cepillo y bigote negro bien recortado. Se quedó mirando a Flora con gesto de pocos amigos, se cuadró y le estrechó la mano. El comandante Pesitch explicó el propósito de su visita; Jovitch hizo una leve inclinación de cabeza y presentó a sus dos oficiales subalternos. Estos, a diferencia de su superior, la saludaron inmediatamente con notoria simpatía.

Flora llegó a captar un gesto de desprecio en los ojos de Jovitch cuando este vio el número 2 en sus charreteras; y cuando llegó Dragutin con un carro cargado de mermelada, gorros de lana y cigarrillos, Jovitch observó con ironía que era gran bondad de la señorita llevarles tales presentes. En seguida preguntó secamente:

—¿Y habrá posibilidad de que nos lleguen también fusiles y municiones? Es difícil matar adversarios lanzándoles frascos de mermelada.

Sin embargo, una vez que Flora hubo distribuido los regalos (operación que el jefe dejó estrictamente a cargo de sus subtenientes), el teniente Jovitch salió de su tienda y le dio oficialmente las gracias por haber llevado a la tropa ese consuelo. Contestó ella que no había de qué, pues al fin y al cabo eran aliados, ¿verdad?

Con esas razones puso un dedo en la llaga. Sí, *se decían* aliados, convino Janachko Jovitch, y agregó ferozmente:

—Pero ¿por qué los ingleses y franceses no nos permitieron atacar a Bulgaria, cuando era clarísimo para cualquier servio que no fuera un idiota que los búlgaros tenían el plan de invadir nuestro territorio? ¿Podría usted explicarle esto a un pobre teniente servio?

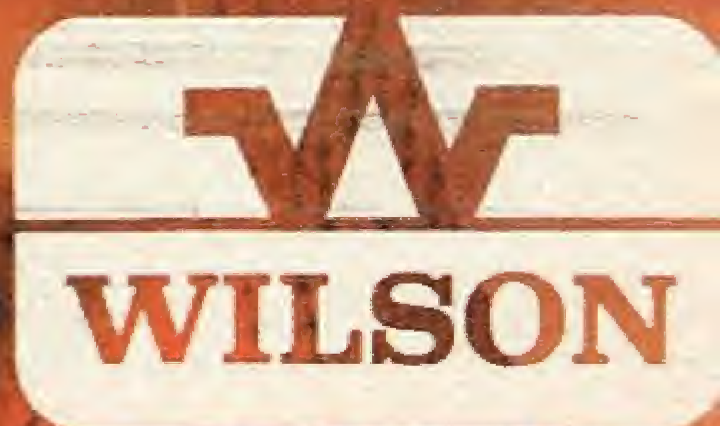
—A veces los gobiernos tienen que tomar decisiones difíciles que el público suele criticar —contestó Flora—. ¿Para qué se iba a complicar Inglaterra e iba a complicar a sus aliados con un enemigo más, mientras existiese alguna probabilidad, por insignificante que fuera,

¡PARA COMERTE MEJOR!

Verla es querer comerla... ¿Y a qué se debe ese aspecto tan tentador? A que la SUPERVIENA es 100 % carne de primera y está a la vista, sin piel que la cubra. Usted la distinguirá en cuanto la vea y la preferirá en cuanto la pruebe, porque decididamente, es más exquisita.

- SIN PIEL Y MAS TIERNA. POR ESO ES MUY LIVIANA.
- ELABORADA CON LA PROCESADORA INTEGRAL MAS MODERNA DEL MUNDO.
- 100 x 100 CARNE DE PRIMERA.

superviena



de que la diplomacia lograra mantener la neutralidad de Bulgaria? Reconozco que la diplomacia aliada no fue suficientemente hábil. ¡Ciertamente habría sido muchísimo mejor que la diplomacia hubiera estado dirigida por mujeres! Pero las intenciones fueron honradas.

—¡Con intenciones honradas no comen ni se arman mis soldados! —replicó el hombre, colérico—. ¡Cien fusiles valen más que todas las buenas intenciones de Inglaterra y Francia juntas!

Entonces Flora también se enfureció.

—Ya han desembarcado en Salónica divisiones inglesas y francesas —contestó—, y han estado combatiendo durante dos semanas para hacer enlace con el Primer Ejército.

Más picado se sintió el teniente al oír esto. Se puso de pie y agitando violentamente los brazos muy por encima de ella dijo:

—Nosotros no pedimos que vengan a combatir por nosotros. Lo único que pedimos son armas y municiones. Si tuviéramos con qué pelear, avanzaríamos en lugar de vernos arrojados de nuestro propio suelo. A los búlgaros los derrotamos una vez (agregó paseándose de arriba abajo a grandes zancadas) y ahora se van a vengar incendiando y robando y matando. Mientras nosotros estamos sentados en torno de esta hoguera, nuestras esposas, madres y novias son ultrajadas, nuestros padres y nuestros hijos mueren asesinados...

La sola idea de tanta atrocidad lo abrumaba. Dejó la frase sin terminar y se sentó. Súbitamente Flora sintió el impulso de correr a él y confortarlo, pero en ese momento llegó el comandante Pesitch que debía acompañarla otra vez al cuartel general. Pesitch sintió el ambiente de tensión dentro de la tienda y luego, en el camino de regreso, la interrogó hasta que ella tuvo que contarle todo lo sucedido.

—El teniente Jovitch es un rebelde —dijo el comandante Pesitch—, un rebelde que cree con fanatismo en el futuro de Servia. Cuando estalló la guerra con Turquía se alistó como soldado raso y a la vuelta de tres años había llegado al grado de teniente, lo cual en nuestro ejército significa que es un militar excepcional. Nosotros los viejos perdemos un poco de entusiasmo con el correr del tiempo pero Janachko no lo pierde. Cuanto peor anden las cosas, más inflamado se sentirá él.

Volvía a mirarla mientras hablaba, y ella comprendió que con esa manera paternal suya trataba de disculpar la impetuosidad de uno de sus jóvenes subalternos.

Un jinete en la noche

Pocos días después de su primer encuentro con el teniente Jovitch, Flora se vio envuelta en toda la fuerza de una tragedia sin par en la historia de la primera guerra mundial. Ya no se ponía en duda la decisión de cruzar el territorio

de Albania. A medida que profundizaba el avance del enemigo, millares de refugiados convergían hacia los pasos de la montaña, resueltos a escapar antes que vivir bajo la tiranía.

Muchos de los más débiles caían en el camino. Durante la retirada los regimientos 2º y 14 se turnaban para sacrificarse en la retaguardia. Al acercarse a la frontera, Flora veía a los lados del camino cadáveres de niños y de ancianos a quienes les fallaron las fuerzas. Tenían las caras cubiertas con trozos de trapo y a veces se había hecho un esfuerzo para taparlos con un poco de tierra o de nieve. Este espectáculo desgarrador no era sino preludio del horror que habría de venir. De los 250.000 soldados que iniciaron la marcha hacia el Adriático, 100.000 estaban destinados a perecer; y la trágica cuenta, entre el medio millón de refugiados que intentaron la fuga, ascendió a 200.000 muertos.

En su retirada, el ejército servio iba dejando atrás pequeñas fuerzas de retaguardia que se sacrificaban para ganar más tiempo para los refugiados. Cuando el coronel Militch llegó al lago Ochrid, cerca de las negras montañas de Albania, sacó un mapa y explicó a Flora la estrategia. La mayor parte del Pri-

El ejército servio se retira bajo la lluvia y la nieve



mer Ejército y todos los refugiados que lograron escapar estaban ya en las montañas. Los regimientos 2º y 14 operaban a retaguardia, y pasarían sucesivamente uno atrás del otro durante las últimas etapas de la retirada a través de Albania, puesto que existía la posibilidad de que los búlgaros continuaran atacando hasta la costa adriática.

Una fría tarde de diciembre el coronel y su estado mayor llegaron a un montón de piedras que señalaba la frontera. Cuando detuvieron los caballos, Flora lanzó una discreta mirada a sus compañeros. Fue aquel un momento de profunda amargura. La mirada del coronel Militch era gris e inexpresiva; el comandante Pesitch y otros tenían rostros de piedra; y por las mejillas del médico del regimiento rodaban las lágrimas. Ya sabía Flora que un servio siente nostalgia a 15 kilómetros de su pueblo; y estos hombres se hallaban a centenares de kilómetros de su hogar y tenían aún por delante una larga y peligrosa retirada. Después de corta pausa, siguieron cabalgando en silencio y fueron a acampar en un valle de Albania.

Al día siguiente por la tarde llegó un oficial a caballo con noticias sorprendentes. El enemigo había realizado un rápido movimiento envolvente. Flora estaba con el coronel cuando este explicó todo el significado del informe.

—Los búlgaros se dirigen hacia la cima del monte Chukas —dijo señalando una alta sierra distante pocos kilómetros a la derecha—. Si no llegamos a la cima antes que ellos, nos habrán cortado la retirada.

Cabalgaron toda la noche y la mayor parte del siguiente día, para ir a acampar al pie de la montaña. Flora se acostó en un agujero que escarbó debajo de unos matorrales, se envolvió bien en el capote y trató de dormir; pero comenzó a llover y se alegró cuando dieron la orden de reanudar la marcha a las tres de la mañana.

Cuando volvió a montar a caballo, todo lo que tocaba —las riendas, la silla, hasta la crin de su yegua —estaba tieso con la lluvia congelada. El agua se le metía por la nuca y todo el cuerpo le dolía. Durante un momento recordó su casa en Inglaterra, el baño caliente, la ropa limpia, la taza de té junto a la chimenea...

De pronto, en medio de la más completa oscuridad, apareció un jinete que se acercó a su lado y le extendió una mano en que tenía un frasco.

—Beba esto —le dijo con voz áspera—. Se sentirá mejor.

Ella se llevó el frasco a los labios y echó un trago. Era coñac, ardiente pero reconfortante. El desconocido volvió a estirar la mano y le pasó un par de guantes de lana diciéndole:

—Tómelos. Yo tengo otro par.

Flora metió los congelados dedos en los guantes, y con sorpresa reconoció al jinete: era el fiero teniente Janachko Jovitch. Pero antes de

que pudiera darle las gracias, él volvió grupas y se alejó al galope en la oscuridad.

"¡No me quedo con las mulas!"

A LA primera luz del alba, Flora detuvo su caballería y se dio cuenta de que se había separado del coronel Militch y su estado mayor. Estaba entre los soldados de la 4ª Compañía, muchos de los cuales la recordaron y la saludaron alegremente.

Había escampado y junto a una fogata Flora encontró al teniente Jovitch, con sus dos oficiales subalternos, preparando un desayuno de judías. Él pareció no hacer caso de su presencia, pero los otros dos inmediatamente le ofrecieron lo que tenían para comer. Se desayunaron en silencio. La joven miraba a Jovitch de reojo y trataba de encontrar palabras para darle las gracias, pero él mantenía la mirada perdida. De súbito volvió el rostro y se fijó en ella sin disimular su desagrado.

Esta joven alta, con sus ojos azules y cansados y su cara sucia, seguía apareciendo muy femenina y bonita; y Jovitch creía firmemente que las mujeres no tienen por qué entremeterse en los azares de la guerra. La noche pasada, en medio del frío y la lluvia, le había parecido natural ayudarla; pero no estaba dispuesto a permitirle que continuara en la 4ª Compañía, donde su presencia distraería a la tropa de sus obligaciones y contribuiría a mermar las ya escasas provisiones de boca.

—Vamos a iniciar el ascenso del monte Chukas inmediatamente —le informó con brusquedad—, pero enviaré un propio a localizar al coronel Militch para que usted se una a él. Mientras tanto, puede quedarse con los animales de carga.

Flora abrió los ojos desorbitadamente, llena de cólera. Golpeó ruidosamente con su plato y declaró que, como soldado perteneciente al 2º Regimiento, tenía pleno derecho a subir con los demás al monte Chukas.

—¡No me quedo con las mulas! ¡No permito que me dejen atrás! —agregó en tono cortante.

Jovitch se puso furioso. La montaña se elevaba a más de 1500 metros de altura y tendrían que subirla a la mayor velocidad posible para poder ganar la cima antes que los búlgaros. Una mujer sería un estorbo en la marcha.

Entonces uno de los subtenientes, un joven alto, de mejillas hundidas, que se llamaba Akeska Vukoye, llevó aparte a Jovitch y en voz baja y tranquila le recordó que Flora era huésped del coronel y no podían mostrarse descorteses con ella. Tragándose su cólera, Jovitch convino, a regañadientes. Se volvió abruptamente y habló a un soldado de la unidad de Vukoye:

—Sargento Miladin, la inglesa subirá a la cima del monte Chukas con nosotros. Usted se encargará de ella.

Fue una elección afortunada. El



Porque... este año se regala más Champagne GRAN CREMANT **Gancia**

sargento Miladin era un gigante de 1,93 m de estatura, fornido e incansable. Cuando empezaron la ascensión, trepando sobre las rocas, no se separaba de ella más de unos pocos metros; y en varias ocasiones, cuando llegaban a un saliente demasiado empinado, le sonreía desde arriba con benevolencia, le daba la mano y de un poderoso tirón la hacía ascender por el aire hasta llevarla suavemente a su lado.

La compañía hacía alto con frecuencia para descansar unos instantes; y durante estos ratos el subteniente Vukoye hablaba a Flora del comandante de la compañía. Le contó que el teniente Jovitch había sido herido recientemente. Tenía en el pecho una herida grave que no había sanado sino en parte, y llevaba incrustada en el costado una bala que el cirujano no le había podido extraer. Esto hacía que a veces se mostrara algo brusco e impaciente. ¿Lo entendía así Miss Sandes?

Flora llegó a comprender muy bien a Jovitch antes de que terminaran la ascensión. Vukoye le hizo ver que la 4ª no era una compañía como cualquier otra. Sus 220 hombres se sentían íntimamente ligados entre sí por el sentimiento de lealtad que les inspiraba su jefe. Cualquiera de ellos se haría matar por Janachko Jovitch.

A las cuatro de la tarde llegaron a la larga serranía que señalaba la cima del monte Chukas, y con gran alivio vieron que habían ganado la carrera: no había por parte alguna señal de patrullas enemigas. Se armaron las tiendas para vivaquear y, después de una comida de pan y queso, Flora se quedó dormida.

Cuando despertó a la mañana siguiente, salía el Sol y los soldados levantaban el campamento. Vukoye le explicó que la 4ª Compañía iba a relevar a los que habían montado guardia en la cima durante la noche. Subieron la última pendiente hasta la cima, donde se tendieron en tierra a descansar.

Para Flora fue aquel un momento hermoso y estimulante. En torno de ella se extendían las montañas bajo el pálido cielo de color de rosa. Comprendiendo su felicidad, pero recordando el peligro, Vukoye le advirtió que la alborada era bella pero peligrosa, pues la silueta de un hombre recortada sobre el cielo podía ser un blanco perfecto para las balas de los tiradores enemigos. La oscuridad encubre, mientras que la luz del día mata. Siempre debía tener esto presente.

No había acabado él de hablar cuando Flora oyó en la distancia el tableteo de una ametralladora ligera y, asomándose con precaución, vio kilómetros abajo una fila de figuras como hormigas que avanzaban por el valle. Habían llegado los búlgaros. Inmediatamente Vukoye la condujo a una concavidad de las rocas al borde de la sierra, perfecto puesto defensivo que el sargento Miladin había ocupado con 25 hombres. Allí la dejó y regresó a dar parte a Jovitch.

Miladin y los soldados la recibie-

REALZA EL GUSTO Y DA GUSTO!

Pruebe hoy mismo

HELADOS Instantix con Charlotte® Instantix

Charlotte

Instantix

Instantix

preparado completo para hacer

HELADOS

VAINILLA

Ud. ya conoce los helados Instantix... ¡qué ricos! Prepárelos en sus tres gustos – Chocolate, Vainilla y Crema Americana – rápida, fácilmente, con apenas un poco de agua. Y haga una deliciosa prueba: agréguele Charlotte Instantix a los helados de Vainilla o Crema Americana...
Charlotte Instantix les da un gusto que da gusto, los hace deliciosos!

Instantix

Cuenca 750 - TE • 61-0211

UN PRODUCTO



8/103

ron sonrientes y ella les pasó una lata de cigarrillos para que todos fumaran mientras esperaban que los búlgaros se pusieran a tiro de fusil. Un momento después, sin embargo, el sargento Miladin dio una orden y todos corrieron a ocupar sus posiciones.

Flora no supo qué hacer en ese instante, pero Miladin le hizo señas de que avanzara y al mismo tiempo tocó en el hombro a un soldado que ocupaba un cómodo nicho de roca en forma de V. El soldado se puso de pie, hizo una inclinación de cabeza y le cedió el puesto como un camarero mayor que le ofreciera un asiento. Miladin tomó el fusil, abrió el cerrojo, metió un peine de cartuchos en la recámara y se lo pasó.

Sin decir palabra, Flora ocupó su posición y apoyó en su hombro la culata del fusil.

Buen informe

Todo el día sostuvieron la posición, disparando descargas ocasionales y defendiendo con facilidad la cima. Al anochecer llegó el relevo y volvieron a descender por el flanco del monte hasta el tibio resplandor del campamento donde vivaqueaba la 4ª Compañía. Los ordenanzas habían amontonado ramas de abeto en un claro, a modo de lechos, y en uno de ellos se dejó caer Flora agradecida. El teniente Jovitch, de pie al lado de la fogata, llamó aparte a Miladin para que le diera el parte.

—¿Cómo se ha portado la inglesita bajo el fuego? —le preguntó. Miladin contestó que se había portado como una veterana.

—Y los soldados —volvió a interrogar Jovitch— ¿qué dicen de ella?

La respuesta del sargento le sorprendió:

—Se sienten orgullosos de tenerla entre ellos —dijo Miladin, y agregó que los soldados llamaban a gritos a sus colegas de las otras compañías para jactarse de que la inglesita peleaba en su pelotón porque evidentemente era el mejor pelotón del ejército.

Jovitch comprendió al momento que se había equivocado al juzgar a la ligera a aquella extraña joven, y pensó que su valor para levantar el espíritu de las tropas compensaba con creces cualquier inconveniente que su presencia pudiera acarrearles. Además, tenía que reconocer que con muy poca ayuda había subido la montaña tan bien como cualquiera de ellos. Pensando en la penosa retirada que todavía les quedaba por realizar, vio que Flora podía poner una nota de alegría y espíritu en la marcha, lo cual sería grandísimo consuelo para la tropa.

Una vez que Miladin hubo concluido su informe, Jovitch se dirigió al claro, cerca de donde estaba el improvisado lecho de Flora. En el rojizo resplandor de la fogata Flora podía ver su expresión severa y pensativa dibujada en negras líneas de sombra.

—He recibido un buen informe sobre usted —le dijo—. ¿Quiere alistarse en la 4ª Compañía, en el pelotón del sargento Miladin?

Flora se incorporó sorprendida. Al principio creyó que el teniente se burlaba; pero cuando siguió hablando vio que lo hacía en serio:

—Le permitiríamos conservar su ordenanza y su caballo —añadió—. Por lo demás, será usted simple soldado raso y compartirá las penalidades y los peligros con todos nosotros. ¿Acepta?

¡Vaya si aceptaba! Le contestó que ser miembro de una compañía de combate en el mejor regimiento del ejército servio era un honor que ella no había creído posible alcanzar.

—Bien —dijo Jovitch—. Está convenido.

Llena de felicidad, la muchacha se recostó en su cama de ramas de abeto y se quedó mirando las estrellas. Poco después se acercó el subteniente Vukoye y le preguntó en qué estaba pensando. Ella anotó su respuesta en su diario:

"Le dije que cuando estuviera vieja y agotada, y tuviera que quedarme encerrada en una casa sin poder andar ya, recordaría mi primera noche con la 4ª Compañía en la cima del monte Chukas".

Noche de Navidad

Reanudaron la retirada al día siguiente, cuando los búlgaros emplazaron su artillería. Las granadas empezaron a caer con alarmante precisión en las líneas servias; y poco antes del anochecer la 4ª Compañía realizó el largo descenso del monte Chukas para unirse al regimiento y marchar hasta la población de Elbasan, en Albania. Poco después se les ordenó tomar posiciones en las estribaciones circundantes para descubrir las patrullas enemigas.

Pasados dos días, salió Flora una mañana de su tienda bajo el pálido sol de diciembre. Un joven delgado, de pelo rubio, con facciones de adolescente y casi poéticas, la saludó desde una tienda vecina. Era el subteniente Zaphir Doditch, el otro subalterno de Jovitch.

Flora le dio a Doditch una sorprendente información. Le dijo que era el 24 de diciembre y que, aunque sabía que la Navidad no se celebraría en Servia hasta después de 15 días, para ella esa noche iba a ser Nochebuena.

Doditch llamó a Vukoye, que sacó la cabeza de su tienda.

—¿Has oído lo que dice Sandes?

—Sí. Tenemos que hacer una fiesta.

Esa noche encendieron una gran hoguera en torno a la cual se congregó toda la 4ª Compañía. La fiesta comenzó cuando los cocineros sirvieron casi las últimas reservas que les quedaban de pan y judías, y se animó cuando Vukoye y Doditch pasaron botellas de coñac barato que habían comprado esa tarde en Elbasan. En seguida empezaron a tocar los violines cíngaros (cada compañía tenía varios

a su servicio) y los hombres entonaron canciones servias.

A la tibia luz de la hoguera, Flora observó a los soldados que la rodeaban y que eran ya sus camaradas. En su mayoría eran campesinos, hijos de labradores, aunque había también aprendices de fontaneros, sirvientes, tenderos y recaderos. A algunos los conocía muy bien: Vukoye, larguirucho, tímido y caprichoso; Doditch, con su cabello rubio y su risa contagiosa, y el soldado raso Mirko, cuyo puesto había tomado ella en la línea de fuego en el monte Chukas. Mirko tenía los ojos negros y brillantes como botones bruñidos, la nariz redonda y pequeña, y la cara regordeta como de oriental. Había tenido un puesto de frutas en Nis y ahora era uno de los más hábiles buscadores de cosas en la compañía.

Mientras los hombres cantaban, Flora permanecía sentada sobre un tronco, entre el gigantesco sargento Miladin, que llevaba el compás de la música, y el sargento primero Milosh, hombre de rostro de hielo que se mantenía muy tieso y parecía observar la fiesta con profunda desconfianza. Durante una pausa entre las canciones, Miladin se inclinó ante Flora y dio a Milosh una palmadita en la rodilla diciéndole:

—¿No nos va a cantar el sargento primero? ¿O tal vez prefieres deleitarnos con algunas citas inmortales de las ordenanzas?

Una carcajada general acogió es tas palabras, pues todos sabían que el deporte favorito era tomarle el pelo a Milosh, el más ordenancista de los suboficiales del regimiento. Los dos eran grandes amigos, aunque totalmente distintos en temperamento, y esa diferencia la sintió Flora muy pronto. Mientras que Miladin la consideraba una diversión providencial para hacerles olvidar la amarga realidad de la guerra, Milosh parecía tenerla por una amenaza a la legítima ocupación del soldado. Al fin y al cabo, el sargento primero comía, vivía y respiraba por las ordenanzas; y ¿qué disposición había en ellas que fuera aplicable a la nueva recluta? ¡Una inglesa que, siendo nada más que soldado raso, se permitía charlar con los oficiales y sabía más del mundo exterior que el mismo Milosh! ¡Era una mortificación suficiente para inducir al sargento primero a echar un buen trago!

Hasta en los bigotes se manifestaba la diferencia entre estos dos hombres. Milosh se vanagloriaba de la perfecta alineación de su negro y espeso mostacho, que sobresalía de su labio superior como un par de hojas de bayoneta; mientras que el de Miladin parecía una madejita de seda negra, y él, cuando se hundía en profunda meditación, tenia el hábito de retorcerse una punta hasta que se enroscaba hacia el cielo como un alambre electrizado.

De pronto cambió el compás de la música y los soldados formaron corro, tomándose mutuamente por

los brazos, para la *kola*, la danza nacional servia. De la humosa oscuridad apareció Janachko Jovitch, alegre y riente, con el cuello de la guerrera desabotonado. Tomó a Flora de la mano, y al son de los violines y con el acompañamiento de las voces cantantes, danzaron la alegre danza popular.

Flora había bailado otras veces la *kola*, aunque nunca con el desesperado abandono que esa noche sintió. Mientras giraban y saltaban en torno a la crepitante llamarada, Jovitch cantó. Por esta vez, al menos, había desaparecido su austera gravedad, le brillaban los ojos y las hondas arrugas de su rostro se habían convertido en pliegues de un gesto de risa. Casi sin pensarlo, Flora le estrechó el brazo y lo retuvo cálidamente a su lado.

La fiesta duró hasta la madrugada y después de esas horas maravillosas de canto y de risas les fue a todos difícil hacer frente a la trágica realidad que les esperaba: a la mañana siguiente la 4ª Compañía inició la retirada final hacia el Adriático.

Desertora

Acerca de la ruta hacia la costa no cabían equivocaciones. Llevaba a los nevados picachos de montañas estériles, bajaba a los valles pantanosos, llenos de barrizales, y cada kilómetro estaba señalado por los millares de seres que les habían

Flora Sandes con Milosh y Miladin



precedido en la marcha. Avanzaban por una senda, interminable al parecer, de despojos de seres humanos y animales, entre los cuerpos hinchados de bueyes y caballos muertos y los trágicos cadáveres de los refugiados.

Los búlgaros se habían detenido en su avance, pero la marcha se convirtió en una carrera contra el hambre. La 4ª Compañía había salido de Elbasan con solo una pequeña ración de pan, y después de cinco días muchos de los hombres estaban a punto de morir de inanición. Cuando acampaban por la noche, Jovitch parecía buscar la conversación de Flora como alivio a su fatiga y a la tragedia de la marcha, y antes de que trascurriese mucho tiempo, ella había aprendido a conocerlo tan bien como una mujer puede llegar a conocer a un hombre en toda su vida.

Era oriundo de Belgrado. Su madre, viuda, lo había criado, pero ella era tan pobre que Jovitch había tenido que abandonar la escuela para trabajar en la oficina de un periódico. Este trabajo le gustaba porque lo ponía en contacto con la turbulenta política de los pueblos balcánicos. Cuando el ejército servio marchó contra los turcos para expulsarlos de lo que les quedaba de su imperio balcánico, Jovitch se fue a la guerra, y desde entonces no había vuelto al hogar.

Lo mismo que a muchos otros servios, le obsesionaba un sueño que había estado vivo en el corazón de sus conciudadanos durante mil años: la unión de todos los pueblos eslavos de los Balcanes, de suerte que los bosnios, croatas, servios, macedonios, montenegrinos, herzegovinos y dálmatas pudiesen vivir juntos en una patria propia. "Somos viejos soldados", decía Jovitch, y era verdad, pues aunque apenas pasaba de los 30 años de edad, la lucha por la independencia servia lo había envejecido antes de tiempo. Pero eso no le pesaba, y Flora lo sabía.

En lo que respecta a Flora, por la noche, cuando se metía en la estrecha trinchera, como una tumba, que Dragutin siempre excavaba para ella, no podía dejar de comparar la suciedad y el hambre de la marcha con su antigua y tranquila vida en el hogar. Habiendo sido educada con tanta escrupulosidad, pensaba qué diría su padre si la viera ahora, o qué diría la directora del colegio de señoritas de Ginebra. "Las alumnas se presentarán por la mañana recién bañadas, y se pondrán ropa interior limpia; llevarán las uñas bien cepilladas y recortadas..." Las uñas, ahora, las tenía casi siempre bordeadas de negro, y el uniforme gastado y nada limpio. Pero, lo mismo que Jovitch, no estaba pesarosa.

La noche del Año Nuevo los hombres de la 4ª Compañía, como fantasmas, pálidos los rostros, hinchados los pies de cansancio, llegaron por fin a la costa y poco después acamparon en las afueras

de Durazzo, cerca de los cuarteles generales de unidades inglesas e italianas. Durante unos pocos días, a comienzos de 1916, gozaron de la bendición del descanso y la buena comida.

Una semana después de su llegada, Jovitch llamó a Flora a su tienda y le dijo que la ascendía al grado de cabo. Ella hizo el saludo militar, alborozada y feliz, y cuando la noticia se conoció en el campamento, todos sus amigos la felicitaron calurosamente. Sin embargo, pocos días después casi pierde el ascenso.

Un oficial de otro batallón, distante varios kilómetros, la había invitado a almorzar. Ella buscó a Jovitch para pedirle el respectivo permiso de salida, pero como no lo encontró, resolvió marcharse sin permiso. En la otra compañía la recibieron tan calurosamente que no solo se quedó a almorzar, sino también a cenar, y era ya pasada la medianoche cuando regresó al campamento.

A la mañana siguiente Jovitch la mandó llamar y secamente le ordenó que lo siguiera hasta una colina en las afueras del campamento. Allí le mostró a un infeliz soldado, cargado con capote, manta, equipo de campaña y fusil, que estaba haciendo ejercicio a paso ligero bajo las órdenes implacables de un sargento de disciplina.

—Cuatro horas de paso ligero es el castigo normal por desobedecer el reglamento —dijo Jovitch—. Como usted todavía no

conoce bien las ordenanzas, me contentaré por esta vez con una reprimenda; pero si vuelve a ausentarse sin permiso, se le impondrá el ejercicio de castigo, o cinco días de arresto en el campamento. ¿Entendido?

—Sí, mi teniente —contestó Flora sintiendo que los colores se le subían a las mejillas; y al regresar al campamento iba pensando que había obrado mal y que bien merecida se tenía la reprimenda. Sin embargo, siendo mujer, no pudo dejar de sentirse divertida unos pocos días después, cuando Dragutin la despertó para decirle que el teniente estaba enfermo y necesitaba de una enfermera.

Encontró a Jovitch debajo de un montón de mantas, tiritando de fiebre.

—No es nada, cabo Sandes —dijo el oficial—. Dentro de un momento me levantaré.

—No hará usted eso, por cierto —replicó Flora, sabiendo muy bien que aquel mal podía convertirse rápidamente en pulmonía. La fatiga y la falta de adecuada alimentación habían debilitado al ejército y en todas las compañías se anunciaban diariamente docenas de fallecimientos.

Con picaresco fulgor en la mirada, Flora informó al teniente que su enfermedad exigía que ella volviera a asumir su antiguo papel de enfermera; y como tal, vería que sus órdenes fueran obedecidas... a menos que él quisiera exponerse a que se le impusiera el castigo de paso ligero o el arresto en el campamento.

—Recuerde —continuó, interrumpiendo sus furiosas protestas—, recuerde que yo puedo consultar con el médico del regimiento. Podría informarle acerca de esa bala que lleva usted dentro del cuerpo y que no le ha sido extraída, y entonces lo mandarían seguramente al hospital.

Ante esta amenaza, Jovitch capituló. Durante los días siguientes permaneció en cama tomando dosis de aspirina y tabletas de quinina, más un plato de sopa en cada comida. Al tercer día, cuando Flora le pasó la sopa, él le dijo:

—Usted está haciendo esto solo para vengarse de mí.

Pero a la mañana siguiente era obvio que el régimen había surtido efecto. Cuando Flora entró en la tienda, lo encontró sentado comiéndose un buen plato de cocido. El color le había vuelto al rostro y estaba sonriente; y sintiéndose ya mejor, elogió sin reservas su pericia de enfermera. En prueba de gratitud le dio un permiso de tres días.

Fue así como el cabo Sandes ganó su primera licencia oficial en la 4ª Compañía.

Un coronel francés se rinde

Poco después de la recuperación de Jovitch, el 2º Regimiento fue trasladado a la isla de Corfú, donde estaban acantonadas varias unidades aliadas. Los hombres de la

4ª Compañía se habían forjado la ilusión de un paraíso de olivares, mar azul, frutas y vino; pero cuando se les envió a un campamento situado en una solitaria colina, a varios kilómetros de distancia de la más cercana aldea, descubrieron que tenían entre manos otra batalla por la supervivencia.

Algún alto jefe, después de ordenar el traslado, se había olvidado de ellos. No disponían de otra cosa que de sus tiendas, fusiles y equipos. No había leña para encender fuego, ni pan, ni carne, ni harina; en efecto, la única señal de vida era algún camión inglés que pasaba de vez en cuando con leña para la ciudad de Corfú.

A la segunda mañana, Flora pidió permiso a Jovitch para ir a la ciudad, donde por lo menos podría recordar a las autoridades la llegada de la tropa. Jovitch le deseó buena suerte, y cuando apareció uno de los camiones ingleses, ella lo detuvo y pidió que la llevaran. Media hora después, el conductor la dejaba a la puerta de la Misión Adriática Británica en Corfú.

En las horas siguientes, Flora aprendió la amarga lección de lo que es la burocracia y el expedienteo. Los ingleses la mandaron al cuartel general servio, y los oficiales servios le dijeron que acudiera a las autoridades francesas, que eran las que controlaban casi todos los víveres de la isla. Pero el tieso y seco coronel francés con quien Flora se entrevistó le dijo que no tenía la debida autorización para enviar raciones a la 4ª Compañía y rápidamente la puso en la puerta. Calada hasta los huesos, porque llovía a cántaros, fue otra vez a los ingleses, quienes se compadecieron de su situación pero no hicieron nada más que antes.

—Yo, en su lugar, —le dijo un amable teniente joven— volvería de nuevo con los franceses. ¡Al fin y al cabo, usted es mujer!

Anochecía cuando Flora regresó a la misión francesa y volvió a presentarse al coronel. Que un cabo del ejército servio —una mujer, e inglesa por añadidura— tuviera la impertinencia de molestarlo dos veces el mismo día para pedir raciones que no estaban autorizadas, no era cosa que divirtiera a este augusto oficial.

—¿No le he dicho claramente... —empezó a decir.

Flora respiró hondo, y estalló. Con voz entrecortada le contó lo que habían sufrido los soldados en las últimas semanas de hambre, enfermedades y fatigas. Y ahora, cuando se suponía que estaban ya a salvo (esto lo decía a gritos) ¡los dejaban morir de hambre!

Muy a su pesar, los ojos se le llenaron de lágrimas. Parpadeó rápidamente tratando de contenerlas, pero le rodaban por las mejillas; y luego, para colmo de humillación, empezó a sollozar.

Esto era demasiado para el insensible coronel. Su honrilla militar cedió a su corazón francés y, echándole paternalmente el bra-

zo sobre el hombro, ofreció a Flora su gran pañuelo blanco. Mientras ella se sonaba vigorosamente las narices, el coronel mandó por café y coñac.

—Es admirable que usted se preocupe tanto por su compañía —le dijo bondadosamente—. Firmaré la orden para que en intendencia le entreguen en seguida las raciones. ¿Necesita un vehículo para el trasporte?

Por la noche, ya tarde, Flora regresó al campamento con un vehículo cargado de hogazas de pan, cajas de latas de carne y un gran barril de vino. Y al día siguiente la 4ª Compañía se halló con que había sido incluida en la lista regular para recibir raciones.

Batalla con la burocracia

AQUEL fue el comienzo de la resuelta campaña de Flora contra las fuerzas concentradas de la ineptitud administrativa que amenazaban a la 4ª Compañía tanto como los cañones enemigos. La mortalidad en el ejército servio, debilitado por la retirada hasta el punto de extinción, era de 150 hombres por día. Para defenderse de los vientos helados del invierno los soldados no tenían más que pantalones de dril y camisas, porque los uniformes, infestados de piojos y de mugre, habían sido incinerados. Ahora que ya tenían alimentos, Flora se dedicó a procurarles leña para calentarse y ropa de abrigo.

Conseguir la leña fue obra relativamente sencilla. Acompañada por el soldado Mirko, Flora trabó amistad con los ingleses que pasaban por el campamento con los camiones cargados; y de ahí en adelante, a intervalos regulares, grandes troncos de madera se caían "accidentalmente" de los camiones cerca del campamento servio.

Sabía Flora que encontrar uniformes iba a ser empresa más ardua, aunque la busca se le facilitó considerablemente porque el Fondo de Ayuda a Servia, entidad encargada de distribuir los auxilios procedentes de Francia e Inglaterra, solicitó sus servicios como traductora. En las oficinas del Fondo se enteró de que la mayor parte de los artículos se guardaban en bodegas en los muelles, donde grupos de soldados hacían de estibadores para descargar los buques de trasporte.

Así pues, Flora visitó los muelles, donde se encontró con un cabo inglés que se estaba volviendo loco porque los trabajadores franceses, italianos y griegos no le entendían las órdenes que les daba. Flora ofreció servirle de intréprete... siempre que él a su vez le ayudara a ella.

—Cuente usted conmigo, señorita —prometió él.

Con las sabias enseñanzas del cabo, Flora aprendió qué fácil es equilibrar precariamente una gran caja de suéteres de lana, y luego aparentar mucha sorpresa porque la caja cae al suelo y se desbarata. Y cuando Flora comentó que era

preciso usar los suéteres inmediatamente, porque si se dejaban en las bodegas se ensuciaban, el cabo guiñó el ojo y estuvo de acuerdo.

Trabajando en los muelles, Flora se enteró de que los franceses tenían en depósito 3500 uniformes nuevos. Hizo las averiguaciones del caso y los franceses le dijeron que con mucho gusto entregarían los uniformes, siempre que hubiera ropa interior para acompañarlos. Fue entonces a ver a los ingleses, porque sabía que ellos tenían mucha ropa interior. Un capitán inglés sonrió muy amable. Efectivamente, le dijo, tenían tal equipo ¡pero no podía entregarlo puesto que no se disponía de uniformes!

Por supuesto, ya Flora había aprendido cómo hay que habérselas con estos absurdos de la administración militar. Muy dulcemente le dijo al capitán que ella ni soñaba en pedirle que le entregara 3500 juegos de camisetas y calzoncillos. Lo único que le pedía era un documento firmado en que dijera que los entregaría si por milagro se encontraban 3500 uniformes. El capitán no tuvo inconveniente en firmar, sin saber que Flora había obtenido de los franceses un documento análogo. Armada con estos papeles, Flora visitó al ministro servio de la Guerra, quien los refrendó con su firma. Luego regresó triunfalmente a las autoridades francesas y británicas.

Viendo la firma del ministro de la Guerra, los oficiales parecían dispuestos a ceder. Muy bien, le



La adorable sargento con algunos compañeros de la 4ª Compañía

dijeron: le darían la ropa ... una vez que hubiera conseguido trasporte militar para llevarla. Rápidamente, Flora buscó al oficial encargado del trasporte. Este leyó los documentos y frunció el ceño. Antes de autorizar el trasporte, le dijo, tenía que conocer el peso exacto y el volumen del cargamento. Dominando el deseo de gritar, Flora conferenció con el cabo inglés.

—No se preocupe usted —le dijo este, y en el reverso de un sobre se puso a hacer cálculos. En un santiamén Flora tuvo en su poder la información deseada. Había ganado la larga batalla.

Esa tarde Flora regresó al campamento con todo un convoy de camiones. Mientras el teniente Jovitch miraba sorprendido, ella dirigió el descargue de bulto tras bulto de ropa, y al terminar aquel día todo el 2º Regimiento vestía uniformes nuevos.

"Noble hija de Inglaterra"

Una semana después, Flora fue llamada a una pequeña reunión que se celebraba frente a la tienda de campaña de Jovitch. Le sorprendió encontrar toda una delegación que la esperaba: Vukoye, Doditch, Miladin y Milosh, el soldado Mirko y una docena más. Jovitch dio la orden de firmes, se volvió a Flora y le entregó dos hojas de papel, la una en servio y la otra en inglés.

—Esta es la traducción —le dijo enseñándole el segundo papel, casi tímidamente. Decía así, en un inglés muy curioso por cierto:

A la muy estimada Miss Flora Sandes:

¡Miss Sandes! El soldado servio está orgulloso porque ve entre sus filas a una noble hija de Inglaterra, cuyo pueblo es viejo amigo de Servia. Usted, señorita Sandes, debe sentirse orgullosa por estar en una posición en que puede hacer mucho para ayudar al soldado servio. El soldado servio siempre respetará sus actos de bondad y en el



fondo de su corazón escribirá sus bondades y las recordará eternamente.

Pocos meses han pasado desde que usted vino entre nosotros y ha compartido con nosotros lo bueno y lo malo. Durante este tiempo nos ha ayudado muchas veces a sobrellevar las penalidades, comprando alimentos para nosotros y financieramente.

Con nuestro agradecimiento en nombre de todos los soldados, la saludamos con esta exclamación:

¡Viva nuestra aliada Inglaterra! ¡Viva Servia! ¡Viva la noble Miss Sandes!

—¿Está bien la traducción? —preguntó Jovitch ansiosamente. Durante unos instantes Flora no pudo hablar. Al fin murmuró:

—Sí, es perfecta. Gracias a todos. Mil gracias.

Poco tiempo después de este episodio, el 2º Regimiento recibió órdenes de embarcar para Salónica, aunque no sin haber celebrado antes el día oficial de su cumpleaños. Las marquesinas se decoraron con banderas, tocaron las bandas de guerra y el regimiento desfiló con sus nuevos uniformes frente al príncipe de la Corona, Alejandro, y los altos jefes de las fuerzas aliadas. En cierto momento durante las ceremonias, el coronel Militch, el primero que recibió a Flora en el ejército servio, dijo un discurso ante la 4ª Compañía, en el cual manifestó entre otras cosas:

"He resuelto anunciar públicamente algo que normalmente solo requiere una pequeña modificación en los libros de la compañía. A partir de hoy el cabo Sandes, a quien todos conocemos y admiramos, queda ascendido al grado de sargento".

Modestamente, Flora escribía ese día a su familia: "Todos gritaron *Jivio* tres veces en mi honor y, aunque yo me sentía muy turbada, estaba complacidísima. Mirko dice que seré una adorable sargenta".

La muerte de un soldado

En agosto de 1916, después de un largo verano pasado en Salónica, el 2º Regimiento partió para el frente. Era una época de grandes esperanzas y resolución. Aunque del ejército servio solo quedaban 120.000 hombres de los 650.000 que inicialmente habían sido movilizados, los soldados estaban resueltos a pelear hasta volver a su patria. Regresaban a sus hogares.

Desde el comienzo de la ofensiva, sin embargo, se vio muy claro que cada kilómetro se disputaría con encarnizamiento. La primera línea de batalla, que se extendía a lo largo de toda la frontera norte de Grecia, estaba defendida por cinco divisiones inglesas y cuatro francesas, y los servios tomaron posiciones en el ala izquierda. Al regimiento de Flora correspondía la tarea de arrojar a los búlgaros de montaña en montaña hasta capturar a Monastir.

Al segundo día del avance, la

CREADA PARA EL HOMBRE... PENSANDO EN LA MUJER



Valet

DE

Gillette



NUEVA LOCION PARA
DESPUES DE AFEITARSE

Verde... refrescante... vivifica la piel..
y su seductor perfume varonil "acerca a la mujer".
Hágase el favor de probarla.

4ª Compañía se encontró ante una cortina de fuego de la artillería búlgara, y durante las siguientes semanas la vida de Flora se vio envuelta en todos los horrores de la guerra. Los soldados se batían casi constantemente rechazando contraataques, midiendo el avance por metros y sufriendo bajas en proporción aterradora.

Durante aquellas pavorosas semanas Janachko Jovitch fue el más constante compañero de Flora. Todos los días ella escribía en su diario alguna anotación acerca de su creciente amistad: "Janachko me despertó a las 6 a. m.... Hermosa noche de luna; J. cenó conmigo... Compartí la manta de Janachko".

El amor que iba naciendo entre ellos encontraba obstáculos insuperables, ya que oficialmente un sargento y un teniente no se pueden enamorar; pero al aproximarse el otoño con sus noches más y más frías, ambos sentían la necesidad de reunirse al calor de las fogatas del vivaque y asegurarse el uno al otro que más allá del rugir de la artillería y el estallido de las granadas brillaba la esperanza de una nueva vida.

Una noche Jovitch le dijo que tendrían que separarse durante algún tiempo. En el término de dos días la 3ª Compañía había perdido dos comandantes y a él lo habían encargado del mando de esa unidad mientras se nombraba otro jefe. Flora se esforzó en aceptar con serenidad este cambio, pero la asustó la reacción de Miladin ante esta noticia:

—La 3ª Compañía tiene mala suerte —le dijo sombríamente—. No sabe cuidar de sus oficiales.

Flora recordaba las palabras de Miladin al amanecer el día 17 de octubre. Con Miladin, Dragutin y Mirko, estaba sosteniendo un puesto de primera línea cuando recibieron noticias de que la 3ª Compañía pasaría adelante para tomar la vanguardia. Súbitamente Flora oyó un "*psst*" a su espalda. Era la señal favorita de Jovitch quien un instante después estuvo a su lado en la trinchera.

—Debes tener cuidado —le dijo ella, y cuando le contó lo que había dicho Miladin, Jovitch abrió mucho los ojos fingiendo sorpresa. ¿Tener cuidado él? ¿Pues no sabía ella que él era el hombre más cuidadoso del mundo? En seguida le apretó el brazo, le sonrió por última vez y desapareció.

Dos horas después Flora oyó un sonido que le dio un escalofrío de terror. Al principio era como un sonsonete lejano, pero pronto fue cobrando intensidad: "*¡Houra-houra! ¡Houra-houra!*" Era el salvaje grito de guerra de los búlgaros.

Ante la tremenda acometida del enemigo, los soldados de la 3ª Compañía abandonaron las trincheras y pasaron corriendo al lado de Flora; y a medida que se acercaban los gritos de *Houra-houra* los de la 4ª Compañía se desbandaron también. Flora esperó hasta que los

búlgaros estuvieron tan cerca que alcanzaba a oír sus pisadas. Luego un capitán, el último oficial servio que vio en el campo de batalla, le ordenó que corriera.

La retirada terminó una vez que los soldados hubieron bajado la larga pendiente de un cerro hasta encontrar protección en una cañada. Allí volvieron a agruparse, pero pronto los retiraron del frente y los pasaron a la reserva para darles unos pocos días de descanso. Cuando marchaban hacia el campamento de descanso, el comandante Pesitch llamó a Flora aparte. En pocas palabras le dijo que Janachko había muerto.

—Estaba en la posición más avanzada durante el ataque —agregó—. Él no corrió cuando la 3ª Compañía se desbandó. Una bala lo mató instantáneamente.

El comandante Pesitch llevó a Flora a la aldea de Dobro Veni (que significa "Dulce Flor"), donde enterraron a Jovitch en una pequeña colina solitaria cercana a la iglesia parroquial. El cura dio a Flora dos cirios que ella clavó entre las piedras, y cuando los encendió, las llamas vacilaron un instante y luego ardieron con firmeza.

Mirándolas fijamente, Flora recordó una cena con Jovitch en Salónica, poco antes de su partida para el frente. Mientras apuraban una copa de vino, ella le había preguntado si había tenido muchas novias, y él con una sonora carcajada había contestado:

—No tengo tiempo para aventuras románticas hasta después d[e] la guerra.

Luego, mirándola con sus ojo[s] azules, le preguntó a su vez:

—¿Y tú?

—Tampoco tengo tiempo hast[a] después de la guerra —dijo ella[.] Jovitch volvió a llenar las copas [y] brindaron a una:

—¡Cuando pase la guerra!

Ahora todo había concluido. Bie[n] hubiera querido ella, antes de retirarse, coger siquiera un pequeñ[o] ramillete de flores para depositarl[o] sobre las piedras que cubrían lo[s] despojos mortales de Jovitch; per[o] las montañas y los valles pedregosos de Macedonia son demasiad[o] duros y estériles para producir u[n] solo botón.

Una valiente joven servia

La montaña donde fue muert[o] Jovitch, llamada en las cartas militares el Cerro 1212, fue el cementerio del 2º Regimiento. Era e[l] último que mediaba entre los 300[0] soldados servios y la posición d[e] Monastir, pero los búlgaros lograron rechazar todos los ataques hasta que solo quedaban 500 hombre[s] (además de Flora Sandes) par[a] intentar la última acometida.

En ese último desesperado esfuerzo, Flora fue herida por un[a] granada que le destrozó el braz[o] derecho y le dejó incontables astillas de metralla incrustadas en e[l] costado. Desafiando el fuego enemigo, el teniente Doditch la arrastró hasta ponerla a cubierto detrá[s]

de unas rocas, y en seguida el sargento primero Milosh la llevó pendiente abajo por la montaña hasta que encontraron unos camilleros. Lo último que recordaba Flora cuando la pasaron a una ambulancia era la cara de Milosh, a quien las lágrimas le corrían por las mejillas. Seguramente creía que se estaba muriendo. Entumecida por las heridas y todavía bajo el efecto de la súbita conmoción nerviosa que le produjo la muerte de Jovitch, Flora pensó que el sargento tenía razón.

Cuatro días después, Flora llegó a un hospital de sangre inglés en Salónica. Cuando la sacaban de la ambulancia, oyó que el conductor decía a una enfermera que la nueva paciente era una mujer servia que peleaba como soldado.

—¡Santo Dios, otra más! —exclamó la enfermera—. Bien, póngala usted en la tienda con Miluska.

Así fue como Flora conoció a Miluska, joven campesina rebelde y apasionada a quien no olvidaría en toda su vida. Miluska se había enganchado en el ejército servio a la edad de 18 años y había sido herida cinco veces; la última bala la había alcanzado cuando llevaba municiones a su compañía a través de un campo donde silbaban los proyectiles en todas direcciones. Desde el momento de su llegada a Salónica, no había hecho otra cosa que inventar medios de escaparse y volver al frente de batalla.

El indomable espíritu de Miluska contribuyó a animar a Flora durante su larga convalecencia, y no trascurrió mucho tiempo para que las dos se hicieran buenas amigas. Un día las sorprendió en el hospital la visita del edecán del príncipe de la Corona, Alejandro. El coronel inglés y varios miembros de su estado mayor fueron llamados a la tienda, donde el representante del príncipe hizo un breve y generoso discurso en que elogió la devoción de Flora a la causa servia y su valor en la acción. Luego sacó de un estuche de cuero una medalla y se la prendió a Flora en la chaqueta del pijama. Era la Estrella Kara Jorge, la más codiciada condecoración del ejército servio, que automáticamente confería el ascenso al grado de sargento primero.

Poco después de este episodio, Miluska se escapó del hospital. (Sencillamente se dio de alta ella misma, una vez que se sintió bien, se fue a pie a Salónica y allí importunó a las autoridades hasta que le permitieron volver al frente.) Flora, aunque orgullosa de su medalla, se sintió mortificada porque a su amiga no le habían dado igual condecoración, y desde ese momento suplicó a cuanto oficial encontraba, haciéndoles ver que Miluska había sido herida cinco veces y que era una de las mujeres más valientes del ejército servio.

Algunas semanas más tarde tuvo el gran placer de enterarse de que el príncipe de la Corona había

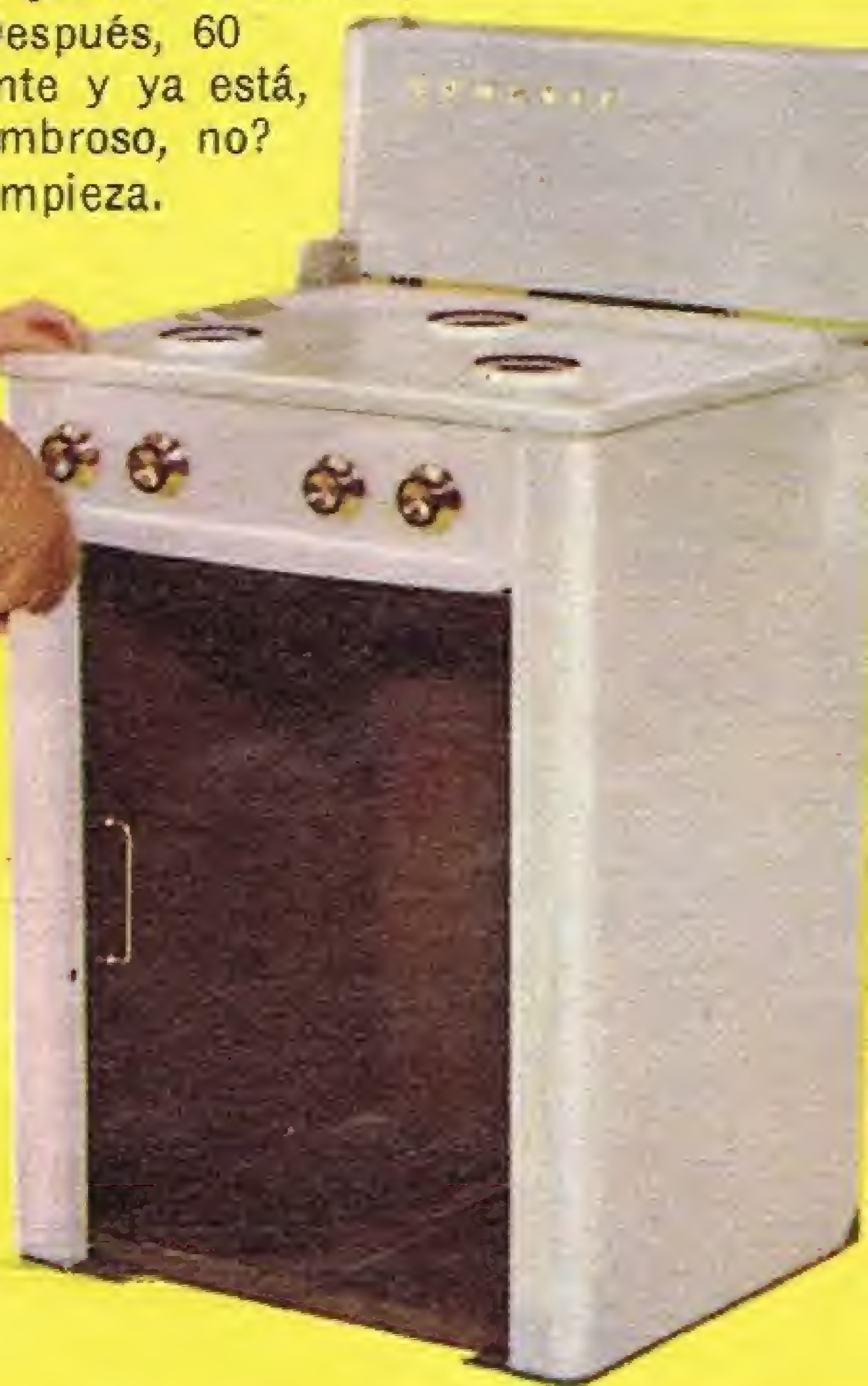
¡UN MINUTO PARA EL ASOMBRO!

Justo el minuto que mamá precisa para limpiar la Longvie Limpiamática

Asombroso! En un minuto mamá desarmó la LONGVIE Limpiamática, pieza por pieza, con tanta facilidad como si todo estuviera unido por nada. Entonces, claro, un minuto justito le alcanza para limpiarla con toda comodidad. Después, 60 segundos más para armarla nuevamente y ya está, la tarea de mamá ha terminado. Asombroso, no? Esta sí que es una cocina de fácil limpieza.

EN 1 MINUTO SE DESARMA
EN 1 MINUTO SE LIMPIA
EN 1 MINUTO SE ARMA





LONGVIE
Limpiamática



GRAN HORNO!
Unico
con ciclo
de calor envolvente.

PARRILLA GRILL INDEPENDIENTE
Quemador con
radiante infrarrojo.

visitado personalmente a Miluska en el frente y le había entregado la Estrella Kara Jorge. Posteriormente los franceses la condecoraron también con la Cruz de Guerra y la Legión de Honor. La última vez que Flora supo de Miluska fue después de la guerra: se había establecido cerca de su propia aldea, se había casado felizmente y tenía un niño.

Victoria

En enero de 1917 la sargenta primera Sandes, que aún tenía dentro del cuerpo una respetable cantidad de metralla, fue trasportada a un hospital naval francés en África del Norte. Allí se recuperó después de una serie de operaciones pequeñas y al fin le permitieron regresar al frente en junio.

Cuando llegó a la línea de fuego encontró que la 4ª Compañía ya no existía. Había sido diezmada en el ataque final al Cerro 1212 y en la captura de Monastir. Solo sobrevivían 16 hombres, entre ellos Miladin, Milosh, Vukoye y Doditch, y a todos los habían incorporado a la 1ª Compañía, en la cual ingresó Flora.

También la guerra había cambiado. La tropa ocupaba una larga fila de trincheras sobre los rocosos flancos de las montañas, y allí permaneció estancada durante más de un año. Flora compartió esa vida, uniéndose de cuando en cuando a los pelotones que lanzaban asaltos nocturnos contra las trincheras enemigas, hasta que sus heridas volvieron a darle que hacer. Esta vez la mandaron a convalecer a Inglaterra, donde inició un fondo con el cual se pudo dotar a los soldados servios de las mismas raciones de rancho y paquetes de ropa que otros soldados aliados habían estado recibiendo.

Hacia fines del verano de 1918 regresó a Servia, justamente en vísperas de lanzarse la última y gigantesca ofensiva. Como un ejército de enjutos y grises fantasmas, los 80.000 veteranos que quedaban de las fuerzas servias empezaron a perseguir al enemigo por las montañas con una velocidad desconocida en la historia militar, dejando atrás a los franceses, ingleses, griegos e italianos. Las defensas de los búlgaros fueron desbaratadas al fin; y cuando los servios continuaban su avance hacia el norte, eran vitoreados por multitudes entusiastas en las calles de los pueblos.

Cuando ya se presentía la proximidad de la victoria, tocó a su fin el servicio activo de Flora Sandes en la primera guerra mundial. Se desató con mortal fuerza una epidemia de influenza y la joven inglesa cayó con fiebre abrasadora cerca del pueblo de Chuprija. Había allí un hospital improvisado, pero cuando Flora entró, casi se desmaya por el hedor y la suciedad del lugar. Tendidos en filas en el suelo yacían centenares de soldados, algunos muertos ya, y no se estaba prestando auxilio a los moribundos.

...liviana, fresca,

mayonesa

Fanacoa

con puro jugo de limón







Debilitada por la fiebre, Flora sabía que estaría mucho más segura lejos del hospital; y por fortuna encontró alojamiento en una casa del pueblo, donde permaneció una semana, recuperándose lentamente con los cuidados de dos bondadosas mujeres servias.

Mientras recobraba las fuerzas, recibía informes constantes del hospital de urgencia. Allí los soldados se morían como moscas; el médico, griego, era un inútil que no hacía ningún caso de los pacientes. Por fin Flora no pudo aguantar más: se levantó de la cama, se puso su uniforme y se fue en derechura al hospital.

Encontró al médico griego sentado a una mesa, con la cabeza entre las manos. Evidentemente el hombre se hallaba desesperado, sin saber qué hacer, pero Flora no estaba para compadecerse de él.

—Las condiciones del hospital son vergonzosas —le dijo—. En cuanto llegue yo a Belgrado, daré al gobierno un informe completo.

El griego se puso en pie de un salto. Le dio un ataque de histerismo y empezó a gritar que él era un hombre enfermo, que casi no tenía ayuda ni medicinas; y lleno de cólera le dijo que si ella se creía capaz de administrar el hospital mejor que él, le cedía el puesto. Dicho lo cual, tomó airadamente el portante.

Flora heredó, pues, todo un hospital con 500 pacientes, y se dedicó en seguida a poner las cosas en orden. Con la ayuda de unos pocos ordenanzas y de algunas mujeres a quienes consiguió para atender a los menesteres más urgentes, como la limpieza, la enfermería y la cocina, en poco tiempo quedó lavado y desinfectado el edificio. A los habitantes del pueblo les pidió ropa limpia de cama, y víveres a los campesinos de los contornos. Tan generosamente acudieron todos a remediar estas necesidades, que tres semanas después, cuando llegó el inspector de hospitales, dijo a Flora que en toda Servia no había encontrado otro donde la alimentación fuera tan buena.

Una tarde, cuando estaba aún encargada del hospital, recibió la inesperada visita de su viejo amigo el sargento Milosh. Llevaba el impecable y encerado mostacho tan elegante como siempre, pero Flora observó al instante que tenía el rostro pálido y macilento. Milosh, muy malhumorado, confesó que tenía influenza.

Enfermarse no es propio de un soldado, según pensaba él, y su fiebre y su debilidad eran un ultraje para su decoro militar. Haciendo caso omiso de sus protestas, Flora lo metió en la cama, y eso lo desconcertó hasta tal punto que contrajo un grave ataque de fatalismo servio.

—¡Adiós, Sandes! —decía lamentándose—. Ya sé que me voy a morir.

Siempre había admirado a Milosh la presencia de Flora en el ejército; pero su admiración no tuvo límites cuando, de ahí a cua-

~¿a qué hora cenamos?



Ya está en casa. Doblemente filtrada y de fórmula balanceada, llegó para realzar el sabor de los platos. Es la primera cerveza para la mesa... ¡y es toda una tentación rebozante de es

cerveza

Quilmes

de mesa

un litro que es un litro

tro días, se vio completamente curado por esta inglesa que parecía violar todos los artículos del código militar. A ella, en cambio, le divertía el desconcierto del bravo militar, y se alegró especialmente de que Milosh fuera su paciente la noche del 11 de noviembre, cuando se recibió la noticia de que se había firmado el armisticio.

Con una botella de coñac y un jarro de estaño en las manos, Flora recorrió el oscuro pasillo hasta la cama de Milosh y lo sacudió:

—¡Despierta, viejo veterano! —le dijo—. ¡La guerra ha terminado!

Los dos echaron un trago para celebrar la victoria.

Epílogo

Poco después de la terminación de las hostilidades, Flora recibió un último homenaje de reconocimiento de sus servicios a Servia. En junio de 1919 fue ascendida a subteniente. Nunca antes en toda la historia del ejército servio había alcanzado una mujer el grado de oficial. Tal honor requería una ley especial del Parlamento, y el rey Alejandro firmó el nombramiento definitivo.

Durante su servicio militar en tiempo de paz, Flora fue destinada a un puesto en la frontera, donde conoció al sargento Yurie Yudenitch, ruso blanco que anteriormente había ostentado las estrellas de coronel en el ejército imperial de Rusia. Cuando Yurie le habló de su larga lucha contra los bolcheviques, Flora recordó a Janachko Jovitch. Janachko sufría por una patria que aún no había nacido; Yurie se lamentaba por una patria que jamás volvería a ser lo que fue.

Flora y Yudenitch se casaron, y por espacio de casi 20 años vivieron una vida tranquila y feliz, casi siempre en París. Después de la muerte de Yurie, Flora regresó a Inglaterra, donde ocupó una casita en Suffolk. Nunca perdió su amor por la tierra Servia que, como escribió en su diario, "cubre piadosamente las tumbas de aquellos buenos camaradas a quienes veo en mis sueños".



Regreso al hogar

Los CUÁQUEROS se preciaban de ser taciturnos y poco efusivos en su trato personal. Un capitán de marina, que acababa de regresar de una travesía de cuatro años, se encontró por la calle del pueblo con su mujer, que llevaba un cubo hacia la fuente pública.

"Ya que llegaste, llénalo tú", le dijo ella sin más, y le entregó el cubo.

— Frank Gilbreth, hijo, en *Of Whales and Women*


elly zappert